

calibrite

colorchecker CLASSIC



100mm

Fernando López Monis.

# TROZOS SELECTOS DE AUTORES ESPAÑOLES

PRECEDIDOS DE UN BREVE RESUMEN HISTÓRICO

DE LA

## LITERATURA ESPAÑOLA

Y SEGUIDOS DE UNA COLECCIÓN DE ANÉCDOTAS,

BREVES NARRACIONES

Y CURIOSIDADES

*Antonio Laguna*



MADRID  
EST. TIP. "SUCESTORES DE RIVADENEYRA"  
Paseo de San Vicente, núm. 20.

1914

Fernando López Monís.

TROZOS SELECTOS DE AUTORES ESPAÑOLES

PRECEDIDOS DE UN BREVE RESUMEN HISTÓRICO

DE LA

LITERATURA ESPAÑOLA

Y SEGUIDOS DE UNA COLECCIÓN DE ANÉCDOTAS,

BREVES NARRACIONES

Y CURIOSIDADES

*Antonio López Monís*

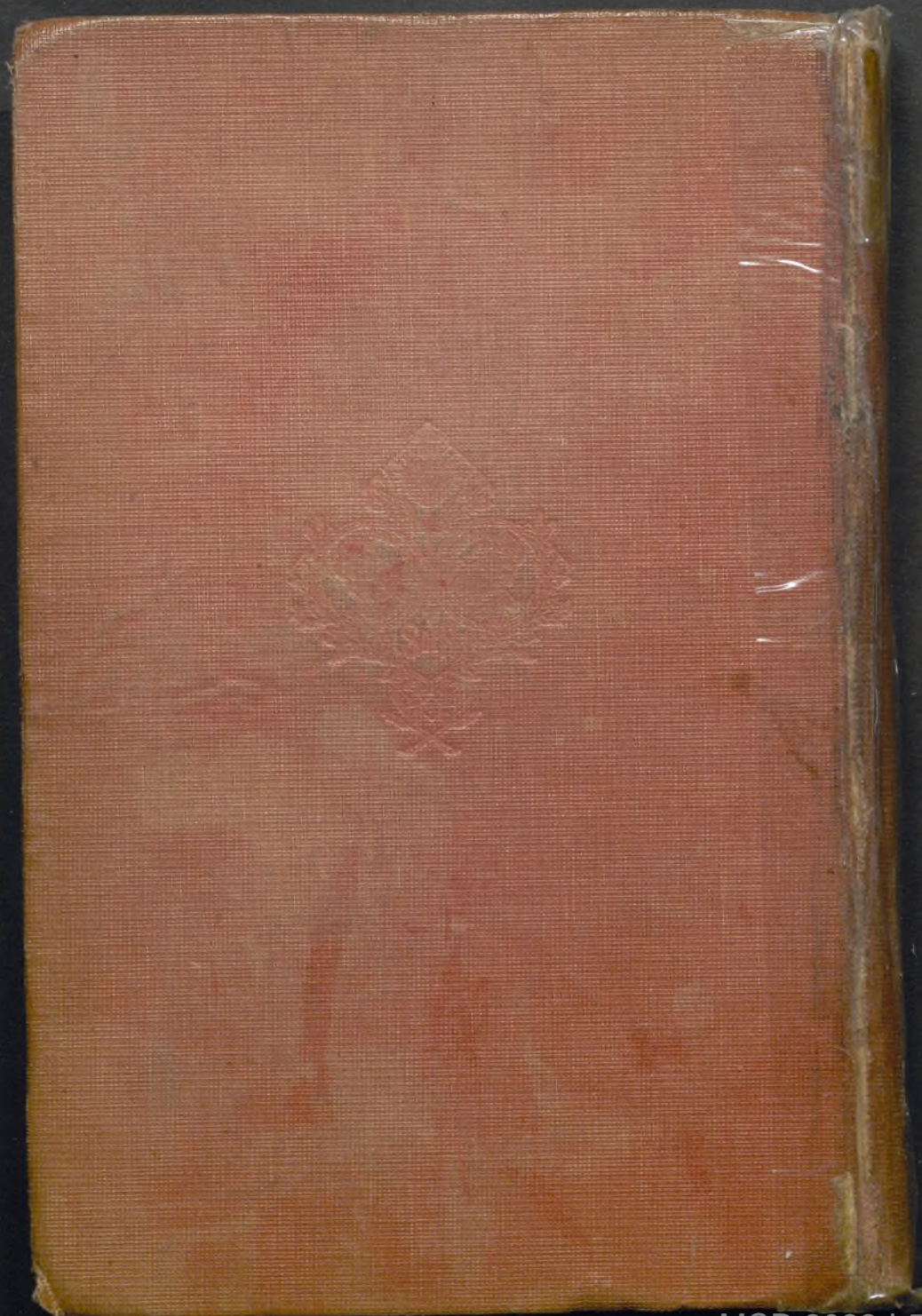


MADRID  
EST. TIP. "SUCESORES DE RIVADENEYRA"  
Paseo de San Vicente, núm. 20.

1914



MCD-2022-L5



Es propiedad del autor.  
Queda hecho el depósito  
que marca la ley.

1704

El presente modesto trabajo, de indole puramente pedagógica, está destinado á facilitar el camino á aquellos que estudien la lengua castellana, con la lectura de algunos autores españoles clásicos y modernos, ofreciendo también ancho campo para ejercicios de traducción de nuestro idioma á otras lenguas extranjeras.



---

---

## INTRODUCCIÓN

---

Por historia de la literatura se entiende la de las bellas letras y sus obras más importantes. Así, la historia de la literatura española trata de las obras compuestas en idioma castellano, creadas por la fantasía y por el genio de los literatos que han escrito en la lengua que predominó en definitiva sobre los demás idiomas ó dialectos del territorio español. Propiamente hablando, bajo el rótulo de literatura española debieran estudiarse todas aquellas obras escritas por los autores que, en lengua castellana ó en cualquiera de las lenguas ó dialectos que se hablan en territorio español, han contribuído al prestigio y al enriquecimiento de nuestra literatura; pero ello excedería los límites en que forzosamente hemos de desenvolver este breve resumen, y, sobre no responder á nuestro propósito, plantearía interesantes cuestiones que, ciertamente, no son de este lugar.

Considerado el idioma castellano en el cuadro de clasificación más genérica que de las lenguas suele hacerse, pertenece á las flexivas de la gran rama *indoeuropea*, en



la cual, histórica y sucesivamente, ocupan los primeros lugares el sánscrito, el griego y el latín. De este último idioma se origina el grupo de las lenguas denominadas *neolatinas, romanas ó romances*, entre las cuales figura el castellano.

Además de la tierra madre España y sus posesiones en África, hablan castellano Méjico, Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica, Panamá, Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, Argentina, Paraguay, Uruguay, Cuba y Santo Domingo, todas naciones independientes. Háblase además en Filipinas, en Puerto Rico, en la parte alta de California y en algunos Estados limítrofes á Méjico en el Sur de los Estados Unidos.

Estas naciones de lengua castellana ocupan un territorio de un millón de millas cuadradas, ó sea más que toda Europa. Su población total excede hoy de ochenta millones de almas.

### Monumentos más antiguos de la lengua castellana.

Los primeros monumentos literarios escritos en lengua castellana corresponden á la postrera mitad del siglo XII, ó, á lo sumo, al primer cuarto del siglo XIII. Tales monumentos, de autor anónimo, son: *Los tres Reyes de Oriente, Los Reyes Magos, Vida de Santa María Egipcíaca, Miocid*, ó crónica de las mocedades del Cid, y el *Poema del Cid*.

El *Poema del Cid* se refiere á las hazañas ejecutadas por el héroe castellano después de la jura en Santa Gadea y de la enemiga que tomó contra él Alfonso VI. En él se narran, entre otras cosas, la toma de Valencia, el abandono salvaje que de sus hijas hicieron los infantes de

Carrión, la venganza tomada de aquellos caballeros y el casamiento de las dichas hijas. En este poema domina el verso alejandrino, y su versificación es muy irregular.

La *Vida de Santa María Egipciaca* es tal vez el ejemplo más antiguo de versos pareados de nueve sílabas. El poema de *Los tres Reyes de Oriente* está compuesto también en pareados de ocho y nueve sílabas. En él los primeros versos se refieren á la adoración de los *Magos*, y el resto, á la huída á Egipto, milagro del *leproso* é identificación de éste con el *buen ladrón*.

El *Misterio de los Reyes Magos*, considerado como uno de los más antiguos monumentos del habla castellana, ha llegado á nosotros mutilado, y se le mira como pieza dramático-religiosa.

### SIGLO XIII

POESÍA.—El primer poeta de nombre conocido en el siglo XIII es Gonzalo de Berceo, clérigo, natural del pueblo de su apellido, que vivió desde los últimos años del siglo XII hasta el 70 cuando más del XIII. Sus obras más importantes son las siguientes: *Vida de Santo Domingo de Silos*, de *San Millán de la Cogulla*, de *Santa Oria*, *El Martirio de San Lorenzo*, *Los Milagros de Nuestra Señora*, *El Duelo de la Virgen*, *El Sacrificio de la Misa* y *Signos del Juicio final*. En todos estos poemas épico-religiosos se advierte cierta soltura de lenguaje y un adelanto en la métrica (*quaderna via*) respecto á las anteriores composiciones del siglo XII.

Coincidiendo con la publicación de las últimas obras de Berceo, aparecen dos narraciones épicas tituladas *Poema de Apolonio* y *Poema de Alejandro el Grande*. El

primero es de autor desconocido, y el segundo se atribuye á Juan Lorenzo de Segura.

Posteriormente ve la luz pública otro poema, escrito por un monje de Arlanza, que canta en versos alejandrinos las hazañas del conde Fernán González.

Entre los cultivadores de la poesía en esta época sobresale el Rey sabio. Alfonso X es, en realidad, el primer lírico español, como lo demuestra en sus dos admirables composiciones tituladas las *Cantigas* y las *Querellas*.

PROSA.—Según unos, el monumento más antiguo de la prosa castellana es el *Fuero de Avilés*; según otros, la traducción del *Fuero Juzgo*, mandada realizar por Fernando III *el Santo*. Para nosotros, los primeros trabajos de la prosa castellana, que no acabó de perfeccionarse hasta bien entrado el siglo XVI, se deben á Alfonso *el Sabio*, el cual nos dejó, entre otros libros de valor inestimable, las *Tablas astronómicas*, la *Paráfrasis castellana de la Biblia*, el *Fuero Real* y el código inmortal de las *Siete partidas*.

Sancho IV *el Bravo* dejó en 90 capítulos los *Castigos* y *Documentos* para su hijo Fernando IV. En su tiempo se escribió el *Libro del Tesoro*, traducción del de Brunetto Latini.

#### SIGLO XIV

POESÍA.—El más esclarecido poeta de este siglo es Juan Ruiz, arcipreste de Hita, el cual en el *Libro de buen amor* coleccionó sus poesías. El Arcipreste de Hita es el primer satírico castellano. Imitador de Ovidio y de los *fabliaux* franceses, escribió en versos cortos las *Cantigas de Serrana*, anteriores en un siglo á las *Serranillas* y *Vaqueiras* de Santillana.

Le sigue el rabino Sem-Tob, de Carrión, autor de los *Proverbios ó Consejos et documentos al Rey D. Pedro*, de *La visión de un ermitaño* y de la *Danza general de la muerte*, en cuyas composiciones se ven utilizados metros y combinaciones de arte mayor, menor y pie quebrado.

Otro poeta que merece citarse entre los que sobresalieron en esta centuria es el canciller Pero López de Ayala, autor del *Rimado de Palacio*, extensa composición narrativa de carácter didáctico.

PROSA.—Los principales prosistas de este período son: el infante D. Juan Manuel y el citado Pero López de Ayala.

El Infante escribió *El libro del caballero y del escudero*, el *Tratado de caza* y el célebre *Conde Lucanor, ó libro de Petronio*.

Pero López de Ayala compuso con raro acierto las *Crónicas de los cuatro Reyes*, refiriéndose á Pedro el Cruel, su hermano bastardo Enrique de Trastámara, Juan I y Enrique III.

De menos importancia que los dos anteriores es Sánchez de Tovar, á quien se le atribuyen las *Tres Crónicas*, relativas á los reinados de Alfonso X, Sancho el Bravo y Fernando IV.

## SIGLO XV

POESÍA.—Uno de los mejores poetas del siglo XV es, sin duda alguna, Íñigo López de Mendoza, marqués de Santillana (1398-1458), el cual escribió, bajo las influencias provenzal é italiana, varias obras en verso y en prosa, entre las que merecen citarse el *Canto fúnebre* á la muerte de su tío el Marqués de Villena, *Las edades del*

*mundo* (poema histórico), la *Comedieta de Ponça* (elegía narrativa), en la cual lamenta la derrota de la escuadra aragonesa en Gaeta; *El centiloquio* (colección de proverbios) y el *Doctrinal de privados*. Lo que más fama dió á Santillana fueron los *Decires y Cantares*, y especialmente las *Serranillas* y *Vaqueiras*, composiciones ligeras de carácter amoroso.

De tanta nombradía como el anterior es Juan de Mena (1411-1456), autor de *La Coronación*, del *Diálogo de los siete pecados mortales*, y del famoso *Laberinto*, viaje alegórico á imitación del de Dante en la *Divina Comedia*. Juan de Mena fué llamado por los de su época *El príncipe de los poetas castellanos*.

Jorge Manrique pasa á la historia con un alto nombre de poeta por sus celebradas *Coplas á la muerte de su padre*, que son un modelo de sencillez y de inspiración. Esta célebre elegía *Despierte el alma dormida...* se tacha por algunos de falta de originalidad, afirmándose que es imitación de otra árabe debida á Abulbekar de Ronda.

Rodrigo de Cota, que escribió las *Coplas de Mingo Revulgo*, también merece consignarse entre los buenos poetas del siglo XV.

Juan del Encina compuso bellas letrillas y algunas églogas representables. Se le considera como el primer dramático castellano. Sus obras más importantes son: el *Nacimiento*, *Pasión y Muerte de Jesús*, el *Auto del Repelón*, el *Escudero que se tornó pastor* y los *Pastores que se tornaron palaciegos*.

Continuadores de Juan del Encina fueron Lucas Fernández y Gil Vicente. Del primero se conservan farsas y églogas representables, como las de Juan del Encina, y del segundo, autos, comedias, tragicomedias y farsas, de

algún más movimiento escénico que las de los anteriores. La más celebrada es la que lleva por título *Comedia del viudo*.

PROSA.—Este siglo se caracteriza por la imitación italiana. El Marqués de Villena se cita entre los mejores prosistas de esta época por sus obras desaparecidas *Trabajos de Hércules* y *Arte de trovar*, aparte de las traducciones que hizo de la *Eneida*, de la *Retórica* de Cicerón y de la *Divina Comedia*.

Fernán Pérez de Guzmán escribió *Loores de los claros varones de Castilla*, *Generaciones y semblanzas* y *Floresta de los filósofos*, todas muy apreciables.

Hernando del Pulgar, secretario y cronista de los Reyes Católicos, más que por su *Crónica*, es notable por sus *cartas* dirigidas á la reina Isabel, y todavía más por la colección de retratos literarios denominada *Claros varones de Castilla*, imitación de la compuesta por Pérez de Guzmán.

Fernán Gómez de Cibdarreal, médico de Juan II, escribió la historia secreta de sus contemporáneos en forma de cartas con el título del *Centón Epistolario*.

Muchos más fueron los prosistas de esta época, de cuyos nombres no hacemos mención, dada la brevedad que requiere este resumen. Citaremos solamente al bachiller Fernando de Rojas, á quien se atribuye la paternidad de *La Celestina* ó *Tragicomedia de los amores de Calixto y Melibea*, novela dialogada, de desenvuelta intención y contenido escabroso; pero de forma tan acabada que es fuerza reconocerla como el más perfecto monumento del idioma en el siglo XV.

### El romance y los libros caballerescos.

En literatura castellana se considera el romance como producto espontáneo y natural del pueblo. El vocablo *romance*, dictado genérico relativo á los idiomas de inmediata derivación latina, se aplica especialmente á composiciones lírico-épicas de indeterminado número de versos en rima asonantada; de forma que una cosa es el romance como lengua y otra como composición literaria, en cuyo último concepto lo exponemos aquí. Fueron muchos los romances escritos en lengua castellana y los hubo caballerescos, históricos, moriscos, pastoriles y vulgares, denominaciones que sirven de fundamento á la clasificación más admitida.

Lo que los romances son á las composiciones versificadas, contribuyendo al desarrollo del idioma y suministrando elementos á los demás géneros poéticos, son á la prosa en general, por lo que hace á la lengua, y en especial á las composiciones prosadas más genuinamente recreativas, los *libros de caballería*, ficciones narrativas de hechos imaginarios realizados por personajes fantásticos.

Los *libros de caballería* más populares en España, fueron el *Amadís de Gaula*, atribuído al portugués Vasco de Loveyra y, más que traducido, aprovechado por el español Garcí-Ordóñez de Montalvo; *Tirante el Blanco*, *Sergas de Esplandián*, *Lisuarte y Amadís de Grecia*, *Silves de la Selva*, *Florisel de Niquea*, *Palmerín de Oliva*, y *Palmerín de Inglaterra*, este último debido á la pluma del toledano Luis Hurtado, y, á juicio de Cervantes, el de mayor mérito entre todos los demás.

## SIGLO XVI

El apogeo del renacimiento literario comienza en España con los trabajos de Nebrija; mas lo que se llama *Siglo de Oro* de nuestra literatura no empieza hasta el reinado de Carlos I, durando hasta más de la mitad del siglo XVII. En este período de ciento cincuenta años la lírica y la dramática rayan á gran altura, y á él también pertenece lo mejor que tenemos en la épica. La didáctica, la historia, la novela picaresca y de costumbres, la oratoria sagrada y la mística alcanzan portentoso desarrollo; el progreso literario corre parejas con el esplendor político, y la decadencia del uno lleva consigo la ruina del otro.

**POESÍA.—Género lírico.**—En este género el primer cultivador que conviene mencionar es Juan Boscán, que introdujo el verso endecasílabo en la métrica castellana, importándolo de Italia; fué autor de varias composiciones, correctas y frías, entre las que merecen citarse *Hero y Leandro* y la elegía *Capitolio*.

Como enemigos de la innovación italiana se registran los nombres de Castillejo y A. de Villegas. Cristóbal de Castillejo, natural de Ciudad Rodrigo, escribió, entre otras obras, el *Diálogo entre él y su pluma*, el *Razonamiento de un general á sus soldados* y el *Sermón de amores*. Casi todas estas composiciones están escritas en redondillas y quintillas.

Garcilaso de la Vega nació en Toledo en 1503, y murió á los treinta y tres años de resultas de una herida que recibió en el asalto de un fuerte de Provenza. Fué el personificador de la tendencia iniciada por Boscán. Compuso



cinco *canciones*, dos *elegias*, tres *églogas*, treinta y siete *sonetos* y una *epístola*. En todas se observa una gran delicadeza y un admirable manejo del lenguaje.

Diego Hurtado de Mendoza, novelista é historiador de gran mérito, también cultivó la poesía lírica. Entre sus composiciones se destacan la fábula *Adonis-Hipómenes-Atalanta*, la canción *Al silencio de sus quejas*, el *Himno al Cardenal Espinosa* y la letrilla *El preso por amores*. Nació en 1503 y murió en 1575.

Entre los poetas de mérito inferior se cita al sevillano Gutierre de Cetina, famoso por su madrigal *Á unos ojos*; al madrileño Francisco de Acuña y á Francisco de Figueroa, natural de Alcalá de Henares y autor de la composición bucólica *Tirsi*, primera en verso libre de las escritas en castellano.

Entre los enemigos de la influencia italiana se recuerdan los portugueses Gregorio Silvestre y Jorge Montemayor, autor el primero de fábulas y de un poema titulado *Residencia de amor*, y el segundo de la novela pastoril en prosa y verso *Diana*, que dió origen á la *Diana enamorada* del valenciano Gil Polo. También se mencionan con elogio Baltasar de Alcázar, poeta satírico-festivo que escribió su famosa *Cena*; Vicente Espinel, que inventó la décima; Luis Barahona de Soto que, á imitación de Ariosto, compuso un poema titulado *Las Lágrimas de Angélica*, y Francisco de Aldana, poeta descriptivo, de notable ingenio.

Fray Luis de León nació en Belmonte en 1517 y falleció en 1591. Sus composiciones poéticas más celebradas son la popularísima *Vida del Campo*, la *Profecía del Tajo* y *La Ascensión del Señor*. Se le considera, después de Garcilaso, como el mejor lírico de su siglo.

Francisco de la Torre, oriundo de Castilla la Nueva, sin que pueda señalarse el lugar y fecha de su nacimiento, nos legó odas, endechas y sonetos muy apreciables.

Fernando de Herrera, á quien sus contemporáneos apellidaron el *divino*, nació en Sevilla en 1534, y murió en la misma capital en 1597. En sus poesías se admira la belleza del lenguaje y la rotundidad del verso, aun cuando pudiera censurárselas por enfáticas y declamatorias. Las más importantes son: la oda *A la Victoria de Lepanto*, la elegía *A la pérdida del Rey Don Sebastián*, la oda *A Don Juan de Austria* y la dedicada *A la muerte de la Condesa de Gelves*. El divino Herrera escribió también el *Elogio de Tomás Moro* y las *Anotaciones* á las obras de Garcilaso.

Juan de Arguijo, sevillano y protector de los literatos de su época, dejó una colección de sonetos, entre los que sobresale el titulado *Al Guadalquivir*.

Luis de Góngora y Argote, nacido en Córdoba en 1561, fué juriconsulto, sacerdote y capellán de honor de Felipe III. Góngora, que comenzó siendo un admirable poeta lírico, como lo demuestra en sus romances y letrillas, terminó por entregarse al culteranismo escribiendo *Soledades*, y *Polifemo*, que parecen verdaderos delirios poéticos. Pasa á la historia por la infinita belleza de sus primeras obras. Murió en 1627.

Los hermanos Bartolomé y Lupercio Leonardo Argensola, denominados los *Horacios españoles*, vivieron desde 1563 y 64, hasta 1613 y 33, respectivamente. Fueron mantenedores del buen gusto en su época, y escribieron maravillosos sonetos, que aún se citan como modelos.

**Género épico.**—Alonso de Ercilla, nacido en Madrid en 1533 y fallecido en 1594, es el más alabado poeta épico. Escribió en octavas reales el poema titulado *La Araucana*.

*cana*, en el que describe la lucha tenaz de los españoles con los indómitos habitantes de Chile.

Algunos fragmentos de poesía épica, pero de poca importancia, dejó el pintor Pablo de Céspedes con su poema sobre el arte de la pintura; fragmentos que más pertenecen á la didáctica que á la épica.

Se menciona entre los poetas épicos á Juan Rufo, autor de la *Austriada*; á Bernardo de Balbuena, que escribió el *Bernardo ó victoria de Roncesvalles*; á José de Villaviciosa, que compuso la *Mosquea*, y á Cristóbal de Virués, que escribió la *Historia de Monserrate*.

**Género dramático.**—Juan de Malara y Bartolomé Torres Naharro puede decirse que fueron los primeros cultivadores de la dramática en España. Del primero no tenemos otras noticias que las que nos da Juan de la Cueva en el sentido de que las tragedias compuestas por Malara reformaron la rudeza primitiva de nuestro Teatro; y del segundo sabemos que nació en Extremadura y que escribió varias obras teatrales, entre las que se cuentan: *Aquilana*, *Calamita*, *Trofea* y otras.

Lope de Rueda nació en Sevilla en los primeros años del siglo XVI y murió en Córdoba en 1567. Sus obras marcan un visible adelanto en la literatura dramática. Compuso coloquios, pasos y comedias. Se citan entre sus principales producciones la *Eufemia*, *Los engañados* y *Las aceitunas*.

Juan de la Cueva comparte con el anterior el esfuerzo de perfección y de innovación teatral. Es autor, entre otras composiciones dramáticas, de *Telamón*, *El infamador* y *La Constancia de Arcelina*.

Entre los contemporáneos imitadores de Rueda y de Cueva, se cita á Juan de Timoneda, Francisco Avenda-

ño, Luis Miranda y Joaquín Romero Cepeda, cuyas obras son de escasa importancia.

PROSA.—**Novela.**—Ya hemos dicho que el monopolio de la novela lo ejercieron en los finales del siglo XV y gran parte del XVI los *Libros de caballería*; pero luego á la tendencia caballeresca sucedió la de índole pastoril. Entre las novelas de este último género sobresalen la *Diana*, de Jorge Montemayor, y la *Diana enamorada*, de Gil Polo, ya citadas.

Un género nuevo, el de la novela picaresca, aparece en la literatura española con la publicación de *El Lazarillo de Tormes*, debida á la pluma de Hurtado de Mendoza. Este nuevo género tuvo muchos imitadores: Mateo Alemán (1548-1609), con sus *Aventuras y vida del pícaro Guzmán de Alfarache*; Vicente Espinel (1550-1624), con sus *Relaciones de la vida y aventuras del escudero Marcos de Obregón*; Vélez de Guevara (1570-1644), con el *Diablo Cojuelo*.

**Historia.**—El paso de transición de la crónica á la historia se ofrece en los *Anales de la Corona de Aragón*, del zaragozano Jerónimo de Zurita.

La primera intentona de historia general española corresponde al canónigo zaragozano Florián de Ocampo, cuya obra *Crónica general de España*, continuada por el cordobés Ambrosio de Morales y llevada hasta los últimos tiempos de Alfonso VII *el Emperador* por el Obispo pamplonés Fray Prudencio de Sandoval, adolece de los defectos de la mayor parte de los relatos históricos de su época; pero no deja de tener ciertas estimables condiciones literarias.

El mejor historiador general de esta centuria es, sin género de duda, el jesuíta Juan de Mariana, autor de la

*Historia de España*, hasta el reinado del Emperador Carlos I, en cuya obra se nos muestra como un maestro de la narración. La *Historia de España* es una obra clásica por el lenguaje y el estilo. También escribió el Padre Mariana un tratado bajo el título *De Rege et Regis institutione*.

Como historiadores de hechos ó sucesos particulares merecen citarse: el ya repetido Hurtado de Mendoza, por su obra *Historia de la guerra contra los moriscos del reino de Granada*; Pedro Mejía, por su *Historia imperial y cesárea*; Bartolomé Argensola, por su *Historia de las Molucas*; Fray José de Sigüenza, por su *Vida de San Jerónimo* y por su *Historia de la Orden del mismo Santo*; Gonzalo Fernández de Oviedo Valdés, por su *Historia general y natural de Indias*, y Fray Bartolomé de las Casas, por su *Brevísima relación de la destrucción de Indias*.

**Didáctica.**—Nos limitamos á citar los títulos de las obras de carácter didáctico más celebradas durante este período, y entre ellas el *Tratado del esfuerzo bélico*, de Juan López Palacios Rubio; el *Diálogo de la dignidad del hombre*, de Fernán Pérez de Oliva; el *Menosprecio de la corte y alabanza de la aldea*, de Fray Antonio de Guevara; los *Problemas* y la *Glosa de la canción sobre la muerte* de Francisco Villalobos, y el *Apólogo sobre la ociosidad y el trabajo* y los *Diálogos*, de los hermanos Luis y Pedro Mejía, respectivamente.

Párrafo especial merece el famoso Secretario de Estado de Felipe II, Antonio Pérez, que con las *Relaciones* de su vida, el *Memorial* de su causa y las *Cartas* se nos revela como uno de los mejores prosistas de su época.

**Literatura mística.**—Con el dictado de *mística* se

conoce la literatura que comprende las obras de índole religioso-espiritual-contemplativa. Entre los escritores que más sobresalieron en la *mística* está el beato Juan de Ávila, natural de Almodóvar del Campo, el cual mereció ser llamado el *Apóstol de Andalucía*. Sus tratados del *Santisimo Sacramento*, de la *Oración*, del *Conocimiento de sí mismo* y sus *Cartas espirituales*, delatan á un prosista de admirable y vigoroso estilo y de imaginación y pensamiento elevados.

Fray Luis de Granada nació en la ciudad de su nombre en 1504 y murió en Lisboa en 1588. Es el mejor de los escritores místicos. Sus obras *Introducción al Símbolo de la fe*, *Guía de pecadores* y *Libro de la oración y meditación*, son sencillamente maravillosas. Escribió también un tratado de *Retórica* y varios sonetos.

Santa Teresa de Jesús, nacida en Ávila en 1515 y fallecida en 1582, es otra escritora portentosa. Sus obras *Las moradas ó el castillo interior*, *Camino de perfección* y *Conceptos del amor de Dios*, son dignas de las mayores alabanzas. Como poetisa también es de admirar por su afamada glosa *Vivo sin vivir en mí...*

Fray Luis de León, á quien ya hemos citado con elogio al hablar de la lírica, debe volver á ser nombrado aquí por sus obras *La perfecta casada* y *Los nombres de Cristo*, en las que se nos revela tan buen prosista como poeta.

El *Doctor extático* San Juan de la Cruz, también se cita con encomio entre los escritores místicos por sus poesías *La noche oscura del alma* y *Diálogo entre el alma y su esposo*, y por sus obras en prosa *Subida al monte Carmelo* y *Llama de amor viva*.

Fray Pedro Malón de Chaide escribió un *Tratado de*

la *Magdalena* en el que intercala algunas poesías de verdadero mérito; el jesuíta Pedro de Rivadeneira compuso el *Tratado del príncipe cristiano* y el *Tratado de la tribulación*, obras ambas de gran corrección y pureza de lenguaje; Fray Diego de Estella es autor de *La vanidad del mundo* y de la *Vida y excelencias de San Juan Bautista*, y, por último, el P. Juan Eusebio Nieremberg, más ascético que místico, escribió, entre otras obras, la titulada *Diferencia entre lo temporal y eterno*, de indudable valor literario.

## SIGLO XVII

POESÍA.—**Género lírico.**—Fray Félix Lope de Vega Carpio, que nació en Madrid el año 1562, falleciendo en 1635, cultivó todos los géneros. Como poeta lírico se distingue por sus composiciones tituladas *Á mi barquilla*, *La libertad campestre* y *Mis soledades*, y por los celebrados sonetos *El pájaro de Lucinda*, *Al África* y el que comienza *Un soneto me manda hacer Violante...* Al ocuparnos de la poesía dramática dedicaremos mayor espacio á este insigne polígrafo, gloria de las letras españolas.

Francisco de Rioja, despojado de la elegía *A las ruinas de Itálica*, cuyo autor es Rodrigo Caro, y de la *Epístola moral á Fabio*, atribuída á Fernández de Andrade, aún sigue apareciendo como un poeta delicado y exquisito por sus *Silvas á las flores* y por algunas odas.

Francisco de Quevedo y Villegas (1580-1645), natural de Madrid, es, entre los escritores españoles, el de más instrucción é inteligencia de los de su época. En poesía se distinguió por sus composiciones *Roma antigua y moderna*, *Epístola al Conde Duque de Olivares*, sátira *Contra*

el matrimonio, y por innumerables romances y letrillas de peregrino ingenio, que algunas veces, en fuerza de ser sutil, peca de retorcido.

Juan de Jáuregui, sevillano, pasa á la historia por una admirable traducción de la *Aminta* del Tasso, y por varias poesías originales recogidas bajo el título de *Rimas*.

Esteban Manuel de Villegas, en sus *Eróticas*, aparece como un poeta delicado y armonioso.

Algunos otros nombres se citan entre los cultivadores de la lírica en el siglo XVII; pero sus obras son de escaso mérito literario y artístico.

**Género épico.**—Pocas son las obras pertenecientes á este género que se escribieron en el *Siglo de oro*. Sin embargo, se citan con elogio la *Jerusalén conquistada*, de Lope de Vega; *La Cristiada*, de Fray Diego de Ojeda; *La creación del mundo*, del doctor Alonso de Acebedo, y *La Gatomaquia* y *La Mosquea*, parodias de las composiciones serias del género. *La Gatomaquia*, firmada por Tomé Burquillos, ha sido atribuída generalmente á Lope de Vega, y *La Mosquea* es original del doctor José de Villaviciosa, natural de Sigüenza, nacido en 1583 y fallecido en 1658.

**Género dramático.**—El primer dramático del siglo XVII es Lope de Vega, apellidado el *Fénix de los ingenios*, que legó á la posteridad una labor abundantísima é inspirada. Entre las más celebradas figuran *El mejor alcalde el rey*, *La estrella de Sevilla*, *El castigo sin venganza*, *La niña boba*, *La moza de cántaro* y *Lo cierto por lo dudoso*. La fecundidad dramática de este insigne autor no ha sido superada por nadie dentro ni fuera de España. Lope es el verdadero creador del Teatro nacional, que tuvo por precursores á Lope de Rueda, Torres-Naharro,



Timoneda y otros ya citados. El número de dramas y comedias que escribió es realmente fabuloso, y se hace ascender por algunos á 1.800 entre unos y otras.

Guillén de Castro fué autor de unas 50 obras, entre las que se destaca la titulada *Las mocedades del Cid*, en la cual se inspiró Corneille para escribir su tragedia *El Cid*.

Luis Vélez de Guevara, nacido en Écija en 1574 y fallecido en 1644, compuso muchas comedias, siendo las mejores *Más pesa el rey que la sangre*, *La luna de la sierra* y *Reinar después de morir*.

Antonio Mira de Amescua se distinguió como poeta lírico, y como autor dramático escribió algunas obras de relativo mérito.

Juan Ruiz de Alarcón, mejicano, fué uno de los más celebrados autores de su tiempo. Sus principales obras son: *La verdad sospechosa*, *Las paredes oyen*, *La prueba de las promesas* y *El examen de maridos*.

Tirso de Molina, seudónimo de Fray Gabriel Téllez, escribió cerca de 300 comedias. Nació en Madrid en 1572 y falleció en Soria en 1648. Es uno de los escritores más atrevidos de su época. Entre las obras que más fama le dieron se cuentan: *La prudencia en la mujer*, *Don Gil de las calzas verdes*, *El vergonzoso en palacio*, *El burlador de Sevilla*, *La villana de Vallecas*, *El condenado por desconfiado* y *Cómo han de ser los amigos*.

Francisco de Rojas Zorrilla, nació en Toledo en 1607 y murió en 1660. Escribió comedias y dramas de gran mérito, entre los cuales se citan con elogio: *García de Castañar*, *Entre bobos anda el juego* y *Donde hay agravios no hay celos*.

Agustín Moreto, nació en Madrid en 1618 y murió en 1669. Fué sacerdote y obtuvo una gran reputación

como autor dramático. Sus comedias más celebradas son: *El desdén con el desdén* y *El lindo Don Diego*.

Pedro Calderón de la Barca, madrileño, nacido en 1600 y muerto en 1681, comparte con Lope de Vega la supremacía del Teatro en España. Compuso obras de todos los géneros, y se mencionan como las más importantes: *El alcalde de Zalamea*, *La vida es sueño*, *El mayor monstruo*, *los celos*, *El mágico prodigioso*, *La dama duende*, *Casa con dos puertas*, *La niña de Gómez Arias* y *El médico de su honra*. Cultivó con gran fortuna los llamados *Autos Sacramentales*. Son notables entre éstos *La devoción de la Cruz* y *La cena de Baltasar*. El teatro de Calderón, que ha recorrido el mundo en triunfo, se caracteriza por su elevación, por la profundidad de los problemas filosóficos que plantea, esclarece y resuelve con gran acierto, y por un lirismo peculiar á esta gloria de nuestra literatura dramática.

Entre los dramáticos de segundo orden citaremos los nombres del Dr. Juan Pérez de Montalbán, de Antonio de Solís, los hermanos Figueroa, Juan Matos Fragoso, Ramírez de Arellano, Gaspar de Aguilar, Rodrigo de Herrera y otros muchos.

PROSA.— **Novela.**— Miguel de Cervantes Saavedra, nacido en Alcalá de Henares en 1574 y muerto en 1616, es la primera figura de nuestra gloriosa historia literaria. Fué herido en la batalla de Lepanto (de aquí su sobrenombre *El manco de Lepanto*), y estuvo cautivo en Argel. Cultivó varios géneros con fortuna, y nos dejó varios sonetos, algunas obras dramáticas, como *Los tratos de Argel*, la *Numancia* y unos cuantos entremeses, entre los cuales se destaca el que lleva por título *Los habladores*, que todavía se representa. Cervantes alcanza en la prosa nove-

lesca, entre los escritores de todos los tiempos, el primer lugar con la publicación de su inmortal obra *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, novela destinada en apariencia á ridiculizar los libros de caballerías, pero que por su forma y por su contenido, bastaría por sí sola para crear una lengua, para caracterizar una literatura y para enorgullecer un pueblo. Además publicó otras obras de elevado mérito, como las *Novelas ejemplares*, entre las que pueden citarse con elogio *Rinconete y Cortadillo*, *El Licenciado Vidriera*, *El celoso extremeño*, *La ilustre fregona*; y *La Galatea*, novela pastoril. La obra más endeble de Cervantes es, sin duda, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. El *Quijote* se ha traducido á todos los idiomas, paseando en triunfo por el mundo las bellezas de una obra tan humana y tan española.

El prosista más importante después de Cervantes, en el siglo XVII, es D. Francisco de Quevedo, que, con *El gran tacaño*, *El alguacil alguacilado*, *Las zahurdas de Plutón* y *El sueño de las calaveras*, adquirió el gran renombre que ha tenido y tiene dentro y fuera de España. Entre las obras que más han contribuido al renombre de Quevedo están *Los sueños* y *El buscón*. Al lado de un ingenio peregrino y de un espíritu cáustico de extraordinaria intención, puede ponerse, según ya hemos indicado, en el haber de este ilustre escritor un estilo alambicado que exige á menudo la interpretación del sentido de sus palabras.

**Historia.**—Por orden cronológico, el primer historiador del siglo XVII es Francisco Moncada, que escribió la *Historia de la expedición de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*.

Francisco Manuel de Melo es notable por haber escrito

la *Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña*.

Y el último historiador de este siglo es Antonio de Solís, autor de la *Historia de la conquista de Méjico*, que constituye un prodigio de estilo y de lenguaje.

**Didáctica.**—Los únicos escritores dignos de mención son: Diego Saavedra Fajardo, esclarecido diplomático y autor de las *Empresas políticas ó idea de un príncipe político cristiano*, *La república literaria*, *Corona gótica* y *Política y razón de Estado del Rey Católico D. Fernando*; Baltasar Gracián, autor de *Agudeza y arte de ingenio* y de *Héroe y criticón*, y Juan de Zabaleta, que escribió los *Errores celebrados* y los *Problemas varios*, entre otras obras.

## SIGLO XVIII

**POESÍA.—Géneros lírico y épico.**—Pasando por *Jorge Pitillas*, seudónimo que se atribuye á D. José Gerardo Hervás, que publicó en el *Diario de los literatos*, en 1742, una extensa *Sátira contra los malos escritores*, el primer poeta que aparece en el siglo XVIII, es D. Nicolás Fernández de Moratín (1737-1780), madrileño, fundador de la célebre tertulia literaria *Fonda de San Sebastián*. Cultivó todos los géneros, citándose entre sus composiciones líricas, la *Fiesta de toros*; entre las épicas, *Las naves de Cortés destruidas*, y entre las dramáticas, *La Petimetra*.

José Cadalso, nació en Cádiz, en 1741, y falleció en 1782. Como autor de composiciones líricas, se hizo notar por un libro que publicó con el título de *Ocios de la juventud*. La mayor fama de Cadalso se la dieron sus trabajos en prosa, entre los que se cita siempre con elogio el

titulado *Eruditos á la violeta*. Fué gran amigo de Moratín y fundó la Escuela Poética de Salamanca.

No nos detendremos á hablar de José Iglesias de la Casa, ni de Fray Diego González, autores ambos de poesías líricas muy estimables, para dedicar mayor espacio al ilustre D. Juan Meléndez Valdés, natural de Ribera del Fresno, que nació en el año 1754 y murió en Montpellier en 1817. Meléndez Valdés fué uno de los escritores más renombrados de su época y acaso uno de nuestros primeros líricos. Sus obras más celebradas son: *El jilguero*, *El canto de la alondra*, *La corderita*, *Los segadores* y mil más, todas ellas impregnadas de una exquisita sensibilidad y de una delicadeza incomparable.

También debe ser citado con elogio, entre los poetas líricos de esta centuria, Nicasio Álvarez de Cienfuegos.

Iriarte y Samaniego alcanzaron gran popularidad en el cultivo de la fábula. Los dos fueron poetas fáciles, que se distinguieron por la originalidad y la gracia de su elocución y por lo suelto y vario de sus combinaciones métricas.

**Género dramático.**—Sólo dos escritores merecen citarse con encomio entre los que cultivaron la dramática en esta centuria: D. Ramón de la Cruz (1731-1794), y don Leandro Fernández de Moratín (1770-1828). El primero escribió sainetes admirables pintando las costumbres del pueblo bajo madrileño, tales como *Manolo*, *El muñuelo*, *Las castañeras picadas* y *La comedia de Maravillas*. El segundo, imitador del teatro de Molière, puede decirse que fué el restaurador de la literatura dramática castellana. Sus comedias más dignas de elogio son: *El sí de las niñas*, *La comedia nueva ó el café*, *La mojigata* y *El viejo y la niña*. Escribió también algunas composiciones líricas

y satíricas; es notable entre estas últimas *La derrota de los pedantes*.

PROSA.—Ningún prosista de este período, ni Fray Benito Jerónimo Feijóo con sus *Cartas eruditas* y su *Teatro Crítico*, ni Ignacio de Luzán, con ser muy apreciables, llegan á la altura del Padre José Francisco Isla, y de Gaspar Melchor de Jovellanos, verdaderos maestros de la prosa castellana en el siglo XVIII. El Padre Isla, con su ingeniosísima *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas*, condenación satírica de los extravíos oratorio-sagrados de su tiempo, adquirió una gran popularidad; y Gaspar Melchor de Jovellanos, con sus discursos, memorias, cartas y monografías, modelos de estilo claro, recto juicio y corrección de lenguaje, fué tenido en alta estima por sus contemporáneos. *El tratado de la declamación*, *Memorias del castillo de Bellver* y *Elogio de las Bellas Artes*, fueron sus obras más principales. También su *Informe sobre la ley agraria* es muy de tener en cuenta.

Otros prosistas buenos de este período fueron: Gregorio Mayans y Siscar (1699-1781), que escribió los *Ensayos oratorios* y los *Orígenes de la lengua castellana*; Juan Pablo Forner, que compuso la *Oración apologética por España y su mérito literario*, y Antonio Capmany y Montpalau, autor del *Teatro histórico y crítico de la elocuencia castellana* y de la preceptiva literaria *Filosofía de la elocuencia*.

## SIGLO XIX

POESÍA.—Géneros lírico y épico.—Juan Bautista Arriaza fué un mediano poeta lírico. Escribió, entre otras obras de dudoso mérito, *La profecía del Pirineo* y *Los defensores de la patria*.

Félix José Reinoso, se cita aquí como autor del poema *La inocencia perdida*, de asunto análogo al *Paraíso perdido*, de Milton.

Manuel José Quintana, discípulo y amigo de Juan Meléndez Valdés, nació en Madrid en 1772, y murió en 1859. Fué el más celebrado poeta de su tiempo, hasta el punto de que la reina Isabel II lo hizo coronar. Sus composiciones más notables son: *El combate de Trafalgar*, *Guzmán el Bueno* y la oda *A la invención de la Imprenta*.

Juan Nicasio Gallego es también muy celebrado por sus poesías *A la defensa de Buenos Aires*, *El 2 de Mayo* y la titulada *Influencia del entusiasmo en las Bellas Artes*.

José Espronceda, nacido en Almendralejo en 1810, y fallecido en Madrid en 1842, es uno de los más populares poetas españoles. Fué revolucionario y cínico al igual de su modelo Byron. Sus obras más conocidas son: *El diablo mundo*, *El estudiante de Salamanca*, *La vuelta del cruzado* y la oda *Al sol*.

El Padre Juan Arolas fué un poeta lírico admirable. Sus composiciones *El cerco de Zamora*, *Don Nuño*, *conde de Lara* y las orientales *També y Laila* y *La mancha del turbante*, son verdaderamente insuperables.

El político D. Nicomedes Pastor Díaz escribió algunas bellas poesías líricas, como las tituladas *A la luna*, *La mariposa negra* y *La sirena del Norte*.

Gertrudis Gómez de Avellaneda, como José María de Heredia, no fué española de nacimiento, y sin embargo, ambos figuran en nuestra literatura, porque escribieron en idioma castellano la mayor parte de sus composiciones. De la Avellaneda merecen citarse las poesías madrigalescas y la oda *A la poesía*; y de Heredia, los sonetos y las odas *Al sol*, *Al océano* y *Al huracán*.

Gustavo Adolfo Bécquer, nació en Sevilla en 1836, y murió en Madrid en 1870. Fué un admirable poeta y un excelente prosista. Sus *Rimas* son extraordinariamente bellas, y sus leyendas y sus cartas tienen un soberano encanto.

Bernardo López García, aunque no hubiera escrito más que las célebres décimas *Al 2 de Mayo*, tendría bastante para pasar á la historia literaria con un altísimo nombre de poeta.

Gabriel García Tassara es otro de los líricos de esta centuria. Sus obras más importantes son las tituladas: *La nueva inspiración*, *El desaliento* y *La tempestad*.

Ventura Ruiz de Aguilera, de gran popularidad entre los escritores de su tiempo, se distingue como poeta lírico en las composiciones que integran sus libros: *Rimas varias* y *Ecos nacionales*. Sus *Cantares*, *Sátiras* y el tomo de elegías *El dolor de los dolores* también fueron muy celebrados.

José Zorrilla es el poeta de la raza española. Nació en Valladolid en 1817 y murió en Madrid en 1893. Ningún poeta ha superado á Zorrilla en fantasía sentimental ni en exuberancia de forma. Cultivó todos los géneros y en todos brilló á gran altura. Hoy la mayor popularidad de Zorrilla estriba en sus *Leyendas* y *Tradiciones*, *Margarita la Tornera*, *La leyenda de Alhama*, y en sus obras dramáticas, principalmente el drama religioso-fantástico, *Don Juan Tenorio*, que se representa todos los años, en una época determinada, en casi todos los escenarios de España. Á nuestro juicio, la obra dramática más perfecta de Zorrilla es la titulada *Traidor, inconfeso y mártir*. La coronación en Granada de este insigne poeta, de léxico inagotable, revistió gran solemnidad.



Gaspar Núñez de Arce y Ramón de Campoamor han sido los poetas más apreciados por la crítica y por el público, después de la muerte de Zorrilla. El primero fué un enamorado de la forma, y, en estilo impecable, compuso preciosos poemas narrativos, entre los cuales merecen citarse los titulados: *La Pesca*, el *Idilio* y *El Vértigo*. El segundo fué más filósofo que poeta, aunque escribió en verso casi todas sus obras; pero el verso de Campoamor dista mucho de ser un modelo de perfección y galanura. Más enamorado del fondo que de la forma, las *Doloras* y las *Humoradas*, así como los *Pequeños poemas*, son de admirar esencialmente por el pensamiento que los informa.

Hubo muchos más poetas líricos en el siglo XIX, y de ellos citaremos únicamente los nombres: Alberto Lista, el Duque de Rivas, Martínez de la Rosa, Ventura de la Vega, Bartrina, Selgas, Zapata, el inspiradísimo y malogrado autor de las bellezas naturales de Castilla y Extremadura Gabriel y Galán, Balart y otros muchos.

**Género dramático.**—Francisco Martínez de la Rosa adquirió su reputación literaria en el teatro, especialmente con sus obras *Edipo*, *Aben-Humeya* y *La conjuración de Venecia*. Nació en Granada en 1789 y murió en Madrid en 1862.

Antonio Gil de Zárate, á quien se tacha de falta de calor literario, contribuyó con Bretón de los Herreros á levantar el Teatro de la postración en que había caído; su obra más aplaudida es *Guzmán el Bueno*.

Ángel de Saavedra, Duque de Rivas, como Zorrilla, cultivó todos los géneros; pero en el que más fama alcanzó fué en el dramático. Su obra más importante es *Don Alvaro ó la fuerza del sino*.

Antonio García Gutiérrez fué uno de los más afamados escritores dramáticos de su tiempo. Su obra *El Trovador* alcanzó tan gran éxito, que el público solicitó la presencia del autor en la escena, siendo esta la primera vez que un autor pisó el proscenio para recibir el homenaje de admiración de los espectadores. *Venganza Catalana* le dió asimismo justa notoriedad.

Juan Eugenio Hartzenbusch adquirió gran renombre con sus dramas *Los amantes de Teruel* y *La jura en Santa Gadea*.

Ventura de la Vega fué muy celebrado por sus comedias, entre las cuales descuella *El hombre de mundo*. También fué muy encomiada su obra *La muerte de César*.

Don Manuel Bretón de los Herreros es el príncipe de la comedia española. Entre las muchas que escribió sobresalen: *Marcela ó ¿cuál de los tres?*, *El pelo de la dehesa* y *Muérete y verás*. Contribuyó en grado sumo, según ya hemos dicho, al progreso de nuestro teatro. Este pintor admirable de la clase media compuso también *¿Quién es ella?* y *La batelera de Pasajes*.

Es de observar que á la temporal preferencia de nuestro gusto literario por el drama romántico y el melodrama, se impusieron el drama social y la llamada comedia de costumbres, que tuvieron sus más afortunados cultivadores en Tamayo, Ayala y Echegaray.

Adelardo López de Ayala alcanzó grandes éxitos con sus obras *Consuelo*, *El tanto por ciento*, *Un hombre de Estado* y *El tejado de vidrio*. Como poeta lírico nos dejó bellísimas composiciones.

*Joaquín Estébanez*, seudónimo de D. Manuel Tamayo y Baus, fué otro escritor importantísimo de este período de la literatura. Como autor dramático se consagró con

sus obras *Un drama nuevo*, *Virginia* y *Locura de amor*.

Dedicaremos también un caluroso elogio al fecundo D. José Echegaray, que durante cincuenta años ha mantenido enhiesto el pabellón teatral de España. Sus obras, entre las que figuran *En el seno de la muerte*, *Mancha que limpia*, *En el puño de la espada*, *Sic vos non vobis*, *El estigma* y *El loco Dios* extendieron su fama hasta el punto de alcanzar el premio Nobel, consagración mundial reservada á los hombres eminentes (1).

Narciso Serra también compuso comedias muy estimables, como *Don Tomás*, *Nadie se muere hasta que Dios quiere* y *La calle de la Montera*, y no debe cerrarse este punto sin mencionar con elogio á Feliú y Codina, autor de *La Dolores*.

**Novela.**—Si no llegó en el siglo XIX este género literario á las cumbres del pensamiento humano, no dejan de figurar en sus anales nombres ilustres, entre los cuales citaremos con elogio á D. Manuel Fernández y González, que escribió obras tan admirables como *El cocinero de S. M.* y *Men Rodríguez de Sanabria*; á Navarro Villoslada, autor de *Amaya*; á Fernán Caballero, ilustre escritora de costumbres; á D. Pedro Antonio Alarcón, por sus novelas cortas, entre las que descuellan *El niño de la bola*

---

(1) Habida cuenta de la naturaleza de nuestro trabajo y por consideraciones que saltan á la vista, límitase este breve resumen histórico de la Literatura española al siglo XIX y á los autores que han legado su nombre á la posteridad. Si se cita á D. José Echegaray es por la circunstancia de que su obra literaria cae por completo dentro de la pasada centuria. Por la consideración antes expuesta no debe extrañarse que resistamos á la tentación de consignar aquí la labor de Pérez Galdós, gloria de la novela española, y del insigne Benavente, que hoy comparte con D'Annunzio el cetro del genio latino en el campo escénico.

y *El sombrero de tres picos*; á D. Juan Valera, portentoso ingenio y autor de *Doña Luz y Pepita Jiménez*; á Pereda, insigne autor de *Sotileza*, *Peñas arriba* y otras notables obras, sin olvidar los nombres de Estébanez Calderón, Mesonero Romanos, Trueba y algunos otros.

**Historia.**—Como historiadores deben figurar los nombres de Lafuente, San Miguel, Castelar, Cánovas del Castillo, Fernández Guerra, Gayangos, Bofarull, el Conde de Toreno, Yanguas, Fernández Navarrete y Muñoz, entre otros muchos cultivadores de este género literario.

**Didáctica.**—En este género debemos citar especialmente los siguientes trabajos: *Cartas á un excéptico* y *El criterio*, de Balmes; *Las luchas de nuestros días*, de Pi y Margall; las obras de filosofía cristiana de Domingo Cortés, Fray Ceferino González y Orti Lara; las de Sanz del Río, vulgarizador del krausismo; las *Cartas trascendentales* de Castro y Serrano, y la *Historia de las ideas estéticas en España* y *Los heterodoxos españoles*, del gran polígrafo Menéndez y Pelayo. Mención especial merecen en este lugar el malaventurado *Fíguro* (Mariano José de Larra), que tuvo como competidores en sus críticas á Estébanez Calderón y á Mesonero Romanos; *Clarín* (Leopoldo Alas), Costa, gran pensador y escritor; Ganivet, Eusebio Blasco, Navarro Ledesma y otros muchos, que si no produjeron obras de importancia definitiva, dejaron profunda huella de su ingenio y de su cultura en la cátedra, en la tribuna y en el periodismo.

**Oratoria.**—En la oratoria, que alcanzó en nuestra patria durante la segunda mitad del siglo XIX momentos de verdadera grandeza, se registran, entre otros nombres ilustres, los de Muñoz Torrero, Martínez de la Rosa, Donoso Cortés, Joaquín María López, González Bravo, Al-

calá Galiano, Olózaga, Ríos Rosas, López de Ayala, Cánovas, Sagasta, Salmerón, Silvela, Pacheco, Cortina, Nocedal, Aparisi y Guijarro, Moret y Canalejas.

Entre todos descuella el nombre de Castelar, digno de figurar al lado de los más grandes oradores de todos los tiempos.

---

## TROZOS SELECTOS

---

### DEL POEMA DEL CID

—Oid que vos digo, infantes de Carrión:  
Esta lid en Toledo la ficierais, mas no quisisteis vos:  
Estos tres caballeros de mío Cid el Campeador,  
Yo los aduje á salvo á tierras de Carrión.  
Haded vuestro derecho, tuerto no querades vos,  
Que quien tuerto quisiere facer, mal se lo vedare yo,  
Y todo mío reino non habrá buena sabor.

Ya les va pesando á los infantes de Carrión.  
Los fieles y el rey enseñaron los mojones.  
Librábanse del campo todos derredor:  
Bien se lo demostraron á todos seis como son,  
Que allí sería vencido quien saliese del mojón.  
Todas las gentes despejaron aderredor  
De seis astas de lanza que no llegasen al mojón;  
Sorteábanles el campo, ya les partían el sol.

---

## DEL POEMA DE ALEJANDRO

—Señor, decían las dueñas, nos somos malhadadas,  
Que fincamos señeras y desaconsejadas;  
No somos caballeros que prendramos soldadas,  
Habremos á venir como mal aventuradas.  
Señor, tú nos honrabas con sola tu bondad;  
No cataba á nos, mas á la tu piedad.  
Señor, no fué en hombre tan magna caridad,  
Por facer sobre cautivas tan magna igualdad.

GONZALO DE BERCEO.

---

## DEL LIBRO DE LAS QUERELLAS

A ti Diego Pérez Sarmiento, leal  
Cormano y amigo y firme vasallo,  
Lo que á míos homes de cuita les callo  
Entiendo decir, plañendo mi mal:  
A ti, que quitaste la tierra y caudal  
Por las mis haciendas en Roma y allende,  
Mi péndola vuela; escúchala dende,  
Que grita doliente con fabla mortal.  
¡Cómo yaz solo el rey de Castilla,  
Emperador de Alemania que fué,  
Aquel que los reyes besaban el pie  
Y reinas pedían limosna é mancilla:  
El que de hueste mantuvo en Sevilla  
Cien mil de caballo y tres dobles peones;  
El que acatado en lejanas regiones  
Fué por las sus tablas y por su cuchilla.

## DE LAS «SIETE PARTIDAS»

### Prólogo.

Dios es comienzo é medio é acabamiento de todas las cosas, é sin él ninguna cosa puede ser, ca por el su poder son fechas é por el su saber son gouernadas é por la su bondad son mantenidas. Onde todo ome que algún buen fecho quisiere comenzar, primero deue poner é adelantar á Dios en él, rogándole é pidiéndole merced, que le dé saber, é voluntad, é poder, porque lo pueda bien acabar.

DON ALONSO EL SABIO.

### NIÑECES DE ESPLANDIÁN

Habiendo Esplandián cuatro años que naciera, Nasciano el ermitaño envió por él que gelo trujesen, y él vino bien criado de su tiempo; é viólo tan fermoso, que fué maravillado, é santiguándolo, lo llegó á sí, y el niño lo abrazaba como si lo conociera. Entonces hizo volver al ama, é quedando allí un fijo que de la leche criara á Esplandián; y entrambos estos niños andaban jugando cabe la ermita; de que el santo hombre era muy alegre, é daba gracias á Dios porque había querido guardar tal criatura. Pues así acaeció que, siendo Esplandián cansado de folgar, echóse á dormir debajo de un árbol, é la leona—que ya oiste que algunas veces venía al ermitaño, y élle daba pe comer, cuando lo había—vió al niño é fuése á él é andovo un poco al derredor oliéndolo, y después cabe él; y el otro niño fué, llorando, al diciendo cómo un can grande quería co; El hombre bueno salió é vió la leona,



se vino á él, falagándolo; é tomó el niño en sus brazos, que era ya despierto, é como vió la leona, dijo: «Padre, hermoso can es éste. ¿Es nuestro?»—«No», dijo el hombre bueno, «sino de Dios, cuyas son todas las cosas.»—«Mucho querría, padre, que fuese nuestro.» El ermitaño hobo placer é dijole: «Fijo, ¿queréisle dar de comer?»—«Sí», dijo él. Entonces trajo una pierna de gamo que unos ballesteros le dieran; y el niño dióla á la leona y llegóse á ella é poníale las manos por las orejas é por la boca. É sabed que de allí adelante siempre la leona venía cada día é guardábalo, en tanto que fuera de la ermita andaba. É de que más crecido fué, dióle el ermitaño un arco á su medida, é otro á su sobrino; é con aquéllos, después de haber leído, tiraban, é la leona iba con ellos, é, si herían algún ciervo, ella gelo tomaba; é algunas veces venían allí algunos ballesteros, amigos del ermitaño, é íbanse con Esplandián á cazar por amor de la leona, que les alcanzaba la caza, é de entonces aprendió Esplandián á cazar.

AMADÍS DE GAULA.

## DEL ROMANCERO DEL CID

Cuidaba Diego Laínez  
De la mengua de su casa,  
Fidalga, rica y antigua  
Antes de Iñigo de Abarca.  
Y viendo que le fallecen  
Fuerzas para la venganza,  
Cien años por sus luengos días  
El que á no puede tomalla;  
Fué por á no puede dormir de noche,

Ni gustar de las viandas,  
Ni alzar del suelo los ojos,  
Ni osar salir de su casa;

Ni hablar con sus amigos,  
Antes les niega la fabla,  
Temiendo que les ofenda  
El aliento de su infamia.

Estando, pues, combatiendo  
Con estas honrosas bascas,  
Para usar desta experiencia,  
Que no le salió contraria;

Mandó llamar á sus hijos,  
Y sin decilles palabra,  
Les fué apretando uno á uno  
Las hidalgas tiernas palmas;

No para mirar en ellas  
Las quirománticas rayas,  
Que este fechicero abuso  
No era nacido en España:

Mas prestando al honor fuerzas  
A pesar del tiempo y canas,  
A la fría sangre y venas,  
Nervios, arterias heladas,

Les apretó de manera  
Que dijeron: «Señor, basta,  
¿Qué intentas ó qué pretendes?  
Suéltanos ya, que nos matas.»

Mas cuando llegó á Rodrigo,  
Casi muerta la esperanza  
Del fruto que pretendía,  
Que á do no piensan se halla;

Encarnizados los ojos,

Cual furiosa tigre hircana,  
Con mucha furia y denuedo  
Le dice aquestas palabras:

«Soltedes, padre, en mal hora,  
Soltedes en hora mala,  
Que á no ser padre, no hiciera  
Satisfacción de palabras:

Antes con la mano mesma  
Vos sacara las entrañas,  
Faciendo lugar el dedo,  
En vez de puñal ó daga.»

Llorando de gozo el viejo  
Dijo: «Fijo de mi alma,  
Tu enojo me desenoja,  
Y tu indignación me agrada.

Esos bríos, mi Rodrigo,  
Muéstralos en la demanda  
De mi honor, que está perdido  
Si en ti no se cobra y gana.»

Contóle su agravio, y dióle  
Su bendición, y la espada  
Con que dió al conde la muerte  
Y principio á sus fazañas.

ESCOBAR.

---

## DEL ROMANCE DE CAUTIVOS

Amarrado al duro banco  
De una galera turquesa,  
Ambas manos en el remo  
Y ambos ojos en la tierra,  
Un forzado de Dragut

En la plaza de Marbella  
Se quejaba al ronco son  
Del remo y de la cadena:

«¡Oh sagrado mar de España,  
Famosa playa y serena,  
Teatro donde se han hecho  
Cien mil navales tragedias!

Pues eres tú el mismo mar  
Que con sus crecientes besas  
Las murallas de mi patria  
Coronadas y soberbias,

Tráeme nuevas de mi esposa,  
Y dime si han sido ciertas  
Las lágrimas y suspiros  
Que me dice por sus letras.

Porque si es verdad que llora  
Mi cautiverio en tu arena,  
Bien puedes al mar del Sur  
Vencer en lucientes perlas.

Dame ya, sagrado mar,  
A mi demanda respuesta:  
Que bien puedes, si es verdad  
Que las aguas tienen lenguas;

Pero, pues no me respondes,  
Sin duda alguna que es muerta,  
Aunque no lo debe ser  
Pues que yo vivo en su ausencia.

Pues he vivido diez años  
Sin libertad y sin ella,  
Siempre al remo condenado,  
A nadie matarán penas.»

En esto se descubrieron

De la religión seis velas,  
Y el cómitre mandó usar  
Al forzado de su fuerza.

GÓNGORA.

DE LA ÉGLOGA DE CARNESTOLENDAS

Roguemes á Dios por paz;  
Pues que D<sup>el</sup> sólo se espera,  
*Quél es la paz verdadera.*

El que vino desde el cielo,  
A ser la paz, á la tierra,  
Él quiera ser desta guerra  
Nuestra paz en este suelo;  
Él nos dé paz y consuelo,  
Pues que D<sup>el</sup> sólo se espera,  
*Quél es la paz verdadera.*

Mucha paz nos quiera dar  
El que á los cielos da gloria.  
Él nos quiera dar victoria,  
Si es forzado guerrear.  
Mas si se puede excusar,  
Dénos paz muy placentera;  
*Quél es la paz verdadera.*

Si guerras forzadas son,  
Él nos dé tanta ganancia,  
Que á la flor de lis de Francia,  
La venza nuestro León.  
Mas, por justa petición,  
Pidámosle paz entera,  
*Quél es la paz verdadera.*

JUAN DEL ENCINA.

FRAGMENTO DE UNA EPÍSTOLA  
A JUAN DE MENA

La muy polida é erudita obra de vuestra merced que leva por nombre *La segunda orden de Mercurio* ha placido asaz al rey, que por deporte la leva á los caminos é á las cazas, magüer que algunos guerrean con aquel metro que diz:

Mas al presente hablar...  
Verdad lo permite, temor lo devieda:

é aquellos que más se aplacen en la cara, más se pelliscan en el corazón. El almirante me demandó en la presencia del rey, que cuál temor vieda á vuestra merced el hablar. É yo le repuse que los historiadores é poetas antiguos callaban del tiempo presente; no de menos por no mancillar, que por no far de los aduladores: é que temor de non ser adulador tapaba á vuestra merced la boca, ca á un home letrado é de vuestra compostura era mal contado el far de acueioso adulador. El rey ha loado, é repite á menudo el metro:

Que muchos entelles fagamos ya dares  
Y muchos tambien de dares, entelles

Y diz el rey que vos diga que su señoría os represe este metro, é diz que sonaría más polido:

Que muchos entelles fagamos ya dares  
E muchos de dares fagamos entelles.

El rey se recrea de metrificar; é por ende vos desembargadamente debiérades acuciarle, ca acogerá vuestros metros asaz de grado, aunque sean aborridos de los inci-

pientes de aquí. Conviene no se entiendan las cosas dichas.

II. Por deporte vuestro me placería tener novelas que mandarle; mas vuestra merced es tan cumplidamente mencionado de todo, que si no ajuntáis el compendio historial en las siete órdenes de los planetas, habremos muy cumplido el compendio. Íñigo López de Mendoza, se ha proferto al rey que le mandaréis la coronación para el Pentecostés; é la voluntad de los reyes no es de la natura de la de los otros hombres, ca non pueden sufrir que del repuesto á la mesa, les tarde el perejil ó el manjar que les place. Con esta comparativa digo á vuestra merced que trabaje bien, é nuestro Señor, etc.

FERNÁN GÓMEZ DE CIBDARREAL

---

A LA MUERTE DEL MAESTRE  
DON RODRIGO, SU PADRE

---

(FRAGMENTO)

Recuerde el alma dormida,  
Avive el seso y despierte  
Contemplando  
Cómo se pasa la vida,  
Cómo se viene la muerte,  
Tan callando:  
Cuán presto se va el placer,  
Cómo después de acordado  
Da dolor,  
Cómo á nuestro parecer

Cualquiera tiempo pasado  
Fué mejor.

Y pues vemos lo presente  
Cómo en un punto es ido  
Y acabado,  
Si juzgamos sabiamente,  
Daremos lo no venido  
Por pasado.  
No se engañe nadie, no,  
Pensando que ha de durar  
Lo que espera  
Más que duró lo que vió,  
Porque todo ha de pasar  
Por tal manera.

Nuestras vidas son los ríos  
Que van á dar en la mar,  
Que es el morir;  
Allí van los señeríos  
Derechos á se acabar  
Y consumir;  
Allí los ríos caudales,  
Allí los otros medianos  
Y más chicos;  
Allegados son iguales  
Los que viven por sus manos  
Y los ricos.

Dejo las invocaciones  
De los famosos poetas  
Y oradores;  
No curo de sus ficciones,  
Que traen hierbas secretas  
Sus sabores.



A aquél sólo me encomiendo,  
Aquél sólo invoco yo  
De verdad,  
Que en este mundo viviendo,  
El mundo no conoció  
Su deidad.

JORGE MANRIQUE.

---

### CARTA A UNA DONCELLA ATRIBULADA

Muy amada Hermana en Jesucristo: El cuidado que me pone Dios de vuestra ánima, tengo por seña de merced. Porque, allende de ser obligado á ello por la ley de la caridad, espero ser participante en el gozo que de su mano os ha de venir, pues me da alguna compasión el desconsuelo que agora tenéis. ¡Dios sea en todo bendito, sus juicios adorados! que, por donde á nosotros parece perdida, por allí con su alto saber nos gana; y esto para darnos á entender nuestro poco saber é insuficiencia y para que de corazón nos ofrezcamos, llenos de fe, en sus manos, esperando remedio, sin saber el modo por donde ha de venir. Grandes combates tendréis, con los cuales recibirá alguna turbación vuestra ánima, porque, mirando á la vida pasada, pareceros ha que merece castigo, y los consuelos que habéis tenido, también os desmayarán, temiendo el regalo pasado no se os torne en ocasión de castigo, viendo que lo perdisteis; y no os faltará escrúpulo que os haga entender que por vuestra culpa; y juntarse ha con esto la tristeza que de presente sentís, y las angustias que de todas partes os cercan, y lo que adelante teméis que os vendrá. Todo esto junto os pondrá en tan

grande aprieto que os parezca estar en el angustia que el pueblo de Israel estuvo, cuando saliendo de Egipto se vió cercado por los lados de altísimos montes, y por delante con la mar; y los enemigos que por la espalda venían. Y sentiréis muchas veces lo que dijo David y sintió en sí mismo (Salmo XXX): «Yo dije en el ajenamiento de mi ánima: Desechado soy delante la faz de tus ojos»; y no faltarán demonios que os digan lo que á él: que no tenéis salud en vuestro Dios; veros heis tal que gustéis muchas veces angustias de muerte, y, aunque aquéllas tenéis en poco, atemorizada de la obscura sospecha de pensar que Dios os desama. Y tras esto suele venir dureza y apretura tan grande de corazón, que le parece á la persona participar ya de la obstinación y muerte que en el infierno tienen los que allá están.

BEATO JUAN DE ÁVILA.

---

### DE LA ÉGLOGA PRIMERA

El dulce lamentar de dos pastores,  
Salicio juntamente y Nemoroso,  
He de cantar, sus quejas imitando;  
Cuyas ovejas al cantar sabroso  
Estaban muy atentas, los amores  
—De pacer olvidadas—escuchando.  
Tú, que ganaste obrando  
Un nombre en todo el mundo,  
Y un grado sin segundo,  
Agora estés atento, solo y dado  
Al ínclito gobierno del estado

Albano, agora vuelto á la otra parte,  
Resplandeciente, armado,  
Representando en tierra al fiero Marte,  
Agora de cuidados enojosos  
Y de negocios libre, por ventura  
Andes á caza, el monte fatigando  
En ardiente jinete, que apresura  
El curso tras los ciervos temerosos,  
Que en vano su morir van dilatando:  
Espera, que en tornando  
Á ser restituído  
Al ocio ya perdido,  
Luego verás ejercitar mi pluma  
Por la infinita innumerable suma  
De tus virtudes y famosas obras;  
Antes que me consuma,  
Faltando á ti, que á todo el mundo sobras.

En tanto que este tiempo que adivino  
Viene á sacarme de la deuda un día,  
Que se debe á tu fama y á tu gloria;  
Que es deuda general, no sólo mía,  
Mas de cualquier ingenio peregrino  
Que celebra lo digno de memoria;  
El árbol de victoria,  
Que ciñe estrechamente  
Tu gloriosa frente,  
Dé lugar á la hiedra que se planta  
Debajo de tu sombra, y se levanta  
Poco á poco, arrimada á tus loores;  
Y en cuanto esto se canta,  
Escucha tú el cantar de mis pastores.  
Saliendo de las ondas encendido,

Rayaba de los montes el altura  
El sol, cuando Salicio, recostado  
Al pie de un alta haya, en la verdura,  
Por donde un agua clara con sonido  
Atravesaba el fresco y verde prado;  
Él, con canto acordado  
Al rumor que sonaba  
Del agua que pasaba,  
Se quejaba tan dulce y blandamente  
Como si no estuviera de allí ausente.

GARCILASO DE LA VEGA.

---

### CARTA A UN GENTILHOMBRE VENECIANO

Si vuestra Señoría no me hubiera conocido, quizá no me holgara que viera ese libro de Rafael Peregrino. Pero ya que el daño está recibido—como dicen en español;—ya que vuestra Señoría ha conocido al vivo, ó, por mejor decir, al muerto, tan perseguido; que á muertos se acostumbra ya á perseguir el poder humano—mejor dijera: la flaqueza humana débelos de temer, como niños á fantasmas; no importa, ¡vaya con el diablo! que vea mi retrato; que más imperfecciones habrá descubierto en mí la discreción de vuestra Señoría y la comunicación ordinaria—espía privilegiada—que el ojo y arte de un buen pintor en una persona fea. Ahí se le envió; que no hay pincel que tan bien retrate como la pluma. Y así habrían de temer más las imperfecciones humanas que tienen vergüenza, á los historiadores verdaderos, que á los grandes pintores las feas mujeres, que temen ser conocidas

de galanes. Pero, ojo, Señor, tiento en el juzgar, sea por advertimiento á cada uno; porque suelen los pintores retratar, sin que lo piensen, á quien los están mirando y juzgando.

ANTONIO PÉREZ.

DEL «ESCUADERO MARCOS DE OBREGÓN»

Yo le decía: «Mire, señora, que ya que no responda bien, á lo menos tiene obligación de callar como mujer principal; que en el silencio no puede haber que notar.» —«No soy yo mujer», decía ella, «á quien nadie ha de perder el respeto.» Si alguno le decía que era muy hermosa, ella le decía: «Y él hermoso majadero.» Díjole un día un mozalbillo no de mal talle: «Así se me tornen las pulgas en la cama.» Al cual muy de propósito respondió: «Debe dormir en alguna zahurda el lechón.»

Era tan descortés y sacudida, que todos lo iban de sus respuestas, y ella lo quedaba de mis reprensiones. A cierto clérigo de San Andrés, pequeño de cuerpo y grande de ánimo, conocido mío, que yendo muy pulido con una sobrepelliz muy blanca, porque le dijo que no se saliese de casa á hacer el oficio de la muerte, le replicó: «También habla el escarabajo hinchado?» Que, con aquel sacudimiento, tenía mucho donaire y gusto en cualquiera materia. Yo, entre muchas veces que la reprendí su vanidad, me arrojé una á decirle todo lo que me pareció, que, aunque ella estaba confiada en su buen parecer, quise ver si podía enmendalla con el mío, y le dije: «Vuesa merced usa de su hermosura lo peor del mundo, porque, pudiendo ser querida y loada de cuantos andan en él, quiere ser aborrecida de todos. Quien dice hermosura, dice apaci-

bilidad, dulzura, suavidad de condición y trato, y mezclándola con soberbia y desapacibilidad, se viene á convertir en odio lo que había de ser amor. Que un don tan excelente como la hermosura, concedido por merced de Dios, es razón que tenga alguna correspondencia con el ánimo. Que si no parece lo uno á lo otro, arguye mal entendimiento ó poco agradecimiento á la merced que Dios hace á quien lo da. Hermosura con mala condición es una fuente clarísima que tiene por guarda una víbora, y es sobrescrito y carta de recomendación que, en abriéndola, tiene un demonio dentro. ¿Hay en el mundo quien quiera ser aborrecido? ¿Hay quien quiera ser estimado en poco? No, por cierto. Pues quien tiene consigo porque le amen y estimen, ¿por qué quiere que le aborrezcan y menosprecien? ¿Es por fuerza que la hermosura ha de ser acompañada con vanidad, desdorada con ignorancia y conservada con locura?... ¿Qué hermosura se ha visto que no se estrague con el tiempo? ¿Qué vanidad que no venga á dar en mil bajíos? ¿Qué estimación propia que no padezca mil azares? Cierto que fuera bien que, como hay para las mujeres maestros de danzar y bailar, los hubiese también de desengaño... Mire no la castigue su presunción y demasiada estimación de su persona.»

VICENTE ESPINEL.

---

## RAZONAMIENTO SOBRE LA NAVEGACIÓN DEL GUADALQUIVIR

Los ríos, señores, son caminos y salidas que la natura hizo al mar; así que, si la utilidad del mar consideráis, entenderéis la de los ríos, que es la misma, con menos ocupar las tierras, y dejar mayores anchuras descubiertas

para la labor de los campos. El mar, pues, también como las otras cosas, hizo Dios para el servicio de los hombres, no para cumplimiento de bienes, sino por necesidad de la vida, que sin él en todas partes fuera rústica y desproveída, porque no hay cosa que más haga los hombres valer que poderse fácilmente pasar á aquellos lugares á do algún provecho pueden recibir, lo cual por beneficio de los mares se alcanza, que nos dan fácil camino á do quiera que pasar queremos. De aquí viene que los bienes de los hombres se comuniquen y se repartan: de aquí nace que las disciplinas se publiquen: de aquí procede que las industrias halladas en diversas naciones, para hacer más fácil la vida de los hombres, se ayunten todas en una región.

Ciertamente, señores, si el mar de todas maneras consideráis, hallaréis en él más provechos que arenas, los cuales bien consideraba Tolomeo, rey de Egipto, que quiso romper intervalo de veinte leguas por do se junta-se el mar Bermejo con el Mediterráneo, para que de estas partes, por derecho camino, se navegase á la India, do agora van los portugueses rodeando á toda Africa; y esto le impidió, no el gasto ni la grandeza de la obra, sino temor de anegar á Egipto, que los artífices hallaron ser más baja que las aguas de la mar; y otros príncipes han dado pasada por do han podido á los navíos, cuyas velas no son lino, mas son alas que Dios permitió que los hombres tuviesen con que el mundo rodeasen. Como en estos días vimos que hicieron los compañeros de Magallanes, portugués sabio y valiente capitán, que por mandado del emperador partieron al Occidente, y tres años pasados, tornaron por Oriente, haciendo la mayor vuelta que jamás se hizo, y que á este mundo á do vivimos se puede

GLOSAS

*¿Quién te hizo, Juan, pastor  
Sin gasajo y sin placer?  
Que tú alegre solías ser.*

Juan, estoy maravillado  
No de tu pena y tormento,  
Porque un triste pensamiento  
De veras enamorado  
Sojuzga el entendimiento;  
Sino en ver que tu dolor  
Tan alto te levantó,  
Que según te has con amor,  
Yo pienso que no acertó

*¿Quién te hizo, Juan, pastor?*

Naturaleza en el hito  
No acertó, Juan compañero;  
Hízote Dios caballero,  
Y ella errando el sobrescrito  
Púsote nombre vaquero;  
Pues yo te hago saber  
Que en cuantos viven amando,  
Harto pocos has de ver  
Que disimulen estando  
*Sin gasajo y sin placer.*

Aunque nunca vi pastor  
Que no muestre su cuidado,  
Estás tan disimulado  
Que pienso que el mismo amor  
No ve que eres namorado:  
Mides tanto el padecer



Con pensar en tu pastora,  
Que nadie podrá entender  
Por lo que muestras agora,  
*que tú alegre solías ser.*

JORGE DE MONTEMAYOR.

---

DEL COLOQUIO DEL PORFIADO

---

*Interlocutores:*

PAULO, FABIÁN, LUDOVICO, BACHILLER NARVÁEZ.

PAULO.—El señor Fabián viene aquí á gozar de la buena conversación de vuestro vecino, como le prometistes: mira que no nos falte, pues lo tenemos vendido por cosa notable.

LUDOVICO.—Su venida y la vuestra sean en buen hora: sentémonos; que de la de nuestro Bachiller no hay que dudar, porque él me dijo que sería aquí á las tres horas, y no es hombre que vuelve atrás de lo que dice.

FABIÁN.—Señor, yo salí de mi tierra por ver cosas señaladas, y según me habéis informado de la condición deste hombre, aunque no fuera tan docto como es, viniera á esta ciudad de Sevilla á sólo verlo porfiar, que decís lo hace diestramente.

LUDOVICO.—Ayer os decíamos el señor Paulo é yo que tenía esa habilidad: pues agora añido, y hago saber á vuestra merced, que no solamente es porfiado, pero es espíritu de contradicción, porque ninguna cosa ve afirmar á otro que no la contradice, y afirma y sustenta lo contrario: y no le faltan razones aparentes para lo uno y lo otro, porque, como os dijimos, verdaderamente es de agudo ingenio, y ha leído y visto mucho.

FABIÁN.—Por cierto que debe ser placer tratar á veces

con ese hombre, porque siempre se ofrecerán pláticas y materias de que se guste y aun se saque provecho.

PAULO.—Verdad es eso; pero todavía es pesadumbre verle siempre contradecir: y también habla tanto, que apenas da lugar á que otro hable donde él está.

FABIÁN.—De manera que se verifica en él lo que decía Hernando de Vega, que es peligro ser los hombres leídos, porque por la mayor parte son muy habladores.

LUDOVICO.—No sé si lo hace eso, pero en la verdad él lo es harto; y aun, lo que es peor, porfía y defiende algunas veces opiniones que no tiene razón en ellas.

FABIÁN.—Así acontece no pocas veces á los muy agudos, que confían mucho de sus letras y de su ingenio.

LUDOVICO.—Tanto es eso verdad, que aun en las cosas de fe comúnmente los más de los herejes que ha habido fueron hombres ingeniosos y letrados, pero confiados y soberbios.

PEDRO DE MEJÍAS.

---

## EL CRITICÓN

Visitando Critilo y Andrenio el mundo, busca, en vano, como Diógenes, algún hombre. Sátira de la que abandonan toda aspiración práctica por entregarse á ilusiones exageradas y vanas.

En busca iban de los hombres, sin poder descubrir uno, cuando al cabo de rato y cansancio toparon con medio, un medio hombre y medio fiera; holgóse tanto Critilo, cuanto se inmutó Andrenio, preguntando: «¿Qué monstruo es este tan extraño?»—«No temas, respondió Critilo, que este es más hombre que los mismos, este es el maestro de los reyes y el rey de los maestros, este es el sabio Quirón: ¡Oh qué bien nos viene y cuán á la ocasión! pues él nos guiará en esta primera entrada del mundo, y nos enseñará á vivir, que importa mucho á los prin-

cipios.» Fuése para él saludándole, y correspondió el Centauro con doblada humanidad; díjole cómo iban en busca de los hombres, y que después de haber dado cien vueltas, no habían podido hallar uno tan sólo.» No me espanto, dijo él, que no es éste siglo de hombres, digo, aquellos famosos de otros tiempos. ¿Qué, pensabais hallar ahora un Don Alonso el Magnánimo en Italia, un Gran Capitán en España, un Enrico IV en Francia, haciendo corona de su espada y de sus guarniciones lises? Ya no hay tales héroes en el mundo, ni aun memoria dellos.» — «¿No se van haciendo?» replicó Andrenio. — «No llevan traza y para luego es tarde; pues de verdad que ocasiones no han faltado.» — «¿Cómo no se han hecho, preguntó Critilo?» — «Porque se han desecho; hay mucho que decir en ese punto, ponderó el Quirón; unos lo quieren ser todo, y al cabo son menos que nada: valiera más no hubieran sido. Dicen también que corta mucho la envidia con las tijerillas de Tomeras. Pero yo digo, que ni es eso ni esotro, sino que mientras el vicio prevalezca, no campeará la virtud, y sin ella no puede haber grandeza heroica. Creedme que esta Venus tiene arrinconadas á Belona y á Minerva en todas partes, y no trata ella sino con viles herreros, que todo lo tiznan y todo lo yerran. Al fin no nos cansemos, que él no es siglo de hombres eminentes, ni en las armas, ni en las letras. Pero decidme, ¿dónde los habéis buscado?» Y Critilo: «¿Dónde los hemos de buscar sino en la tierra? ¿No es ésta su patria y su centro?» — «Qué bueno es eso, dijo el Centauro; mira cómo los habíais de hallar! no los habeis de buscar ya en todo el mundo, que ya han mudado de hito; nunca está quieto el hombre, con nada se contenta.» — «Pues menos los hallaremos en el cielo», dijo Andrenio. — «Menos, que no están

ya ni en cielo ni en tierra.»—«¿Pues dónde los habemos de buscar?»—«¿Dónde? En el aire.»—«¿En el aire?»—«Sí, que allí se han fabricado castillos en el aire, torres de viento donde están muy encastillados, sin querer salir de su quimera.»—«Según eso, dijo Critilo, todas sus torres vendrán á ser de confusión, y por no ser Ianos de prudencia, les picarán las cigüeñas manuales, señalándolos con el dedo, y diciendo, ¿éste no es aquel hijo de aquel otro? De suerte que con lo que ellos echaron á las espaldas, los demás les darán en el rostro.»—«Otros muchos, prosiguió el Quirón, se han subido á las nubes, y aun hay quien no levantándose del polvo, pretende tocar con la cabeza en las estrellas. Paséanse no pocos por los espacios imaginarios, camaranchones de su presunción. Pero la mayor parte hallaréis acullá sobre el cuerno de la luna, y aun pretenden subir más alto, si pudieran.»—«Tiene razón, voceó Andrenio, acullá están, allá los veo, y aun allí andan empinándose, tropezando unos, y cayendo otros según las mudanzas suyas y de aquel planeta, que ya les hace una cara y ya otra; y aun ellos también no cesan entre sí de armarse zancadillas, cayendo todos con más daño que escarmiento.»—«¡Hay tal locura! repetía Critilo. ¿No es la tierra su lugar propio del hombre, su principio y su fin? ¿No les fuera mejor conservarse en este medio, y no querer encaramarse con tan evidente riesgo? ¿Hay tal disparate?»—«Sí, lo es grande, dijo el semihombre, materia de harta lástima para unos y de risa para otro, ver que el que ayer no se levantaba de la tierra, ya le parece poco un palacio, ya habla sobre el hombro el que ayer llevaba la carga en él; el que nació entre las malvas, pide los artesones de cedro; el desconocido de todos, hoy desconoce á todos; el hijo tiene el puntillo de los muchos que dió su

padre; el que ayer no tenía para pasteles, asquea el faisán; blasona de linajes, el de conocido solar, el vos es señoría; todos pretenden subir y ponerse sobre los cuernos de la luna, más peligrosos que los de un toro; pues estando fuera de su lugar, es forzoso dar abajo con ejemplar infamia.»

P. BALTASAR GRACIÁN.

---

ODA

¡Qué descansada vida  
La del que huye el mundanal ruido  
Y sigue la escondida  
Senda por donde han ido  
Los pocos sabios que en el mundo han sido!  
Que no le enturbia el pecho  
De los soberbios grandes el estado,  
Ni del dorado techo  
Se admira fabricado  
Del sabio moro, en jaspes sustentado.  
No cura si la fama  
Canta con voz su nombre pregonera,  
Ni cura si encarama  
La lengua lisonjera  
Lo que condena la verdad sincera.  
¿Qué presta á mi contento,  
Si soy del vano dedo señalado,  
Si en busca de este viento  
Ando desalentado  
Con ansias vivas y mortal cuidado?  
¡Oh campo, oh monte, oh río!  
¡Oh secreto seguro deleitoso!  
Roto casi el navío,

A vuestro almo reposo  
Huyo de aqueste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño  
Un día puro, alegre, libre quiero;  
No quiero ver el ceño  
Vanamente severo  
De quien la sangre ensalza ó el dinero.

Despiértenme las aves  
Con su cantar süave no aprendido,  
No los cuidados graves  
De que es siempre seguido  
Quien al ajeno arbitrio está atenido.

Vivir quiero conmigo,  
Gozar quiero del bien que debo al cielo,  
A solas, sin testigo,  
Libre de amor, de celo,  
De odio, de esperanzas, de recelo.

Del monte en la ladera  
Por mi mano plantado tengo un huerto,  
Que con la primavera  
de bella flor cubierto  
Ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa  
De ver y acrecentar su fermosura,  
Desde la cumbre airosa  
Una fontana pura  
Hasta llegar corriendo se apresura.

Y luego, sosegada,  
El paso entre los árboles torciendo,  
El suelo, de pasada,  
De verdura vistiendo,  
Y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea,  
Y ofrece mil olores al sentido,  
Los árboles menean  
Con un manso ruido  
Que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro  
Los que de un flaco leño se confían:  
No es mío ver el lloro  
De los que desconfían  
Cuando el cierzo y el ábrego porfían.

La combatida antena  
Cruje, y en ciega noche el claro día  
Se torna, al cielo suena  
Confusa vocería,  
Y la mar enriquecen á porfía.

A mí una pobrecilla  
Mesa, de amable paz bien abastada,  
Me baste, y la vajilla  
De fino oro labrada,  
Sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserable-  
mente se están los otros abrasando  
En sed insaciable  
Del no durable mando,  
Tendido yo á la sombra esté cantando.

A la sombra tendido;  
De hiedra y lauro eterno coronado,  
Puesto el atento oído  
Al son dulce acordado  
Del plectro sabiamente meneado.

FRAY LUIS DE LEÓN.

ODA

A LA VICTORIA DE LEPANTO

Cantemos al Señor que en la llanura  
Venció del ancho mar al Trace fiero;  
Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,  
Salud y gloria nuestra.

Tú rompiste las fuerzas, y la dura  
Frente de Faraón, feroz guerrero:  
Sus escogidos príncipes cubrieron  
Los abismos del mar, y decendieron  
Cual piedra en el profundo; y tu ira luego  
Los tragó como arista seca el fuego.

El soberbio tirano confiado  
En el grande aparato de sus naves,  
Que de los nuestros la cerviz cautiva,  
Y las manos aviva

Al ministerio injusto de su estado,  
Derribó con los brazos suyos graves  
Los cedros más excelsos de la cima;  
Y el árbol que más yerto se sublima,  
Bebiendo ajenas aguas, y atrevido  
Pisando el bando nuestro y defendido.

Temblaron los pequeños, confundidos  
Del impío furor suyo, alzó la frente  
Contra tí, Señor Dios; y con semblante  
Y con pecho arrogante,  
Y los armados brazos extendidos,  
Movié el airado cuello aquel potente:  
Cercó su corazón de ardiente saña  
Contra las dos Esperias que el mar baña;



Porque en ti confiadas le resisten,  
Y de armas de tu fe y amor se visten.

Dijo aquel insolente y desdeñoso:  
¿No conocen mis iras estas tierras,  
Y de mis padres los ilustres hechos?  
¿O valieron sus pechos  
Contra ellos con el húngaro medroso,  
Y de Dalmacia y Rodas en las guerras?  
¿Quién las pudo librar? ¿Quién de sus manos  
Pudo salvar los de Austria y los germanos?  
¿Podrá su Dios, podrá por suerte ahora  
Guardallas de mi diestra vencedora?

Su Roma, temerosa y humillada,  
Los cánticos en lágrimas convierte:  
Ella y sus hijos tristes mi ira esperan,  
Cuando vencidos mueran.  
Francia está con discordia quebrantada,  
Y en España amenaza horrible muerte,  
Quien honra de la luna las banderas.  
Y aquellas en la guerra gentes fieras  
Ocupadas están en su defensa;  
Y aunque no, ¿quién hacerme puede ofensa?

Los poderosos pueblos me obedecen,  
Y el cuello con su daño al yugo inclinan;  
Y me dan por salvarse ya la mano,  
Y su valor es vano,  
Que sus luces cayendo se obscurecen,  
Sus fuertes á la muerte ya caminan:  
Sus vírgenes están en cautiverio,  
Su gloria ha vuelto al cetro de mi imperio.

FERNANDO DE HERRERA.

## CARTA A FRAY LUIS DE GRANADA

De las muchas personas que aman en el Señor á vuesa paternidad, por haber escrito tan santa y provechosa doctrina, y dan gracias á su Magestad por haberle dado á vuesa paternidad para tan grande y universal bien de las almas, soy yo una. Y entiendo de mí que por ningún trabajo hubiera dejado de ver á quien tanto me consuela oír sus palabras, si se sufriera conforme á mi estado y ser muger. Porque sin esta causa la he tenido de buscar personas semejantes, para asegurar los temores en que mi alma ha vivido algunos años. Y ya que esto no he merecido, heme consolado de que el señor don Teutonio me ha mandado escribir ésta, á lo que yo no hubiera atrevimiento. Mas fiada en la obediencia, espero en nuestro Señor me ha de aprovechar, para que vuesa paternidad se acuerde alguna vez de encomendarme á nuestro Señor, que tengo dello gran necesidad, por andar con poco caudal, puesta en los ojos del mundo, sin tener ninguno para hacer de verdad algo de lo que imaginan de mí.

Entender vuesa paternidad esto bastaría á hacerme merced y limosna; pues tan bien entiende lo que hay en él y el gran trabajo que es para quien ha vivido una vida harto ruin. Con serlo tanto, me he atrevido muchas veces á pedir á nuestro Señor la vida de vuesa paternidad sea muy larga. Plegue á su Magestad me haga esta merced, y vaya vuesa paternidad creciendo en santidad y amor suyo.

SANTA TERESA DE JESÚS.

---

SONETO

AL ESCORIAL

Sacros, altos, dorados capiteles  
Que á las nubes robáis los arreboles,  
Febo os teme por más lucientes soles,  
Y el cielo por gigantes más crueles.

Depón tus rayos, Júpiter; no celes  
Los tuyos, sol; de un templo son faroles,  
Que al mayor mártir de los españoles  
Erigió el mayor rey de los fieles.

Religiosa grandeza del monarca  
Cuya diestra real al Nuevo Mundo  
Abrevia, y el Oriente se le humilla,

Perdone el tiempo: lisonjee la Parca  
La verdad desta octava maravilla,  
Los años deste Salomón segundo.

LUIS DE GÓNGORA.

SEMBLANZA DE FERNANDO «EL CATÓLICO»

Las niñeces deste gran rey fueron adultas y varoniles. Lo que en él no pudo perfeccionar el arte y el estudio, perfeccionó la experiencia, empleada su juventud en los ejercicios militares. Su ociosidad era negocio y su divertimento atención. Fué señor de sus afectos, gobernándose más por dictámenes políticos que por inclinaciones naturales. Reconoció de Dios su grandeza y su gloria de las acciones propias, no de las heredadas. Tuvo el reinar más por oficio que por sucesión. Sosegó su corona con la celeridad y la presencia. Levantó la monarquía con el valor y la prudencia; la afirmó con la religión y la justicia; la conservó con el amor y el respeto; la adornó con

las artes; la enriqueció con la cultura y el comercio, y la dejó perpetua con fundamentos é institutos verdaderamente políticos. Fué tan rey de su palacio como de sus reinos, y tan ecónomo en él como en ellos. Mezcló la liberalidad con la parsimonia, la benignidad con el respeto, la modestia con la gravedad, y la clemencia con la justicia. Amenazó con el castigo de pocos á muchos, y con el premio de algunos cebó las esperanzas de todos. Perdonó las ofensas hechas á la persona, pero no á la dignidad real. Vengó como propias las injurias de sus vasallos, siendo padre dellos. Antes aventuró el Estado que el decoro. Ni le ensoberbeció la fortuna próspera, ni le humilló la adversa. En aquélla se prevenía para ésta, y en ésta se industriaba para volver á aquélla. Sirvióse del tiempo, no el tiempo dél. Obedeció á la necesidad y se valió della, reduciéndola á su conveniencia. Se hizo amar y temer. Fué fácil en las audiencias. Oía para saber y preguntaba para ser informado. No se fiaba de sus enemigos y se recataba de sus amigos. Su amistad era conveniencia; su parentesco razón de Estado; su confianza cuidadosa; su diffidencia advertida; su cautela conocimiento; su recelo circunspección; su malicia defensa, y su disimulación reparo. No engañaba, pero se engañaban otros en lo equívoco de sus palabras y tratados, haciéndolos de suerte (cuando convenía vencer la malicia con la advertencia) que pudiese desempeñarse sin faltar á la fe pública. Ni á su majestad se atrevió la mentira, ni á su conocimiento propio la lisonja. Se valió, sin valimiento, de sus ministros. Dellos se dejaba aconsejar, pero no gobernar. Lo que pudo obrar por sí, no fiaba de otros. Consultaba despacio y ejecutaba de prisa. En sus resoluciones antes se veían los efectos que las causas. Encubría á sus embajadores sus

designios cuando quería que, engañados, persuadiesen mejor lo contrario. Supo gobernar á medias con la reina y obedecer á su yerno. Impuso tributos para la necesidad, no para la codicia ó el lujo. Lo que quitó á las iglesias obligado de la necesidad, restituyó cuando se vió sin ella. Respetó la jurisdicción eclesiástica y conservó la real. No tuvo corte fija, girando como el sol por los orbes de sus reinos. Trató la paz con la templanza y entereza, y la guerra con la fuerza y la astucia. Ni afectó ésta, ni rehusó aquélla. Lo que ocupó el pie, mantuvo el brazo y el ingenio, quedando más poderoso con los despojos. Tanto obraban sus negociaciones como sus armas. Lo que pudo vencer con el arte, no remitió á la espada. Ponía en ésta la ostentación de su grandeza, y su gala en lo feroz de los escuadrones. En las guerras dentro de su reino se halló siempre presente. Obraba lo mismo que ordenaba. Se confederaba para quedar árbitro, no sujeto. Ni victorioso se ensoberbeció, ni desesperó vencido. Firmó las paces debajo del escudo. Vivió para todos y murió para sí, quedando presente en la memoria de los hombres para ejemplo de los príncipes y eterno en el deseo de sus reinos.

SAAVEDRA FAJARDO.

---

## DE LOS «SUEÑOS»

---

### EL AVARO DISCULPÁNDOSE

Llegó un avariento á la puerta y fué preguntado qué quería, diciéndole que los preceptos guardaban aquella puerta de quien no los había guardado; y él dijo que, en cosas de guardar, era imposible que hubiese pecado. Leyó el primero: «Amar a Dios sobre todas las cosas»—y dijo que él sólo aguardaba á tenerlas todas, para amar á Dios

sobre ellas. «No jurar» — dijo que, aun jurando falsamente, siempre había sido por muy grande interés; y que así no había sido en vano. «Guardar las fiestas» — éstas y aun los días de trabajo, guardaba y escondía. «Honrar padre y madre» — siempre les quitó el sombrero. «No matar» — por guardar esto, no comía, por ser matar la hambre comer. «De mujeres» — en cosas que cuestan dineros, ya está dicho. «No levantar falso testimonio.» «Aquí», dijo un verdugo, «es el negocio, avariento: que, si confiesas haberle levantado, te condenas, y si no, delante del juez te le levantarás á ti mismo.» Enfadóse el avariento y dijo: «Si no he de entrar, no gastemos tiempo» — que hasta aquello rehusó de gastar. Convencióse con su vida, y fué llevado adonde merecía. Entraron en esto muchos ladrones, y salváronse dellos algunos ahorcados. Y fué de manera el ánimo que tomaron los escribanos que estaban delante de Mahoma, Lutero y Judas — viendo salvar ladrones — que entraron de golpe á ser sentenciados; de que les tomó á los verdugos muy gran risa. Los procuradores comenzaron á esforzarse y á llamar abogados.

Estaba engordando la mentira á puros enredos; y vi á Judas y á Mahoma y á Lutero recatar desta vecindad: el uno la bolsa y el otro el zancarrón. Lutero decía: «Lo mismo hago yo escribiendo...»

En esto que era todo acabado, quedaron descubiertos Judas, Mahoma y Martín Lutero; y preguntando un ministro cuál de los tres era Judas; Lutero y Mahoma dijeron cada uno que él; y corrióse Judas tanto que dijo en altas voces: «Señor, yo soy Judas, y bien conocéis vos que soy mucho mejor que éstos, porque si os vendí, remedié al mundo, y éstos, vendiéndose á sí y a vos, lo han destruído todo.»

DE «EL ALGUACIL ALGUACILADO»

---

EL ALGUACIL DIABLO

Se ha de advertir que los diablos en los alguaciles estamos por fuerza y de mala gana. Por lo cual, si queréis acertarme, debéis llamarme á mí demonio enalguacilado, y no á éste alguacil endemoniado; y avenísos mejor los hombres con nosotros que con ellos; si bien nuestra cárcel es peor, nuestro agarro perdurable. Verdugos y alguaciles malos parece que tenemos un mismo oficio; pues, bien mirado, nosotros procuramos condenar, y los alguaciles también; nosotros, que haya vicios y pecados en el mundo, y los alguaciles lo desean y procuran al parecer con más ahinco, porque ellos lo han menester para su sustento y nosotros para nuestra compañía. Y es mucho más de culpar este oficio en los alguaciles que en nosotros, pues ellos hacen mal á hombres como ellos y á los de su género, y nosotros no. Fuera desto, los demonios lo fuimos por querer ser como Dios, y los alguaciles son alguaciles por querer ser menos que todos. Persuádetes que alguaciles y nosotros somos de una profesión; sino que ellos son diablos con varilla, como cohetes, y nosotros alguaciles sin vara, que hacemos áspera vida en el infierno.—Admiráronme las sutilezas del diablo; enojóse Calabrés, revolvió sus conjuros, quísole enmudecer, y no pudo, y al echarle agua bendita, comenzó á huir y á dar voces diciendo: «Clérigo, cata que no hace estos sentimientos el alguacil por la parte de bendita, sino por ser agua: no hay cosa que tanto aborrezca.»

QUEVEDO.

DE «EL INGENIOSO HIDALGO  
DON QUIJOTE DE LA MANCHA»

LAS BODAS DE CAMACHO \*

Íbanse acercando á un teatro que á un lado del prado estaba, adornado de alfombras y ramos, adonde se habían de hacer los desposorios, y de donde habían de mirar las danzas y las invenciones, y á la sazón que llegaban al puesto oyeron á sus espaldas grandes voces, y uno que decía: «Esperaos un poco, gente tan inconsiderada como presurosa.» A cuyas voces y palabras todos volvieron la cabeza, y vieron que las daba un hombre vestido, al parecer, de un sayo negro, jironado de carmesí á llamas. Venía coronado (como se vió luego) con una corona de funesto ciprés, y en las manos traía un bastón grande.

En llegando más cerca fué conocido de todos por el gallardo Basilio, y todos estuvieron suspensos esperando en qué habían de parar sus voces y sus palabras, temiendo algún mal suceso de su venida en sazón semejante. Llegó, en fin, cansado y sin aliento, y puesto delante de los desposados, hincando el bastón en el suelo, que tenía el cuento de una punta de acero, mudada la color, puestos los ojos en Quiteria, con voz tremante y ronca, estas razones dijo: «Bien sabes, desconocida Quiteria, que conforme á la santa ley que profesamos, viviendo yo, tú no puedes buscar esposo; y juntamente no ignoras que por esperar yo á que el tiempo y mi diligencia mejorasen los bienes de mi fortuna, no he querido dejar de guardar el

\* Del *Quijote*, segunda parte, cap. XXI.



decoro que á tu honra convenía; pero tú, echando á las espaldas todas las obligaciones que debes á mi buen deseo, quieres hacer señor de lo que es mío á otro, cuyas riquezas le sirven, no sólo de buena fortuna, sino de bonísima ventura; y para que la tenga colmada (y no como yo pienso que la merece, sino como se la quieren dar los cielos), yo por mis manos desharé el imposible ó el inconveniente que puede estorbársela quitándome á mí de por medio.» «Viva, viva el rico Camacho con la ingrata Quiteria largos y felices siglos, y muera, muera el pobre Basilio, cuya pobreza cortó las alas de su dicha y le puso en la sepultura»; y diciendo esto, asió del bastón que tenía hincado en el suelo, y quedándose la mitad de él en tierra, mostró que servía de vaina á un mediano estoque que en él se ocultaba, y puesta la que se podía llamar empuñadura en el suelo, con ligero desenfado y determinado propósito se arrojó sobre él, y en un punto mostró la punta sangrienta á las espaldas, con la mitad de la acerada cuchilla, quedando el triste bañado en su sangre y tendido en el suelo, de sus mismas armas traspasado. Acudieron luego sus amigos á favorecerle, condolidos de su misma y lastimosa desgracia; dejando Don Quijote á Rocinante acudió á sostenerle y le tomó en sus brazos, y halló que aún no había expirado. Quisiéronle sacar el estoque; pero el cura, que estaba presente, fué de parecer que no se le sacasen antes de confesarle, porque el sacársele y el expirar sería todo á un tiempo. Pero volviendo un poco en sí Basilio, con voz doliente y desmayada dijo: «Si quisieres, cruel Quiteria, darme en este último y forzoso trance la mano de esposa, aún pensaría que mi temeridad tendría disculpa, pues en ella alcancé el bien de ser tuyo.» El cura, oyendo lo tal, le dijo que atendiese á

la salud del alma antes que á los gritos del cuerpo, y que pidiere muy de veras á Dios perdón de sus pecados y de su desesperada determinación. A lo cual replicó Basilio que en ninguna manera se confesaría, si primero Quiteria no le daba la mano de ser su esposa, que aquel contento le adobaría la voluntad y le daría aliento para confesarse.

En oyendo Don Quijote la petición del herido, en altas voces dijo que Basilio pedía una cosa muy justa y puesta en razón, y además muy hacedera, y que el señor Camacho quedaría tan honrado recibiendo á la señora Quiteria, viuda del valeroso Basilio, como si la recibiera del lado de su padre. Aquí no ha de haber más de un *si*, que no tenga otro afecto que el pronunciarle, pues el tálamo de estas bodas ha de ser la sepultura. Todo lo oía Camacho, y todo lo tenía suspenso y confuso, sin saber qué hacer ni qué decir; pero las voces de los amigos de Basilio fueron tantas, pidiéndole que consintiese que Quiteria le diera la mano de esposa porque su alma no se perdiese, partiendo desesperado de esta vida, que le movieron y aun forzaron á decir que si Quiteria quería dársela, que él se contentaba, pues todo era dilatar por un momento el cumplimiento de sus deseos. Luego acudieron todos á Quiteria, y unos con ruegos, y otros con lágrimas, y otros con eficaces razones la persuadían que diese la mano al pobre Basilio; y ella, más dura que un mármol y más sesga que una estatua, mostraba que no sabía, ni podía ni quería responder palabra, ni la respondiera si el cura no la dijera que se determinase presto en lo que había de hacer, porque tenía Basilio ya el alma en los dientes y no daba lugar á esperar irresolutas determinaciones.

Entonces la hermosa Quiteria, sin responder palabra

alguna, turbada al parecer, triste y pesarosa, llegó donde Basilio estaba, ya los ojos vueltos, el aliento corto y apresurado, murmurando entre los dientes el nombre de Quiteria, dando muestras de morir como gentil y no como cristiano. Llegó, en fin, Quiteria, y puesta de rodillas le pidió la mano por señas y no por palabras. Desencajó los ojos, y mirándola atentamente le dijo: «¡Oh, Quiteria, que has venido á ser piadosa á tiempo, cuando tu piedad ha de servir de cuchillo que me acabe de quitar la vida, pues ya no tengo fuerzas para llevar la gloria que me das en escogermé por tuyo, ni para suspender el dolor que tan aprieta me va cubriendo los ojos con la espantosa sombra de la muerte! Lo que te suplico es, ¡oh fatal estrella mía!, que la mano que me pides y quieres darme no sea por cumplimiento ni para engañarme de nuevo, sino que confíes y digas que sin hacer fuerza á tu voluntad me la entregas y me la das como á tu legítimo esposo, pues no es razón que en un trance como este me engañes, ni uses de fingimientos con quien tantas verdades ha tratado contigo.» Entre estas razones se desmayaba de modo, que todos los presentes pensaban que cada desmayo se había de llevar el alma consigo.

Quiteria, toda honesta y vergonzosa, asiendo con su derecha mano la de Basilio, le dijo: «Ninguna fuerza fuera bastante á torcer mi voluntad; y si con la más libre que tengo te doy la mano de legítima esposa y recibo la tuya; si es que me la das de libre albedrío, sin que la turbe ni contraste la calamidad en que tu discurso acelerado la ha puesto.» «Si doy, respondió Basilio, no turbado ni confuso, sino con el claro entendimiento que el cielo quiso darme, y así me doy y me entregó por tu esposo.» «Y yo por tu esposa, respondió Quiteria, ahora vivas largos

años, ahora te lleven de mis brazos á la sepultura.» «Para estar tan herido este mancebo, dijo á este punto Sancho Panza, mucho habla; háganle que se deje de requiebros y que atienda á su alma, que, á mi parecer, más la tiene en la lengua que en los dientes.»

Estando, pues, asidos de las manos Basilio y Quiteria, el cura, tierno y lloroso, les echó la bendición, y pidió al cielo diése buen paso al alma del nuevo desposado, el cual, así como recibió la bendición, con presta ligereza se levantó en pie, y con no vista desenvoltura se sacó el estoque, á quien servía de vaina su cuerpo. Quedaron todos los circunstantes admirados, y algunos de ellos, más simples que curiosos, en altas voces comenzaron á decir, «¡Milagro, milagro!»

Pero Basilio replicó: «No milagro, milagro, sino industria, industria.» El cura, desatentado y atónito, acudió con ambas manos á curar la herida, y halló que la cuchilla había pasado, no por la carne y costillas de Basilio, sino por un cañón hueco de hierro que, lleno de sangre, en aquel lugar bien acomodado tenía; preparada la sangre, según después se supo, de modo que no se helase: Finalmente, el cura y Camacho, con todos los demás circunstantes, se tuvieron por burlados y escarnecidos. La esposa no dió muestras de pesarle la burla; antes oyendo decir que aquel casamiento, por haber sido engañoso, no había de ser valedero, dijo que ella le confirmaba de nuevo, de lo cual coligieron todos que de consentimiento y sabiduría de los dos se había trazado aquel caso, de lo que quedó Camacho y sus valedores tan corridos, que remitieron su venganza á las manos, y desenvainando muchas espadas arremetieron á Basilio, en cuyo favor en instante se desenvainaron casi otras tantas; y tomando la delan-

tera á caballo Don Quijote, con la lanza sobre el brazo y bien cubierto de su escudo, se hacía dar lugar de todos.

Sancho Panza, á quien jamás pluguieron ni solazaron semejantes fechorías, se acogió á las tinajas, donde había sacado su agradable espuma, pareciéndole aquel lugar como sagrado que había de ser tenido en respeto. Don Quijote, á grandes voces, decía: «Teneos, señores, teneos, que no es razón toméis venganza de los agravios que el amor nos hace.» Y advertía que el amor y la guerra son una misma cosa; y así como en la guerra es cosa lícita y acostumbrada usar de ardidés y estratagemas para vencer al enemigo, así en las contiendas y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes y marañas que se hacen para conseguir el fin que se desea, como no sean en menoscabo y deshonor de la cosa amada; Quiteria era de Basilio y Basilio de Quiteria por justa y favorable disposición de los cielos. Camacho es rico y podrá conjurar su gusto cuando, donde y como quisiese. Basilio no tiene más desta oveja, y no se la ha de quitar alguno por poderoso que sea, que á los dos que junta no podrá separar el hombre; y el que lo intentare, primero ha de pasar por la punta desta lanza.»

Y en esto, la blandió tan fuerte y tan diestramente, que puso pavor en todos los que no le conocían.

Y tan intensamente se fijó en la imaginación del Camacho el desdén de Quiteria, que se la borró de la memoria en un instante; y así tuvieron lugar en él las persuasiones del cura, que era varón prudente y bien intencionado, con las cuales quedaron Camacho y los de su parcialidad pacíficos y sosegados; en señal volvieron las espadas á sus lugares, culpando más á la facilidad de Quiteria que á la industria de Basilio, haciendo discurso Ca-

macho que si Quiteria quería bien á Basilio doncella, también le quisiera casada, y que debía dar gracias al cielo, más por habérsela quitado que por habérsela dado.

Consolado, pues, y pacífico Camacho y los de su mesnada, todos los de la de Basilio se sosegaron; y el rico Camacho, para mostrar que no sentía la burla ni la estimaba en nada, quiso que las fiestas pasasen adelante como si realmente se desposara; pero no quisieron asistir á ellas Basilio ni su esposa ni secuaces, y así se fueron á la aldea de Basilio, que también los pobres virtuosos y discretos tienen quien los sigan, honren y amparen, como los ricos tienen quien los lisonjeen y acompañen. Lleváronse consigo á Don Quijote, estimándole por hombre de valor y de pelo en pecho. A sólo Sancho se le obscureció el alma por verse imposibilitado de aguardar la espléndida comida y fiestas de Camacho, que duraron hasta la noche; y así, aseudereado y triste, siguió á su señor, que con la cuadrilla de Basilio iba, y así se dejó atrás las ollas de Egipto, aunque las llevaba en el alma, cuya ya casi consumida y acabada espuma que en el caldero llevaba le representaba la gloria y abundancia del bien que perdía; y así acongojado y pensativo, aunque sin hambre, sin apearse del Rucio, siguió las huellas de Rocinante.

---

AL TÚMULO LEVANTADO Á LAS HONRAS  
DE FELIPE II EN SEVILLA

¡Voto á Dios!, que me espanta esta grandeza,  
Y que diera un millón por describilla;  
Porque, ¿á quién no suspende y maravilla  
Esta máquina insigne, esta belleza?

¡Por Jesucristo vivo! Cada pieza  
Vale más de un millón; y que es mancha  
Que esto no dure un siglo, ¡oh, gran Sevilla!,  
Roma triunfante en su mayor alteza.

Apostaré que el ánima del muerto,  
Por gozar de este sitio, hoy ha dejado  
El cielo, donde asiste eternamente.

Esto oyó un andaluz, y dijo: «Es cierto  
Cuanto dice voacé, seor soldado,  
Y quien dijere lo contrario, miente.»

Y luego, incontinentemente,  
Caló el chapeo, requirió la espada,  
Miró al soslayo, fué, y no hubo nada.

CERVANTES.

*R* DE «EL MEJOR ALCALDE, EL REY»

Acto III

ESCENA XII

CONDE. Con menos información  
Pudieras tener por cierto  
Que no te ha engañado Sancho;  
Porque la inocencia éstos  
Es la prueba más bastante.

REY. *(Aparte á Nuño.)*  
Haced traer de secreto  
Un clérigo y un verdugo.

ESCENA XIII

SANCHO, NUÑO, PELAYO, JUANA, LEONOR, BRITO, FILENO.

NUÑO. Sancho... (*Aparte á él.*)

SANCHO. Señor...

NUÑO. Yo no entiendo

Este modo de jüez:  
Sin cabeza de proceso,  
Pide clérigo y verdugo.

SANCHO. Nuño, yo no sé su intento.

NUÑO. Con un escuadrón armado  
Aun no pudiera prendello;  
Cuanto más con dos personas.

SANCHO. Démosle á comer; que luego  
Se sabrá si puede ó no.

NUÑO. ¿Comerán juntos?

SANCHO. Yo creo  
Que el jüez comerá solo,  
Y después comerán ellos.

NUÑO. Escribano y alguacil  
Deben de ser.

SANCHO. Eso pienso.  
(*Vase.*)

NUÑO. Juana...

JUANA. Señor...

NUÑO. Adereza  
Ropa limpia, y al momento  
Matarás cuatro gallinas  
Y asarás un buen torrezno.  
Y, pues estaba pelado,  
Pon aquel pavillo nuevo



A que se ase también,  
Mientras que baja Fileno  
A la bodega por vino.

PELAYO. ¡Voto al sol, Nuño, que tengo  
De comer hoy con el juez!

NUÑO. Éste ya no tiene seso.

(Vase.)

PELAYO. Solo es desdicha en los reyes  
Comer solos, y por eso  
Tienen siempre alrededor  
Los bufones y los perros.

(Patio en la quinta de Don Tello. Pared ó verja al fondo.)

ESCENA XIV

ELVIRA, *huyendo de DON TELLO*; FELICIANA, *deteniéndole*

ELVIRA. ¡Favor, cielo soberano!  
Pues en la tierra no espero  
remedio.

(Vase.)

DON TELLO. Matarla quiero.

FELICIANA. Detén la furiosa mano.

DON TELLO. Mira que te he de perder  
El respeto, Feliciana.

FELICIANA. Merezca, por ser tu hermana,  
Lo que no por ser mujer.

DON TELLO. ¡Pese á la loca villana!  
¿Que por un villano amor  
No respete á su señor,  
De puro soberbia y vana?  
Pues no se canse en pensar  
Que se podrá resistir;

Que la tengo de rendir  
O la tengo de matar.

ESCENA XV

CELIO. FELICIANA.

CELIO. No sé si es vano temor,  
Señora, el que me ha engañado:  
A Nuño he visto en cuidado  
De huéspedes de valor.  
Sancho ha venido á la villa,  
Todos andan con recato;  
Con algún fingido trato  
Le han despachado en Castilla.  
No los he visto jamás  
Andar con tanto secreto.

FELICIANA. No fuiste, Celio, discreto,  
Si en esa sospecha estás;  
Que ocasión no te faltara  
Para entrar y ver lo que es.

CELIO. Temí que Nuño, después  
De verme entrar, se enojara;  
Que á todos nos quiere mal.

FELICIANA. Quiero avisar á mi hermano;  
Porque tiene este villano  
Bravo ingenio y natural.  
Tú, Celio, quédate aquí  
Para ver si alguno viene.

(Vase.)

CELIO. Siempre la conciencia tiene  
Este temor contra sí;  
Demás que tanta crueldad  
Al cielo pide castigo.

ESCENA XVI

EL REY, EL CONDE, DON ENRIQUE Y SANCHO, *que aparecen al otro lado de la verja.*—CELIO.

REY. Entrad y haced lo que digo

CELIO. ¿Qué gente es esta?

REY. Llamad.

*(Llaman; abre un criado, y pasan al patio el Rey, el Conde, Don Enrique y Sancho.)*

SANCHO. Éste, señor, es criado  
De Don Tello.

REY. ¡Ah, hidalgo! Oíd.

CELIO. ¿Qué me queréis?

REY. Advertid

A Don Tello que he llegado  
De Castilla, y quiero hablalle.

CELIO. Y ¿quién diré que sois?

REY. Yo.

CELIO. ¿No tenéis más nombre?

REY. No.

CELIO. ¡Yo no más; y con buen talle!  
Puéstome habéis en cuidado.  
Yo voy á decir que Yo  
Está en la puerta.

*(Vase.)*

ENRIQUE. Ya entró.

CONDE. Temo que responda airado,  
Y era mejor declararte.

REY. No era; porque su miedo  
Le dirá que sólo puedo  
Llamarme Yo en esta parte.

*(Vuelve Celio.)*

- CELIO. A Don Tello, mi señor,  
Dije cómo Yo os llamáis,  
Y me dice que os volváis;  
Que él sólo es Yo por rigor;  
Que, quien dijo Yo por ley  
Justa del cielo y del suelo,  
Es sólo Dios en el cielo  
Y en el suelo sólo el rey.
- REY. Pues un alcalde, decid,  
De su casa y corte.
- CELIO. (Túrbase.) Iré,  
Y ese nombre le diré.
- REY. En lo que os digo advertid.  
(Vase Celio.)
- CONDE. Parece que el escudero  
Se ha turbado.
- ENRIQUE. El nombre ha sido  
La causa.
- SANCHO. Nuño ha venido.  
Licencia, señor, espero  
Para que llegue, si es gusto  
Vuestro.
- REY. Llegue, porque sea  
En todo lo que desea  
Parte, de lo que es tan justo  
Como del pesar lo ha sido.

ESCENA XVII

NUÑO, PELAYO, JUANA Y VILLANOS, fuera de la verja.—El

REY, EL CONDE, DON ENRIQUE, SANCHO.

SANCHO. Llegad, Nuño, y desde afuera  
Mirad.

NUÑO. Sólo ver me altera  
La casa deste atrevido.  
Estad todos con silencio.

JUANA. Hable Pelayo, que es loco.

PELAYO. Vosotros veréis cuán poco  
De un mármol me diferencio.

NUÑO. ¡Que con dos hombres no más  
Viniese! ¡Extraño valor!

ESCENA XVIII

DON TELLO, FELICIANA, CRIADOS. DICHS.

FELICIANA. Mira lo que haces, señor...  
Tente, hermano: ¿dónde vas?

DON TELLO. *(Al rey)*:  
¿Sois, por dicha, hidalgo, vos  
El alcalde de Castilla  
Que me busca?

REY. ¿Es maravilla?

DON TELLO. ¡Y no pequeña, por Dios!  
Si sabéis quién soy aquí.

REY. Pues ¿qué diferencia tiene  
Del rey quien en nombre viene  
Suyo?

DON TELLO. Mucha contra mí.  
Y vos ¿adónde traéis  
La vara?

REY. En la vaina está,  
De donde presto saldrá,  
Y lo que pasa, veréis.

DON TELLO. ¿Vara en la vaina? ¡Oh, qué bien!  
No debéis de conocerme.

Si el rey no viene á prenderme,  
No hay en todo el mundo quién.

REY. Pues yo soy el rey, villano.

PELAYO. ¡Santo Domingo de Silos!

DON TELLO. Pues, señor, ¿tales estilos  
Tiene el poder castellano?  
¡Vos mismo! ¡Vos en persona!  
Que me perdonéis os ruego.

REY. Quitadle las armas luego.

*(Desarman á Don Tello: pasan la verja Nuño y los villanos.)*

Villano, ¡por mi corona!  
Que os he de hacer respetar  
Las cartas del rey.

FELICIANA. Señor,

Que cese tanto rigor  
Os ruego.

REY. No hay que rogar.

Venga luego la mujer  
Deste pobre labrador.

*(Vase un criado.)*

DON TELLO. No fué su mujer, señor.

REY. Basta que lo quiso ser.

Y ¿no está su padre aquí,  
Que ante mí se ha querellado?

DON TELLO. *(Aparte.)*

Mi justa muerte ha llegado.  
A Dios y al rey ofendí.

LOPE DE VEGA.

SONETOS

Yo os quiero confesar, don Juan, primero,  
Que aquel blanco y carmín de doña Elvira  
No tiene de ella más, si bien se mira,  
Que el haberle costado su dinero.

Pero también que me confieses quiero,  
Que es tanta la beldad de su mentira,  
Que en vano á competir con ella aspira  
Belleza igual de rostro verdadero.

Mas ¿qué mucho que yo perdido ande  
Por un engaño tal, pues que sabemos  
Que nos engaña así naturaleza?

Porque ese cielo azul que todos vemos,  
Ni es cielo, ni es azul. ¡Lástima grande  
Que no sea verdad tanta belleza!

---

Imagen espantosa de la muerte,  
Sueño cruel: no turbes más mi pecho,  
Mostrándome cortado el nudo estrecho,  
Consuelo sólo de mi adversa suerte.

Busca de algún tirano el muro fuerte,  
De jase las paredes, de oro el techo;  
O al rico avaro en el angosto lecho  
Haz que temblando con sudor despierte.

El uno vea el popular tumulto  
Romper con furia las herradas puertas,  
O al sobornado siervo el hierro oculto.

El otro sus riquezas descubiertas  
Con llave falsa ó con violento insulto;  
Y déjale al amor sus glorias ciertas.

LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA.

9  
EPÍSTOLA

Yo quiero, mi Fernando, obedecerte,  
Y en cosas leves discurrir contigo  
Como quien de las graves se divierte.

Por lo cual será bien que las que digo  
No salgan fuera del distrito nuestro,  
Que al fin van de un amigo al otro amigo.

Y no soy tan soberbio ni tan diestro  
En dar preceptos ni advertir enmiendas  
Que aspire á proceder como maestro.

Digo, pues, que mé place el ver que atiendas  
Tanto á las filosóficas verdades,  
Que siempre de sus órdenes dependas.

Pero que alguna vez te desenfades  
De aquel rigor, y el gusto no apremiado  
Se bebe en más benignas facultades.

Que si ellas guardan su nativo agrado,  
No será menester que lo compelas  
Al seguir lo que yo le persuado.

Que allí no hay que ocurrir á las cautelas  
Que por ventura un tiempo ejercitabas,  
Como lo enseñan hoy nuestras escuelas:

Cuando para probar tu intento andabas  
Afilando entimemas, que volantes  
Salen de las dialécticas aljabas:

Porque á lo ya pacífico levantes  
Por diversión el gusto con las nueve  
Piérides ingenuas y elegantes.

Y la cansada historia que nos debe,  
A pesar de la muerte, ejemplos vivos  
Por los vestigios de la edad te lleve.



Y saliendo después de sus archivos,  
Al poético ardor se ofrezca el pecho  
Dispuesto á pensamientos más altivos.

Esta excelente inclinación sospecho,  
Sin que preceda riguroso examen,  
Que es la que más te deja satisfecho.

Síguela pues: por más que la desamen  
La inconsideración y la fortuna,  
No aflijas con violencia tu dictamen.

Y cuando en la sazón más importuna  
Sigue aquél en la selva unos ladridos  
Al resplandor escaso de la luna;

Y el otro rinde al juego los sentidos,  
O en indignos sujetos que no ignoras  
Andan nuestros patricios divertidos,

Tú, retirado las nocturnas horas,  
Escribe á vigilante lamparilla,  
O en la estudiosa luz de las auroras,  
Contra el rapaz que la razón humilla  
Remedios nuevos, con primor juntando  
En los versos deleite y maravilla.

Y si te instiga más, dulce Fernando,  
La fama de magnánimas acciones,  
Costumbres y provincias explorando;

O si á canto más digno te dispones,  
Inquiriendo el concurso de los siete  
Planetas y sus varias impresiones,

Resuélvete al designio y acomete,  
Que á seguir sus estímulos resueltos  
El orbe encerrarás en tu retrete.

BARTOLOMÉ DE ARGENSOLA.

DE LA ELEGÍA «A LAS RUINAS DE ITÁLICA»

Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora,  
Campos de soledad, mustio collado,  
Fueron un tiempo Itálica famosa;  
Aquí de Cipión la vencedora  
Colonia fué; por tierra derribado  
Yace el temido honor de la espantosa  
Muralla, y lastimosa  
Reliquia es solamente  
De su invencible gente.

Sólo quedan memorias funerales  
Donde erraron ya sombras de alto ejemplo;  
Este llano fué plaza, allí fué templo:  
De todo apenas quedan las señales.  
Del gimnasio y las termas regaladas  
Leves vuelan cenizas desdichadas;  
Las torres que desprecio al aire fueron,  
A su gran pesadumbre se rindieron.

Este despedazado anfiteatro,  
Impío honor de los dioses, cuya afrenta  
Publica el amarillo jaramago,  
Ya reducido á trágico teatro,  
¡Oh, fábula del tiempo! representa  
Cuánta fué su grandeza y es su estrago.  
¿Cómo en el cerco vago  
De su desierta arena,  
El gran pueblo no suena?  
¿Dónde, pues fieras hay, está el desnudo  
Luchador? ¿Dónde está el atleta fuerte?  
Todo desapareció: cambió la suerte

Voces alegres en silencio mudo;  
Mas aun el tiempo da en estos despojos  
Espectáculos fieros á los ojos,  
Y miran tan confuso lo presente  
Que voces de dolor el alma siente.

Aquí nació aquel rayo de la guerra,  
Gran padre de la patria, honor de España,  
Pío, felice, triunfador Trajano,  
Ante quien muda se postró la tierra  
Que ve del sol la cuna y la que baña  
El mar, también vencido, gaditano.  
Aquí de Elio Adriano,  
De Teodosio divino,  
De Silio peregrino  
Rodaron de marfil y oro la cunas.  
Aquí ya de laurel, ya de jazmines,  
Coronados los vieron los jardines,  
Que ahora son zarzales y lagunas.  
La casa para el César fabricada  
¡Ay! yace de lagartos vil morada,  
Casas, jardines, césares murieron,  
Y aun las piedras que dellos escribieron.

RODRIGO CARO.

2 DEL «LAZARILLO DE TORMES»

En el quinto por mi ventura dí, que fué un buldero el más desenvuelto y desvergonzado, y el mayor echador dellas que jamás yo ví, ni ver espero, ni pienso nadie vió; porque tenía y buscaba modos y maneras y muy sutiles invenciones. En entrando en los lugares do habían de presentar la bulla, primero presentaba á los clérigos ó

curas algunas cosillas, no tampoco de mucho valor ni substancia: una lechuga murciana si era por el tiempo, un par de limas ó naranjas, un melocotón, un par de duraznos, cada sendas peras verdiñales. Así procuraba tenerlos propicios, porque favoreciesen su negocio y llamasen sus feligreses á tomar la bulla; ofreciéndosele á él las gracias, informábase de la suficiencia dellos; si decían que entendían, no hablaba palabra en latín por no dar tropezón, mas aprovechábase de un gentil y bien cortado romance y desenvoltísima lengua. Y si sabía que los dichos clérigos eran de los reverendos, hacíase entre ellos un santo Tomás, y hablaba dos horas en latín, á lo menos que lo parecía aunque no lo era. Cuando por bien no le tomaban las bullas, buscaba cómo por mal se las tomasen, y para aquello hacía molestias al pueblo. Y otras veces con mañosos artificios, y porque todos los que le veía hacer sería largo de contar, diré uno muy sutil y donoso, con el cual probaré bien su suficiencia.

En un lugar de la Sagra de Toledo había predicado dos ó tres días haciendo sus acostumbradas diligencias, y no le habían tomado bulla, ni á mi ver tenían intención de se la tomar. Estaba dado al diablo con aquello, y pensando qué hacer, se acordó de convidar al pueblo para otro día de mañana despedir la bulla. Y esa noche, después de cenar, pusiéronse á jugar la colación él y el alguacil, y sobre el juego vinieron á reñir y á haber malas palabras. Él llamó al alguacil ladrón, y el otro á él falsario; sobre esto el señor comisario, mi señor, tomó un lanzón, que en el portal do jugaban estaba. El alguacil puso mano á su espada que en la cinta tenía; al ruido y voces que todos dimos, acuden los huéspedes y vecinos, y métense en medio, y ellos muy enojados procurándose desembarazar de

los que en medio estaban, para se matar; mas como la gente al gran ruido cargase, y la casa estuviese llena della, viendo que no podían afrentarse con las armas, decíanse palabras injuriosas, entre las cuales el alguacil dijo á mi amo que era falsario, y las bullas que predicaba eran falsas; finalmente, que los del pueblo, viendo que no bastaban ponellos en paz, acordaron de llevar al alguacil de la posada á otra parte. Y así quedó mi amo muy enojado, y después que los huéspedes y vecinos le hubieron rogado que perdiese el enojo y se fuese á dormir, así nos echamos todos.

La mañana venida, mi amo se fué á la iglesia, y mandó tañer á misa y al sermón para despedir la bulla. Y el pueblo se juntó, el cual andaba murmurando de las bullas diciendo, cómo eran falsas, y que el mismo alguacil riñendo lo había descubierto. De manera que atrás que tenían mala gana de tomalla, con aquello del todo la aborrecieron. El señor comisario se subió al púlpito y comienza su sermón, y á animar la gente á que no quedasen sin tanto bien y indulgencia como la santa bulla traía. Estando en lo mejor del sermón, entra por la puerta de la iglesia el alguacil, y desque hizo oración, levantóse, y con voz alta y pausada cuerdamente comenzó á decir: «Buenos hombres, oidme una palabra, que después oiréis á quien quisieredes. Yo vine aquí con este echacuervo que os predica, el cual me engañó y dijo que le favoreciese en este negocio, y que partiríamos la ganancia, y agora visto el daño que haría á mi conciencia y á vuestras haciendas, arrepentido de lo hecho, os declaro claramente que las bullas que predica son falsas, y que no le creáis ni las toméis, y que yo directe ni indirecte no soy parte en ellas, y que desde agora dejo la vara y doy con ella en

el suelo; y si en algún tiempo éste fuese castigado por la falsedad, que vosotros me seáis testigos, como yo no soy con él, ni le doy á ello ayuda, antes os desengaño y declaro su maldad.»

HURTADO DE MENDOZA.

DE «LA PRUDENCIA EN LA MUJER»

Acto I.

ESCENA I

EL INFANTE DON ENRIQUE, EL INFANTE DON JUAN,  
DON DIEGO DE HARO.

DON ENRIQUE. Será la viuda reina esposa mía  
Y daráme Castilla su corona;  
O España volverá á llorar el día  
Que al Conde Don Julián traidor pregona.  
¿Con quién puede casar Doña María,  
Si de valor y hazañas se aficiona,  
Como conmigo, sin hacerme agravio?  
Enrique soy; mi hermano, Alfonso el Sabio.

DON JUAN. La reina y la corona pertenece  
A Don Juan, de Don Sancho el bravo her-  
mano

Mientras el niño rey Fernando crece,  
Yo he de regir el cetro castellano.  
Pruebe, si algún traidor se desvanece,  
A quitarme la espada de la mano;  
Que, mientras gobernare su cuchilla  
Sólo Don Juan gobernará á Castilla.

- DON DIEGO. Está vivo Don Diego López de Haro,  
Que vuestras pretensiones tendrá á raya,  
Y, dando al tierno rey seguro amparo,  
Casará con su madre; y cuando vaya  
Algún traidor contra el derecho claro  
Que defiende, señor soy de Vizcaya:  
Minas son las entrañas de sus cerros,  
Que hierro dan con que castigue yerros.
- DON ENRIQUE. ¿Qué es esto, infante? ¿Vos osáis conmigo  
Oponeros al reino? ¿Y vos, Don Diego,  
Conmigo competís, y sois mi amigo?
- DON JUAN. Yo de mi parte la justicia alego.
- DON DIEGO. De mi lealtad á España haré testigo.
- DON ENRIQUE. A la reina pretendo.
- DON JUAN. De su fuego  
soy mariposa.
- DON DIEGO. Yo del sol que miro  
hierba amorosa que á sus rayos giro.
- DON ENRIQUE. Tío, Don Juan, soy vuestro y de Fernando  
El Santo, que ganó á Sevilla, hijo.
- DON JUAN. Yo nieto suyo; Alfonso me está dando  
Sangre y valor con que reinar colijo.
- DON DIEGO. Primo soy del rey muerto; pero cuando  
No alegue el árbol real con que prolijo  
El coronista mi ascendencia pinta,  
Alegaré el acero de la cinta.
- DON ENRIQUE. Vos, caballero pobre, cuyo Estado  
Cuatro silvestres son, toscos y rudos,  
Montes de hierro para el vil arado,  
Hidalgos por Adán, como él desnudos,  
Adonde en vez de Baco sazonado,  
Manzanos llenos de groseros ñudos

Dan mosto insulso, siendo silla rica,  
En vez de trono, el árbol de Garnica;  
¿Intentáis de la reina ser consorte,  
Sabiendo que pretende Don Enrique  
Casar con ella, ennoblecer su corte,  
Y que por rey España le publique?  
Cuando su intento loco no reporte  
Y edificios quiméricos fabrique,  
Mientras el reino gozo y su hermosura,  
Se podrá desposar con su locura.

DON JUAN.

DON DIEGO.

Infantes, de mi Estado la aspereza  
Conserva limpia la primera gloria  
Que la dió, en vez del rey, naturaleza,  
Sin que sus rayas pase la vitoria.  
Un nieto de Noé la dió nobleza;  
Que su hidalguía no es de ejecutoria,  
Ni mezcla con su sangre, lengua ó traje,  
Mosaica infamia que la suya ultraje.  
Cuatro bárbaros tengo por vasallos,  
A quien Roma jamás conquistar pudo,  
Que sin armas, sin muros, sin caballos,  
Libres conservan su valor desnudo.  
Montes de hierro habitan, que á estimallos,  
Valiente en obras y en palabras mudo,  
A sus miras guardárades decoro;  
Pues, por su hierro, España goza su oro.  
Si su aspereza tosca no cultiva  
Aranzadas á Baco, hazas á Ceres,  
Es porque Venus huya, que, lasciva,  
Hipoteca en sus frutos sus placeres.  
La encina hercúlea, no la blanda oliva,  
Teje coronas para sus mujeres,



Que, aunque diversas en el sexo y nombres,  
En guerra y paz se igualan á sus hombres.  
El árbol de Garnica ha conservado  
La antigüedad que ilustra á sus señores,  
Sin que tiranos le hayan deshojado,  
Ni haga sombra á confesos ni á traidores.  
En su tronco, no en silla real sentado,  
Nobles, puesto que pobres electores  
Tan sólo un señor juran, cuyas leyes  
Libres conservan de tiranos reyes.  
Suyo lo soy agora, y del rey tío,  
Leal en defendelle, y pretendiente  
De su madre, á quien dar la mano fío,  
Aunque la deslealtad su ofensa intente.  
Infantes, si á la lengua iguala el brío,  
Intérprete es la espada del valiente;  
Vizcaíno es el hierro que os encargo,  
Corto en palabras, pero en obras largo.

TIRSO DE MOLINA.

---

DE «LAS PAREDES OYEN»

Acto I.

ESCENA XVII

- DON MENDO. Esta es la calle Mayor.  
DON JUAN. Las Indias de nuestro polo.  
DON MENDO. Si hay Indias de empobrecer,  
Yo también Indias la nombro.  
DON JUAN. Es gran tercera de gustos.  
DON MENDO. Y gran corsaria de tontos.  
DON JUAN. Aquí compran las mujeres.

- DON MENDO. Y nos venden á nosotros.  
DUQUE. ¿Quién habita en esta casa?  
DON JUAN. Don Lope de Lara, un mozo  
Muy rico, pero más noble.  
DON MENDO. Y menos noble que tonto.  
(*Hacen dentro ruido de baile.*)  
DUQUE. Tened, que bailan allí.  
DON JUAN. San Juan es fiesta de todos.  
DON MENDO. Yo aseguro que van éstos  
Más alegres que devotos.  
DUQUE. ¿Quién vive aquí?  
DON JUAN. Una viuda  
Muy honrada y de buen rostro.  
DON MENDO. Casta es la que no es rogada;  
Alegres tiene los ojos.  
BELTRÁN. (*Aparte.*) ¡Bien haya tan buena lengua!  
¡Vive Cristo, que es un Momo!  
DON JUAN. Esta imagen puso aquí  
Un extranjero devoto.  
DON MENDO. Y entre aquestas devociones  
No le sabe mal un logro.  
DON JUAN. Un regidor desta villa  
Hizo este hospital famoso.  
DON MENDO. Y primero hizo los pobres.  
BELTRÁN. (*Aparte.*) Por Dios que lo arrasa todo.

Acto II.

ESCENA IV

- DOÑA ANA. No pienses que está ya en mí  
Tan poderoso y entero  
El gigante amor primero

A quien tanto me rendí;  
Desde la noche que oí  
Mis agravios, la memoria  
En tan afrentosa historia  
Tan rabiosamente piensa,  
Que entre el amor y la ofensa  
Dudaba ya la vitoria.  
Pero con tan gran pujanza  
La nueva injuria ha venido,  
Que del todo se ha rendido  
El amor á la venganza.

CELIA.

¿Serás firme en la mudanza?

DOÑA ANA.

O el cielo mi mal aumente.

CELIA.

Tus venturas acreciente,  
Como contento me ha dado  
Tu pensamiento, mudado  
De un hombre tan maldiciente.  
Que desde que estando un día  
Viéndote por una reja,  
La cerré, y me llamó vieja,  
Sin pensar que yo lo oía,  
Tal cual soy, no lo querría  
Si él fuese del mundo Adán.

DOÑA ANA.

Que eran botes mi Jordán  
Dijo de mí: ¿qué te altera  
Que á tus años se atreviera?

CELIA.

¡Cuán diferente es Don Juan!  
Ofendido y despreciado,  
Es honrar su condición,  
Cuando el lengua de escorpión  
Ofende siendo estimado.  
Una vez desesperado

Don Juan se quejaba así:  
«¿Qué delito cometí  
En quererte, ingrata fiera?  
¡Quiera Dios!... Pero no quiera;  
Que te quiero más que á mí.»  
¡Si vieras la cortesía  
Y humildad con que me habló,  
Cuando licencia pidió  
Para verte el otro día!  
¡Si vieras lo que decía  
En mi defensa á un criado,  
Que porfiaba arrojado  
Que si yo dificultaba  
La visita, lo causaba  
Ser él pobre y desdichado!  
¡Si vieras!... Pero ¿qué vieras  
Que igualase á lo que viste,  
Cuando del traidor le oíste  
Defenderte tan de veras?  
Ya te ablandaras, si fueras  
formada de pedernal.

DOÑA ANA. ¿Qué te obliga á que tan mal  
Te parezca mi desdén?

CELIA. Tener á quien habla bien  
Inclinación natural;  
Y sin ella, me obligara  
La razón á que lo hiciera.

DOÑA ANA. Celia, ¡si Don Juan tuviera  
Mejor talle y mejor cara!...

CELIA. Pues ¡cómo! ¿En eso repara  
Una tan cuerda mujer?  
En el hombre no has de ver

La hermosura ó gentileza;  
Su hermosura es la nobleza,  
Su gentileza el saber.  
Lo visible es el tesoro  
De mozas faltas de seso,  
Y las más veces por eso  
Topan con un asno de oro.  
Por eso no tiene el moro  
Ventanas; y es cosa clara  
Que, aunque al principio repara  
La vista, con la costumbre  
Pierde el gusto ó pesadumbre  
De la buena ó mala cara.

Acto III.

ESCENA V

DON BELTRÁN. Si ella es salsa, es muy costosa,  
Señora; que bien mirado  
Ni hay más inútil pecado  
Ni salsa más peligrosa.  
Después que uno ha dicho mal,  
¿Saca de hacerlo algún bien?  
Los que le escuchan más bien,  
Ésos le quieren más mal;  
Que cada cual entre sí  
Dice, oyendo al maldiciente:  
«Éste, cuando yo me ausente,  
Lo mismo dirá de mí.»  
Pues si aquel de quien murmura  
Lo sabe, que es fácil cosa,  
¿Qué mesa tiene gustosa?

¿Qué cama tiene segura?  
Viciosos hay de mil modos  
Que no aborrece la gente;  
Y sólo del maldiciente  
Huyen con cuidado todos.  
Del malo más pertinaz  
Lastima la desventura;  
Solamente al que murmura  
Lleva el diablo en haz y en paz.  
RUIZ DE ALARCÓN.

DE «LA HIJA DEL AIRE»

Parte I, Jornada II.

ESCENA VII

MENÓN. Digo, señor, que en el centro  
Hallé de una obscura cueva  
Bruto el más bello diamante,  
Bastarda la mejor perla,  
Tibio el más ardiente rayo,  
Y la más viva luz muerta.  
Estaba de toscas pieles  
Vestida, para que hicieran  
Lo inculto y florido á un tiempo  
Armonía más perfecta;  
Bien como un bello jardín  
En una rústica selva:  
Más bello está cuando está  
De la oposición más cerca.  
Suelto el cabello tenía,  
Que en dos bien partidas crenchas,

Golfo de rayos, al cuello  
inundaba; y de manera  
Con la libertad vivía  
Tanta república de hebras  
Ufana, que inobediente  
A la mano que las peina  
Daba á entender que el precepto  
A la hermosura no aumenta,  
Pues todo aquel pueblo estaba  
Hermoso sin obediencia.  
Ni bien rubio ni bien negro  
Su variado color era,  
Sino un medio entre los dos:  
Como en la estación primera  
Del día, luces y sombras  
Confusamente se mezclan,  
Que ni bien sombras ni luces  
Se distinguen; así, hecha  
Del azabache y del oro  
Una mal distinta mezcla,  
Crepúsculo era el cabello,  
Siendo sus neutrales trenzas,  
Para ser negras, muy rubias;  
Para ser rubias, muy negras.  
No de espaciosa te alabo  
La frente, que antes en esta  
Parte sólo anduvo avara  
La siempre liberal maestra;  
Y fué, sin duda, porque  
Queriendo, señor, hacerla  
De una nieve que hubo acaso  
La hubo de dejar pequeña,

Porque no le fué posible  
Que entre la más pura y tersa  
Se hallase ya un poco más  
De una nieve como aquélla.  
Usurpábale el cabello  
Su imperio á la frente, y era  
Que á las cejas acechaba  
Como diciendo: «Estas cejas  
Hijas son de mi color,  
Y quiero bajar por ellas  
Porque el amor no se alabe  
De que las llevó por muestra.»  
Los ojos negros tenía:  
¿Quién pensara, quién creyera  
Que reinasen en los Alpes  
Los etíopes? Pues piensa  
Que allí se vió, pues se vieron  
De tanta nevada esfera  
Reyes dos negros bozales,  
Y tan bozales, que apenas  
Política conocían.  
Su barbaridad se muestra  
En que mataban no más  
Que por matar, sin que fuera  
Por rencor, sino por uso  
De sus disparadas flechas.  
Para que no se abrasasen  
Los dos en civiles guerras,  
Su jurisdicción partía,  
Proporcionada y bien hecha,  
Una valla de cristal,  
Sin que zozobrase en ella



La perfección, siendo así  
Que la nariz más perfeta,  
En el mar de las facciones  
Escollo es, donde las velas  
Del bajel de la hermosura  
Corren la mayor tormenta.  
De sus mejillas la tez  
Era otra unión de diversas  
Colores. ¿Viste la rosa  
Más encendida y sangrienta  
En la púrpura de Adonis?  
¿La azucena viste en ella  
Con el candor de la aurora?  
Pues tú allá te considera  
Esa azucena, esa rosa,  
Ajadas entre sí mismas,  
Y sus mejillas verás  
Al mismo instante que veas  
A la rosa desteñida  
O teñida la azucena.  
La boca, corte del alma,  
Donde la hermosura reina,  
Ya severamente grave,  
Ya dulcemente risueña,  
Era, no digo una joya,  
De corales y de perlas  
(Que esta alabanza común  
Ya es particular ofensa),  
Sino un archivo de todo  
Cuanto la Naturaleza  
Pudo atesorar; y así  
Grande hubo de ser por fuerza.

El cuello, blanca columna  
Que este edificio sustenta,  
Era de marfil al torno:  
De cuya hermosa materia  
Sobró para hacer las manos  
A emulación de sí misma.  
Este, pues, monstruo divino,  
Venus mandó que estuviera  
Oculto, porque Diana  
Le amenazó con tragedias.  
Nació de una ninfa suya,  
Y entregándola á las fieras,  
La defendieron las aves,  
De quien el nombre conserva,  
Pues Semíramis se llama,  
Que quiere en la siria lengua,  
Decir la hija del aire.  
Éste es su nombre y sus señas.

## Parte II, jornada I.

### ESCENA III

SEMÍRAMIS. No sé cómo mi valor  
Ha tenido sufrimiento  
Hoy para haberte escuchado  
Tan locos delirios necios,  
Sin que su cólera ardiente  
Haya abortado el incendio  
Que en derramadas cenizas  
Te esparciese por el viento;  
Pero ya que esta vez sola  
Templada me he visto, quiero

Ir, no por ti, mas por mí,  
A esos cargos respondiendo.  
Dices que ignoras si fué  
Aquel eclipse sangriento  
Del día que me juraron,  
O favorable ó adverso;  
Y bien la causa pudieras  
Inferir por los efectos,  
Pues no agüero, vaticinio  
Sería, el que dió sucesos  
Tan favorables á Siria  
Desde que yo en ella reino.  
Díganlo tantas victorias  
Como he ganado en el tiempo  
Que esposa de Nino he sido,  
Sus ejércitos rigiendo,  
Belona suya; pues cuando  
La Siria se alteró, vieron  
Los castigados rebeldes  
En mi espada su escarmiento.  
Sobre los muros de Caria,  
Cuando estaba puesto el cerco,  
¿Quién fué la primera que  
La plaza escaló, poniendo  
El estandarte de Siria  
En su homenaje soberbio  
Sino yo? ¿Quién esguazó  
El Nilo (ese monstruo horrendo  
que es con siete bocas hidra  
De cristal) en seguimiento  
De la rota que le di  
Al gitano Tolomeo?

En la paz, ¿quién las dió más  
Esplendor, lustre y aumento  
A las políticas doctas  
Con leyes y con preceptos?  
Pues cuando Marte dormía  
En el regazo de Venus,  
Velaba yo en cómo hacer  
Más dilatado mi imperio.  
Babilonia, esta ciudad  
Que desde el primer cimiento  
Fabriqué, lo diga; hablen  
Sus muros, de quien pendiendo  
Jardines están, á quien  
Llaman pensiles por eso.  
Sus altas torres, que son  
Columnas del firmamento,  
También lo digan, en tanto  
Número, que el sol saliendo,  
Por no rasgarse la luz,  
Va de sus puntas huyendo.  
Pero, ¿para qué me canso,  
Cuando mis obras reflero,  
Si ellas mismas de sí mismas  
Son las corónicas? Luego  
Recibirme á mí con salva,  
Al jurarme todo el cielo  
Padecer de asombro el sol  
Y de horror los elementos,  
Pues siguieron favorables  
A esta causa los efectos,  
Bien claro está que serían  
Vaticinios, y no agüeros.

Decir que Menón lo diga  
es otro blasón, si advierto  
Que ninguno pudo ser  
Mayor; pues, ¿qué más trofeo  
Que morir desesperado  
Dé mi amor y de sus celos?  
En cuanto á que di á mi esposo  
Muerte, ¿no es vano argumento  
Decir que, porque me dió  
Antes de morir el reino  
Por seis días, le maté?  
¿No alega en mi favor eso  
Más que en mi daño? Sí, pues  
Si vivía tan sujeto,  
Tan amante y tan rendido  
Nino á mi amor, ¿á qué efecto  
Había de reinar matando,  
Si ya reinaba viviendo?  
Y cuánto le adoré vivo,  
Como á rey, esposo y dueño,  
¿No lo dice un mausoleo  
Que hice á sus cenizas muerto?  
Decir que á Ninias, mi hijo,  
De mí retirado tengo,  
Y que, siendo mi retrato,  
Parece que le aborrezco,  
Es verdad lo uno y lo otro;  
Que, como has dicho tú mismo,  
No me parece en el alma  
Y me parece en el cuerpo.  
Y aunque tú, que en lo mejor  
Me parece, has dicho, es cierto

Que en lo peor me parece,  
Pues sería más perfecto  
Si hubiera de mí imitado  
Lo animoso que lo bello.  
Es Ninias, según me dicen,  
Temeroso por extremo,  
Cobarde y afeminado;  
Porque no hizo sólo un yerro  
Naturaleza en los dos  
(Si es que lo es el parecernos),  
Sino dos yerros: el uno  
Trocarse con su concepto,  
Y el otro, habernos trocado  
Tan totalmente el afecto,  
Que yo mujer y él varón,  
Yo con valor y él con miedo,  
Yo animosa y él cobarde,  
Yo con brío, él sin esfuerzo,  
Vienen á estar en los dos  
Violentados ambos sexos.  
Esta es la causa por qué  
De mí apartado le tengo,  
Y por qué del reino suyo  
No le doy corona y cetro  
Hasta que, disciplinado  
En el militar manejo  
De las armas y en las leyes  
Políticas del gobierno,  
Capaz esté de reinar.  
Mas ya que murmuran eso,  
(*A uno del acompañamiento*)  
Parte, Licio, y dí á Lisías,

Ayo suyo, que al momento  
Ninias venga á Babilonia:  
Verán su ignorancia, viendo  
Que es pródigo en esta parte,  
Y no tirano, mi intento.  
Y ahora á la conclusión  
De tus discursos volviendo,  
De que vienes destes cargos,  
Lidoro, á ponerme pleito,  
Ya que no me dé á prisión;  
Sólo responderte quiero  
Que echas bien de ver que aquí  
Has entrado á hablarme á tiempo  
Que estaba con mis mujeres  
Consultando en ese espejo  
Mi hermosura, lisonjeada  
De voces y de instrumentos;  
Y así en esta misma acción  
Has de dejarme, volviendo  
Las espaldas; pues aqueste  
Peine, que en la mano tengo,  
No ha de acabar de regir  
El vulgo de mi cabello,  
Antes que en esa campaña,  
O quedes rendido ó muerto.  
Laurel de aquesta victoria  
Ha de ser; porque no quiero  
Que corone mi cabeza  
Hoy más acerado yelmo  
Que este dentado penacho,  
Que es femenil instrumento;  
Y así me lo deajo en ella,

Entre tanto que te venzo.  
Y aunque pudiera esperar,  
Fiada en aquesos inmensos  
Muros, el asalto, no  
Me consiente el ardimiento  
De mi cólera que apele  
A lo prolijo del cerco.  
A la campaña saldré  
A buscarte; pues es cierto  
Que, cuando no hubiera tanto  
Número de gentes dentro  
De Babilonia, ni en ella  
Por Atlante de su peso  
Estuviesen Friso y Licas,  
Hermanos en el aliento  
Como en la sangre, y los dos  
Generales por sus hechos  
De mar y tierra; yo sola  
Hoy con mis mujeres creo  
Que te diera la batalla,  
Porque un instante, un momento  
Sitiada no me tuvieras.  
Y así, vete, vete presto  
A formar tus escuadrones;  
Que si te detienes, temo  
Que la ley de embajador  
Su inmunidad pierda, haciendo  
Que vuelvas por ese muro  
Tan breves pedazos hecho,  
Que seas materia ociosa  
De los átomos del viento.  
LIDORO. Pues si á la batalla intentas



- Salir, en ella te espero.
- LICAS. Y en ella verás que tiene  
Vasallos cuyos esfuerzos  
Sus laureles aseguran.
- LIDORO. En el campo lo veremos.
- FRISO. Sí verás, tan á tu costa,  
Que llores, Lidoro, el verlo.
- LIDORO. Quien menos habla, obra más.
- LICAS. Pues ¡á obrar más!
- FRISO. A hablar menos.
- LIDORO. Toca al arma.
- LICAS. Al arma toca.
- SEMÍRAMIS. Dadme ese bruñido acero;  
Seguidme todos, y tú,  
Licas, ostenta hoy tu esfuerzo.  
Mira que anda por hacerte  
Dichoso un atrevimiento.
- LICAS. No entiendo á qué fin persuades  
A mi valor, conociendo  
ya mi valor.
- SEMÍRAMIS. No te admires;  
Que yo tampoco lo entiendo.  
Tocad al arma, y en tanto  
Vosotras tenedme puesto  
Mientras salgo á la campaña,  
El tocador y el espejo,  
Porque, en dando la batalla,  
Al punto á tocarme vuelvo.

(Vanse.)

*Campos de Babilonia.*

ESCENA IV

SOLDADOS; *después* LIDORO

*(Óyense cajas, trompetas y ruido de armas.)*

- UNOS. *(Dentro.)* ¡Arma, arma!  
OTROS. *(Dentro.)* ¡Guerra, guerra!  
UNOS. *(Dentro.)* ¡Viva Semíramis!  
OTROS. *(Dentro.)* ¡Viva!  
OTROS. *(Dentro.)* ¡Viva Lidoro, y reciba  
La posesión de esta tierra!  
*(Salen Lidoro y soldados.)*

SOLDADO 1.º Ya de los muros salieron

Diversas tropas, y ya  
Tu gente dispuesta está.

LIDORO. ¿Adónde, cielos, cupieron  
Tantas gentes? ¿Qué ciudad  
Tener pudo, sin espanto,  
En sus entrañas, á tanto  
Número capacidad?  
Cuerpos tomaron sutiles,  
Sin duda, á tantos combates  
Las arenas del Eufrates,  
Las hojas de los pensiles.  
Del sol el nuevo arrebol  
Las luces mira deshechas;  
Que las nubes de sus flechas  
Son noche alada del sol.

SOLDADOS. *(Dentro.)* ¡Guerra, guerra!

LIDORO. Ya hacia allí

Trabada la lid se ve.

A morir matando iré.

*(Éntrase y dase la batalla.)*

ESCENA V

LICAS, LIDORO y SOLDADOS; FRISO y SEMÍRAMIS.

LICAS. (*Dentro.*) ¿Dónde estás, Lidoro?

LIDORO. (*Dentro.*) Aquí

Me hallarás; que nunca yo,  
Aunque me siga la suerte,  
La espalda volví á la muerte.

SOLDADO 1.º (*Dentro.*) El rey en la lid entró;  
Seguidle, no le dejéis.

(*Sale Lidoro herido, cayendo, y tras él Licas y Friso;  
y por otra parte sale Semíramis.*)

FRISO. Mía será esta victoria.

LICAS. Mía ha de ser esta gloria.

SEMÍRAMIS. Esperad, no le matéis.

FRISO. ¿Tú le defiendes?

SEMÍRAMIS. Sí, que hoy,  
Más que verle muerto, quiero  
De mis armas prisionero.

LIDORO. Rendido á tus pies estoy,  
Ya que mis desdichas son  
Tales, y ya que ninguna  
Vez se puso la fortuna  
de parte de la razón.

SEMÍRAMIS. Haced que de la batalla  
El alcance no se siga.

FRISO. Apenas de la enemiga  
Hueste en el campo se halla  
Más que ruína; que, en sumas  
Tragedias, ya del Eufrates  
Las arenas son granates,  
Y corales las espumas;

Y huyendo por los desiertos  
De tus rigores esquivos,  
Los que han escapado vivos,  
Van tropezando en los muertos.

SEMÍRAMIS. Que yo me diese á prisión,  
Fué tu intento; y siendo así,  
Será prenderte yo á ti  
Debida satisfacción.  
Fiera ingrata me llamaste  
Hoy, cuando á ti can leal:  
Luego si con nombre tal  
Me ofendiste y te ilustraste,  
Tiranías no serán  
Que yo en esta parte quiera,  
Procediendo como fiera,  
Tratarte á ti como can.  
De mi palacio al umbral  
Atado te he de tener:  
Allí has de estar; que he de ver  
Si me le guardas leal  
Y vigilante desde hoy;  
Que si del can es empeño  
El ser leal con su dueño,  
Desde aquí tu dueño soy.

---

DE «EL PRÍNCIPE CONSTANTE»

---

SONETO

Estas que fueron pompa y alegría  
Despertando al albor de la mañana,  
A la tarde serán lástima vana  
Durmiendo en brazos de la noche fría.

Este matiz que al cielo desafía,  
Iris listado de oro, nieve y grana,  
Será escarmiento de la vida humana:  
¡Tanto se aprende en término de un día!

A florecer las rosas madrugaron,  
Y para envejecerse florecieron:  
Cuna y sepulcro en un botón hallaron.

Tales los hombres sus fortunas vieron:  
En un día nacieron y espiraron;  
Que pasados los siglos, horas fueron.

CALDERÓN.

## MI VUELTA AL CAMPO

Ya vuelvo á ti, pacífico retiro,  
Altas colinas, valle silencioso,  
Término á mis deseos,  
Faustos me recibid; dadme el reposo  
Por que en vano suspiro  
Entre el tumulto y tristes devaneos  
De la corte engañosa.  
Con vuestra sombra amiga  
Mi inocencia cubrid, y en paz dichosa  
Dadme esperar el golpe doloroso  
De la Parca enemiga,  
Que lento alcance á mi vejez cansada,  
Cual de otoño templado  
En deleitosa tarde, desmayada  
Huye su luz del cárdeno occidente  
El rubio sol con paso sosegado.  
¡Oh, cómo, vegas plácidas, ya siente  
Vuestro influjo feliz el alma mía!

Os tengo, os gozaré; con libre planta  
Discurriré por vos; veré la aurora,  
Bañada en perlas que riendo llora,  
Purpúrea abrir la puerta al nuevo día,  
Su dudoso esplendor vago esmaltando  
Del monte que á las nubes se adelanta  
La opuesta negra cumbre;  
Del sol naciente la benigna lumbre  
Veré alentar, vivificar el suelo,  
Que en nublosos vapores  
Adormeciera de la noche el hielo;  
Del aura matinal el soplo blando,  
De vida henchido y olorosas flores,  
Aspiraré gozoso;  
El himno de alborada bullicioso  
Oiré á las sueltas aves,  
Extático en sus cantos süaves;  
Y mi vista encantada,  
Libre vagando en inquietud curiosa  
Por la inmensa llanada,  
Aquí verá los fértiles sembrados  
Ceder en ondas fáciles al viento,  
De sus plácidas alas regalados;  
Sobre la esteva honrada  
Allí cantar al arador contento  
En la esperanza de la mies futura;  
Alegre en su inocencia y su ventura  
Más allá un pastorcillo  
Lento guiar sus cándidas corderas  
A las frescas praderas,  
Tañendo el concertado caramillo;  
Y el río ondisonante,

Entre copados árboles torciendo,  
Engañar en su fuga circulante  
Los ojos que sus pasos van siguiendo,  
Lento aquí sobre un lecho de verdura,  
Allí celando su corriente pura;  
Cerrando el horizonte  
El bosque impenetrable y arduo monte.

### ACUSACIÓN

Y vosotros, sabios ejecutores de la justicia, rectísimos ministros de ella, ¿podréis á su vista dudar un solo instante en imponer la clarísima pena que señala á los dos desgraciados parricidas doña María Vicenta de Mendieta y don Santiago San Juan? Otro os dijera, arrebatado de su celo, que el fatal cadalso se levantase enfrente de la casa, teatro del horrendo delito. Él es tan atroz en sí mismo, y por sus funestas consecuencias en el orden social, que merece que le déis el mayor aparato judicial para que imponga y amedrente á los malvados. Los grandes atentados exigen muy crudos escarmientos; éste, señores, es el más grave que pudo cometerse. En esta perversión y abandono brutal de las costumbres públicas; en esta funesta disolución de los lazos sociales; en esta inmoralidad que por todas partes cunde y se propaga con la rapidez de la peste; en este fatal egoísmo, causa de tantos males; en este olvido de todos los deberes; cuando se hace escarnio del nudo conyugal; cuando el torpe adulterio y el corrompido celibato van por todas partes descarados y como en triunfo apartando á los hombres de su vocación universal, y proclamando altamente el vicio y la estéril disolución; en estos tiempos desastrados; este

lujo devastador que marcha rodeado de los desórdenes más feos; estos matrimonios que por todas partes se ven indiferentes ó de hielo, por no decir más; un delito contra esta santa unión exige toda vuestra severidad; un delito tan horroroso la merece más particularmente; y esas ropas acuchilladas que recuerdan su infeliz dueño; esa sangre inocente en que las veis teñidas y empapadas, clamándoos por su justa venganza; la virtud que os las presenta cubierta de luto y desolada; ese pueblo que tenéis delante, conmovido y colgado de vuestra decisión; el rumor público que ha llevado este negro atentado hasta las naciones extrañas; la patria consternada, que llora á un hijo suyo malogrado, y hundidas con él mil altas esperanzas; el Dios de la justicia que os mira desde lo alto, y os pedirá algún día estrechísima cuenta del adúltero y del parricida; vuestra misma seguridad comprometida y vacilante sin un ejemplar castigo; todo, señores, os grita, todo clama, todo exige de vosotros la sangre impía de estos alevosos. Fulminad sobre sus culpables cabezas, en nombre de la ley, la solemne pena por ella establecida; y paguen con sus vidas, paguen al instante la vida que arrancaran con tan inaudita atrocidad. Sean ejemplo memorable á los malvados, y alienten y reposen en adelante la inerme inocencia y la virtud, estando vosotros para velar sobre ellas, ó á lo menos vengarlas.

MELÉNDEZ VALDÉS.

---



EXORDIO DE LA ORACIÓN  
SOBRE LA ELOCUENCIA ESPAÑOLA

Que las principales lenguas europeas hayan llegado ya á perfeccionarse tanto que gloriosamente compitan con los antiguos idiomas latino y griego, cosa es de que debemos regocijarnos mucho, pues logramos vivir en tan erudito siglo. Pero que la lengua española, majestuosa entre todas las que hoy se hablan, como la más semejante á su nobilísima madre la latina, haya degenerado tanto que desconocida ya su natural grandeza viva tan poco favorecida aun de los ingenios propios, cosa es sensible, cosa por cierto lastimosa. No acabo de admirar que una gloriosísima nación que dió á la lengua latina un Porcio Latrón, primer profesor de retórica de nombre y fama que tuvo Roma; una tan insigne familia como la de los Anneos Sénecas, seminario ilustre de elocuentísimos varones; un Marco Fabio Quintiliano, que fué el primero que con el salario del fisco abrió escuelas públicas en la metrópoli del mundo; no acabo, digo, de admirar que una nación tan gloriosa sufra que otras la excedan en el adorno y cultura de sus lenguas, siendo éstas los principales instrumentos de la sociedad humana y pruebas incontestables de estar la razón más ó menos ilustrada.

Yo ciertamente no sé á qué poder atribuirlo, sino á la falsa idea que comúnmente se tiene de la verdadera elocuencia. Muchos piensan que hablar perfectamente es usar de ciertos pensamientos que llaman ellos *conceptos*, debiéndose decir *afectados delirios*; procurar vestirlos con frases inventadas, taraceadas éstas de palabras poéticas extranjeras, y nuevamente forjadas; multiplicar palabras

magníficas sin elección ni juicio; y en fin, hablar de manera que lo entiendan pocos y á veces nadie, y ni aun ellos mismos; y por eso mismo lo admiran muchos ignorantes é idiotas. ¡Oh torpeza de la razón humana! ¡Hasta dónde llegas!

¿No es así que se inventó el lenguaje para representar á los oyentes con la mayor viveza una clarísima idea de lo que la mente esconde? ¿Pues qué locución mejor que la que más bien explica nuestros pensamientos? A este fin nos conduce el mendigar oscuros vocablos buscados con diligencia, ó en las obras poéticas de nuestros tiempos, ó en los diccionarios extraños, ó en el capricho propio. Las palabras comunes, aunque no vulgares, propiamente aplicadas ó decorosamente traspuestas á la materia sujetas, éstas son las voces de que la oración se compone. Y que esto sea así, manifiestamente se convence.

Si preguntamos á los mismos que estudiosamente afectan un tan extraño lenguaje cuáles han sido los principios de la elocuencia española, el uno dirá (y con razón) que el venerable Padre Fray Luis de Granada: el otro (y bien) que el Padre Pedro de Rivadeneyra: el otro (si se inclina más á la moderna elocuencia) que el Padre Antonio de Vieira, para que pongamos ejemplo en autor que haya escrito en portugués y castellano.

Ahora bien: sea uno de los príncipes de nuestra lengua, el que cada uno quiera, con tal que sea de aquellos cuyo decir haya sido universalmente aprobado. Cada cual abunde en su sentir. Solamente deseo que me respondáis á esto: Si es así lo que decís, ¿cómo no procuráis imitar á esos mismos? O si acaso sois muy ambiciosos de gloria, ¿cómo no trabajáis en excederlos, alargando el paso por aquel camino que allanaron ellos? ¿Hay alguna

cláusula de cuantas han escrito esos insignes varones que necesite de intérpretes? No, por cierto. Tan lejos están de incurrir en la menor obscuridad, que me persuado de que muchos no los quieren imitar, porque sólo aman el estilo que necesita de tener un lector ingenioso. Infero de esto que los sectarios de este afectadísimo estilo, ó no han llegado á concebir la verdadera idea de la elocuencia, ó erradamente se inclinan á una verbosa algarabía. En fe de los hombres juiciosos, públicamente confiesan que son elocuentes los que poco ha nombramos; y como ven que todos los juzgan constantemente por tales, no se atreven á manifestar su sentir opuesto, para que no los tengan por hombres de juicio leve. Pero su mismo estilo persuade que ellos lo menos que piensan es en imitarlos. Y así, á la lección de aquéllos y de algunos más, que les ayudaría á formar un juicioso, eficaz y agradable estilo, prefieren otros con quienes su juicio niñea, ó, por mejor decir, estudiosamente delira. De ahí se sigue la formación de un estilo mucho más absurdo que aquel que imitan.

Los grandes progresos que así se hacen, mejor que yo los dirá el discretísimo P. Pedro Juan Perpiñán, de quien seriamente decía Marco Antonio Mureto, primer orador de su siglo, que de su boca, como la de otro Nestor, salía una oración más dulce que la misma miel. Este jesuíta, pues, en una de sus oraciones dice: que habiéndose propuesto imitar en sus primeros años, por lo poco diestra dirección de sus indiscretos maestros (¡cuántos de éstos hay!), algunos malos artífices del bien decir, cuanto más trabajaba se alejaba más de su deseado fin, hasta que, reconociendo seriamente que el que corre más por el camino errado es el que se adelanta menos hacia donde se debe ir, siguió el trillado y único de imitar á

Tulio, y así llegó á ser en muy pocos años un Cicerón cristiano.

GREGORIO MAYÁNS Y SISCAR.

---

X DE «LA FIESTA DE TOROS EN MADRID»

Salió un toro del toril,  
Y á Tarfe tiró por tierra,  
Y luego á Benalguacil.  
Después con Hamete cierra  
El temerón de Conil.

Traía un ancho listón  
Con uno y otro matiz,  
Hecho un lazo por airón,  
Sobre la enhiesta cerviz  
Clavado con un harpón.

Todo galán pretendía  
Ofrecerle vencedor  
A la dama que servía:  
Por eso perdió Almanzor  
El potro que más quería.

El alcaide, muy zambrero,  
De Guadalajara huyó  
Mal herido al golpe fiero,  
Y desde un caballo overo  
El moro de Horche cayó.

Todos miran á Aliatar,  
Que aunque tres toros ha muerto,  
No se quiere aventurar;  
Porque en lance tan incierto  
El caudillo no ha de entrar.

Mas viendo se culparía,  
va á ponérsele delante:  
La fiera le acometía,  
Y sin que el rejón le plante  
Le mató una yegua pía.

Otra monta acelerado:  
Le embiste el toro de un vuelo,  
Cogiéndole entablerado;  
Rodó el bonete encarnado  
Con las plumas por el suelo.

Dió vuelta hiriendo y matando  
A los de á pie que encontrara,  
El circo desocupando;  
Y emplazándose, se para,  
Con la vista amenazando.

Nadie se atreve á salir:  
La plebe grita indignada,  
Las damas se quieren ir,  
Porque la fiesta empezada  
No puede ya proseguir.

Ninguno al riesgo se entrega,  
Y está en medio el toro fijo;  
Cuando un portero que llega  
De la puerta de la Vega,  
Hincó la rodilla, y dijo:

«Sobre un caballo alazano,  
Cubierto de galas y oro,  
Demanda licencia ufano,  
Para alancear un toro,  
Un caballero cristiano.»

Mucho le pesa á Aliatar;  
Pero Zaida dió respuesta

Diciendo que puede entrar;  
Porque en tan solemne fiesta  
Nada se debe negar.

Suspenso el concurso entero  
Entre dudas se embaraza,  
Cuando en un potro ligero  
Vieron entrar por la plaza  
Un bizarro caballero.

Sonrosado, albo color,  
Belfo labio, juveniles  
Alientos, inquieto ardor,  
En el florido verdor  
De sus lozanos abriles.

Cuelga la rubia guedeja,  
Por donde el almete sube,  
Cual mirarse tal vez deja  
Del sol la ardiente madeja  
Entre cenicienta nube.

NICOLÁS FERNÁNDEZ DE MORATÍN.

DE «LA COMEDIA NUEVA»

Acto primero.

ESCENA I

DON ANTONIO.—PIPI.

*(Don Antonio sentado junto á una mesa; Pipi paseándose.)*

DON ANTONIO.—Parece que se hunde el techo. ¡Pipi!

PIPI.—¿Señor?

DON ANTONIO.—¿Qué gente hay arriba, qué anda con tal estrépito? ¿Son locos?

PIPÍ.—No, señor; poetas.

DON ANTONIO.—¿Cómo poetas?

PIPÍ.—Sí, señor; ¡así lo fuera yo! ¡No es cosa! Y han tenido una gran comida. Burdeos, Pajarete, Marrasquino; ¡uh!

DON ANTONIO.—¿Y con qué motivo se hace esa franquichela?

PIPÍ.—Yo no sé, pero supongo que será en celebridad de la comedia nueva que se representa esta tarde, escrita por uno de ellos.

DON ANTONIO.—¿Conque han hecho una comedia? ¡Haya picarillos!

PIPÍ.—Pues qué, ¿no lo sabía usted?

DON ANTONIO.—No por cierto.

PIPÍ.—Pues ahí está el anuncio en el *Diario*.

DON ANTONIO.—En efecto, aquí está. (*Leyendo en el Diario, que está sobre la mesa*): COMEDIA NUEVA INTITULADA GRAN CERCO DE VIENA. ¡No es cosa! Del sitio de una ciudad hacen una comedia. ¡Si son el diantre! ¡Ay, amigo Pipí! ¡Cuánto más vale ser mozo de café que poeta ridículo!

PIPÍ.—Pues mire usted, la verdad, yo me alegrara de saber hacer así alguna cosa...

DON ANTONIO.—¿Cómo?

PIPÍ.—Así, de versos... ¡Me gustan tanto los versos!

DON ANTONIO.—¡Oh! Los buenos versos son muy estimables; pero hoy día son tan pocos los que saben hacerlos, tan pocos, tan pocos...

PIPÍ.—No, pues los de arriba bien se conoce que son del arte. ¡Válgame Dios! ¡Cuántos han echado por aquella boca! Hasta las mujeres.

DON ANTONIO.—¡Oiga! ¿También las señoras decían coplillas?

PIPÍ.—¡Vaya! Hay allí una doña Agustina, que es mujer del autor de la comedia... ¡Qué! Si usted viera... Unas décimas componía de repente... No es así la otra, que en toda la mesa no ha hecho más que retozar con aquel don Hermógenes y tirarle miguitas de pan al peluquín.

DON ANTONIO.—¿Hermógenes está arriba? ¡Gran pedantón!

PIPÍ.—Pues con ése se estaba jugando, y cuando le decían: «Mariquita, una copla, vaya, una copla», se hacía la vergonzosa; y por más que la estuvieron azuzando á ver si rompía, nada. Empezó una décima y no la pudo acabar, porque decía que no encontraba el consonante; pero doña Agustina, su cuñada... ¡Oh!, aquella sí. Mire usted lo que es... Ya se ve, en teniendo vena...

DON ANTONIO.—Seguramente. ¿Y quién es ese que cantaba poco ha y daba aquellos gritos tan descompasados?

PIPÍ.—¡Oh! Ese es don Serapio.

DON ANTONIO.—Pero ¿qué es? ¿Qué ocupación tiene?

PIPÍ.—El es... mire usted, á él le llaman don Serapio.

DON ANTONIO.—¡Ah, sí! Es aquel bulli bulli que hace gestos á las cómicas, y las tira dulces á la silla cuando pasan, y va todos los días á saber quién dió la cuchillada.

LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN.

## DE LAS «CARTAS FAMILIARES»

Á DON ALONSO CARNERO

Amigo y señor mío: No sabré decir ni es fácil de ponderar el hambre que tengo de hablar un rato con vuestra merced. Quisiera darme un hartazgo de este manteni-



miento espiritual que hace tanta falta en el ánimo, y no sé si me han de dejar las ocupaciones que han cargado sobre mí estos días; porque los señores del Consejo de Indias se han querido desquitar de mis negligencias históricas, pidiéndome repetidos informes sobre algunas noticias que me han sacado de mi paso ordinario, poniéndome en obligación de revolver mis libros.

Vuestra merced se abstenga de los alimentos que sabe le ocasionan esos accidentes, que cada uno es el mejor médico de sí mismo para conocer con qué se irrita menos el humor pecante; y tome la tarea de su ocupación con algo de menos puntos, que más se atrasan los negocios con una enfermedad. Y lo que pide la Providencia es que se midan las fuerzas con el trabajo, porque no se les apure la paciencia y falten cuando más sean menester. Dirá vuestra merced: ¿Qué consejos son estos de viejo haragán, y flojedades de historia perdurable? Pero yo confieso mi culpa, y vuelvo á decir (valga lo que valiere) que todo lo que no es vivir es historia.

Dígame vuestra merced cómo le va de cerveza, que yo pongo entre las fuerzas de la costumbre la maravilla de que llegue á saber bien este brevaje; y si estuviera en ese país le alabara entre los flamencos y guardara mi sed para mejor ocasión; pero si vuestra merced hubiere de alabar la cerveza, sea con tal moderación que no se den celos al vino; porque hay quien diga que le beben también esos señores, aunque no faltan opiniones de que el vino los bebe á ellos.

Dígame vuestra merced cómo se halla mi señor don N. con el remedio, que si ha obrado lo que yo deseo no hablaré que pedirle. De mí lo que puedo decir á vuestra merced es que no acabo de entender los visos de estas dos

caras de su ausencia. Si vuelvo á considerar la falta que vuestra merced me hace, me parece que ha mil años que vuestra merced me dejó de su mano; y si vuelvo por el otro lado á mirar mi sentimiento y á tasar mi dolor, parece que fué ayer nuestra separación.

ANTONIO SOLÍS.

DEL «ELOGIO A CARLOS III.»

Pero á ti, ¡oh, buen Carlos!, á ti se debe siempre la mayor parte de esta gloria y de nuestra gratitud. Sin tu protección, sin tu generosidad, sin el ardiente amor que profesas á tus pueblos, estas preciosas semillas hubieran perecido. Caídas en una tierra estéril, la cizaña de la contradicción las hubiera sofocado en su seno. Tú has hecho respetar las tiernas plantas que germinaron; tú vas ya á recoger su fruto; y este fruto de ilustración y de verdad será la prenda más cierta de la felicidad de tu pueblo.

Sí, españoles, ved aquí el mayor de todos los beneficios que derramó sobre vosotros Carlos III. Sembró en la nación las semillas de luz que han de ilustraros, y os desembarazó los senderos de la sabiduría. Las inspiraciones del vigilante ministro que, encargado de la pública instrucción sabe promover con tan noble y constante afán las artes y las ciencias, y á quien nada distinguirá tanto en la posteridad como esta gloria, lograron al fin restablecer el imperio de la verdad. En ninguna época ha sido tan libre su circulación; en ninguna tan firmes sus defensores; en ninguna tan bien sostenidos sus derechos. Apenas hay ya estorbos que detengan sus pasos; y entretanto que los baluartes levantados contra el error se fortifican y respetan, el santo idioma de la verdad se oye en nues-

tras asambleas, se lee en nuestros escritos y se imprime tranquilamente en nuestros corazones. Su luz se recoge de todos los ángulos de la tierra, se reúne, se extiende, y muy presto bañará todo nuestro horizonte.

Sí, mi espíritu, arrebatado por los inmensos espacios de lo futuro, ve allí cumplido este agradable vaticinio. Allí descubre el simulacro de la verdad, sentado sobre el trono de Carlos; la sabiduría y el patriotismo la acompañan; innumerables generaciones la reverencian y se le postran en derredor; los pueblos, beatificados por su influencia, le dan un culto puro y sencillo; y en recompensa del olvido con que la injuriaron los siglos que han pasado, le ofrecen los himnos de contento y los dones de la abundancia que recibieron de su mano.

¡Oh, vosotros, amigos de la patria, á quienes está encargada la mayor parte de esta feliz revolución!; mientras la mano bienhechora de Carlos levanta el magnífico monumento que quiere consagrar á la sabiduría; mientras los hijos de Minerva congregados en él rompen los senos de la Naturaleza, descubren sus íntimos arcanos y abren á los pueblos industriosos un minero inagotable de útiles verdades, cultivad vosotros noche y día el arte de aplicar esta luz á su bien y prosperidad. Haced que su resplandor inunde todas las avenidas del trono, que se difunda por los palacios y altos consistorios y que penetre hasta los más distantes y humildes hogares. Este sea vuestro afán, este vuestro deseo y única ambición. Y si queréis hacer á Carlos un obsequio digno de su piedad y de su nombre, cooperad con él en el glorioso empeño de ilustrar la nación para hacerla dichosa.

También vosotras, noble y preciosa porción de este cuerpo patriótico; también vosotras podéis arrebatarse esta

gloria si os dedicáis á desempeñar el sublime oficio que la Naturaleza y la Religión os han confiado. La patria juzgará algún día los ciudadanos que le presentéis para librar en ellos la esperanza de su esplendor. Tal vez correrán á servirla en la Iglesia, en la Magistratura, en la Milicia, y serán desechados con ignominia si no los hubieris hecho dignos de tan altas funciones. Por desgracia los hombres nos hemos arrogado el derecho exclusivo de instruirlos, y la educaci6n se ha reducido á fórmulas. Pero pues nos abandonáis el cuidado de ilustrar su espíritu, á lo menos reservaos el de formar sus corazones. ¡Ah! ¿De qué sirven las luces, los talentos; de qué todo el aparato de la sabiduría sin la bondad y rectitud del corazón? Sí, ilustres compañeras, sí; yo os lo aseguro, y la voz del defensor de los derechos de vuestro sexo no debe seros sospechosa: yo os lo repito; á vosotras toca formar el corazón de los ciudadanos. Inspirad en ellos aquellas tiernas afecciones á que están unidos el bien y la dicha de la Humanidad. Inspiradles la sensibilidad, esta amable virtud que vosotras recibisteis de la Naturaleza, y que el hombre alcanza apenas á fuerza de reflexi6n y de estudio. Hacedlos sencillos, esforzados, compasivos, generosos; pero sobre todo hacedlos amantes de la verdad, de la libertad y de la patria. Disponedlos así á recibir la ilustraci6n que Carlos quiere vincular en sus pueblos, y preparadlos para ser algún día recompensa y consolaci6n de vuestros afanes, gloria de sus familias, dignos imitadores de vuestro celo y bienhechores de la naci6n.

GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS.

---

DE «LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA»

ENTRADA DE LOS FRANCESES

Clara ya y del todo descubierta la política de Napoleón respecto de Portugal, disponían en tanto los fingidos aliados de España dar al mundo una señalada prueba de alevosía. Por las estrechuras de Roncesvalles se encaminó hacia Pamplona el general d'Armagnac con tres batallones, y presentándose repentinamente delante de aquella plaza, se le permitió sin obstáculo alojar dentro sus tropas; no contento el francés con esta demostración de amistad y confianza, solicitó del Virrey, Marqués de Vallesantoro, meter en la ciudadela dos batallones de suizos, so color de tener recelos de su fidelidad. Negóse á ello el Virrey, alegando que no le era lícito acceder á tan grave propuesta sin autoridad de la corte; adecuada contestación y digna del debido elogio, si la vigilancia hubiera correspondido á lo que requería la crítica situación de la plaza. Pero tal era el descuido, tal el incomprendible abandono, que hasta dentro de la misma ciudadela iban todos los días los soldados franceses á buscar sus raciones, sin que se tomasen ni las comunes precauciones de tiempo de paz. No así desprevenido el general d'Armagnac se había de antemano hospedado en casa del marqués de Besolla, porque situado aquel edificio al remate de la explanada y enfrente de la puerta principal de la ciudadela, podía desde allí acechar con más facilidad el oportuno momento para la ejecución de su alevoso designio. Viendo frustrado su primer intento con la repulsa del Virrey, ideó el francés recurrir á un ver-

gonzoso ardid. Uno á uno y con estudiada disimulación mandó que en la noche del 15 al 16 de Febrero pasasen con armas á su posada cierto número de granaderos, al paso que en la mañana siguiente soldados escogidos, guiados bajo disfraz por el jefe Robert, acudieron á la ciudadela á tomar los víveres de costumbre. Nevaba, y bajo pretexto de aguardar á su jefe empezaron los últimos á divertirse tirándose unos á otros pellas de nieve: distrajeron con el entretenimiento la atención de los soldados españoles, y corriendo y jugando de aquella manera, se pusieron algunos sobre el puente levadizo para impedir que le alzasen. A poco y á una señal convenida se avalanzaron los restantes al cuerpo de guardia, desarmaron á los descuidados centinelas, y apoderándose de los fusiles del resto de la tropa, colocados en el armero, franquearon la entrada á los granaderos ocultos en casa de d'Armagnac, á los que de cerca siguieron todos los demás. La traición se ejecutó con tanta celeridad, que apenas había recibido la primera noticia el desavisado Virrey, cuando ya los franceses se habían del todo posesionado de la ciudadela. D'Armagnac le escribió entonces, á manera de satisfacción, un oficio en que, al paso que se disculpaba con la necesidad, lisonjeábase de que en nada se alteraría la buena armonía propia de los fieles aliados: género de mofa con que hacía resaltar su fementida conducta.

Por el mismo tiempo se había reunido en los Pirineos orientales una división de tropas italianas y francesas, compuesta de once mil hombres de infantería y mil setecientos de caballería. En 4 de Febrero tomó en Perpignan el mando el general Duhesme, quien en sus memorias mienta sólo disponibles siete mil soldados: á sus ór-

denes estaban el general italiano Lechi y el francés Chabrán. A pocos días penetraron por la Junquera, dirigiéndose á Barcelona, con intento, decían, de proseguir su viaje á Valencia. Antes de avistar los muros de la Capital de Cataluña, recibió Duhesme una instrucción del capitán general, conde de Ezpeleta, sucesor por aquellos días del de Santa Clara, para suspender su marcha hasta que consultase á la corte. Completamente ignoraba ésta el envío de tropas por el lado oriental de España, ni el embajador francés había siquiera informado de la novedad, tanto más importante, cuanto Portugal no podía servir de capa á la reciente expedición. Duhesme, lejos de arredrarse con el requerimiento de Ezpeleta, contestó de palabra con arrogancia que á todo evento llevaría á cabo las órdenes del Emperador, y que sobre el capitán general de Cataluña recaería la responsabilidad de cualquiera desavenencia. Celebró un consejo el conde de Ezpeleta, y en él se acordó permitir la entrada en Barcelona á las tropas francesas. Así lo realizaron en 13 de aquel mes, quedando, no obstante, en poder de la guarnición española Montjuich y la ciudadela. Pidió Duhesme que en prueba de buena armonía se dejase á sus tropas alternar con las nacionales en la guardia de todas las puertas. Falto de instrucciones, y temeroso de la enemistad francesa, accedió Ezpeleta, con harta, si bien disculpable debilidad, á la imperiosa demanda, colocando Duhesme en la puerta principal de la misma ciudadela una compañía de granaderos, en cuyo puesto había solamente veinte soldados españoles. Pesaroso el capitán general de haber llevado tan allá su condescendencia, rogó al francés que retirase aquel piquete, pero muy otras eran las intenciones del último, no conten-

tándose ya con nada menos que con la total ocupación. Andaba también Duhesme más receloso, á causa de la llegada á Barcelona del oficial de artillería D. Joaquín Osma, á quien suponía enviado con especial encargo de que se velase por la conservación de la plaza, probable conjetura, en efecto, si en Madrid hubiera habido sombra de buen gobierno; mas era tan al contrario, que Osma había sido comisionado para facilitar á los aliados cuanto apeteciesen, y para recomendar la buena armonía y mejor trato. Sólo se insinuó en instrucción verbal que procurase de paso indagar en las conversaciones con los oficiales cuál fuese el verdadero objeto de la expedición, como si para ello hubiera habido necesidad de correr hasta Barcelona y de despachar expresamente un oficial explorador...

He aquí el modo insidioso con que en medio de la paz y de una estrecha alianza se privó á España de sus plazas más importantes: perfidia atroz, deshonrosa arteria en guerreros envejecidos en la gloriosa profesión de las armas, ajena é indigna de una nación grande y belicosa.

EL CONDE DE TORENO.

---

DE LA CARTA «UNA EN OTRA»

No se hallará, quizás, entre las jóvenes españolas criadas en el mundo, esa ciega inocencia, esa temblorosa timidez, esa exagerada circunspección de las jóvenes del norte. Tiene la española el entendimiento demasiado penetrante, el carácter demasiado enérgico, la imaginación demasiado viva, el alma demasiado vasta para poder



quedar en ese capullo de seda. La idea de afectar una sencillez infantil, cuyo atractivo no concibe, la haría encogerse de hombros y se reiría de usarle, como una princesa de ponerse el traje de una pastora de Arcadia.

En lugar de aquel suave velo rosado con que se cubren las vírgenes del norte, tiene ella su orgullo. Con su orgullo, la española no se encoge, sino que se alza. Por su orgullo no es coqueta, porque desdeña los homenajes que no halagan su corazón: á su orgullo confía su virtud. Y esto hace que ninguna mujer comprenda como ella la dignidad de la mujer. Así, ella hace de los españoles los hombres más apasionados, más galantes, más delicados, más respetuosos del mundo.

«Hijo mío», dijo el viejo Miranda, después de haber mirado á Casta, «per lo que toca á la persona, no hay *pero* que ponerle: esto está á la vista. Doña Mónica, me parece que, sin que nos ciegue la parcialidad, los nietos nuestros serán bonitos.—¿Qué está usted ahí cosiendo, Castita?»

«Un vestido de guinga», contestó Casta. «Vamos, vamos suelte usted la costura», dijo el suegro futuro; «de aquí en adelante no coserá usted; no gastará más vestidos de guinga.»

«¡Ay! sí, señor; los gastaré; es la tela que prefiero.»

«¿Y si su marido de usted no quisiera? ¿Si no quiere sino que gaste usted vestidos de seda?»

«No llegará ese caso», dijo Casta con voz firme; «pues no pienso casarme.»

Al oír esta brusca y terminante declaración, el señor Miranda quedó estupefacto; su hijo miró á Casta con angustia, cruzando las manos; la pobre madre palideció, gritando: «¡Casta, Casta! no partas de ligero y piensa antes de decidirte.»

Casta seguía cosiendo tranquilamente y sin levantar la cabeza.

«¿Qué es esto?», exclamó al fin el señor Miranda. «¡Mi hijo es rehusado! ¡Mi hijo, mi hijo! el mejor mozo, el más distinguido de los muchachos de Cádiz, criado en Londres y París, que debe heredar mi caudal; gentilhombre de Su Majestad...»

«Que, por consiguiente», dijo Casta con sonrisita burlesca, «gasta una llave de oro con que abre todas las puertas. ¿No es verdad?»

«¡Señorita!» interrumpió el viejo Miranda encendido en cólera, «¿cuáles son vuestras miras? ¿Á qué aspira usted? ¿Al infante Don Francisco ó al infante Don Enrique?»

«No aspiro á cosa tan alta», respondió Casta con calma. «No aspiro sino á ser feliz.»

Al oír esta respuesta, el joven Miranda se levantó y dijo con dignidad: «Basta, padre; vámonos.»

FERNÁN CABALLERO.

---

## DE LOS «ESTUDIOS SOBRE LA ELOCUENCIA POLÍTICA»

### LA ELOCUENCIA

Si el más perfecto orador que la Humanidad ha conocido tuvo que vencer los obstáculos que la Naturaleza le oponía, y lo logró por la constancia de sus esfuerzos, ¿por qué no han de seguir el mismo camino todos los que quieran serlo? Profundizando algún tanto en este punto; descartando el vulgar error de los que creen que el orador nace; viendo la imposibilidad de que se forme, por

decirlo así, artificialmente por la observancia de ciertas reglas, contemplando la naturaleza del hombre; viendo en la voz humana y en la variedad infinita de sus inflexiones y modulaciones, la natural y viva correspondencia á los innumerables afectos y pasiones que mansa ó violentamente conmueven nuestra alma, se viene en conocimiento de una gran verdad, aunque parezca una paradoja: *todos los hombres son oradores*. Sí, todos lo son naturalmente, y dejamos de serlo la mayor parte por los malos hábitos que desde los primeros años contraemos, por los vicios de la educación que recibimos y por las falsas ideas que acerca de la elocuencia nos formamos. ¡Quién no habrá sido elocuente alguna vez en la vida! ¡Qué mujer no lo es al llorar la muerte repentina ó violenta de su adorado esposo; qué madre no conmueve con su acento y con su ademán al ver en gran peligro la vida de un hijo; qué hombre del pueblo al sentir una afrenta que rechaza! No se necesita más que sentir, sentir bien, para expresarlo con verdad y ser elocuente en aquel momento. Para serlo siempre, es menester sentir, estudiar, saber mucho.

Esta es la fuente que señala Horacio á los que deseen escribir bien, y no hay otra, ciertamente, para los buenos oradores.

SALUSTIANO DE OLÓZAGA.

### CANCIÓN DEL PIRATA

Con diez cañones por banda,  
Viento en popa á toda vela,  
No corta el mar sino vuela  
Un velero bergantín:

Bajel pirata que llaman  
Por su bravura el *Temido*,  
En todo mar conocido  
Del uno al otro confín.

La luna en el mar riela,  
En la lona gime el viento  
Y alza en blando movimiento  
Olas de plata y azul;

Y ve el capitán pirata,  
Sentado alegre en la popa,  
Asia á un lado, al otro Europa  
Y allá á su frente Estambul.

«Navega, velero mío,  
Sin temor,  
Que ni enemigo navío,  
Ni tormenta ni bonanza  
Tu rumbo á torcer alcanza  
Ni á sujetar tu valor.

Veinte presas  
Hemos hecho  
A despecho  
Del inglés.  
Y han rendido  
Sus pendones  
Cien naciones  
A mis pies.

*Que es mi barco mi tesoro,  
Que es mi Dios la libertad,  
Mi ley la fuerza y el viento,  
Mi única patria la mar.*

Allá muevan feroz guerra  
Ciegos reyes  
Por un palmo más de tierra;  
Que yo tengo aquí por mío  
Cuanto abarca el mar bravío,  
A quien nadie pone leyes.

Y no hay playa  
Sea cualquiera,  
Ni bandera  
De esplendor,  
Que no sienta  
Mi derecho  
Y dé pecho  
A mi valor

*Que es mi barco mi tesoro...*

---

A la voz de «¿barco viene?»  
Es de ver  
Cómo vira y se previene  
A todo trapo escapar,  
Que yo soy el rey del mar,  
Y mi furia es de temer.

En las presas  
Yo divido  
Lo cogido  
Por igual;  
Sólo quiero  
Por riqueza  
La belleza  
Sin rival.

*Que es mi barco mi tesoro...*

---

¡Sentenciado estoy á muerte!

Yo me río:

No me abandone la suerte,  
Y al mismo que me condena  
Colgaré de alguna antena,  
Quizá en su propio navío.

Y si caigo

¿Qué es la vida?

Por perdida

Ya la di

Cuando el yugo

Del esclavo

Como un bravo

Sacudí.

*Que es mi barco mi tesoro...*

Son mi música mejor

Aquilones,

El estrépito y temblor

De los cables sacudidos,

Del negro mar los bramidos

Y el rugir de mis cañones.

Y del trueno

Al són violento,

Y del viento

Al rebramar,

Yo me duermo

Sosegado

Arrullado

Por el mar.

*Que es mi barco mi tesoro,*

*Que es mi Dios la libertad,*

*Mi ley la fuerza y el viento,  
Mi única patria el mar.*

JOSÉ DE ESPRONCEDA.

*Y* YO QUIERO SER CÓMICO

- ¿Es usted el redactor llamado *Figaro*?...
- ¿Qué tiene usted que mandarme?
- Vengo á pedirle un favor... ¡Cómo me gustan sus artículos de usted!
- ¡Es claro!... Si usted me necesita...
- Un favor de que depende mi vida acaso... ¡Soy un apasionado, un amigo de usted!
- Por supuesto... Siendo el favor de tanto interés para usted...
- Yo soy un joven...
- Lo presumo.
- Que quiero ser cómico y dedicarme al teatro...
- ¿Al teatro?
- Sí, señor..., como el teatro está cerrado ahora...
- Es la mejor ocasión.
- Como estamos en Cuaresma, y es la época de ajustar para la próxima temporada cómica, desearía que usted me recomendase...
- ¡Bravo empeño! ¿A quién?
- Al Ayuntamiento.
- ¡Hola! ¿Ajusta el Ayuntamiento?
- Es decir, á la Empresa.
- ¡Ah! ¿Ajusta la Empresa?
- Le diré á usted... según algunos, está no se sabe... pero... para cuando se sepa.

—En ese caso, no tiene usted prisa, porque nadie la tiene...

—Sin embargo, como yo quiero ser cómico...

.....

.....

—Usted hará furor.

—¡Vaya si haré! Se morirá el público de risa y se hundirá la casa á aplausos. Y especialmente, en toda clase de papeles, diré directamente al público todos los apartes, monólogos, gracias y parlamentos de intención ó lucimiento que en mi parte se presenten.

—¿Y memoria?

—No es cosa la que tengo; y aun esa no la aprovecho porque no me gusta el estudio. Además que eso es cuenta del apuntador. Si se descuida, se le lanza de vez en cuando un par de miradas terribles, como diciendo al público: ¿Ven ustedes qué hombre?

—Esto es, de modo que el apuntador vaya tirando del papel como de una carreta y sacándole á usted la relación del cuerpo como una cinta. De esa manera, y hablando él altito, tiene el público el placer de oír á un mismo tiempo dos ejemplares de un mismo papel.

—Sí, señor; y, en fin, cuando uno no sabe su relación, se dice cualquier tontería y el público se ríe. ¡Es tan guapo el público! ¡Si usted viera!

—¡Ya sé, ya!

—Vez hay que en una comedia en verso se añade un párrafo en prosa: pues ni se enfada ni menos lo nota. Así es que no hay nada más común que añadir...

—¡Ya se ve que hacen muy bien! Pues señor, usted es cómico, y bueno. ¿Usted ha representado anteriormente?



—¡Vaya! En comedias caseras. He alborotado con el *García y el Delincuente honrado*.

—No más, no más: le digo á usted que usted será cómico. Dígame usted, ¿sabrán usted hablar mal de los poetas, y despreciarlos aunque no los entienda: alabar las comedias por el lenguaje, aunque no sepa lo que es; ó por el verso, mas que no entienda siquiera lo que es prosa?

—¡Pues no tengo de saber, señor! Eso lo hace cualquiera.

—¿Sabrá usted quejarse amargamente y entablar una querrela criminal contra el primero que se atreva á decir en letras de molde que usted no lo hace todas las noches sobresalientemente? ¿Sabrá usted decir de los periodistas que quién son ellos para...

—Vaya si sabré: precisamente este es el tema nuestro de todos los días. Mande usted otra cosa.

Al llegar aquí no pude ya contener mi gozo por más tiempo, y arrojándome en los brazos de mi recomendado: «Venga usted acá, mancebo generoso, exclamé todo alborozado, venga usted acá, flor y nata de la andante comiquería: usted ha nacido en este siglo de hierro de nuestra gloria dramática, para renovar aquel siglo de oro en que sólo comían los hombres bellotas y pacían á su libertad por los bosques, sin la distinción del tuyo y del mío. Usted será cómico, en fin, ó se han de olvidar las reglas que hoy rigen en el ejercicio.»

Diciendo estas y otras razones, despedí á mi candidato, prometiéndole las más eficaces recomendaciones.

MARIANO JOSÉ DE LARRA (*Figaro*).

DE «LA VENGANZA CATALANA»

Acto primero.

ESCENA VII

MIGUEL PALEÓLOGO, GIRCÓN.

MIGUEL.

¿Roger mueve su campo?

GIRCÓN.

Y arrogante

Con su gente hacia el nuestro se encamina.

MIGUEL.

¿Qué quiere eso decir?

GIRCÓN.

¿Qué hay que os espante,

O qué insensato error os alucina?

Harto, señor, acreditado habemos

Todo el temor que en nuestros pechos labra,

Y hartos nuestra vergüenza merecemos:

¡Vergüenza y abyección! ¡Sí, por mi nombre!

MIGUEL.

Mas ¿qué puedo yo hacer?

GIRCÓN.

Una palabra,

Decid: que muera, y morirá ese hombre.

MIGUEL.

¿Por qué tanto rigor, y por cuál crimen?

GIRCÓN.

Al Asia preguntad: sus moradores,

Que vuestros hijos son, pidiendo gimen

Venganza de sus nuevos opresores.  
Y vos se la daréis; que aunque no os venza  
Del corazón la rabia comprimida,  
Os dolerá, señor, nuestra vergüenza  
¿Qué nos importa sin honor la vida?

MIGUEL.

Paciencia y no irriteemos nuestro encono.  
Yo lo siento también, y sufro y callo;  
Quien tan alto nació y ocupa un trono...

GIRCÓN.

¿No escuchará las quejas del vasallo?

MIGUEL.

Mas si la voz de la pasión escucha,  
Y el sentimiento del rencor le vicia,  
¿Quién le asegurará que en esta lucha  
No venza la pasión á la justicia?  
Si con mayor fortuna y más denuedo  
Venció Roger las bárbaras falanges  
De Amurat y Carcano...

GIRCÓN.

A Dios pluguiera

Que, al usado rigor de sus alfanges,  
Antes el Asia con baldón cayera.  
Dobla el esclavo con dolor la frente  
Cuando tirano azote le castiga;  
Pero es más alevoso, más se siente,  
Señor, el golpe de la mano amiga.  
No es afrenta ceder cuando se agota  
De la mezquina Humanidad el brío:  
Mas sucumbir vencido sin derrota,  
Y el látigo besar que nos azota...  
¡Nunca! ¡Eso excede al sufrimiento mío!

MIGUEL.

No su dura altivez, no sus desmanes  
Irritan nuestra cólera, es la gloria  
Y el valor de sus fieros catalanes  
Que al turco arrebataron su victoria.  
Y ¿qué hicimos los dos? En esa tierra,  
Que escogieron los cielos irritados  
Para campo y despojo de esta guerra,  
¿Cuántas veces probamos la fortuna,  
Que ante la cruz de Cristo se eclipsara  
El resplandor de la menguante luna?  
¡Miserable pasión, pero terrible  
Es la envidia, Gregorio!, y si inflexible  
Dentro del corazón se arraiga y crece,  
Con nuestra propia mengua alimentada,  
Punzante flecha en el rigor parece,  
Del hondo pecho en la mitad clavada.

ANTONIO GARCÍA GUTIÉRREZ.

AL PARTIR

¡Perla del mar! ¡Estrella de Occidente!  
¡Hermosa Cuba! tu brillante cielo  
La noche cubre con opaco velo,  
Como cubre el dolor mi triste frente.  
¡Voy á partir!—La chusma diligente  
Para arrancarme del nativo suelo  
Las velas iza, y pronta á su desvelo  
La brisa acude de tu zona ardiente.  
¡Adiós, patria feliz, Edén querido!

Doquier que el hado en su furor me impela,  
Tu dulce nombre halagará mi oído.

¡Adiós!... Ya cruje la turgente vela,  
El ancla se alza; el buque estremecido  
Las olas corta y silencioso vuela!

GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA.

## DE LAS «ESCENAS MATRITENSES»

### LOS ARTISTAS

La palabra *Artista* es el tirano del siglo actual. En lo antiguo había pintores, escultores, arquitectos, comediantes y aficionados. Hoy sólo hay *Artistas*; y en esta calificación entran indiferentemente desde el pincel de Apelles hasta el puchero en cinto; desde el cincel de Fidias hasta las alcarrazas de Andújar; desde el compás de Vitruvio hasta el cuevo del albañil.

El que enciende las candilejas en el teatro, *Artista*; el motilón que echa tinta en los moldes, *Artista* también; el que inventó las cerillas fosfóricas, *distinguido Artista*; el que toca la gaita ó el que vende aleluyas, *Artistas populares*; el herrador de mi calle, *Artista veterinario*; el barbero de la esquina, *Artista didascálico*; el que saluda á Esquivel ó quita el tiempo á Villaamil, *Artista de entusiasmo*; el que lee el *Laberinto* ó el *Semanario*, los socios del Liceo ó del Instituto, los que asisten á los toros ó al teatro, los que forman corro alrededor de la murga, *Artistas de afición*; el perro que baila, el caballo que caracolea, el asno que entona su romanza... *Artistas, artistas de escuela*.

Entre tanto, como todo el mundo es artista, los Artistas no tienen qué comer, ó se comen unos á otros.—El clero y la nobleza que antes les sostenían, están ahora muy ocupados en buscar donde sostenerse.—La grandeza metálica de los Fúcares modernos está por las artes de movimiento, protegen la *polka* y la tauromaquia, las diligencias y los barcos de vapor. En sus flamantes salones no quieren estatuas, sino buenas mozas; sus libros son el *Libro mayor* y el *Libro diario*; sus conciertos, el ruido del aurífero metal. Cuando más, y para satisfacer su amor propio, se hacen retratar por el pintor, como se hacen vestir por el sastre, de cuerpo entero y todo lo más elegante posible, cuidando de que el marco sea magnífico y de relumbrón.—Para amenizar los salones, basta con las estampas del Telémaco ó las vistas de la Suiza.

El Artista entre tanto, desdeñado por la fortuna, camina á la inmortalidad por la vía del hospital, y se sube á una buhardilla con pretexto de buscar luces; allí se encierra mano á mano con su independencia y se declara hombre superior y genio elevado: descuida los atavíos de su persona por hacer frente á las preocupaciones vulgares; y ostentando su excentricidad y porte exótico é inverosímil, se deja crecer indiscretamente barbas y melenas, únicos bienes raíces de que puede disponer. Desdeña la crítica periodística por incompetente; la autoridad del maestro, por añeja; los consejos de los inteligentes, por parciales y enemigos; y con una filosofía estoica, responde á la adversidad con el sarcasmo, á la fortuna, con el más altivo desdén. Por último, cuando se permite una invasión en el campo de la política, adopta las ideas más exageradas, y es partidario de las instituciones democráticas, que han acabado con las clases que antes le sostenían, y

sustituído las artes liberales por otras, también *artes, y liberales* también.

RAMÓN DE MESONERO ROMANOS.

---

## LOS REYES CATÓLICOS

Cuando más abocado se podía creer el país á una disolución social, aparece un genio que, sin deber á su primera educación sino la formación de su espíritu á una piedad acendrada, y á la escuela del mundo la reflexión sobre los infortunios que nacen del desorden y de la inmoralidad, acomete la empresa de hacer de un cuerpo cadavérico un cuerpo robusto y brioso; de una nación desconcertada, una nación compacta y vigorosa; de un pueblo corrompido, un pueblo moralizado, y lleva su obra á próspero término y feliz remate. Este personaje, con una actividad prodigiosa, con una perseverancia que causa maravilla y con una universidad que hace cierto lo inverosímil, purga el suelo de malhechores; organiza tribunales y los preside; administra justicia y manda hacer cuerpo de leyes; derriba las fortalezas de los poderosos y va á buscar los talentos á los retiros; da ejemplos diarios de virtud y expide cédulas y provisiones para la reforma de las costumbres; enseña con actos propios de piedad y manda con severas pragmáticas; asiste á los templos y recorre los campos de batalla; ora de rodillas ante el altar y revista los campamentos sobre un soberbio corcel; socorre á las vírgenes del claustro y provisiona los ejércitos; erige santuarios y toma plazas de guerra á los enemigos; fomenta las escuelas y organiza la milicia; contiene la relajación del clero y hace cejar la corte pontificia en su

sistema de invasión y de usurpaciones; restablece la buena disciplina en la Iglesia española y hace respetar á la tiara los derechos de la corona y las regalías del trono; celebra y preside Cortes y también celebra y preside torneos; vigila la educación del pueblo y cuida de la educación de los príncipes; se ejercita en labores de mano bajo el techo doméstico y atiende al gobierno de dos mundos; y, á diferencia del rey de las tablas astronómicas, no desatiende á la tierra por mirar al cielo, sino que atiende simultáneamente al negocio del cielo y á los negocios de la tierra.

Así brillaban bajo su benéfica protección jurisconsultos como Montalvo; preladados como Mendoza, Talavera y Cisneros; capitanes como Aguilar, Gonzalo y el marqués de Cádiz; literatos como Oliva, Pulgar y Vergara.

Las letras humanas adquieren un prodigioso desarrollo en este reinado feliz. Llega su fama á remotos climas, y desde el fondo de la Holanda deja oír el sabio Erasmo los acentos de admiración y de elogio que le arranca el vuelo y progreso de la literatura española. La ilustración se hace extensiva al bello sexo: una dama va á explicar los clásicos en Salamanca, y otra dama sustituye á su padre en la cátedra de retórica en Alcalá. El movimiento literario se extiende desde el romance morisco y la leyenda caballeresca hasta los estudios graves de las aulas universitarias. Échanse los primeros cimientos del teatro español, que habrá de servir de modelo al mundo en los siglos que van á entrar. Fortuna es también de los esclavidos Reyes Católicos que venga la invención de la imprenta en su siglo, en ayuda de sus esfuerzos, á dar una vida permanente á los progresos de la razón y á centuplicar los medios de propagación de los conocimientos



humanos. Merced al prodigioso invento, en el mismo año que se conquista el último baluarte de los moros, se da á luz pública la primera gramática de la lengua castellana. A poco tiempo asombra la España al mundo con la edición de la Poliglota, la empresa tipográfica más gigantesca del siglo.

Todo renace bajo el influjo tutelar de los Reyes Católicos: letras, artes, comercio, leyes, virtud, religiosidad, gobierno. Es el siglo de oro de España.

MODESTO LAFUENTE.

DE «LOCURA DE AMOR»

Acto V.

ESCENA V

*Dichos y la REINA, con manto, corona y cetro.*

REINA.—¡Plaza á la Reina! (*Subiendo al trono antes que el Rey.*)

REY.—¡La Reina! (*Prolongados rumores, sorpresa general.*)

MARQUÉS.—¡Doña Juana!

DON ÁLVAR.—(Esto es más de lo que esperábamos.)  
(*Pausa.*)

REINA.—¿Qué os turba y sorprende? ¿No contabais con mi presencia? Pues mal lo imaginasteis. Cerradas estaban las puertas de mi aposento; mas diz que para todo hay remedio en el mundo, si no es para la muerte. Que las cerrasen mandó el Rey; la Reina mandó que las abriesen de par en par; pudo más que la perfidia flamenca la lealtad castellana, y aquí me tenéis.

DON JUAN MANUEL.—Fuerza es obrar con energía.  
(*Bajo al Rey.*)

REY.—Dignaos de volver á vuestra estancia, señora.

REINA.—No hay para qué. Sé de qué graves negocios estabais tratando. Trátase de recluirme en alguna buena fortaleza por todo el resto de mi vida; trátase de hacer propiedad de Don Felipe de Austria la corona que á mí sola me pertenece. Acuerdo es éste de todo punto necesario; tal lo juzgo yo propia, y vengo, por lo tanto, á endulzar la pena que, á no dudar, oprime el tierno corazón de mi esposo; á pagar el noble celo que en pro del público bien habéis casi todos vosotros manifestado; á decir en seguida un adiós eterno al trono de mis padres. Y noticiosa de que ya ibais cobrando ojeriza á mi pobre vestido negro, para contentaros, y siquiera una vez pareceros Reina, me he echado encima, como veis, mis galas más deslumbradoras. (*Desciende del trono y apostrofa á Don Juan Manuel y á los otros Grandes con delicada ironía.*)  
Guárdeos el cielo, Don Juan Manuel, señor de Belmonte de Campo y de Cevico de la Torre, embajador en Roma, maestresala de mi madre Doña Isabel, primer caballero español del Toisón de Oro, de la casa de Borgoña y presidente de mi Consejo. Gloria mayor la vuestra que la de aquel otro Don Juan Manuel, cuya docta pluma hizo su nombre tan famoso, y cuyo invicto acero rindió y desbarató al fuerte Ozmín, general de la casa de Granada, á orillas del río Guadalferce. He aquí, señores, á un nieto del rey San Fernando y de los emperadores de Constantinopla, convertido hoy en agente de los excesos de un archiduque de Austria.

DON JUAN MANUEL.—¡Señora!

REINA.—¡Oh!, que también está por aquí el noble mar-

qués de Villena, duque de Escalona. Cuentan que vuestro ascendiente, el caballero portugués Diego López Pacheco, fué por ansia de medro uno de los asesinos de Doña Inés de Castro; que vuestro noble padre dió veneno al príncipe Don Alfonso, de quien era parcial; para volver á la gracia de su legítimo señor, mi tío Don Enrique, al cual después, no sabiendo ya qué quitar, quitó el entierro que el buen monarca para sí destinaba en el Parral de Segovia; que vos hicisteis matar á vuestra primera mujer, la condesa de Santisteban, nieta del condestable Don Alvaro de Luna; que ahora, desposeído, por la voluntad de mis padres, de Trujillo, Chinchilla, Albacete, San Clemente, Rota y demás pueblos del marquesado de Villena, de la ciudad de Alcázar y de la tenencia de Madrid, queréis recobrarlos á toda costa, pronto, por conseguirlo, á matarme á mí y á diez mujeres más. A ser esto cierto, señor marqués de Villena, ¡gloriosa raza la vuestra, por vida mía!

TAMAYO Y BAUS.

---

EL CARBONERO ALCALDE

I

Otro día narraré los trágicos sucesos que precedieron á la entrada de los franceses en la morisca ciudad de Guadix, para que se vea de qué modo sus irritados habitantes arrastraron y dieron muerte al Corregidor D. Francisco Trujillo, acusado de no haberse atrevido á salir á hacer frente al ejército napoleónico con los trescientos paisanos armados de escopetas, sables, navajas y hondas de que habría podido disponer para ello...

Hoy, sin otro fin que indicar el estado en que se hallaban las cosas cuando ocurrió el sublime episodio que voy á referir, diré que ya era Capitán general de Granada *el Excmo. Sr. Conde D. Horacio Sebastiani*, como le llamaban los afrancesados, y Gobernador del Corregimiento de Guadix el General Godinot, sucesor del Coronel de Dragones de Caballería, número 20, M. Corvineau, á quien habia cabido la gloria de ocupar la ciudad el 16 de Febrero de 1810.

Dos meses habían pasado desde esta aborrecida fecha, y las tropas de Napoleón seguían dominando en Guadix por tal arte, que aquella tierra clásica de revoltosos y guerrilleros era ya una balsa de aceite. Apenas se veía algún que otro buen patriota ahorcado en los miradores de las Casas Consistoriales, y ya iban siendo menos sorprendentes ciertas misteriosas *bajas* del ejército invasor, ocasionadas, según todo el mundo sabe, por la manía en que dieron los guadijeños, como otros muchos españoles, de arrojar al pozo á sus alojados: comenzaba la plebe á chapurrar el francés, y hasta los niños sabían ya decir *didon* para llamar á los conquistadores, lo cual era claro indicio de que la asimilación de españoles y franceses adelantaba mucho, haciendo esperar á los transpirenaicos una pronta identificación de ambos pueblos: ya bailaban nuestras abuelas... (es decir, las abuelas de los nietos de los afrancesados, que no las mías, á Dios gracias), ya bailaban, digo, con los oficiales vencedores en Marengo, Austerlitz y Wagram, y aun había ejemplo de que alguna beldad despreocupada, con peina de teja y vestido de medio paso, que era la suma elegancia en aquel entonces, hubiese mirado con buenos ojos á este ó aquel granadero, dragón ó húsar nacido en lejas tierras: ya exten-

dían los curiales toda clase de documentos públicos en papel que *había sido* del reinado de D. Fernando VII, y al cual se acababa de poner la siguiente nota: *Valga para el reinado del Rey nuestro señor D. José Napoleón I:* ya se dignaban oír misa los domingos y fiestas de guardar aquellos hijos de Voltaire y de Rousseau, bien que los Generales y Jefes superiores la oyesen como ateos de más alta dignidad, arrellanados en los sillones del presbiterio y fumando en descomunales pipas... (histórico): ya los frailes de San Agustín, San Diego, Santo Domingo y San Francisco habían *consumido* todas las hostias consagradas y evacuado por fuerza sus conventos, para que sirviesen de cuarteles á los galos: ya, en fin, era todo paz varsoviana, oficial alegría y entusiasmo bajo pena de muerte en la antigua corte de aquellos otros enemigos de Cristo que reinaron en Guadix por la gracia de Alá y de su profeta Mahoma.

## II

Pues he aquí que, en tales circunstancias, tuvo que cerrar sus puertas el matadero de Guadix, por falta de reses que matar. Vacas, bueyes, terneras, carneros, ovejas, cabras... ¡todos los ganados del territorio habían sido ya devorados por *aquellas naciones*, con más todos los jamones, espaldillas, pavos, pollos, gallinas, palomas y conejos caseros de la ciudad; pues nunca se había visto á seres humanos comer tanta *carnaza* á todas horas!...

Las gentes del país, sobrias siempre á fuer de semiafricanas, seguían alimentándose con vegetales crudos, cocidos ó fritos...; ¡pero el conquistador necesitaba carne, y carne fresca, y mucha y pronto!...

En tal conflicto, recordó el General francés que el

partido de Guadix se componía de varios pueblos, y que la mayor parte de ellos se hallaban aún *por conquistar*.

—¡Es necesario—dijo entonces á sus tropas—que las águilas del Imperio se extiendan por todas partes! Desparraos por cuantas villas, lugares y cortijos comprende el territorio de mi mando: llevadles la buena nueva del advenimiento de D. José I al trono de San Fernando: tomad posesión de ellos en su nombre, y traedme á la vuelta cuanto ganado encontréis en sus corrales y rediles. ¡Viva el Emperador!

Y, en virtud de esta *orden del día*, salieron diez ó doce columnas, cada una de ciento á doscientos hombres, con dirección al marquesado del Zenet, á Gor, á los Montes y á los pueblos situados en la falda septentrional de Sierra Nevada.

Entre estos últimos—y henos ya dentro del episodio que nos propusimos referir al coger hoy la pluma,—entre los pueblos que, indiferentes á los adelantos de la civilización, vegetan al pie del nevado Mulhacen, colosal y siempre es y era renombrado en veinte leguas á la redonda, por el carácter indómito de sus moradores, por su arábigo aspecto, por el estado casi salvaje de las costumbres y por otras particularidades que ya irán surgiendo de nuestra relación, la antiquísima villa de *Lapeza*, célebre en la guerra de los Moriscos, y cuyo arruinado castillejo recuerda aún el nombre de su esforzado Gobernador Bernardino de Villalta, digno adversario de los secuaces de Aben-Humeya.

Era el día 15 de Abril del mencionado año de 1810.

La villa de Lapeza ofrecía un espectáculo tan risible como admirable, tan grotesco como imponente, tan ridículo como aterrador. Hallábanse cortadas todas sus

avenidas por una muralla de troncos de encina y de otros árboles gigantescos que la población en masa bajaba del monte vecino, y con los que formaban pilas no muy fáciles de superar. Como la mayor parte de aquel vecindario se compone de carboneros, y el resto de leñadores y pastores, la operación indicada se llevaba á cabo con inteligencia y celeridad verdaderamente asombrosas.

Aquel recio muro de madera formaba una especie de torre por el lado frontero al camino de Guadix, y encima de esta torre habían colocado los lapezeños (¡asómbrense ustedes!) cierto formidable *cañón*, fabricado por ellos mismos, y de que ha quedado imperecedera memoria, el cual consistía en un colosal tronco de encina ahuecada al fuego, ceñido con recias cuerdas y redoblados alambres, y cargado hasta la boca con no sé cuántas libras de pólvora y una infinidad de balas, piedras, pedazos de hierro viejo y otros proyectiles por el estilo...

Contábase además con todas las armas blancas y negras del pueblo y del monte, resultando disponibles unas doce escopetas, más de veinte bocachas y trabucos, un cuchillo, puñal ó navaja por persona, tres ó cuatro docenas de hachas de hacer leña, algunos pistolones de chispas, inmensos montones de piedras de respetable calibre, todas las hondas necesarias para hacerlas volar, y una verdadera selva de garrotes y porras de variado gusto.

En cuanto á la *guarnición*, todos los coetáneos del hecho están de acuerdo en que constaría de unos doscientos *hombres*, á quienes sólo se podía llamar así por exceso de filantropía, pues más que hombres parecían orangutanes; entre los cuales figuraba en primera línea, merece especial mención y dará exacta idea de los demás, el general de aquel ejército, el gobernador de aquella plaza, el al-

calde de Lapeza, *Manuel Atienza*, en fin, que santa gloria haya.

Era la primera autoridad de la villa un mortal de cuarenta y cinco á cincuenta años, alto como un ciprés, huesoso ó *nudoso* (que esta es la verdadera palabra) como un fresno, y fuerte como una encina, aunque, á decir verdad, su largo ejercicio de carbonero habíale requemado y ennegrecido de tal modo que, de parecer una encina, parecía una encina hecha carbón. Sus uñas eran pedernal; sus dientes de caoba; sus manos de bronce pavonado por el sol; su cabello, por lo revuelto y empajado, cáñamo sin agramar, y por la calidad y el color, el cerro de un jabalí; su pecho, que la abierta camisa dejaba ver de hombro á hombro y del cuello hasta el estómago *inclusive*, parecía cubierto de una piel de caballo que se hubiese arrugado y endurecido á fuerza de estar sobre ascuas, y, efectivamente, el cerdoso vello que poblaba su saliente esternón hallábase chamuscado, así como sus pobladas cejas... Y consistía esto en que el señor alcalde era carbonero (ó sea *ranchero de la sierra*, según que ellos se llaman), y había pasado toda su vida en medio de un incendio, como las ánimas del Purgatorio.

Con respecto á los ojos de Manuel Atienza, no podía negarse que *veían*; pero nadie hubiera asegurado nunca que *miraban*. La advertida ignorancia de su merced, junto á la malicia del mono y á la prevención del hombre entrado en años, aconsejábale no fijar nunca la vista en sus interlocutores, á fin de que no descubriesen las marras de su inteligencia ó de su saber; y si la fijaba, era de un modo tan vago, tan receloso, tan solapado, que parecía que aquellas pupilas miraban hacia adentro, ó que aquel hombre tenía otros dos ojos detrás de las orejas, como las



lagartijas. Su boca, en fin, era la de un alano viejo; su frente desaparecía debajo de las avanzadas del pelo; su cara relucía como el cordobán curtido, y su voz, ronca como un trabucazo, tenía ciertas notas ásperas y bruscas como el golpe del hacha sobre la leña.

De su traje no hay qué decir, por ser cosa de cajón entre la gente rica de aquellos pueblos, que consistía en unas albarcas de piel de toro, tomiza y parella; medias de lana; calzón corto, de paño burdo muy obscuro; chaqueta de lo mismo; chaleco celeste, de raso, rameado de amarillo; canana de cuero en vez de faja, y un enorme sombrero, bajo cuya ala, ribeteada de felpa, sesteaba muy cómodamente toda su autoridad... Y, á propósito de autoridad, añadiré para concluir, que la vara de alcalde le llegaba al hombro, y que sus dos borlas negras, del tamaño de dos naranjas, denunciaban á tiro de bala á todo *un hombre de orden*, que diríamos ahora.

Tal era el Alcalde de Lapeza, y á su tenor todos sus subordinados. Si creéis exagerada la descripción, tened presente que la raza de los lapezeños no ha degenerado ni se ha modificado con los años transcurridos. ¡Id allá, y os asombraréis, como yo, de que en España, y á mediados del siglo XIX, existan todas las maravillas del África meridional.

### III

Pero las obras de fortificación se hallan terminadas y el armamento distribuído convenientemente.

Atienza ha mandado á *Jacinto* que vaya á su casa por un antiquísimo tambor, que sirve para las procesiones, para los toros y para pregonar los bandos.

Jacinto—que, dicho sea entre paréntesis, era el al-

guacil, y de alguacil ha muerto en el presente año de 1859— acude ya tocando generala.

—¡A la formación!— grita el síndico, persona muy perita en el arte militar; como que ha servido al señor rey D. Carlos IV en clase de rancharo de una compañía de cazadores.

Los doscientos lapezeños toman las armas y se forman en batalla enfrente del Ayuntamiento.

Atienza empuña entonces una larga y negra espada antigua de ancha cazoleta y extensos gavilanes; cuelga de su canana una pistola de arzón; coge con la mano izquierda la vara de alcalde, ni más ni menos que haría con su bastón un mariscal de Francia, y seguido de un brillante Estado Mayor, compuesto del alguacil, del pregonero ó *peón público* y del *Infrascrito*, que es como, muy ufana y orgullosa, llama su mujer al fiel de fechos, pasa revista á sus formidables huestes, que le presentan las armas ó tiran por alto monteras y sombreros.

—¡Viva el señor alcalde!— gritan ó ladran aquellos futuros héroes.

A lo que Atienza replica:

—¡Qué alcalde ni qué cuerno! ¡Viva Dios! ¡Viva Lapeza! ¡Viva la independencia española!

Y, una vez cambiado este saludo de guerra, su merced ordena á Jacinto que toque un largo redoble; llama á su lado al pregonero, y, por boca de éste, que repite una á una, y hasta media á media las palabras del caudillo, pronuncia la siguiente proclama, no escrita:

«Por— noticias—del tío Piorno—se ha sabido—que— el enemigo de la patria—viene hoy á Lapeza—á conquistarnos—y—robarnos los bienes;—y nosotros,—con la bendición del señor Cura—y el auxilio de nuestra santa pa-

trona—la Virgen del Rosario,—vamos á defendernos— como buenos españoles—y á mostrar—á la ciudad de Guadix,—que—si ella—se ha entregado al francés,—los vecinos de Lapeza—saben morir,— como murieron—los vecinos de Madrid—el día *Dos de Mayo*,—ó—vencer,— como vencieron—los vecinos de Bailén—hace dos años;— y, en su virtud,—el alcalde—hace saber—á estos vecinos— que—el que no perezca—en el presente día—defendiendo su casa,— será declarado—mal español—y traidor á la patria,—y morirá,— como corresponde,—colgado de una encina de la sierra.—Y para que conste,—no sabiendo firmar,—lo hace su merced—con la cruz que acostumbra—de que certifica—el infrascrito.—¡Viva Dios!—¡Viva la Virgen!—¡Viva España!—¡Viva Fernando VII!—¡Muera *Pepe botellas!*—¡Mueran los franceses!—¡Muera Godino!—¡Mueran los traidores!»

Esta mezcla de proclama guerrera y de actuación judicial produjo extraordinario efecto en los lapezeños.

Manuel Atienza hizo la cruz con los dedos, y la besó al llegar á lo de la firma; el secretario certificó con un movimiento de cabeza; el pregonero cumplimentó al alcalde por lo bien que había improvisado su discurso. Jacinto tocó otro redoble de tambor, y los *vivas*, los bailes y los himnos patrióticos dieron fin á aquella cómica *loa* de una verdadera tragedia.

—Cada uno á su puesto — exclamó entonces el síndico.

Y unos coronaron la fortaleza de madera; otros se montaron en el *cañón*, provistos de una larga mecha; los gañanes más diestros en el manejo de la honda subieron á la alcazaba morisca; los tiradores ó escopeteros salieron de descubierta al camino de Guadix, y el alcalde se co-

locó en un punto que dominaba todo el futuro campo de batalla, teniendo á su lado á Jacinto, á fin de que con un redoble de tambor diese la señal de fuego.

Entretanto, el cura bendecía y absolvía una vez más á sus animosos feligreses, y se dedicaba, con el albéitar, el sacristán y el sepulturero, á preparar vendajes, el Santo Oleo y unas angarillas para el socorro de heridos y muertos.

Casi todas las mujeres rezaban en la iglesia; y en cuanto á los niños, habíase dispuesto aquella mañana mandarlos todos á lo alto de Sierra Nevada, á fin de que sus vidas no corriesen peligro, y pudieran servir, andando los años, para rechazar otra invasión extranjera.

#### IV

Las tres de la tarde serían cuando una nube de polvo indicó á los lapezeños la proximidad del enemigo.

Algunos tiros de las primeras avanzadas corroboraron poco después aquella indicación.

Los lapezeños saltaron de entusiasmo, y al mismo tiempo, por disposición final del señor alcalde, izáronse en la antigua fortaleza de los moros, y en el parapeto de encima, dos ó tres banderas hechas con pañuelos negros.

Las campanas tocaron á rebato; muchas viejas empezaron á gritar, y los mozos á lanzar silbidos; algunas piedras zumbaron en el espacio, y los escopetazos del camino oyéronse más frecuentes y más próximos.

Un momento después los tiradores se replegaron hacia la villa, cargando nuevamente sus armas, y los primeros cascos, corazas y bayonetas del ejército invasor relucieron al alcance de los trabucos.

—¿Cuántos vienen?—preguntó Manuel Atienza á uno de los que más habían avanzado.

—Vendrán doscientos—respondió éste.

—Somos fuerzas iguales—exclamó el carbonero con desdeñosa arrogancia, sin considerar que doscientos rústicos mal armados no significan lo que doscientos veteranos avezados á las lides y acometiendo con excelentes armas.

—Pero traen caballería...—añadió un segundo escopetero.

—Repito que somos fuerzas iguales—volvió á decir Manuel Atienza.—A ver, Jacinto, que suene ese tambor... ¡España y á ellos! ¡Viva la Virgen!

Jacinto dió la señal ansiada, y una nube de piedras y de balas, cayendo sobre los franceses, les obligó á hacer alto.

Un momento después contestaron éstos con una nutrida descarga que dejó fuera de combate á cinco lapezones.

—¡Alto el fuego!—gritó entonces el alcalde.—Están todavía muy lejos y tenemos poca pólvora. Dejémosles acercarse... Ya sabéis que el *cañón* se reserva para lo último, y que hasta que yo tire el sombrero no se le arrima la mecha. Ustedes, señores, á ver si se callan y cuidan de los heridos.

—¡Ya se acercan otra vez!

—¡Nada!... ¡Todo el mundo quieto!

—¡Ya apuntan!...

—¡Todo el mundo á tierra!

Una segunda descarga vino á estrellarse en los troncos de encina, y los franceses avanzaron hasta hallarse á unos veinte pasos del ejército sitiado.

Los peones se replegaron á los dos lados del camino, dejando paso á la caballería.

—¡Fuego!— exclamó entonces el Alcalde con una voz igual á la de la pólvora, mientras que arrojaba el sombrero por alto y se plantaba en medio del mayor peligro.

Allí fué lo horrible. Allí fué lo inenarrable.

Franceses y españoles dispararon sus armas á un mismo tiempo, sembrando la tierra de cadáveres; la caballería aprovechó este momento para llegar al pie de la muralla, presumiendo sin duda poderla saltar con sus impetuosos bridones: centenares de piedras derrumbaron á caballos y jinetes: éstos empezaron, por su parte, á degollar á mansalva, y en aquel supremo tumulto, en medio de aquel estrago, de aquel torbellino, de aquella confusión, he aquí que estalla, por último, el tremendo cañonazo, produciendo un estampido fragoroso y llevando la muerte á sitiados y sitiadores.

Y era que el cañón había reventado al tiempo de disparar; era que la encina, hecha pedazos, vomitaba la metralla en todas direcciones, lo mismo hacia atrás que hacia adelante y por los costados, revuelta con mil fragmentos de madera, que silbaban al hender el aire; era que la expansión de tanta pólvora inflamada había hecho rodar los troncos en que se apoyaba el cañón, y estos troncos aplastaron á españoles y franceses. Fué aquello, pues, un caos de humo, de polvo, de rugidos, de lamentos, de relinchos, de llamas, de sangre; de cadáveres deshechos, cuyos miembros volaban todavía ó volvían á la tierra entre balas, piedras y otros proyectiles; de caballos sueltos que huían coceando; de palos de ciego dados sobre amigos y enemigos por los lapezeños que aún seguían en pie, y de puñaladas, pistoletazos y pedradas, que venían

de abajo, de arriba, de todas partes, como si hubiese llegado el fin del mundo.

Y en esta tempestad, en este infierno, percibíanse juntos el toque *de retirada* de la corneta francesa y el redoble del tambor lapezeño tocando á *generalá*, en tanto que la voz del formidable carbonero, del invencible Alcalde, del invulnerable Atienza, sobresalía entre el común estruendo, gritando desafortadamente:

—¡Duro en ellos, muchachos! ¡Hasta que no quede uno!  
¡Ya deben de quedar pocos!

Y era verdad; pero también era cierto que quedaban menos españoles. El cañón de encina había hecho más destrozos entre los lapezeños que entre los franceses.

Sin embargo, como estos últimos ignoraban los medios de defensa que aún podían tener reservados aquellos demonios; como tampoco sabían su número, y como todo lo temían ya de ellos, pensaron en salvarse á toda prisa; y, desordenados, dispersos, atropellando la caballería á la infantería, y desoyendo los soldados las voces de sus jefes, emprendieron una retirada muy semejante á una fuga, perseguidos por los gañanes, que aún tenían á su disposición tres leguas cubiertas de proyectiles para sus hondas, y por algunos escopeteros á quienes quedaban cartuchos.

Apedreados, pues, fusilados, ennegrecidos por la pólvora, cubiertos de sangre, de sudor y polvo, y habiendo dejado cien hombres en Lapeza y en el camino, entraron en Guadix, á las ocho de la noche, los vencedores de Egipto, Italia y Alemania, vencidos aquel día por una *fuerza inferior* de pastores y carboneros.

V

El sangriento drama que acabamos de referir no podía menos de tener un tremendo epílogo.

Imagínense nuestros lectores la sorpresa y la ira del general Godinot al saber lo acontecido en Lapeza.

— ¡No dejaré en ella piedra sobre piedra! — exclamó el vengativo galo...

Y cuatro días después salían con dirección á la villa gobernada por Atienza dos mil cuatrocientos hombres de todas armas, al mando de un Oficial general, y con tantos víveres y municiones como si se tratara de sitiar una plaza fuerte.

Aquel numeroso ejército dió vista á Lapeza á las nueve de la mañana.

A nadie encontraron por el camino: ni un tiro, ni una pedrada los recibió. Todo era silencio y soledad en la ensangrentada villa.

La destruída muralla de troncos no había sido recompuesta, y las campanas no hacían señal de la llegada del enemigo...

Así entraron en el pueblo los irritados invasores.

Y allí debió de cruzar por su mente una especie de profecía de lo que más tarde les aconteció en Rusia. Lapeza estaba despoblada, ni más ni menos que Moscou cuando penetró en ella Napoleón el Grande.

Los lobos, hartos de carnicería, habían vuelto á internarse en la sierra.

Sólo algunas pobres mujeres, que habían bajado aquel día á dar una vuelta por sus abandonados hogares y en busca de víveres para los emigrados, fueron halladas en



los rincones de la iglesia, adonde se habían guarecido creyendo que allí las respetarían los ilustres conquistadores...

Mas ¡ay! no... Que á falta de varones fuertes que vencer, ofreci6les allí la pérñda fortuna miseras doncellas que ultrajar, inocencia que escarnecer, virtud que cubrir de oprobio y amargura.

¡Apartemos los ojos de aquellas infamias, muchas veces repetidas por los vencedores de Europa, durante su odiosa dominación en España! ¡Maldición y vergüenza á los que emplean el crimen en la victoria! ¡Horror eterno á las armas extranjeras!

Ufanos y satisfechos volvían hacia Guadix aquellos héroes, llevando, como únicos prisioneros hechos en aquella ruidosa expedición, un inerme anciano, decrepito y enfermo, que encontraron en una choza, y un tímido adolescente que lo cuidaba, cuando la noticia de lo que sucedía en sus hogares, divulgada en la sierra por alguna atribulada fugitiva, precipitó sobre el camino á los enfurecidos padres, hermanos y novios, que bajaban de las alturas como despeñados torrentes.

Empezó entonces un tremendo combate *á salto de mata* (esta es su gráfica calificación) entre los cien vecinos que aun había á las órdenes de Atienza, y los dos mil cuatrocientos expedicionarios franceses.

Una vez lanzado el reto y trabada la lid, los lapezeños empezaron á batirse en retirada, á la usanza mora, con el fin de internar á los enemigos en las fragosidades de la sierra.

¡Estos cometieron la imprudencia de caer en el lazo; y si bien es verdad que sus terribles armas casi concluyeron con aquel puñado de valientes, no lo es menos que com-

praron la vida de cada uno con diez bajas en sus batallones!

Las ásperas rocas, los verdes barrancos, los matorrales y los abismos quedaron sembrados de cadáveres franceses...

Fué una de tantas poco sabidas pérdidas como tuvieron en España los ejércitos napoleónicos; pérdidas que no constaban en los boletines de las grandes batallas, pero que al cabo de la guerra de la Independencia dieron la enorme suma de *medio millón* de soldados imperiales muertos ó perdidos en nuestra Península.

Concluámos.

Atienza—ó *Atencia*, que es como el señor Alcalde pronuncia su apellido, aumentando su energía con esta variante,—el invicto carbonero que ha presentado dos batallas en cuatro días á las tropas de Bonaparte, hállase de pie sobre altísima peña, rodeado de franceses, acorralado, perdido, cargando su *naranjero* con el último cartucho, con la cabeza vendada de resultas del combate del día 15, recientemente herido en el pecho, todo cubierto de sangre, llevando al cinto la vara de su jurisdicción, como hiciera con la suya un arriero, y respondiendo á las intimaciones que le hacen de que se rinda con risotadas salvajes, cuyos ecos repiten los abismos de la quebrantada sierra.

Cien balas silban continuamente en torno suyo; pero él las esquivo saltando de un lado á otro, irguiéndose ó agachándose; ágil, súbito, elástico, como tigre que va y viene sin cesar, se encoge, brinca, acude á todas partes, y aterra tanto en la defensa como en la acometida.

Dispara, por fin, el último trabucazo, trazando en torno suyo un semicírculo con la tremenda arma, como

si quisiese rociar de balas el monte: alcánzale en esto otro tiro en el vientre, lo que le arranca un rugido pavoroso: conoce que va á morir: arroja el trabucó, no sin mirarlo con enojo, al considerarlo ya inofensivo: sácase del cinto el enorme bastón que conocemos, y dirigiéndose á un coronel que le insta en mal español para que se entregue,

—¡Yo no me rindo!—dice.—¡Yo soy la villa de Lapeza, que muere antes de entregarse!

Y rompiendo el bastón entre sus manos, lo arroja á la faz de los franceses, y él se precipita detrás, cayendo contra las peñas de un hondo barranco, donde sus huesos de bronce crujen al saltar hechos astillas.

¡Ni tan siquiera de su cadáver logró apoderarse el enemigo!

## VI

Lapeza es ya de los franceses.

El general Godinot recibe la fausta nueva de boca del jefe expedicionario.

—¡Cuántos prisioneros traéis?—le pregunta.—¡Necesitamos ahorcarlos, para que escarmienten los demás pueblos del partido!

—¡Sólo traigo dos: un viejo y un muchacho! ¡En toda la villa no encontré más enemigos!—responde el jefe bajando los ojos.

Entonces Godinot no puede menos de admirar la actitud verdaderamente antigua, clásica, espartana de aquellos montañeses. Pero, con todo, insiste en que sean ahorcados los dos débiles prisioneros...

Nuestros padres nos han referido muchas veces los pormenores de aquella ejecución...

Pero nosotros la contaremos rápidamente...

Son de índole demasiado feroz para que la pluma se detenga en su relato.

Ataron una soga al cuello del niño y lo arrojaron desde un mirador de la casa del Ayuntamiento á la Plaza Mayor de Guadix. Rompióse la soga, que sin duda era vieja, y el niño cayó contra el empedrado.

Anudaron la parte rota; tornaron á subir á la pobre criatura; colgáronlo de nuevo, y la soga se volvió á romper.

El niño quedó en el suelo sin poder moverse.—No había muerto; pero todos sus remos se habían roto.

Entonces un oficial de Dragones, conmovido al mirar que se pensaba en colgarlo por tercera vez, llegóse al infeliz... y le deshizo la cabeza de un pistoletazo.

Saciada de este modo, al menos por aquel día, la ferocidad de los vencedores, dignáronse perdonar al anciano enfermo, el cual había presenciado toda la anterior escena acurrucado al pie de una columna, esperando á que le llegase su vez de ser ahorcado...

Diéronle, pues, libertad, y el pobre viejo salió de la plaza corriendo y tambaleándose, y tomó el camino de su pueblo, donde murió de tristeza aquella misma noche.

¡El niño asesinado en Guadix... era su hijo!

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN.

---

∞ RIMAS

XLI

Tú eres el huracán, y yo la alta  
Torre que desafía su poder,  
¡Tenías que estrellarte ó abatirme!...  
¡No pudo ser!

Tú eres el Oceano, y yo la enhiesta  
Roca que firme aguarda su vaivén:  
¡Tenías que romperme ó arrancarme!...

¡No pudo ser!

Hermosa tú, yo altivo; acostumbrados  
Uno á arrollar, el otro á no ceder;  
La senda estrecha, inevitable el choque...

¡No pudo ser!

XLII

Cuando me lo contaron sentí el frío  
De una hoja de acero en las entrañas;  
Me apoyé contra el muro, y un instante  
La conciencia perdí de donde estaba.

Cayó sobre mi espíritu la noche,  
En ira y en piedad se anegó el alma...  
¡Y entonces comprendí por qué se llora,  
Y entonces comprendí por qué se mata!

Pasó la nube de dolor... con pena  
Logré balbucear breves palabras...  
¿Quién me dió la noticia?... Un fiel amigo...  
¡Me hacía un gran favor!... Le dí las gracias.

XLIII

Dejé la luz á un lado, y en el borde  
De la revuelta cama me senté,  
Mudo, sombrío, la pupila inmóvil  
Clavada en la pared.

¿Qué tiempo estuve así? No sé: al dejarme  
La embriaguez horrible del dolor,  
Expiraba la luz, y en mis balcones  
¡Reía el sol!

Ni sé tampoco en tan terribles horas  
En qué pensaba ó qué pasó por mí;  
Sólo recuerdo que lloré y maldije,  
Y que en aquella noche envejecí.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

---

DE «GRANADA»

¡Salve, ciudad del sol, Granada bella,  
Amor de Boabdil, huerto florido,  
Que entre nieves estériles descuella,  
Taza de nardos, de palomas nido,  
Diamante puro que sin luz destella,  
Edén entre peñascos escondido,  
Ilusión de esperanza y sueño de oro,  
Que halaga aún al corazón del moro!

¡Salve, vergel en donde el alba nace  
Y donde el sol poniente se reclina,  
Donde la niebla en perlas se deshace  
Y las perlas en plata cristalina;  
Donde el placer sobre laureles yace  
Y Dios sonríe y la salud domina!  
Divino objeto de mi canto rudo:  
Yo al empezar mi canto te saludo.

Heme aquí, vueltos hacia ti los ojos,  
Descubierta al nombrarte la cabeza,  
Con amoroso afán puesto de hinojos,  
Rendido adorador de tu belleza,  
Ofrecerte mis cantos por despojos,  
Si dignos son de tu inmortal grandeza;  
Tiéndeme, pues, bellísima Granada,  
Al elevar mi voz, una mirada.

¡Y plegue á Dios que mi amoroso acento,  
Por cima de los montes y los mares,  
Lleve á tu Alhambra sonoro viento,  
Que armonía mejor dé á mis cantares!  
Y si te dan á ti contentamiento  
Y algún premio por ellos me buscare,  
Dame á tu vez, ¡oh, flor de mis amores!  
Sepultura al morir entre tus flores.

JOSÉ ZORRILLA.

### ¿QUÉ TENDRÁ?

¿Qué tendrá la hija  
Del sepulturero,  
Que con asco la miran los mozos,  
Que las mozas la miran con miedo?  
Cuando llega el domingo á la plaza  
Y está el bailoteo,  
Como el sol de alegre,  
Vivo como el fuego,  
No parece sino que una nube  
Se atraviesa delante del cielo;  
No parece sino que se anuncia,  
Que se acerca, que pasa un entierro...  
Una ola de opacos rumores  
Substituye al febril charloteo,  
Se cambian miradas  
Que expresan recelos,  
El ritmo del baile  
Se torna más lento  
Y hasta los repiques

Alegres y secos  
De las castañuelas  
Callan un momento...

Un momento no más dura todo  
Mas ¿qué será aquello  
Que hasta da falsas notas la gaita  
Por hacer un gesto  
Con sus gruesos labios  
El tamborilero?

No hay memorias de amores manchados,  
Porque nunca, á pesar de ser bellos,  
«Buenos ojos tienes»  
Le ha dicho un mancebo.

Y ella sigue desdenes rumiando,  
Y ella sigue rumiando desprecios,  
Pero siempre acercándose á todos,  
Siempre sonriendo,  
Presentándose en fiestas y bailes  
Y estrenando más ricos pañuelos...  
¿Qué tendrá la hija  
Del sepulturero?

.....  
Me lo dijo un mozo:

—¿Ve usted esos pañuelos?

Pues se cuenta que son de otras mozas...  
¡De otras mozas que están ya pudriendo!...  
Y es verdá que paece que güelen,  
Que güelen á muerto...

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN.



## EL ESTABLO DE EVA

Siguiendo con mirada famélica el hervor del arroz en la paella, los segadores de la masía escuchaban al tío *Correchola*, un vejete huesudo que enseñaba por la entreabierta camisa un matorral de pelos grises.

Las caras rojas, barnizadas por el sol, brillaban con el reflejo de las llamas del hogar; los cuerpos rezumaban el sudor de la penosa jornada, saturando de grosera vitalidad la atmósfera ardiente de la cocina, y á través de la puerta de la masía, bajo un cielo de color violeta en el que comenzaban á brillar las estrellas, veíanse los campos pálidos é indecisos en la penumbra del crepúsculo, unos segados ya exhalando por las resquebrajaduras de su corteza el calor del día, otros con ondulantes mangos de espigas, estremeciéndose bajo los primeros soplos de la brisa nocturna.

El viejo se quejaba del dolor de sus huesos. ¡Cuánto costaba ganarse el pan!... Y este mal no tenía remedio; siempre existirían pobres y ricos, y el que nace para víctima tiene que resignarse. Ya lo decía su abuela: la culpa era de Eva, de la primera mujer... ¿De qué no tendrán culpa ellas?

Y al ver que sus compañeros de trabajo—mucho de los cuales le conocían poco tiempo—mostraban curiosidad por enterarse de la culpa de Eva, el tío *Correchola* comenzó á contar, en pintoresco valenciano, la mala partida jugada á los pobres por la primera mujer. El suceso se remontaba nada menos que á algunos años después de haber sido arrojado del Paraíso el rebelde matrimonio, con la sentencia de ganarse el pan trabajando. Adán se

pasaba los días destripando terrones y temblando por sus cosechas; Eva arreglaba en la puerta de su masía sus zagalejos de hojas... y cada año un chiquillo más, formándose en torno de ellos un enjambre de bocas que sólo sabían pedir pan, poniendo en un apuro al pobre padre.

De vez en cuando revoloteaba por allí algún serafín, que venía á dar un vistazo al mundo para contar al Señor cómo andaban las cosas de aquí abajo después del primer pecado.

—¡Niño!... ¡Pequeñín!— gritaba Eva con la mejor de sus sonrisas—¿Vienes de arriba? ¿Cómo está el Señor? Cuando le hables dile que estoy arrepentida de mi desobediencia... ¡Tan ricamente que lo pasábamos en el Paraíso!... Dile que trabajamos mucho, y sólo deseamos volver á verle para convencernos de que no nos guarda rencor.

—Se hará como se pide—contestaba el serafín.

Y con dos golpes de ala, visto y no visto, se perdía entre las nubes.

Menudeaban los recados de este género, sin que Eva fuese atendida. El Señor permanecía invisible, y, según noticias, andaba muy ocupado en el arreglo de sus infinitos dominios, que no le dejaban un momento de reposo.

Una mañana un correveidile celeste se detuvo ante la masía:

—Oye, Eva; si esta tarde hace buen tiempo, es posible que el Señor baje á dar una vueltecita. Anoche hablando con el arcángel Miguel, preguntaba:—¿Qué será de aquellos perdidos?

Eva quedó como anonadada por tanto honor. Llamó á gritos á Adán que estaba en un bancal vecino doblando, como siempre, el espinazo. ¡La que se armó en la casa! Lo mismo que en víspera de la fiesta del pueblo, cuando las

mujeres vuelven de Valencia con sus compras. Eva barió y regó la entrada de la masía, la cocina y los *estudis*; puso á la cama la colcha nueva, fregoteó las sillas con jabón y tierra, y entrando en el aseo de las personas, se plantó su mejor saya, endosando á Adán una casaquilla de hojas de higuera que le había arreglado para los domingos.

Ya creía tenerlo todo corriente, cuando le llamó la atención el griterío de su numerosa prole. Eran veinte ó treinta... ó Dios sabe cuántos.

¡Y cuán feos y repugnantes para recibir al Todopoderoso! El pelo enmarañado, la nariz con costras, los ojos pitarrosos, el cuerpo con escamas de suciedad.

—¿Cómo presento esta pillería?—gritaba Eva.—El Señor dirá que soy una descuidada, una mala madre... ¡Claro, los hombres no saben lo que es bregar con tanto chiquillo!

Después de muchas dudas escogió los preferidos (¡qué madre no los tiene!), lavó los tres más guapitos y á cachetes llevó hasta el establo á todo aquel rebaño triste y sarnoso, encerrándolo á pesar de sus protestas.

Ya era hora. Una nube blanquísima y luminosa descendió por el horizonte y el espacio vibraba con rumor de alas y la melodía de un coro que se perdía en el infinito, repitiendo con mística monotonía: ¡*Hossanna!* ¡*Hossanna!* Ya echaban pie á tierra, ya venían por el camino con tal resplandor, que parecía que todas las estrellas del cielo habían bajado á pasear por entre los bancales de trigo.

Primero llegó un grupo de arcángeles, el piquete de honor. Envainaron las espadas de fuego, dirigieron unos cuantos chicoleos á Eva, asegurando que por ella no pa-

saban años y aun estaba de buen ver, y con marcial franqueza se esparcieron después por los campos, subiéndose á las higueras, mientras Adán maldecía por lo bajo, dando por perdida su cosecha.

Después llegó el Señor: las barbas de resplandeciente plata y en la cabeza un triángulo que deslumbraba como el sol. Tras él San Miguel y todos los ministros y altos empleados de la corte celestial.

Acogió el Señor á Adán con una sonrisa bondadosa, y á Eva le dió un golpecito en la barba, diciéndola:

—¡Hola, buena pieza! ¿Ya no eres tan ligera de cascos?

Emocionados por tanta amabilidad, los esposos ofrecieron al Señor una silla de brazos. ¡Qué silla, hijos míos! Ancha, cómoda, de algarrobo fuerte y con un asiento de trencilla de esparto del más fino, como la puede tener el cura del pueblo.

El Señor, arrellanado muy á su gusto, se enteraba de los negocios de Adán; de lo mucho que costaba ganar el sustento de los suyos.

—Bien, muy bien—decía.—Esto te enseñará á no aceptar los consejos de tu mujer. ¿Creías que todo iba á ser sopa boba del Paraíso? Rabia, hijo mío, trabaja y suda; así aprenderás á no atreverte con tus mayores.

Pero el Señor, arrepentido de su dureza, añadió con tono bondadoso:

—Lo hecho, hecho está, y mi maldición debe cumplirse. Yo sólo tengo una palabra. Pero ya que he entrado en vuestra casa, no quiero irme sin dejar un recuerdo de mi bondad. Á ver, Eva, acércame esos chicos.

Los tres arrapiezos formaron en fila frente al Todopoderoso, que los examinó atentamente un buen rato.

—Tú —dijo al primero, un gordinflón muy serio, que

le escuchaba con las cejas fruncidas y un dedo en la nariz—, tú serás el encargado de juzgar á tus semejantes.

Fabricarás la ley, dirás lo que es delito, cambiando cada siglo de opinión, y someterás todos los delincuentes á una misma regla, que es como si á todos los enfermos los curasen con el mismo medicamento.

Después señaló al otro, un morenito vivaracho, siempre con un palo para sacudir á sus hermanos.

—Tú serás un guerrero, un caudillo. Llevarás tras de ti á los hombres como el rebaño que marcha al matadero, y, sin embargo, te aclamarán; la gente, al verte cubierto de sangre, te admirará como á un semidiós. Si los otros matan, serán criminales; si tú matas, serás héroe. Inunda de sangre los campos; pasa los pueblos á hierro y á fuego; destruye, mata, y te cantarán los poetas y escribirán tus hazañas los historiadores. Los que sin ser tú hagan lo mismo, arrastrarán cadenas.

Reflexionó el Señor un momento, y se dirigió al tercero.

—Tú acapararás las riquezas del mundo: serás comerciante, prestarás dinero á los reyes, tratándolos como iguales; el mundo admirará tu habilidad.

El pobre Adán lloraba de agradecimiento, mientras Eva, inquieta y temblorosa, intentaba decir algo, sin decidirse á ello.

En su corazón de madre se agitaba el remordimiento: pensaba en los pobrecitos encerrados en el establo, que iban á quedar excluidos del reparto de mercedes.

—Voy á enseñárselos — decía por lo bajo á su marido.

—Sería demasiado atrevimiento. Se enfadará el Señor. Justamente, el Arcángel Miguel, que había venido de

mala gana á la casa de aquellos réprobos, daba prisa á su amo:

—Señor, que es tarde.

El Señor se levantó, y la escolta de arcángeles, bajando de los árboles, acudió corriendo para presentar las armas á la salida.

Eva, impulsada por su remordimiento, corrió al establo, abriendo la puerta.

—Señor, que aún quedan más. Algo para estos pobrecitos.

El Todopoderoso miró con extrañeza aquella caterva sucia y asquerosa que se agitaba en el estiércol como un montón de gusanos.

—Nada me queda que dar —dijo—. Sus hermanos se lo han llevado todo. Yo pensaré, mujer; ya veremos más adelante.

San Miguel empujaba á Eva para que no importunase más al amo; pero ella seguía suplicando.

—Algo, Señor; dadles cualquier cosa. ¿Qué van á hacer estos pobres en el mundo?

El Señor deseaba irse, y salió de la masía.

—Ya tienen destino —dijo á la madre—. Esos se encargarán de servir y mantener á los otros.

—Y de aquellos infelices —terminó el viejo segador— que nuestra primera madre ocultó en el establo, descendemos los que vivimos encorvados sobre la tierra.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.

---

X . . . . .

Vivos los árboles, regulan con sus funciones la vida de la Naturaleza; muertos, nos acompañan doquiera en el curso de nuestra vida, como si fuesen una dilatación de nuestro cuerpo ó el ángel tutelar de nuestro espíritu. Al nacer, nos reciben cual madre cariñosa en las cuatro tablas de una cuna; al morir, nos recogen, cual elemento divinidad, en las cuatro tablas de un ataúd, y nos restituyen al seno de la tierra, de donde ellos y nosotros hemos salido; y, desde la cuna al sepulcro, no hay un minuto en que podamos declararnos independientes de ellos, ni órgano de la casa que no se reconozca pariente suyo en línea recta, ni átomo de su cuerpo que no sirva á alguna de nuestras necesidades. Conforme progresan éstas, la virtualidad del árbol se desenvuelve en nuestras manifestaciones y progresa también; llega un día en que no necesitamos de sus valientes troncos para sostener el techo de nuestras viviendas, porque los ha destronado el hierro, ni de sus pródidas ramas y jugos para cocer nuestros alimentos y ahuyentar el frío y las tinieblas de nuestras habitaciones, porque los ha suplantado, en estos oficios, el carbón mineral; pero entonces su potencia se metamorfosea y el árbol se convierte en vehículo de nuestras ideas y medio de comunicación entre los hombres, en el poste del telégrafo y el papel de madera. Lo que ayer era carbón negro, es ahora blanca hoja de carta y periódico. Ayer calentaba los cuerpos; ahora ilumina las inteligencias. Ayer congregaba, en torno del hogar, los miembros dispersos de la familia; hoy reúne, en la santa comunidad de pensamiento, á todos los pueblos y razas

que componen la gran familia humana. Muriendo la muerte de la Naturaleza, el árbol se ha dignificado, ha adquirido una vida superior; de tosca materia, casi se ha convertido en espíritu.

JOAQUÍN COSTA.

EN EL MONASTERIO DE PIEDRA

Venga el ateo y fije sus miradas  
En las raudas cascadas  
Que caen con el estrépito del trueno,  
En ese bosque que obscurece el día,  
De rústica armonía  
Y de perfumes y de sombras lleno.

En la gruta titánica que arredra  
Con sus monstruos de piedra,  
Su oculto lago y despeñado río;  
Que ante tantas grandezas el ateo  
Dirá asombrado: —Creo,  
Creo, en tu excelsa majestad, ¡Dios mío!

Arpa es la Creación, que en la tranquila  
Inmensidad oscila  
Con ritmo eterno y cántico sonoro,  
Y no hay murmullo, ni rumor, ni acento  
En tierra, mar y viento,  
Que del himno inmortal no forme coro.

El insecto entre el césped escondido,  
El pájaro en su nido,



El trueno en las entrañas de la nube,  
Hasta la flor que en los sepulcros brota,  
    Todo exhala su nota  
Que en acorde són al cielo sube.

---

Nunca del hombre la soberbia ciega,  
    Que á enloquecerle llega,  
Podrá alcanzar, en su insaciable anhelo,  
Ese poder augusto y soberano,  
    Que enfrena el Oceano  
Y hace girar los astros en el cielo.

---

En vano, golpeándose la frente,  
    Se agitará impotente  
En su orgullo satánico y maldito.  
Siempre desesperado Prometeo,  
    Le acosará el deseo,  
¡Ay! que, como el dolor, es infinito.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

---

### EL SAUCE Y EL CIPRÉS

Cuando á las puertas de la noche umbría,  
Dejando el prado y la floresta amena,  
La tarde melancólica y serena,  
Su misterioso manto recogía,  
    Un macilento sauce se mecía  
Por dar alivio á su constante pena,  
Y en voz suave y de suspiros llena  
Al són del viento murmurar se oía:

— ¡Triste nació... mas en el mundo moran  
Seres felices, que el penoso duelo  
Y el llanto oculto y la tristeza ignoran.  
— Dijo, y sus ramas esparció en el suelo.  
— «Dichosos, ay, los que en la tierra lloran»,  
Contestóle un ciprés, mirando al cielo.

JOSÉ SELGAS.

---

## α LOS PADRES Y LOS HIJOS

Un enjambre de pájaros metidos  
En jaula de metal guardó un cabrero,  
Y á cuidarlos voló, desde el otero,  
la pareja de padres afligidos.

— «Si aquí, dijo el pastor, vienen unidos  
Sus hijos á cuidar con tanto esmero,  
Ver cómo cuidan á sus padres quiero  
Los hijos por amor, y agradecidos.»

Deja entre redes la pareja envuelta;  
La puerta abre el pastor del duro alambre,  
Cierra á los padres, y á los hijos suelta.

Huyó de los hijuelos el enjambre,  
Y como en vano se esperó su vuelta,  
Mató á los padres el dolor y el hambre.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

---

LA GUERRA CIVIL

I

Tenía yo de ocho á diez años, y casi casi deseaba que hubiese siquiera un poquito de guerra, porque siempre estaba oyendo hablar de ella, y envidiaba á los que la habían conocido.

—¿Qué es guerra?—había preguntado á mi madre.

Y ésta me había contestado:

—Hijo, Dios nos libre de ella; porque la guerra es matarse los hombres unos á otros.

—Pues mi hermano y yo no nos matamos ni matamos á nadie, y siempre está usted diciendo que somos muy guerreros y que damos mucha guerra.

Mi madre se echó á reír al oír esta observación mía, y, lejos de rechazarla, pareció confirmarla dándome un beso apretado y chillado, que es cosa rica.

Este proceder de mi madre, que al parecer no podía influir en mi criterio, influyó no poco, pues me hizo dudar más y más de que la guerra fuese matarse los hombres unos á otros y los guerreros fuesen una especie de fieras.

Los chicos de la aldea me acusaban de *collón*, viendo, por ejemplo, que cuando se mataba el cerdo en casa, en vez de hacer lo que en tal caso hacían ellos, que era ayudar á sujetar las patas del pobre animal sobre el banco en que se le tendía para meterle el cuchillo, ó encargarse de la faena de revolver con un palo la sangre que iba cayendo en la caldera, yo me escapaba de casa al castañar inmediato, y allí me estaba llorando y tapándome los oídos para no oír los dolorosos gruñidos del cerdo, y no

volvía hasta que éste había dejado de padecer, fausta nueva que me daba el humo del helecho ó de la paja con que se le chamuscaba en la portalada.

Pues á pesar de esto, y á pesar de lo que me decía mi madre cuando le preguntaba qué era la guerra, la curiosidad infantil podía en mí tanto, que sentía no conocer la guerra más que de oídas. Esto, que á primera vista parece inexplicable siendo yo tan *collón* como decían los otros chicos de la aldea, tenía una explicación muy sencilla: para mi madre podía ser la guerra matarse los hombres unos á otros; pero para mí era ir por la aldea muchos soldados con fusiles y sables muy relucientes y uniformes muy hermosos, y embobarme viendo sus formaciones y ejercicios y oyendo sus tambores y cornetas. ¡Ahí era nada todo esto para los chicos de una aldea por donde casi nunca parecía un soldado, y cuando por casualidad pasaba alguno, le íbamos siguiendo hasta más allá de las últimas casas, y no nos cansábamos de hablar de él en muchas semanas!

## II

Mi madre tenía entrañable cariño á su aldeíta natal, que estaba en la vertiente opuesta del valle, é iba á ella muchos días festivos, llevándome en su compañía. Un domingo de verano oímos misa primera, y emprendimos mi madre y yo aquel viajecillo de una legua antes que calentase el sol demasiado.

El señor cura que había dicho la misa primera, llevaba el mismo camino para ir á su casa, y nos acompañó en el corto camino que separaba á ésta de la parroquia.

Era hacia el año 1830, y el señor cura nos dijo que algunos españoles emigrados en el extranjero habían he-

cho en la frontera francesa alguna tentativa para entrar violentamente en España.

—¡Si tendremos guerra!—exclamó mi madre asustada.

—¡No lo quiera Dios!—dijo el señor cura.—Que la guerra civil es la peor de las guerras.

Llegamos frente á casa del señor cura; éste se quedó allí, y nosotros continuamos nuestro camino.

—Madre—pregunté á la mía,—¿qué es guerra civil?

—Guerra civil es la que no es con extranjeros, sino entre gente de una misma nación.

—¿Y por qué ha dicho el señor cura que esa es la peor de todas las guerras?

—¡Ya ves tú, pelear españoles con españoles, que es, como quien dice, pelear hermanos con hermanos!; porque la tierra donde nacimos es nuestra madre.

—Pues á mí me parece que, si los que pelean son todos españoles, es mejor que si fueran españoles y extranjeros, porque se entenderán mejor, harán menos daño á España, que es su madre, y harán más fácilmente las paces.

—Hijo, eso parece que debiera suceder; pero sucede todo lo contrario.

Mi madre trató de darme más claras explicaciones de lo que era la guerra civil; pero la pobre, aunque era de claro entendimiento y de sabio corazón, juzgó aquella empresa superior á su elocuencia, y renunció á ella, de modo que á mitad del camino todavía la iba yo moliendo con preguntas dirigidas á saber por qué era la guerra civil la peor de las guerras.

Para subir del valle á la aldeíta de mi madre había una cuesta muy pendiente y larga, que no bastaban á hacer grata, ni los multiplicados rodeos del camino, ni la

fresca sombra de los castaños, ni aun la alegría que mi madre y yo sentíamos siempre al terminarla viéndonos entre parientes y amigos que corrían alborozados á nuestro encuentro. Al pie de aquella cuesta había una casa donde vivía una viuda con dos hijos mozos, y allí, á la sombra de unos hermosos nogales que amenizaban la portalada de la casa, nos sentamos á descansar antes de emprender la subida de la cuesta.

### III

Martina, que así se llamaba la viuda, salió á saludarnos en cuanto nos vió llegar, y después de obsequiarme con pan y fruta, se sentó á nuestro lado en uno de los maderos labrados que había en la portalada.

Mi madre le preguntó por sus hijos Pepe y Agustín.

—Buenos, á Dios gracias—contestó.—No tardarán en venir, pues han ido á misa primera, para quedarse en casa mientras yo voy á la mayor, y cuidar de que los ganados no entren en las heredades y hagan algún destrozo en la borona, que este año está muy hermosa.

—¡No tiene usted poca fortuna con lo buenos que le han salido esos chicos!

—Es verdad que la tengo, y no me canso de dar gracias á Dios por ello. No porque yo lo diga; pero son unos muchachos que más trabajadores, más hábiles para todo, de mejor conducta, y sobre todo, más amantes de su madre, no los hay en toda Vizcaya. Ellos, sí, tienen también su pero, como todos le tenemos en este mundo...

—Mujer, ¿qué pero han de tener esos chicos?

—Sí que le tienen; y si no por eso, crea usted que viviríamos en la gloria; y pocas casas estarían más desahogadas que la nuestra; pero ya sabe usted lo que es

andar siempre con pleitos y cuestiones de justicia... Por más que les predico á estos muchachos: «Es necesario, hijos, que dominéis ese pícaro genio y no seáis tan quisquillosos y tercos; pues vuestras terquedades nos cuestan un sentido y el mejor día vamos á tener por ellas algún disgusto que me quite ú os quite la vida.» Por más que les digo esto, no puedo con ellos; pues por la cosa más tonta y sin substancia arman una disputa entre sí ó con el primero que llega, y tenemos la de Dios es Cristo. Yo no sé á quién han salido esos muchachos. Su padre, que esté en gloria, es verdad que no sabía la mitad que ellos, pues ni siquiera sabía leer, y ellos han aprendido buena escuela, y no pasan día sin leer algo en algún libro ó en algún periódico; pero en cambio, era un bendito, á quien no se le oía una voz más alta que otra. ¿Que fulano pensaba negro y él pensaba blanco? Pues le dejaba pensar como quisiera, y anda con Dios. ¿Que mengano no se había portado bien con él? ¡Cómo ha de ser! Seamos indulgentes, para que lo sean con nosotros, que en este mundo nadie es impecable. ¡Váyales usted con eso á estos chicos! Pero, señor, ¿será posible que, cuanto más saben las gentes, han de ser más quisquillosas y guerreras, como les sucede á estos chicos míos?

—Ea, ahí los tiene usted.

—Y altercando, como de costumbre.

#### IV

En efecto, los hijos de Martina llegaban disputando entre sí y acompañados de otros de aquellas cercanías, que también venían de misa primera y tomaban parte en la disputa, unos dando la razón á Pepe, y otros dándosela á Agustín.

Nos saludaron todos afectuosamente, y sentándose en los maderos, Pepe y Agustín volvieron á la disputa que al llegar habían suspendido para saludarnos.

—¡Pero, hijos—les dijo Martina,—que siempre habéis de estar como el gato y el perro!

—Es que éste se empeña en llevarme siempre la contraria.

—Quien se empeña en llevármela á mí eres tú.

—Hijos, dejao de disputas...

—Yo, maldita la gana tengo de ellas si no me provocaran.

—Quien provoca eres tú.

—Tiene razón Agustín—dijeron algunos mozos.

—Quien la tiene es Pepe—replicaron los demás, excepto uno, que no atribuía la razón á uno ni otro, y procuraba en vano hablar.

—Pero, ¿por qué es la disputa? Por alguna tontería, ¿no es verdad?

—Sí, señora, por una tontería de este terco.

—La tontería y la terquedad son tuyas.

—¡Vamos, hijos, no hay medio de entrar en razón con vosotros!—dijo Martina.

Y añadió, dirigiéndose al mozo que se había abstenido de dar la razón á uno ni otro:

—Prudencio, ¿qué es lo que ocurre?

—Yo se lo diré á usted, Martina: lo que ocurre es que ni Agustín ni Pepe tienen razón, y yo se lo hubiera probado inmediatamente si me hubieran dejado hablar...

—No te hemos dejado hablar—interrumpió Agustín á Prudencio—porque tú eres un pastelero, que siempre quieres quedar bien con Dios y con el diablo.

—Esa es la verdad—asintieron los de uno y otro bando.



—Pues ahora no tenéis derecho á hacerme callar, porque no hablo con vosotros. Alcancé á éstos al empezar la bajada de la cuesta, y ya venían disputando sobre quién era un caballero que anda de caza en los rebollares del otro lado del río. Pepe decía que era don Juan de Orrantía, el de Balmaseda, y Agustín que era don Pedro de Agüera, el de Castro; y unos dando la razón á Pepe, y otros dándosela á Agustín, estaban ya tan ciegos y acalorados que les faltaba poco para venir á las manos. Me entero del motivo de la disputa, les digo que unos y otros están equivocados, y sin querer oír más se ponen furiosos contra mí, continúan la disputa, y esta es la hora en que aún no me han dejado meter baza para probarles en cuatro palabras que tan equivocados están unos como otros.

—Yo no estoy equivocado.

—El que no lo está soy yo.

—Tiene razón Pepe.

—La tiene Agustín.

—Sois unos indecentes.

—Los indecentes sois vosotros.

Entre Pepe y Agustín y sus respectivos parciales se armó tal barullo, y la irritación, los denuestos y las amenazas eran tales, que todo presagiaba una catástrofe, por más que Martina, mi madre, Prudencio y hasta yo mismo tratábamos de apaciguar á los contendientes.

Al fin Pepe dió una bofetada á Agustín, éste contestó con otra, y la lucha á bofetadas y á palos se hizo general.

## V

Mi madre y yo nos separamos un poco del campo de batalla asustados y no sin haber experimentado algún daño. Únicamente esperábamos que Martina y Prudencio,

que tenían más influencia que nosotros sobre los contendientes, y continuaban esforzándose por apaciguarlos, consiguieran poner término á la lucha; pero pronto se desvanecieron nuestras esperanzas cuando vimos á Prudencio vacilar de un garrotazo que le alcanzaron los de un bando, y caer de otro con que le secundaron los del bando contrario.

Ya sólo Martina continuaba haciendo heroicos esfuerzos por restablecer la paz; pero no tardamos en verla también caer, si no de un garrotazo, de un empujón involuntario, y dar con la cabeza en los maderos tan terrible golpe, que perdió el sentido, sin que en su ceguera lo notasen los contendientes.

Mi madre y yo también, á pesar de mi collonería, corrimos en su auxilio y el de Prudencio, y les vendamos á ambos la cabeza con pañuelos, pues ambos la tenían rota.

Cuando el combate estaba á punto de terminar, no porque los combatientes se hubiesen convencido de su sinrazón, sino porque estaban agotadas sus fuerzas, Prudencio recobró el sentido y aun nos ayudó á llevar á Martina á casa.

—¡Qué terquedad la de estos hombres!—exclamó mi madre.

—¿Terquedad?—contestó Prudencio.—Aun no lo sabe usted bien. La disputa ha sido sobre si el cazador es don Juan ó es don Pedro, y ni don Pedro ni don Juan pueden ser, pues los dos murieron hace algunos meses.

Poco después, mi madre y yo emprendimos la subida de la cuesta y vimos que unas vacas habían entrado durante la reyerta en una hermosa heredad y habían arrasado el maíz.

—Mira, hijo mío, lo que ha sucedido—me dijo mi ma-

dre;—sin tener ninguno razón, y creyendo todos tenerla, han disputado, se han odiado y han peleado como Caínes. Ellos han perdido, pero más han perdido los que ninguna culpa tenían, que eran Martina y Prudencio, en quienes estaban el amor y la prudencia. ¡Las vacas han destruído un sembrado de borona, pero la reyerta le ha reemplazado con otro de odio! Hijo, ¿no querías saber lo que era la guerra civil?

—Sí, madre.

—Pues la guerra civil viene á ser eso.

—¡Maldita sea esa guerra!—exclamé.

Y aquella maldición aun se escapa de mis labios, rebo-  
sando espanto é indignación.

ANTONIO DE TRUEBA.

---

α EL ESPEJO DE MATSUYAMA

---

CUENTO JAPONÉS

Mucho tiempo ha, vivían dos jóvenes esposos en lugar muy apartado y rústico. Tenían una hija, y ambos la amaban de todo corazón. No diré los nombres de marido y mujer, que ya cayeron en olvido, pero diré que el sitio en que vivían se llamaba Matsuyama, en la provincia de Echigo.

Hubo de acontecer, cuando la niña era aún muy pequeña, que el padre se vió obligado á ir á la gran ciudad, capital del Imperio. Como era tan lejos, ni la madre ni la niña podían acompañarle, y él se fué solo, despidiéndose de ellas y prometiendo traerles, á la vuelta, muy lindos regalos.

La madre no había ido nunca más allá de la cercana aldea, y así no podía desechar cierto temor al considerar que su marido emprendía tan largo viaje; pero, al mismo tiempo, sentía orgullosa satisfacción de que fuese él, por todos aquellos contornos, el primer hombre que iba á la rica ciudad, donde el rey y los magnates habitaban y donde había que ver tantos primores y maravillas.

En fin, cuando supo la mujer que volvía su marido, vistió á la niña de gala, lo mejor que pudo, y ella se vistió un precioso traje azul que sabía que á él le gustaba en extremo.

No atino á encarecer el contento de esta buena mujer cuando vió al marido volver á casa sano y salvo. La chiquitina daba palmadas y sonreía con deleite, al ver los juguetes que su padre le trajo. Y él no se hartaba de contar las cosas extraordinarias que había visto durante la peregrinación y en la capital misma.

— A ti — dijo á su mujer — te he traído un objeto de extraño mérito; se llama espejo. Mírale y dime qué ves dentro.

Le dió entonces una cajita chata, de madera blanca, donde, cuando la abrió ella, encontró un disco de metal. Por un lado era blanco como plata mate, con adornos en realce de pájaros y flores, y por el otro, brillante y pulido como cristal. Allí miró la joven esposa con placer y asombro, porque desde su profundidad vió que la miraba, con labios entreabiertos y ojos animados, un rostro que alegre sonreía.

— ¿Qué ves? — preguntó el marido encantado del pasmo de ella y muy ufano de mostrar que había aprendido algo durante su ausencia.

— Veo una linda moza que me mira, que mueve los

labios como si hablase y que lleva ¡qué extraño! un vestido azul exactamente como el mío.

—Tonta, es tu propia cara lo que ves—le replicó el marido, muy satisfecho de saber algo que su mujer no sabía.—Ese redondel de metal se llama espejo. En la ciudad cada persona tiene uno, por más que nosotros aquí en el campo no los hayamos visto hasta hoy.

Encantada la mujer con el presente, pasó algunos días mirándose á cada momento, porque, como ya dije, era la primera vez que había visto un espejo y, por consiguiente, la imagen de su linda cara. Consideró, con todo, que tan prodigiosa alhaja tenía sobrado precio para usada de diario, y la guardó en su cajita y la ocultó con cuidado entre sus más estimados tesoros.

Pasaron años, y marido y mujer vivían aún muy dichosos. El hechizo de su vida era la niña, que iba creciendo y era el vivo retrato de su madre, y tan cariñosa y buena que todos la amaban. Pensando la madre en su propia pasajera vanidad, al verse tan bonita, conservó escondido el espejo, recelando que su uso pudiera engreír á la niña. Como no hablaba nunca del espejo, el padre lo olvidó del todo. De esta suerte se crió la muchacha tan sencilla y candorosa como había sido su madre, ignorando su propia hermosura y que la reflejaba el espejo.

Pero llegó un día en que sobrevino tremendo infortunio para esta familia, hasta entonces tan dichosa. La excelente y amorosa madre cayó enferma, y, aunque la hija la cuidó con tierno afecto y solícito desvelo, fué empeorando cada vez más, hasta que no quedó esperanza sino de muerte.

Cuando conoció ella que pronto debía abandonar á su

marido y á su hija, se puso muy triste, afligiéndose por los que dejaba en la tierra, y, sobre todo, por la niña.

La llamó, pues, y le dijo:

—Querida hija mía, ya ves que estoy muy enferma y que pronto voy á morir y á dejaros solos á ti y á tu amado padre. Cuando yo desaparezca, prométeme que mirarás en el espejo todos los días, al despertar y al acostarte. En él me verás y conocerás que estoy siempre velando por ti.

Dichas estas palabras, le mostró el sitio donde estaba oculto el espejo. La niña prometió, con lágrimas, lo que su madre pedía, y ésta, tranquila y resignada, expiró á poco.

En adelante, la obediente y virtuosa niña jamás olvidó el precepto materno, y cada mañana y cada tarde tomaba el espejo del lugar en que estaba oculto y miraba en él por largo rato é intensamente. Allí veía la cara de su perdida madre, brillante y sonriendo. No estaba pálida y enferma como en sus últimos días, sino hermosa y joven. A ella confiaba de noche sus disgustos y penas del día, y en ella, al despertar, buscaba aliento y cariño para cumplir con sus deberes.

De esta manera vivió la niña como vigilada por su madre, procurando complacerla en todo como cuando vivía, y cuidando siempre de no hacer cosa alguna que pudiera afligirla ó enojarla. Su más puro contento era mirar en el espejo y poder decir:

—Madre, hoy he sido como tú quieres que yo sea.

Advirtió el padre, al cabo, que la niña miraba sin falta en el espejo cada mañana y cada noche, y parecía que conversaba con él. Entonces le preguntó la causa de tan extraña conducta.

La niña contestó:

—Padre, yo miro todos los días en el espejo para ver á mi querida madre y hablar con ella. Le refirió, además, el deseo de su madre moribunda y que nunca había dejado de cumplirlo.

Enternecido por tanta sencillez y tan fiel y amorosa obediencia, vertió él lágrimas de piedad y de afecto, y nunca tuvo corazón para descubrir á su hija que la imagen que veía en el espejo era el trasunto de su propia dulce figura, que el poderoso y blando lazo del amor filial hacía cada vez más semejante á la de su difunta madre.

JUAN VALERA.

---

## DISCURSO NECROLÓGICO

PRONUNCIADO COMO PRESIDENTE DEL CONGRESO  
DE LOS DIPUTADOS

CON MOTIVO DEL FALLECIMIENTO DE LA REINA MERCEDES

---

Ya lo oís, señores Diputados: nuestra bondadosa Reina, nuestra cándida y malograda Reina Mercedes, ya no existe. Ayer celebrábamos sus bodas: hoy lloramos su muerte. Tan general es el dolor, como inesperado ha sido el infortunio: á todos nos alcanza: todos lo manifiestan: parece que cada uno se encuentra desposeído de algo que ya le era propio, de algo que ya amaba, de algo que ya aumentaba el dulce tesoro de los afectos íntimos; y al verlo arrebatado por tan súbita muerte, todos nos sentimos como maltratados por lo violento del despojo, por lo brusco del desengaño.

Joven modesta, candorosa, coronada de virtudes antes que de la Real diadema, estímulo de halagüeñas esperanzas, dulce y consoladora aparición... ¡quién no siente lo poco que ha durado!...

No sé, señores Diputados, si la profunda emoción que embarga mi espíritu en este momento me consentirá decir las pocas palabras con que pienso, con que debo cumplir la obligación que este puesto me impone. No es porque yo crea sentir más vivamente el funesto suceso que ninguno de los que me escuchan; porque son tantas, son tan variadas, tan acerbas las circunstancias que contribuyen á hacer por todo extremo lamentable la desgracia presente, que no hay alma tan empedernida que le cierre sus puertas. Pero concurre una tristísima circunstancia, que nunca olvidaré, á que yo la sienta con más intensidad en este momento.

Testigo presencial de los últimos instantes de nuestra Reina sin ventura, aún tengo delante de mis ojos el lúgubre cuadro de su agonía: aún está fresca en mi mente la imagen de la pena, de la horrible y silenciosa pena que, con varios semblantes y diversas formas, rodeaba el lecho mortuario: he visto el dolor en todas sus esferas.

Allí nuestro amado Rey, hoy más digno de ser amado que nunca, apelaba á sus deberes, á sus obligaciones de Príncipe, á todo el valor de su magnánimo pecho, para permanecer al lado de la que fué elegida de su corazón, y para reprimir, aunque á duras penas, el alma conturbada y viuda, que pugnaba por salir á sus ojos.

Allí los aterrados padres de la ilustre moribunda, viva estatua del dolor, inclinaban su frente ante el Eterno, que á tan dura prueba los sometía, y con cristiana



resignación le ofrecían en holocausto la más honda amargura que puede experimentarse en la vida.

Incansable en su amor, la Princesa de Asturias y sus tiernas hermanas seguían con atónita mirada todos los movimientos de la doliente Reina, como ansiosas de acompañarla en la última partida.

Allí la presencia del Gobierno de S. M. representaba el duelo del Estado; los Presidentes de los Cuerpos Legislativos, el luto del país, y todos de rodillas, sobre todos se levantaban los cantos de la Iglesia que, dirigiéndose al cielo, señalaban el único medio de consolar tantas y tan inmensas desgracias.

Y en tanto, señores, todas las clases sociales llevaban el testimonio de su tristeza á la regia morada. En torno de ella aparecía el pueblo español, magnánimo como siempre, amante como siempre de sus Reyes; con todos sus caracteres distintivos, participe de todas las penas generosas, y compañero de todos los infortunios inmerecidos.

¿Quién puede permanecer insensible en medio de este espectáculo? Intérprete de vuestro dolor, me atrevo á proponer que, en tanto que la Iglesia presta sus solemnes plegarias á la que fué nuestra Reina, á la que sólo ocupó el Trono el tiempo sucintamente necesario para reinar sin límites en los corazones, en tanto que las exequias se verifican, esta tribuna permanezca muda, en señal de duelo, convidando con su silencio al recogimiento y á la oración.

Propongo además, señores Diputados, que una Comisión del seno de la Cámara, cuando las tristes circunstancias que nos rodean lo consientan, llegue á S. M. el Rey para significarle el sumo dolor de que se encuentra

poseída, para mostrarle que todos participamos de su pena; que éste es el único consuelo que cabe en tan grandes aflicciones.

¿Quién será insensible á la presente? Sólo el infeliz que se encuentre incomunicado con la Humanidad.

ADELARDO LÓPEZ DE AYALA.

---

## DISCURSO

Á LOS VOLUNTARIOS CATALANES DE LA GUERRA DE ÁFRICA

Vosotros fuisteis á África y sois testigos de que no habríais podido hacer lo que hicisteis sirviendo á una nación extranjera; sabéis que otros tantos hombres, pero mercenarios, por bien escogidos y pagados que hubiesen sido, aun triplicado el número, no se habrían portado como vosotros. Es que os alentaba, agitando vuestra pujanza, el espíritu de una nación; vosotros érais una faceta del sólido oculto de la Historia, formado por el pueblo entero, destinado á vida inmortal; sin advertirlo teníais la compañía de vuestros mayores; os acompañaban los reyes de los Condes de Barcelona, de los Reyes de Aragón, de los Reyes de Castilla, de los grandes Monarcas de España, evocados de Ripoll, de Poblet y de El Escorial; y también os asistía aquella incontrastable y misteriosa energía que en el Bruch había cruzado la temeraria y rústica hoz con las bayonetas invictas del Imperio.

Y en esa solidaridad, en esa continuidad, en esa perpetuidad consiste toda la fuerza, toda la pujanza, todo el valor, todo el heroísmo y toda la maravillosa eficacia del prestigio que, antes de llegar las puntas de las armas á los pechos enemigos, ya les ha vencido y derrotado.

.....

Cuando oigáis á alguien blasfemar contra la segunda religión, que es el amor á la Patria, recordadle que ésta es un organismo vivo; que todo cuanto está organizado y vivo existe por el misterioso aniquilamiento de los componentes en el todo, y que la muerte consiste en la disgregación de los simples, en reclamar su individualidad los elementos que lo integran.

Y cuando oigáis á alguno á quien ciegue y ofusque el engreimiento, por otra parte legítimo, de la lozanía y florecimiento de la rama á que pertenece, si le veis en tentación de desgajarla, recordadle que aquellos verdores y aquellos frutos se nutren calladamente con la savia de modestas raíces ocultas, y del tronco secular, acaso herido, nudoso y tosco.

Pero esos son desvaríos que, afortunadamente, no muerden; más á menudo hallaréis quienes estén dolidos de la atrofia del sentimiento regional, del desdibujamiento de la fisonomía histórica, característica de un pueblo que ama sus instituciones, guarda sus recuerdos y siente rebullir las iniciativas de su alma.

.....  
ANTONIO MAURA.

—  
TROZOS DE DISCURSOS

PRONUNCIADOS DURANTE EL DEBATE SOBRE LA CUESTIÓN RELIGIOSA EN LAS CORTES CONSTITUCIONALES DEL 69

De Moret.

... A la juventud acudo; ella sabe una cosa, ella lo siente, ella lo oye constantemente. ¿Tantos jóvenes hay aquí? ¿Tantos jóvenes se encuentran allí? Sí; una de las cosas que más agrada, que más complace, es ver de cuando en cuando entrar en la vida pública algún joven, porque

parece como que las generaciones no se renuevan y no van trayendo los elementos de la nueva vida. ¿Y sabéis por qué? ¡Cuántas veces lo he oído, cuántas veces lo he escuchado! Porque hay en la juventud el desengaño de la política, de la política de forma, porque la mira como un torneo y una justa, porque la juventud siente necesidad de profundizar en la política, pero no de practicarla por los ejemplos que ve y siguiendo la fórmula con que hoy se realiza. Siente la necesidad de aprender y enseñar, y cuando ha nacido el derecho de asociación, nosotros y vosotros, todos hemos hecho muchas asociaciones políticas; pero la única asociación de enseñanza que he visto en Madrid se debe á los alumnos de la Universidad Central. Y entonces, necesitando llevar por medio de la asociación y de la reunión satisfacción á todo eso, buscan y quieren los gobiernos de la opinión; quieren pensar, quieren sentir, quieren poder ser elegidos Diputados sin pertenecer á una agrupación estrecha, para poder entrar en la vida pública por el ancho camino de las ideas; que la discusión se ha de hacer y ha de venir fuera de aquí para que tengan lugar las generaciones venideras.

A ella, pues, acudo yo, admito su fallo, y cuando la presente el proyecto de Constitución y las críticas del Sr. Castelar, y cuando ella encuentre la libertad de la enseñanza, de la creencia, de la manifestación en todas sus fases, y sienta dentro de ella un espíritu de fuerza y se crea satisfecha, sin que pare mientes en ninguna de las demás cosas, que son como las frágiles ramas del poderoso árbol, ella se encontrará satisfecha. Porque si nosotros no hacemos de la vida pública y de las nuevas libertades más uso que el que vamos haciendo; si no queremos el derecho de reunión más que para amotinar la gente y

traerla á las puertas del Parlamento; si no queremos el derecho de asociación más que para el club; si no queremos la libertad de imprenta más que para la difamación y el ataque; si no queremos la libertad de cultos más que para ofender al que no tiene nuestras creencias; si no sacamos lo que hay dentro de nuestra alma, si no hacemos esto pronto, vendrán los que nos llaman sofistas de la libertad y tendrán derecho para decir que si la libertad no es más que el desorden, vale más el silencio; que siquiera el silencio es preferible al estéril ruido y á la infecunda agitación.

### De Manterola.

No estáis autorizados para decir que el catolicismo ha muerto en la conciencia de la Humanidad: no ha muerto en España; no ha muerto en el pueblo vascongado. Hubiera podido decirse quizá, y tal vez se creyó por los hombres de fe débil, de fe vacilante, que el catolicismo iba á morir en Europa á fines del siglo pasado. Tal vez entonces, con más apariencias de verdad que ahora, hubiera podido decirse que el Evangelio era el testamento de una religión ya muerta. Y aquí, ya que lo prometí al principiar mi discurso al Sr. Castelar, voy á decirle la razón por la que la Iglesia condenó la revolución francesa.

No vengo á hacer historia, según la frase hoy recibida, señores Diputados; vengo á recordar lo que todos habéis leído, lo que ha sido objeto de estudio para todos vosotros. Cuando la Francia contemplaba asombrada en el anonadamiento de un estupor inefable aquella aberración suprema; cuando la Francia veía conducir en triunfo y entre aplausos una inmunda prostituta con el nombre de la «diosa razón»; cuando la vió colocada en sus

altares, recibiendo los honores de la Divinidad; cuando más tarde vió su presentación en la Cámara, en el Congreso; cuando Chaumet, dirigiéndose á la Asamblea, pronunció estas palabras: «Señores Diputados Constituyentes, hoy por primera vez ha resonado bajo las bóvedas góticas (se refería al templo de Nuestra Señora de París), hoy por primera vez ha resonado el acento de la verdad, donde tanto se había mentido; hoy han muerto los dioses, y la Francia no adorará más que estas bellas creaciones de la Naturaleza.» Y decía esto refiriéndose á la «diosa razón», refiriéndose á aquella miserable criatura. Cuando Chabot, el desgraciado apóstata, tomando ocasión de las palabras de su digno correligionario Chaumet, presentó á la Cámara una proposición de ley pidiendo que el Parlamento decretara la supresión de Dios, como si se tratara de la supresión de una contribución de Consumos, cuando esta proposición fué estimada y tomada en consideración por unanimidad y unánimemente aprobada, entonces la Francia se extrañó de Dios, le excluyó de su seno. ¡Qué locura, señores Diputados!

En tal situación de cosas, fué menester que en el mes de Junio de 1794, Robespierre, sin duda alguna no más religioso que los demás, propusiera, sin embargo, con una seriedad que asombra á las Cortes, que el Parlamento decretara la existencia de Dios, que hicieran, que crearan á Dios; y cuando esto se acordó, fué acordada también la inmortalidad del alma. ¡Oh, señores Diputados! ¡Ved aquí dónde conducen las aberraciones de una razón prostituída á infames pasiones y bárbaros instintos! ¡Y esto en un pueblo tan civilizado como el francés. No preguntéis ya por qué la Iglesia católica condenó la revolución francesa.

### De Castelar.

No ha nacido una Constitución, no ha habido un progreso, no ha habido una reforma que no naciera bajo los terribles anatemas de la Iglesia, y esto ha ocurrido y ocurrirá siempre en el mundo. Los seres sociales se diferencian de los seres naturales en que éstos, como hijos naturales, nacen bajo las bendiciones de sus padres. Los hijos sociales, los seres sociales nacen bajo las maldiciones de sus padres. La sinagoga nació bajo las maldiciones de los sacerdotes de Asiria y de Egipto, y la Iglesia nació bajo las maldiciones de la sinagoga. El protestantismo nació bajo las maldiciones de la Iglesia, y la moderna filosofía y la moderna democracia han nacido bajo las maldiciones de todos los cultos.

Todavía recuerdo una tarde en que yo fuí en Roma á visitar el monte Aventino; yo, desterrado por republicano, iba á visitar la fuente del Derecho civil, la fuente de la República. El que me conducía, me decía con aquella especie de ironía que los guías de Roma usan contra el Papa: «Va usted á visitar el monte Aventino, y no encontrará más que conventos.» En efecto, entré en la iglesia; no había ni siquiera nada artístico, cosa extraña en Roma, y al salir me encontré un zuavo francés á la misma puerta, que me dijo: «¿Viene usted de París?», porque me oyó á mí hablar en francés, aunque lo hablo mal. «Qué mal hace usted en abandonar aquella ciudad por ésta.» Le pregunté yo: «¿Esto es cuerpo de guardia?» «Es un convento, me dijo; pero venimos aquí, porque los frailes temen que venga Garibaldi por los aires.» Y entonces me invitó á que fuera á una gran terraza desde donde se descubría la vista sublime de Roma, la ciudad de los dioses

caídos y de las ideas muertas. Pues bien; entré, me con-  
dujo un fraile, y me dice: «¿Es usted francés?» «No, le  
dije; soy español.» «Pues entonces va usted á tener gran-  
des recuerdos: bajo ese árbol se sentaba el fundador de la  
Inquisición, Santo Domingo; vea usted esa sala: aquí es-  
tuvieron Carlos IV, Godoy y María Luisa.» ¡Qué recuer-  
dos de la gran España en la ciudad de los recuerdos!

Señores, hay estas relaciones entre la Iglesia y el Es-  
tado: ó la Iglesia predomina sobre el Estado, lo cual crea  
la forma teocrática, la forma de Roma, ó el Estado pre-  
domina sobre la Iglesia, lo cual trae la autocracia de la  
ciudad de Constantinopla, que sufrió por sus abomina-  
ciones el justo castigo de la cimitarra de los turcos, ó la  
Iglesia establece relaciones por los Concordatos que,  
como vosotros sabéis, porque los habéis redactado y  
practicado, producen la infinidad de dificultades y obs-  
táculos que tienen los contratos con la Iglesia.

En los períodos conservadores, la Iglesia se apodera  
del Estado, entra en la cámara de los Reyes, embruja á la  
Reina, hechiza al Rey; y así veis la historia tan terrible,  
que no pueden olvidar los esclavos de Sor Patrocinio.  
Señores, cuando esto sucede, cuando esto pasa, el Papa  
está tan ignorante de las leyes de la moral, que da el dis-  
tintivo de la moral, que se llama la *Rosa de oro* á una  
Reina que había sido rechazada por la conciencia del  
pueblo.

Señores, después de esto, cuando predominan los prin-  
cipios liberales, el estado de la Iglesia es lamentable; se la  
obliga, como se la ha obligado en algunas provincias á la  
Iglesia, á cantar un *Te Deum* por el triunfo de la Revo-  
lución, es decir, por la derrota de sus principios.

Esto no es justo, esto no es honroso, esto no es digno.



Es necesario, es indispensable que este estado cese por completo en España; es necesario, es indispensable separar la Iglesia del Estado.

Yo no me equivoco sobre la situación de vuestro ánimo; yo digo que hay muchos caracteres independientes, muchos caracteres varoniles, muchos caracteres filosóficos que no necesitan para nada del sentimiento religioso, que no necesitan de la idea religiosa para fundar la moral; pero esto no sucede en todos los caracteres; hay muchos, hay familias enteras, hay hombres, hay mujeres, hay organizaciones nerviosas, hay espíritus inquietos, hay almas místicas que creen que la Religión protege con sus alas la infancia, que guía al niño á la escuela, que convierte el hogar en templo, la vida en un sacerdocio, y que cuando tenemos los días contados, hace que levantemos nuestro espíritu á un mundo mejor, y que pensemos en la verdad absoluta y elevemos nuestra inteligencia al amor infinito.

¿Y cuál es nuestra situación? ¿Decís que el pueblo no está educado? ¿Pues no ha tenido por espacio de quince siglos la educación de la Iglesia? ¿No ha tenido por espacio de quince siglos al cura, que le ha enseñado la única moral, la única filosofía, la única metafísica, la única política? Las clases medias toman hoy la Iglesia, señores, no como una fuente en la cual van á beber las grandes lecciones de la moral: la toman porque algunos imprudentes les han dicho que la Revolución va á acabar con sus propiedades; la toman como los romanos tomaban al Dios Término, como nosotros aquí al guardia civil para guardar nuestras propiedades.

.....

.....

Señores Diputados, yo no sólo fui á Roma, sino que también fui á Liorna: me encontré con que Liorna era una de las más ilustres ciudades de Italia; no es una ciudad artística, ciertamente; no es una ciudad científica, pero es una ciudad mercantil é industrial de primer orden. Inmediatamente me dijeron que lo único que había que ver allí era la sinagoga; fui allá, y me encontré con una magnífica sinagoga de mármol blanco, en cuyas paredes se leen nombres como García, Rodríguez, Ruiz, etc. Al ver esto, acerquéme al guía y le dije: «Nombres de mi país, nombres de mi patria.» A lo cual me contestó: «Nosotros todavía enseñamos el hebreo en la hermosa lengua española; todavía tenemos escuelas de español; todavía enseñamos á traducir las primeras páginas de la Biblia en lengua española, porque no hemos podido olvidar, no hemos olvidado nunca, después de más de tres siglos de injusticia, que allí están, que en aquella tierra están los huesos de nuestros padres.» Y había una inscripción, y esta inscripción decía que la habían visitado Reyes españoles, creo que eran Carlos IV y María Luisa, y habían ido allí y no se habían conmovido y no habían visto la causa de nuestra desgracia y no habían visto los nombres españoles allí esculpidos. Los Médicis, más tolerantes, los Médicis, más filósofos, los Médicis, más previosores y más ilustrados, recogieron lo que el absolutismo de España arrojaba de su seno, y los restos, los residuos de la Nación española los aprovecharon para alimentar su gran ciudad, su gran puerto, y el faro que le alumbrade todavía vivificado por el espíritu de la libertad religiosa.

Señores Diputados, me decía el Sr. Manterola (y ahora me siento), que renunciaba á todas sus creencias, que re-

nunciaba á todas sus ideas si los judíos volvían á juntarse y volvían á levantar el templo de Jerusalén. Pues qué, ¿cree el Sr. Manterola en el dogma terrible de que los hijos son responsables de las culpas de sus padres? ¿Cree el Sr. Manterola que los judíos de hoy son los que mataron á Cristo? Pues yo no lo creo; yo soy más cristiano que todo eso.

Grande es Dios en el Sinaí; el trueno le precede, el rayo le acompaña, la luz le envuelve, la tierra tiembla, los montes se desgajan; pero hay un Dios más grande, más grande todavía, que no es el majestuoso Dios del Sinaí, sino el humilde Dios del Calvario, clavado en una cruz, herido, yerto, coronado de espinas, con la hiel en los labios, y, sin embargo, diciendo: «¡Padre mío, perdónalos, perdona á mis verdugos, perdona á mis perseguidores, porque no saben lo que se hacen!» Grande es la religión del poder, pero es más grande la religión del amor; grande es la religión de la justicia implacable, pero es más grande la religión del perdón misericordioso; y yo, en nombre de esta religión; yo, en nombre del Evangelio, vengo aquí á pedir os que escribáis al frente de vuestro Código fundamental la libertad religiosa, es decir, libertad, fraternidad, igualdad entre todos los hombres.

#### De Cánovas.

Yo no defiendo, pues, hace mucho tiempo, yo no defenderé ya jamás la intolerancia religiosa. A la Iglesia no la protegeré manteniendo la penalidad para los nacionales, que consigna aún en sus páginas el Código vigente. No la protegeré tampoco pretendiendo que se renueven las leyes que vedaban indirectamente á los extranjeros establecerse en España, obligándoles, si querían estable-

cerse, de todos modos á ocultar como un crimen su propia creencia. Todo eso ha pasado para no volver, en mi concepto: todo eso constituía una excepción en el mundo, que es honra de todo español que desaparezca.

Pero en medio de que estas son mis opiniones, creo que acaso se ha legislado de más sobre este derecho individual, puesto que se ha legislado en futuro y para españoles futuros. Y examinando la cuestión ahora bajo su aspecto social y político, que era el que un momento hace me preocupaba, yo no temo afirmar que no habiendo más religión que la católica en España, el Estado debe proteger y proteger eficazmente, aunque por medios liberales y legítimos, el culto católico.

A mi juicio, sería el mayor de los defectos de esta Constitución, tal que la haría completamente imposible en España, el que en ella desapareciera, no sólo la concordia del sacerdocio con el imperio, sino la protección del catolicismo por el Estado.

Porque, si dejamos caer, perecer la religión, única que aquí existe, ¿qué vínculo moral, qué lazo moral queréis que tenga con sus semejantes ese átomo individual que os he descrito, ese proletario legislador que antes os he dibujado, ese personaje antieconomista que no comprende de lo ajeno sino el deseo de poseerlo? ¿Con qué vínculo queréis ceñirle, con qué lazo pensáis atarle, si permitís ó procuráis destruir completamente el sentimiento religioso, cuando vosotros, los sabios, cuando vuestros más modernos maestros, cuando los más osados de los metafísicos no se atreven á borrar al Ser Supremo de sus libros, y aunque lo afirmen como una hipótesis, aunque lo presenten sólo como un momento de la especulación, aunque lo denieguen en la única substancia ó

le reserven un papel subalterno en el organismo general de la Naturaleza, no se determinan, sin embargo, á relegarlo al olvido? Se lee el nombre de Dios aún, sea como quiera, en las mejores páginas de la filosofía contemporánea; se le nombra, se le repite delante de las clases ilustradas, que pueden tener alguna idea de las especulaciones filosóficas, ¿hay aquí quien ya quiera pasar una esponja y borrarle de la obscura conciencia de los ignorantes?

### De Ríos Rosas.

Ahora se dice que es mejor que la Iglesia goce de una absoluta libertad; ahora se dice que es mejor que quede separada del Estado; ahora se dice que todas las garantías que el Estado tiene con la autoridad tuitiva y con los medios del patronato contra las irrupciones de la curia romana son vanas y son estériles; ahora se dice que el día que se publique en Roma una encíclica ó una bula que afecte á los derechos y á la independencia de la corona de España y á la Nación española, esa bula, llevada por los cuatro vientos de la imprenta á todas partes, es una irrisión el que sea recogida y que no sirva para nada el privilegio del *exequatur*, el privilegio del pase. Esto se dice muy dogmáticamente, esto se sostiene muy dogmáticamente, esto no pasa de ser un dogmático absurdo. Pues qué, cuando por Felipe II se recogía la bula *in coena Domini*, ¿no sabía toda Europa, no sabían todos los Gabinetes, no sabían todos los Gobiernos, no sabían todos cuantos se ocupaban de política, no sabían todos cuantos podían leer y escribir que Felipe II había recogido esa bula? ¿No se leía á escondidas en los hogares de las gentes ociosas, de las gentes doctas, de las gentes curio-

sas? Y bien ¿qué importaba la publicidad entonces? ¿Y qué puede importar la publicidad ahora? Desde el momento que el Estado, en cumplimiento de su deber, niega el *exequatur* á una disposición que emana de la curia romana, esa disposición no puede producir efectos ningunos civiles en el país, y se resguarda la autoridad, la independencia, la libertad política, la libertad civil, todas las libertades del país.

---

α DE MADRUGADA

---

SONETO

¡Con qué placer el labrador honrado,  
Al mirar que la aurora le acaricia,  
Del trabajo se entrega á la delicia  
Sin tener otro afán ni otro cuidado!

¡Con qué placer el navegante osado,  
Que del viento la ráfaga codicia,  
De la lumbre del sol, siempre propicia,  
Goza el primer destello nacarado!

¡Con qué placer absorben los rosales  
Las perlas, cuyo número infinito  
Del reciente chubasco da señales

¡Con qué placer despierta el pajarito!  
Y yo ¡con qué placer en horas tales  
Acostumbro dormir como un bendito!

MANUEL DEL PALACIO.

---

LA PALMA

—Si no echas borrones en el Catón; si no te diviertes en tirar de las orejas al gato; si no retuerces el pescuezo á las flores de las macetas; si aprendes bien las oraciones que yo te enseñe; si dejas de ser insubordinado, vanidosillo y despótico, y si tomas, sin chistar, las medicinas que te ha recetado el médico, te compraré la palma que deseas... y será, hijo mío, la más linda palma del Domingo de Ramos.

—Y para entonces... ¿ya estaré bueno?

—Como que faltan dos días y ha dicho el médico que ya te encuentras casi del todo bien.

—Mira, mamá, no quiero una de esas palmas altas y sencillas que se doblan al cogerlas, como las tienen los santos de las estampas; yo quiero una palmita que tenga las hojas trenzadas, formando mil bordados y encajes, con lazos de rosa, como los borreguitos de mi caja de juguetes, con flores de tul pintado, y lentejuelas y abalorios, y cosas muy relucientes, que alegren al mirarlas y que den á todos contento, envidia y admiración; ha de tener un puño de oro para cogerla, y ha de tener por remate un plumerito de muchos colores; que así era la de mi amigo Juanito el año pasado.

—Todo esto tendrás, y más todavía, si eres bueno. Vendrás conmigo y con tu padre al atrio de San Luis; y la elegirás, y traeremos á casa una palma, que será como tú, el primor de los primores. Y ahora... toma otra cucharadita... hijo mío.

—¡Ay, mamá, qué amargo! ¡Si no fuera porque has prometido que me comprarás la palma!...

—Y ¡vaya si te la compraré!... Ahora quieto, y á dormir, señorito.

Pero Luisito, durmiendo—y soñando sin duda que le compraban su palma,—sacó los brazos fuera de la cobertura del lecho, como quien coge un objeto deseado. Y dijo después el médico que el niño había vuelto á resfriarse y que la fiebre le había vuelto. Y cuando llegó la mañana del Domingo de Ramos, el buen Esculapio le dijo á la madre, grave, lenta y sentenciosamente:

—Estas enfermedades de los niños son cosa del diablo. Nunca sabe la ciencia con seguridad dónde la enfermedad tiene su asiento. Al fin, los adultos le dicen á uno lo que les pasa; pero con la infancia, hay que adivinarlo, porque los niños se limitan á llorar ó á pedir, en vez de medicinas, juguetes y caramelos...

—¡Jesús!... ¡me asusta usted!—exclamó la pobre doña Teresa—¿A dónde va usted á parar?

—No se asuste usted... señora... Esto quiere decir que el chico está bien según las apariencias; pero que no conceptúo prudente el que hoy le lleve usted á la iglesia, como le tiene prometido.

—No saldrá, no, señor; ¿lo oyes, Luisito? ¡que no puedes salir!

—¿Que no?—exclamó Luisito echándose á llorar.—¡Yo quiero ir á la iglesia! ¡Yo quiero comprar la palma!

—No, bien mío, alma de mi alma, único bien de mi corazón... no puedes ir; pero mira, irá tu padre, y él te la comprará.

—¿Papá?... no. Me la compraría de las baratas. Has de ir tú; tú misma. Tú, que quieres á tu hijito sobre todas las cosas del mundo, ¿no es verdad?

—¡Hijo mío!... ¿Pero usted ve qué hijo tengo, señor



doctor?—exclamó D.<sup>a</sup> Teresa saltándosele las lágrimas de orgullo y de ternura...—Yo iré, yo iré, yo misma.

—Que sea bonita...

—¡Como la de un arcángel!

—¡Pues mira, lleva muchos cuartos, porque entonces te costará mucho dinero!

La madre se fué, y á la cabecera del lecho quedó doña Úrsula, la señora del cuarto segundo, una cincuentona cuelli-erguida, nari-chata y oji-verde, buena mujer, corta de alcances, larga de lengua, lorito de la vida propia y de la ajena.

Ya sabía D.<sup>a</sup> Teresa que Luisito quedaba bien cuidado. Don José daba también una vuelta de cuando en cuando.

Podía, en tales condiciones, ir tranquila y alegre hacia la iglesia.

La pobre señora había sido casi bonita antes de ser madre; en aquel tiempo se engalanaba con primor; cuidábase de la frescura del rostro y del arte del peinado; desvivíase por agradar á su esposo y al mundo; pero cuando ya tuvo en sus brazos aquel pedazo de sus entrañas, sintió reconcentrarse en él todas sus facultades, todos sus afectos y todas sus ideas. ¡Qué dulce era para ella el sufrimiento, si era por su hijo! ¡Qué triste aquella diversión de que él no participaba! Así que dejó de hacer figura en la sociedad y casi se volvió fea. Fea entre la indiferente y vanidosa confusión del mundo, porque cuando recogida en su casa contemplaba á su hijo, resplandecía en ella con sublime belleza la corona de la hermosura maternal.

La petición de Luisito le parecía muy justa. ¡Las palmas son muy bellas! Arrancadas del árbol, sin aderezo ni artificio, son esbeltas como una línea de oro que se agita

y se dobla por la punta como el cuello de un cisne... Así son las de las vírgenes y las de los mártires. Pero más bonitas le parecían á ella—puesto que le gustaban á su hijo—esas otras palmas, martirizadas por la industria, cuyos tallos se trenzan entretejiéndose de flores como el cabello de una aldeana, y que se adornan con cintas alegres y estampitas y escapularios como los altares, los votos de cera y esos cirios de oferta, repintados y tallados. La elección era, en verdad, lo difícil, porque, si las palmas que la ofrecían eran lindas, caprichosas y de mérito, tenía mucho más mérito y era más caprichoso y lindo aún su señor hijo.

Al fin, compró una que le pareció la mejor y que era una preciosidad; más rizada que un alferez en día de gala; con más colgantes y colores que empavesado navío; pero después de haberla comprado, ya le parecía fea.

—¿Le gustará?—se preguntaba.—¡Ah! ¡yo quisiera para él—añadía luego como reprochándose sus dudas y su cariño—la palma que llevaba el Señor en este día cuando entró en Jerusalén!

Doña Teresa pasó rápidamente el pórtico, levantó el tapiz con gran cuidado para que no se estropease la palma, y buscó un sitio en el centro de la iglesia.

El templo brillaba como una gruta tallada en diamante; el incienso esparcía penetrantes aromas; el órgano se alegraba con notas que dilataban el corazón y conmovían con suaves emociones el alma; la extensa nave parecía un jardín, ó más bien era un bosque de palmeras, á cuya sombra descansaban en oración los peregrinos de la tierra en su viaje al cielo.

Se concluyeron las bendiciones del ritual, y el celebrante bendijo las palmas... Todos alzaron entonces sus

ramos, prorrumpiendo en un rumor grave é inmenso, y doña Teresa, cortando en los labios una oración, alzóse de puntillas y estiró el brazo, para que la bendición del sacerdote llegase á la palma de Luisito, por encima de todas las otras, más completa y mejor.

Y en aquel momento, sin saber por qué, se le llenaron los ojos de lágrimas.

¿Qué rey de la tierra llevará en la mano su cetro con el placer y orgullo que D.<sup>a</sup> Teresa llevaba la palma de Luisito?

No tomó un coche para volver á su casa porque la palma no podía entrar por la portezuela.

Pero aceleró el paso.

Iba por la calle sonriendo como una tonta, mirando de cuando en cuando á la palma, ya bendita, dispensadora ya de ventura.

Claro es que pensaba en su Luisito.—Tiene cinco años —se decía;—algo delicado está; pero esto no es nada. Yo le daré mi vida con mis besos y abrazos. ¡Ah! si yo supiese que él había de vivir muchos años... ochenta ó noventa, por lo menos, casi no me importaría morirme. Y vaya si vivirá. ¡Al fin, luego habré de separarme de él!... Cuando sea mayor, le pondré en un colegio. ¡Que se haga hombre!... Será el más aplicado de todos, como es el más guapo; pero no le dejaré estudiar mucho, porque podría resentirse su salud; y ¿para qué estudiar tanto? ¡Si él tiene un talento natural tan grande, que todo se lo encontrará aprendido y hecho!... ¡Y luego!... ¿qué le haré? ¿Abogado como su padre?... ¡Buen abogado está su padre!... Él lo sería mucho mejor... Pero eso es no ser nada... ¿Militar? ya lo veo con sus entorchados y con su tricornio de pluma pero... ¡Jesús! ¡si cada día se inventan una ametra-

lladora y un cañón!... ¡Hijo de mis entrañas!... ¿Ingeniero? ¡Tienen tanto que estudiar! todos gastan anteojos porque pierden la vista... ¿Quién sabe si será literato ó saldrá un gran pintor ó un político de primer orden? Todavía no se le conoce la inclinación, porque como todo lo hace bien... Pero será feliz. Claro está. ¿Qué mujer no le ha de querer siendo tan hermoso?... ¿Quién no querrá ser su amigo teniendo tan buen carácter? ¿Quién no le favorecerá, si todo el mundo se queda enredado entre los encantos de su extrema simpatía?

Aquí D.<sup>a</sup> Teresa hizo una pausa en su monólogo.

Después, como resumiendo sus ideas y estrechando contra su pecho la palma en representación de su hijo, exclamó:

—¡Dios mío, Dios mío, qué feliz me habéis hecho!—

Y entró en su casa.

Luisito tenía la cabeza reclinada sobre la almohada, y en su rostro angelical se reflejaba el sufrimiento. Ya no sonreía, ya no gritaba, ya no era quisquilloso, ni colérico, ni gruñón.

Cuando entró su madre, abrió los ojos, la miró tristemente, volvió á cerrarlos y suspiró una queja.

—¡Jesús! ¿Qué es esto?—exclamó D.<sup>a</sup> Teresa.—¿Qué ha pasado aquí, señora Úrsula? ¡Oh! ¿Qué tienes, qué tienes?—dijo acercándose hasta tocar con su cabeza la cabeza del niño.—¡Jesús! ¡Jesús!

Doña Úrsula rompió, al fin, el silencio.

—No es nada, nada—dijo, haciendo una aspiración ruidosa con la nariz;—le ha repetido hace poco el accidente del otro día, y el médico, que acaba de salir, dice que... vamos... que...

—¿Qué... qué dice? No, no, no. ¡Cállese usted!... ¡Lo veo en la cara de mi hijo!

Y por los ojos de D.<sup>a</sup> Teresa pasaban como jirones de sombra los desfallecimientos.

Doña Úrsula volvió á sentarse á la cabecera del niño, y al ver que D.<sup>a</sup> Teresa, vencida por el dolor, prorrumpía en silencioso llanto, dijo á media voz:

—¡Si el niño no podía vivir! ¡Si lo tenía yo dicho!

Y se calló porque otro llanto ahogado y sordo la hizo volver la cabeza.

También lloraba el padre.

El pobre Luisito se moría; pero sus ojos se fijaron en aquella codiciada palma con expresión de melancólico placer. Aun pudo alzarse y recostarse sobre las almohadas y alargar los brazos y hacer señas á su madre de que le diese el ramo bendito.

Doña Teresa tomó la palma, y el pobre niño, sonriéndose, la cogió, y con manos distraídas, poco á poco, fué destrenzándola, desflorándola, desadornándola, volviéndola á su primera y sencilla rusticidad.

Mirábale D.<sup>a</sup> Teresa como quien mira destejer la urdimbre de la propia existencia.

Y maquinalmente, más bien por gemir que por hablar, le dijo:

—¿Qué haces, hijo de mi corazón, que haces?

Él atrajo con sus manitas la cabeza de su madre hasta su propia cabeza y la deslizó en el oído estas palabras; y con las palabras el último aliento de su vida:

—¡Quiero entrar en el cielo con la palma... como he visto en los cuadros que la llevan los ángeles!

ISIDORO FERNÁNDEZ FLÓREZ.

---

dejándole espacio para que vuelva quizás sobre sus preocupaciones, ni para que tenga el alma fuera del recinto en que el discurso se pronuncia.

2.º El orador ha de ser *claro y profundo en el juzgar*; en el bien entendido que la claridad y la profundidad no se excluyen.

## LAS CORTES DE CASTILLA

No fueron realmente las Cortes de Castilla un cuerpo con forma estable y facultades bien demarcadas, nunca tuvieron influjo permanente en los negocios de la paz y de la guerra; aun en la obra de la legislación, si para ella era debido consultarlas, no siempre participaron; y si en el otorgamiento de los tributos casi en todas ocasiones ejercieron la facultad de concederlos, á que va aneja, aun cuando no se ponga en uso, la de negarlos, hasta en esto hubo algunos, bien que raros casos, en que fueron sacados al pueblo sin su concesión ciertos socorros. Pero siendo como eran imperfectos instrumentos, las Cortes existieron y vivieron largos años; y toda vida supone acción, y aquélla existe aun cuando esté adormecida y aun suspendida, y si latente en ocasiones, en medio de todo no extinguida. De las Cortes, si no hablaron mucho los historiadores, algo dijeron en los casos en que vinieron ellas á figurar con lustre en el teatro de la Historia. La memoria de su nombre no se borró del pensamiento en lo general de las gentes; y andando el tiempo, cuando en tierras extrañas cuerpos de igual ó parecida naturaleza cobraron poder y nombradía, á las Cortes se convirtió la atención de quienes deseaban establecer en nuestra patria una clase de gobierno en que la autoridad Real

Y por los ojos de D.<sup>a</sup> Teresa pasaban como jirones de sombra los desfallecimientos.

Doña Úrsula volvió á sentarse á la cabecera del niño, y al ver que D.<sup>a</sup> Teresa, vencida por el dolor, prorrum-pía en silencioso llanto, dijo á media voz:

—¡Si el niño no podía vivir! ¡Si lo tenía yo dicho!

sólo reconocido en la teórica, sino también asegurado con buenas fianzas para que fuese constante é imprescindible; y en que, siguiendo el curso que han llevado estas cosas en varias naciones, se fuese por tales medios creando, extendiendo y afirmando el influjo regular y legal de los gobernados en los gobernantes, apoyado todo ello en tanto en la tradición, para que ésta, aun no siendo fielmente seguida ni bien interpretada, diese á las novedades, hasta á las más atrevidas, el grado de autoridad que en el concepto general de los hombres, sin excluir á los que proclaman el principio contrario, tienen los hechos y nombres de las edades pasadas y remotas.

ANTONIO ALCALÁ GALIANO.

α DE LOS «PRINCIPIOS Y REGLAS  
DE LA ELOCUENCIA»

CONDICIONES DEL ORADOR

1.<sup>o</sup> El orador ha de ser *rápido en el concebir*, porque así es como puede ser rápido en el expresar, modo eficaz de que no decaiga el interés ni languidezca la atención del público, cuyos encontrados pensamientos, intereses y afectaciones no se pueden someter á la virtud persuasiva, más que levantándolo por encima de unos y otros, y no

dejándole espacio para que vuelva quizás sobre sus preocupaciones, ni para que tenga el alma fuera del recinto en que el discurso se pronuncia.

2.º El orador ha de ser *claro y profundo en el juzgar*; en el bien entendido que la claridad y la profundidad no se excluyen.

Y ha de ser el orador claro y profundo en el juzgar, porque la claridad del que juzga, condición para que sea clara la expresión del juicio, esclarece la conciencia ante la cual se expone, por lo mismo que es luz, y porque la profundidad del juicio es la que engendra la propia y la ajena convicción, primer elemento de la Elocuencia, en cuanto no deja nada del objeto en la sombra, que es la duda, más aún que el error, enemiga mortal del reposo de la inteligencia. La inteligencia puede reposar en el error, puede permanecer tranquila en el engaño, que para las almas perezosas suele ser la dulce miel de la paz; pero no reposa jamás en la duda, sino cuando se degrada, como no reposa jamás el cuerpo sobre un lecho de espinas, sino cuando se entrega y desfallece y es más fuerte la necesidad del descanso que las punzadas del dolor.

3.º *Vivo en el imaginar*. La imaginación, por valerme ahora de una imagen, con lo cual mejor que de ningún otro modo os la doy á conocer, puesto que la ejercito, es aquella maga invisible de la leyenda que ofrece cada día al señor del castillo un nuevo encanto, para curar el hastío de su alma; y ya reúne las flores del campo en un bello ramo, en el que de una vez aspire fragancias y advierta primores que la separación de aquéllas dejaría para siempre inadvertidos; ya recoge los corales y las perlas del fondo de los mares y saca el oro de las entrañas de la tierra, forjando coronas que ciñan sus sienas



y las adornen con lo que fué tesoro escondido y disperso de la Naturaleza; ya roba su azul á los cielos, y su melancolía al bosque solitario, y su canto á las aves, y su delicadeza á las primeras sonrosadas tintas de la aurora, para compendiar esas varias hermosuras en los ojos y en la voz y en las ternuras de una mujer enamorada, á quien rinda el caballero su corazón y su albedrío. Pues esa maga invisible, viva, diligente, solícita, esa ha de habitar en el alma del orador y ha de ser siempre dócil á su llamamiento, con objeto de que ponga en todas las ideas la magia de sus mejores atractivos, severos ó brillantes, según el fondo y el fin de las ideas mismas.

Ella, la imaginación, la maga invisible es la que tiende entre el orador y el público los primeros hilos de la red en que la verdad, la belleza y el bien aprisionan las almas; ella, ella es la que dice por boca de Démades, que *el pudor es la ciudadela de la hermosura*; ella, la que exclama con Esquines, que *los pies fugitivos del desertor fueron alas para su cobardía en el desastre de Quermea*; ella, es la que hace prorrumpir á Demóstenes en la afirmación de que *el oro no se ofrece al traidor para enriquecerlo, sino para comprarlo*; ella, la que da á la palabra de Cicerón esta forma severa y augusta: *¡Ojalá, Pompeyo, ó que nunca hubieras hecho alianza con César, ó que nunca la hubieras quebrantado!; lo uno era propio de tu dignidad, lo otro de tu prudencia*; ella, la que dice con Mirabeau: *Así pereció el último de los Gracos; pero herido del golpe mortal, arrojó las cenizas al cielo invocando á los dioses vengadores, y de aquellas cenizas nació Mario*; ella la que dice con Alcalá Galiano que *en las grandes alturas del espíritu, como en las grandes alturas de la tierra, no puede mantenerse por mucho tiempo el aliento del hombre*;

ella, la que inspira á Moreno Nieto la idea de que, *si falta en las sociedades la vida del espíritu, vanos son todos los espléndidos ropajes de la forma, porque debajo está el cáncer del sensualismo que va pudriendo el seno hasta llegar al corazón y apagar para siempre sus latidos*; ella, la que, al ser Castelar interrumpido en las Cortes con la pregunta de lo que había hecho de la Constitución federal, contestó con la celeridad del rayo: *La quemasteis en Cartagena*; ella, la que en esta misma cátedra pone en labios de Fernández Jiménez la frase de que *una locomotora, lanzada á todo vapor, no podría jamás atropellar un rayo de luna*; ella, la que ha hecho á oradores y poetas esparcir tantos puntos de luz en la obscura senda de los destinos humanos; porque ella es como el medio en que concurren lo material de las formas y lo inmaterial de las ideas, para que se realice la santa comunión del cielo con la tierra, la misteriosa y fecunda alianza del barro con el ángel bajo la excelsa unidad de la razón soberana.

4.º *Justo en el entender.* El entender es, en general, la adaptación de la inteligencia á la naturaleza propia de los objetos; y como la justicia implica también la idea de dar á cada cual lo suyo, ser justo en el entender viene á significar, á más de la adaptación de la inteligencia á las cosas para conocerlas, la consideración del valor que ellas tienen en todas sus relaciones cognoscibles.

5.º *Elevado en el pensar.* Pensar alto, sentir hondo y hablar claro, se ha dicho que es el secreto de la elocuencia. Y se ha dicho bien. Ya examinaré todo cuanto encierran esos términos *sentir hondo y hablar claro*. Por de pronto consignaré que lo primero es pensar alto; y pensar alto... eso, señores, mejor se siente que se explica, pero pensar alto es levantar el vuelo de la baja tierra

para que no se rocen con ella las alas del pensamiento; pensar alto es tomar los datos del conocimiento sensible, más que como efímeras concreciones individuales, como ocasión y punto de partida para llegar á las causas y leyes por que la realidad entera se rige; pensar alto es ver en cada hecho la efectividad de un principio, en cada sér la unidad que lo constituye, en cada unidad la base de un organismo, y en cada organismo la huella de una acción creadora y providente; pensar alto es tender á colocarse en la cima de la realidad para descubrir amplios horizontes y bañarse en la luz á campo abierto, como pedía el cantor al armamento de las provincias españolas bañarse en la radiante lumbre del sol sobre el ríscoso y pinífero Fuenfría, para difundir por los campos castellanos los ecos de la gloria y de la guerra; pensar alto es dirigir la inteligencia á Dios, que es la fuente viva y pura de todos los ideales. Y ese es el primer noble impulso del orador: pensar alto y subir á la cima y bañarse en la luz de la verdad, para que su palabra sea toda luz y ella vibre en todas las conciencias, y á su luz sea claro, ya que no puede dejar de ser estrecho y áspero, el camino de la virtud.

No quiero terminar la conferencia de hoy sin que me descargue de un escrúpulo de ahora para siempre. Al tomar á mi cargo esta cátedra y al hablaros de esas maravillosas facultades del orador, acaso podría pensar cualquiera, sin conocerme bien, que yo pienso... lo que mi modestia no me permite siquiera decir. No, señores, no. Ni yo elegí esta cátedra, sino que me fueron dados la cátedra y el tema, ni son una misma cosa el orador y el preceptista.

Yo soy aquí el preceptista, el crítico. Si la crítica,

como decía en su conferencia del miércoles el ilustre Fernández Jiménez, no puede dar sino la equivalencia de la obra de arte, no su trasunto ni su reflejo siquiera, considerad que esa equivalencia se busca en peso, y que lo que va á pesarse es oro, el oro de la Elocuencia. Pues bien; el preceptista, el crítico, y repito que eso sólo represento yo aquí, viene á quedar á veces reducido á la tosca pesa de hierro que sirve de contraste y ponderación al oro. Cuando hablo de la elocuencia, podría exclamar con el poeta:

Yo, desterrado en extranjera playa,  
Con los ojos extáticos seguía  
La nave audaz que en argentada raya  
Volaba al puerto de la patria mía.

Soy un desterrado de la Elocuencia, y la miro, por esa misma razón, con el amor con que mira el desterrado cuanto le habla del bendito suelo de su patria.

ANTONIO LÓPEZ MUÑOZ.

---

EL MÉDICO CAZADOR

Un doctor muy afamado,  
Que jamás cazado había,  
Salió una vez, invitado  
A una alegre cacería.

Con cara muy lastimera,  
Confesó el hombre ser lego,  
Diciendo:—Es la vez primera  
Que cojo un arma de fuego.

Como mi impericia noto,  
Me vais á tener en vilo.

Y dijo el dueño del coto:

—Doctor, esté usted tranquilo.

Guillermo, el guarda estará  
Colocado junto á usted;  
Él es práctico, y sabrá  
Indicarle...

—Así lo haré,

—Dijo el guarda.—Sí, señor;

No meterá usted la pata.  
Verá usted, señor doctor,  
Los conejos que usted mata.

Siga en todo mi consejo;  
¿Que un conejo se presenta?  
Pues yo digo: ¡Ahí va el conejo!  
¡Y usted tira y lo revienta!

—¡Bueno, bueno, siendo así!...

—Nada, que no tema usted.  
Quietecito junto á mí,  
Chitón, y yo avisaré.

Colocóse tembloroso  
El buen doctor á la espera,  
Cuando un conejo precioso  
Salió de su gazapera.

—Ahí va un conejo—le grita  
El guarda.—¡No vacilar!  
Y el doctor se precipita,  
Y ¡pum! Disparó al azar.

Y es claro, como falló  
Diez metros la puntería,  
El conejo se escapó  
Con más vida que tenía.

El guarda puso mal gesto

Y rascóse la cabeza.

Hubo una pausa, y en esto

Saltó de pronto otra pieza.

—¡Ahí va una liebre, doctor!

¡Tire usted pronto, ó se esconde!

Y ¡pum! El pobre señor

Disparó... ¡Dios sabe adónde!

Gastó en salvas, sin piedad,

Lo menos diez tiros, ¡diez!

Sin que por casualidad

Acertara ni una vez.

Guillermo, que no era un zote,

Sino un guarda muy astuto,

Dijo para su capote:

—Este doctor es muy bruto.

¡No le pongo como un trapo,

Mas yo sé lo que he de hacer!

Y al ver pasar un gazapo

Corriendo á todo correr:

—¡Doctor!—exclamó Guillermo

Con rabia mal reprimida.—

¡Ahí va un enfermo! ¡Un enfermo!

Y ¡pum! ¡Lo mató en seguida!

VITAL AZA.

DE «LOS GALEOTES»

Acto primero.

GLORIA y CARITA.

(Llega CARITA de la calle con el método de Ahn y la clave de los temas.)

CARITA.—Muy buenos días. (*Observando la ausencia de Jeremías.*) (Me alegro de que no esté aquí el pajarraco.)

GLORIA.—Hola, muy buenos días.

CARITA.—¿Sigue usted bien? Ya he tenido el gusto de ver tan bueno á su papá...

GLORIA.—¿Ha estado usted aquí antes?

CARITA.—Sí, señora; vine con esta gramática inglesa á ver si servía. Pero me dijo su papá de usted que no podía tomarla sin la clave de temas. He ido á casa, me he puesto á revolver papeles y trastos, y en un montón de cosas inútiles, vea usted, la he encontrado. Donde menos se piensa... Mírela usted.

GLORIA.—Llamaré á papá.

CARITA.—Sentiría molestarlo.

GLORIA.—No. (*Llamando desde la puerta que comunica con el interior de la casa.*) ¡Papá! ¡Papá! Ya viene.

CARITA.—Ay, muchísimas gracias.

GLORIA.—Siéntese usted un momento. Y arrímese al brasero, si quiere, que hace una mañana muy fresca.

CARITA.—(*Sentándose.*) Con permiso de usted. La verdad es que da gloria venir á esta casa.

GLORIA.—Usted viene con bastante frecuencia.

CARITA.—Por desgracia es así, aparte el gusto que me proporciona el ver á ustedes. Lo digo de verdad. Crea

usted que en algunos sitios la reciben á una con unas caras... ¿Usted no se sienta?

GLORIA.—No.

CARITA.—Pero lo que es aquí, es una bendición del cielo. Su papá de usted es tan amable, tan considerado... tiene cara de ser muy buen señor. A mí me recuerda mucho al mío cada vez que lo veo. Hasta en la costumbre de usar capa en casa se le parece... Coincidencias, que son las que engendran las simpatías. Como digo una cosa digo otra, porque yo soy muy franca: á ninguno de mi familia me recuerda ese otro señor de las gafas y el gorro que se sienta ahí. ¿Es pariente de usted ese caballero?

GLORIA.—Hermano de mi madre, que en gloria esté. (Me encanta la charla de esta chica.) (*Se sienta en el sillón de D. Miguel.*)

CARITA.—¿Hace mucho que perdió usted á su madre?

GLORIA.—Cerca de año y medio.

CARITA.—(*Suspirando.*) ¡Ay! á qué pruebas nos somete la vida. Yo perdí á mi papá cuando tenía ocho años... Cuando los tenía yo, como usted comprende... Y á la pobrecita de mi mamá no la he conocido: esa sí que es tristeza. No tengo de ella más que un perfil, recortado en un papel á la luz. Algún día he de traerlo para que usted lo vea. Nunca se quiso retratar. Le daban miedo los retratos... creía que iba á morirse... Rarezas, debilidades que tenemos todos y que se deben respetar. ¿Quién está libre de ellas? Mire usted: sin ir más lejos, una buena señora que vive en mi casa tiene el capricho de lavarse la cara y las manos con agua de Seltz...

GLORIA.—¡Jesús, qué extravagancia!

CARITA.—Eso digo yo, pero no lo critico. Cada uno que



se lave con lo que quiera. Mucho peor sería que no se lavase. Porque para mí la limpieza es lo primero. En teniendo salud, una pastilla de jabón y agua clara á mano, vengan penas. ¿Querrá usted creer que yo no tengo más que unas enaguas blancas? Bueno, pues mírelas usted. (*Alzándose las faldas y mostrándolas.*) Como la nieve las llevo siempre. Y soy más pobre que una escoba. Y esto no es alabarme, porque una debe alabarse, en todo caso, de lo que se deba á sí misma; pero la limpieza es cosa de la educación; y á mí la educación me la dió muy buena mi papá el pobrecito en los ocho años que tuve la suerte de que me viviera. Hay quien cree que la educación no consiste más que en «¿Cómo está usted?» «Bien, ¿y usted?» «La familia buena?» «A los pies de usted» «Beso á usted la mano» y «*Au revoir*». Y es algo más que eso. Yo lo primero en que me fijo cuando conozco á una persona es en la educación y en la dentadura. Dígame usted, antes de que se me olvide, ¿usted es madrileña?

GLORIA.—Por los cuatro costados.

CARITA.—Yo también; pero por un costado nada más.

Verá usted por lo que digo esto: yo nací en Sevilla, y me bauticé—bueno, me bautizaron, porque yo no había de bautizarme—en San Isidoro, patrón de la ciudad, como usted sabrá seguramente. A los cuatro días de nacida me trasladaron á Madrid, donde he vivido desde entonces y de donde me considero en realidad. Sería una ridiculez que yo dijese que soy andaluza. Mamá sí lo era; mamá era de Palos de Moguer, provincia de Huelva. De allí salió Cristóbal Colón para descubrir el Nuevo Mundo. En cambio papá era de Quel, provincia de Logroño; paisano de Bretón de los Herreros. Mi

abuelita paterna era de Alcolea; usted habrá oído nombrar el Puente de Alcolea. Y mi abuelito de Grajaneros, provincia de Guadalajara. De mis abuelos por parte de madre nunca he tenido noticias. Sí sé que él era republicano y ella beata, y armaban unas trifulcas muy grandes, pero nada más. ¿Y usted no dice nada?

GLORIA.—Estoy entretenida oyéndola á usted.

CARITA.—La verdad es que no la dejo á usted meter baza. ¿Me hace usted el favor de decirme su nombre?

GLORIA.—Gloria, para servir á usted.

CARITA.—Gloria, ¡qué bonito! El mío es Caridad, pero todos me dicen Carita. Carita para arriba, Carita para abajo... ¿Su papá de usted se llama Cirilo?

GLORIA.—Miguel, Miguel. Por cierto que no sé lo que hace.

CARITA.—Andará ocupado. ¿Qué hora será ya, sabe usted?

GLORIA.—¿Tiene usted prisa? Deben de ser las nueve y media. Deje usted, voy á llamarlo. (*Se levanta.*)

CARITA.—No, no; si no lo he preguntado por eso...

GLORIA.—De todos modos... ¡Papá!

S. Y J. ALVAREZ QUINTERO.

---

DE «LOS INTERESES CREADOS»

---

Prólogo.

(Telón corto en primer término, con puerta al foro, y en ésta un tapiz. Recitado por el personaje CRISPÍN.)

He aquí el tinglado de la antigua farsa, la que alivió en posadas aldeanas el cansancio de los trajinantes, la que embobó en las plazas de humildes lugares á los sim-

ples villanos, la que juntó en ciudades populosas á los más variados concursos, como en París sobre el Puente Nuevo, cuando Tabarín desde su tablado de feria solici-  
taba la atención de todo transeunte, desde el espetado doctor que detiene un momento su docta cabalgadura para desarrugar por un instante la frente, siempre cargada de graves pensamientos, al escuchar algún donaire de la alegre farsa, hasta el pícaro hampón, que allí divierte sus ocios horas y horas, engañando al hambre con la risa, y el prelado y la dama de calidad y el gran señor desde sus carrozas, como la moza alegre y el soldado y el mercader y el estudiante. Gente de toda condición, que en ningún otro lugar se hubiera reunido, comunicábase allí su regocijo, que muchas veces, más que de la farsa reía el grave de ver reír al risueño, y el sabio al bobo, y los pobretes de ver reír á los grandes señores, ceñudos de ordinario, y los grandes señores de ver reír á los pobretes, tranquilizada su conciencia con pensar: también los pobres ríen! Que nada prende tan pronto de unas almas en otras como esta simpatía de la risa. Alguna vez, también subió la farsa á palacios de príncipes, altísimos señores, por humorada de sus dueños, y no fué allí menos libre y despreocupada. Fué de todos y para todos. Del pueblo recogió burlas y malicias y dichos sentenciosos, de esa filosofía del pueblo, que siempre sufre, dulcificada por aquella resignación de los humildes de entonces, que no lo esperaban todo de este mundo, y por eso sabían reírse del mundo sin odio y sin amargura. Ilustró después su plebeyo origen con noble ejecutoria: Lope de Rueda, Shakespeare, Molière, como enamorados príncipes de cuento de hadas, elevaron á Cenicienta al más alto trono de la poesía y del arte. No presume de tan

gloriosa estirpe esta farsa, que por curiosidad de su espíritu inquieto os presenta un poeta de ahora. Es una farsa *quínolesca*, de asunto disparatado, sin realidad alguna. Pronto veréis cómo cuanto en ella sucede no pudo suceder nunca, que sus personajes no son ni semejan hombres y mujeres, sino muñecos ó fantoches de cartón y trapo, con groseros hilos, visibles á poca luz y al más corto de vista. Son las mismas grotescas máscaras de aquella comedia del arte italiano, no tan regocijadas como solían, porque han meditado mucho en tanto tiempo. Bien conoce el autor que tan primitivo espectáculo no es el más digno de un culto auditorio de estos tiempos; así, de vuestra cultura tanto como de vuestra bondad se ampara. El autor sólo pide que añeís cuanto sea posible vuestro espíritu. El mundo ya está viejo y chochea; el arte no se resigna á envejecer, y por parecer niño finge balbuceos... Y he aquí cómo estos viejos polichinelas pretenden hoy divertiros con sus niñerías.

Acto I (Cuadro segundo).

ESCENA VII

CRISPÍN Y POLICHINELA.

CRISPÍN.—¡Señor Polichinela! Con licencia.

POLICHINELA.—¿Quién me llama? ¿Qué me queréis?

CRISPÍN.—¿No recordáis de mí? No es extraño. El tiempo todo lo borra, y cuando es algo enojoso lo borrado, no deja ni siquiera el borrón como recuerdo, sino que se apresura á pintar sobre él, con alegres colores, esos alegres colores con que ocultáis al mundo vuestras jorobas. Señor Polichinela, cuando yo os conocí, apenas las cubrían unos descoloridos andrajos.

POLICHINELA.—¿Y quién eres tú y dónde pudiste conocerme?

CRISPÍN.—Yo era un mozuelo, tú eras ya todo un hombre. Pero ¿has olvidado ya tantas gloriosas hazañas por esos mares, tantas victorias ganadas al turco, á que no poco contribuimos con nuestro heroico esfuerzo, unidos los dos al mismo noble remo en la misma gloriosa nave?

POLICHINELA.—¡Imprudente! ¡Calla ó...

CRISPÍN.—O harás conmigo como con tu primer amo en Nápoles y con tu primera mujer en Bolonia, y con aquel mercader judío en Venecia.

POLICHINELA.—¡Calla! ¿Quién eres tú, que tanto sabes y tanto hablas?

CRISPÍN.—Soy... lo que fuíste. Y quien llegará á ser lo que eres... como tú llegaste. No con tanta violencia como tú, porque los tiempos son otros y ya sólo asesinan los locos y los enamorados y cuatro pobretes que aun asaltan á mano armada al transeunte por calles oscuras ó caminos solitarios. ¡Carne de horca, despreciable!

POLICHINELA.—¿Y qué quieres de mí? Dinero, ¿no es eso? Ya nos veremos más despacio. No es este el lugar...

CRISPÍN.—No tiembles por tu dinero. Sólo deseo ser tu amigo, tu aliado, como en aquellos tiempos.

POLICHINELA.—¿Qué puedo hacer por ti?

CRISPÍN.—No, ahora soy yo quien va á servirte, quien quiere obligarte con una advertencia... (*Haciéndole que mire á la primera derecha.*) ¿Ves allí á tu hija cómo danza con un joven caballero y cómo sonríe ruborosa al oír sus galanterías? Ese caballero es mi amo.

POLICHINELA.—¿Tu amo? Será entonces un aventurero, un hombre de fortuna, un bandido como...

CRISPÍN.—¿Como nosotros... vas á decir? No; es más peligroso que nosotros, porque, como ves, su figura es bella, y hay en su mirada un misterio de encanto y en su voz una dulzura que llega al corazón y le conmueve como si contara una historia triste. ¿No es esto bastante para enamorar á cualquiera mujer? No dirás que no te he advertido. Corre y separa á tu hija de ese hombre, y no la permitas que baile con él ni que vuelva á escucharle en su vida.

POLICHINELA.—¿Y dices que es tu amo y así le sirves?

CRISPÍN.—¿Lo extrañas? ¿Te olvidas ya de cuando fuiste criado? Yo aún no pienso asesinarle.

POLICHINELA.—Dices bien; un amo siempre es odioso. Y en servirme á mí, ¿qué interés es el tuyo?

CRISPÍN.—Llegar á buen puerto, como llegamos tantas veces remando juntos. Entonces tú me decías alguna vez: Tú que eres fuerte, rema por mí... En esta galera de ahora eres tú más fuerte que yo; rema por mí, por el fiel amigo de entonces, que la vida es muy pesada galera y yo llevo remado mucho.

JACINTO BENAVENTE.

---

## EL REGALO DE LOS REYES

---

### I

—¡Papá, papá! Aquí están los zapatos.

—Bueno, vengan. ¿Dónde queréis que los ponga: en el balcón ó en la chimenea?

—¡En el balcón!

—¡En la chimenea!

—¡En el patio!

—¡Eh! ¡Alto ahí! Fijémonos bien. Yo creo que será mejor ponerlos en la chimenea, porque mañana temprano hará frío y será muy peligroso asomarse al balcón ó al patio á buscar el regalo de los Reyes Magos; ¿no os parece que tengo razón?

—Como usted quiera.

—Conformes. Vamos á ver, vamos á ver. Es indudable que los Reyes no saben vuestros nombres y que van á repartir lo que traigan, á ciegas, *al buen tun tun*, como dice la criada.

—¡Es verdad!

—Así es que yo quisiera que, en cada zapato, dejáramos un papel con el nombre del dueño. ¿Eh?

—Sí, señor, sí; voy por papel y pluma.

—¡Anda!

—Y diga usted, papá, ¿nos dejarán lo mismo que el año pasado?

—No me acuerdo qué fué.

—Al despertarnos y buscar los zapatos, encontramos un caballo para Fernando, un tambor para Ernesto y una muñeca para Camila.

—¿Y qué ha sido de las tres cosas?

—¡Uf! ¡Hace mucho tiempo que se rompieron!

—¿Sí, eh? Pues me temo que este año los Reyes, que lo saben todo...

—Pues si lo saben todo, ¿para qué vamos á poner el nombre de cada uno de nosotros?...

—Para que le dejen á cada uno lo que merezca.

—¡Ah, ya!

—¡Me temo que esta vez, enojados al saber que habéis destrozado los juguetes, pasen de largo!

—¡Ay, papá, no nos diga usted eso!

—Aquí traigo papel y pluma.

—¡Vengan! Trae tu zapato, Fernando.

—Tome usted.

—Bueno. Basta con que pongamos, á la cabeza de esta hoja de papel, tu inicial. ¿Ves? Así: F.

—Ahora la mía.

—Zapato de Ernesto. Una E.

—Tome usted el mío.

—Trae, hija mía. En vez de Camila, pondremos sencillamente C. Ea, ya está. Ahora, á dormir y á esperar la mañana.

—¡Que nos llame usted muy temprano!

—¡Ya lo creo! Á la cama, y dormirse pronto. Buenas noches.

—Buenas noches; hasta mañana.

## II

—¡Papá!

—¡Padre!

—¡Papaíto!

—¿Qué ocurre? ¿Por qué lloráis? ¿Qué es eso?

—Levántese usted y verá. ¡No hay nada en los zapatos!

—¿Cómo que no hay nada? ¡Eso es imposible!

—¡Nada!

—Ea, ya estoy aquí. ¿Qué pasa?

—En mi zapato, no hay más que el papel con la inicial.

—¿Y no dice nada debajo?

—¡Ay, es verdad!

—¡Lee!

—Hay que *creer*. Los pueblos tienen necesidad de una



religión. ¡Dichosos los que abrazan la predicada por Jesucristo!

—¡Hola! No está eso mal. Y en tu papelito, Ernesto, ¿qué dice?

—Voy á ver. «La duda es la muerte. Hay que esperar siempre. Dudar es vivir en la desesperación. Dios aprieta, pero no ahoga. Suprimir la esperanza es entregarse á la desesperación. Las almas nobles no desesperan.»

—Muy bien. A ver qué le dicen á Camila; lee, hija mía.

—«El secreto de la felicidad y el afán de toda alma cristiana consiste en *vivir para los demás*. Vended lo que tenéis, *dadlo á los pobres*, y tendréis un tesoro en el cielo.»

—¿Y todavía decís que los Reyes no os han dejado nada? Vuestras iniciales son F., E., C. Os llamáis *Fe, Esperanza y Caridad*, yo os lo digo. ¿Tienes fe en el regalo que esperas, Fernando?

—Sí, señor, sí.

—Ve á tu cuarto y busca en el cajón de tu escritorio.

—¡Papá, papá, está lleno de bombones!

—Tú, Ernesto, á pesar del chasco, ¿esperas lo que esperabas?

—¿Por qué no?

—Busca en tu armario.

—¡Está lleno de libros, estampas, cosas preciosas!

—Y tú, hija mía, tendrás valor de renunciar á lo que te han dado? Busca debajo de la almohada.

—¡Cuánto dinero! Cuartos, pesetas, duros...

—Pues hay que dárselos á los pobres... No los cuentes, sal á la calle y reparte á derecha é izquierda...

—¡Un beso, padre!

—¡Mil besos!

EUSEBIO BLASCO.

9 DE «LA PRINCESA ERRANTE»

«Frente pura, que bendigo  
Por sus dulces majestades,  
Yo no digo,  
En mi trova tosca y dura,  
De tu frente la blancura;  
Digo nieve,  
Pluma leve,  
Blanca espuma que se embebe,  
Dando blancas claridades,  
De las playas en el oro;  
Pero ignoro  
Si celebro tus beldades.

Boca en fuego que bendigo,  
Por sus claras libertades,  
Yo no digo  
La riente  
Vena loca  
De la fuente  
De tu boca;  
Digo vida,  
Viva herida,

Tierra abierta y encendida,  
En sus tibias cavidades,  
A la siembra apercebida  
De mis besos, trigo de oro;  
Pero ignoro

Si celebro tus beldades.

Ojos negros que bendigo  
Por su ardor de tempestades,  
Yo no digo

Los desmayos,  
Los enojos  
De los rayos  
De tus ojos;  
Digo espada,  
Noche helada,  
Honda cueva, agua encantada,  
Doble hogar, donde carbones  
Son humanos corazones;  
Digo, amada,  
Luz velada  
Del endrino en la enramada;  
Seda negra recamada,  
Donde yace amortajada,  
Por tus frías impiedades,  
Mi esperanza, y yo la lloro;  
Pero ignoro  
Si celebro tus beldades.  
No te digo que mitigo  
Mi fervor si no consigo  
Como quiero celebrarte;  
Pero llego á contemplarte;  
La hermosura  
De tu hechura,  
Que tan viva luz fulgura,  
Reliquiario y manadero  
De tan dulces claridades,  
Que enmudezco, ciego, muero  
Del amor con que te adoro,  
Y así ignoro  
Si celebro tus beldades!>

EDUARDO MARQUINA.

α POLIFEMO

El coronel Toledano, por mal nombre Polifemo, era un hombre feroz, que gastaba levita larga, pantalón de cuadros y sombrero de copa de alas anchurosas, reviradas. Estatura gigantesca, paso rígido, imponente, enormes bigotes blancos, voz de trueno y corazón de bronce. Pero aún más que esto, infundía pavor y grima la mirada torva, sedienta de sangre, de su ojo único. El Coronel era tuerto. En la guerra de África había dado muerte á muchísimos moros, y se había gozado en arrancarles las entrañas aún palpitantes. Esto creíamos al menos ciega-mente todos los chicos que al salir de la escuela íbamos á jugar al parque de San Francisco, en la muy noble y heroica ciudad de Oviedo.

Por allí paseaba también metódicamente, los días claros, de doce á dos de la tarde, el implacable guerrero. Desde muy lejos columbrábamos entre los árboles su arrogante figura, que infundía espanto en nuestros infantiles corazones; y cuando no, escuchábamos su voz fragorosa, resonando entre el follaje como un torrente que se despeña.

El Coronel era sordo también, y no podía hablar sino á gritos.

—Voy á comunicarle á usted un secreto—decía á cualquiera que le acompañase en el paseo.—Mi sobrina Jacinta no quiere casarse con el chico de Navarrete.

Y de este secreto se enteraban cuantos se hallasen á doscientos pasos en redondo.

Paseaba generalmente solo: pero cuando algún amigo se acercaba, hallábalo propicio. Quizá aceptase de buen

grado la compañía por tener ocasión de abrir el odre donde guardaba aprisionada su voz potente. Lo cierto es que cuando tenía interlocutor, el parque de San Francisco se estremecía. No era ya un paseo público; entraba en los dominios exclusivos del Coronel. El gorjeo de los pájaros, el susurro del viento y el dulce murmurar de las fuentes, todo callaba. No se oía más que el grito imperativo, autoritario, severo del guerrero de África. De tal modo, que el clérigo que le acompañaba (á tal hora, sólo algunos clérigos acostumbraban á pasear por el parque), parecía estar allí únicamente para abrir, ahora uno, después otro, todos los registros que la voz del Coronel poseía. ¡Cuántas veces, oyendo aquellos gritos terribles, fragorosos, viendo su ademán airado y su ojo encendido, pensamos que iba á arrojarse sobre el desgraciado sacerdote que había tenido la imprevisión de acercarse á él!

Este hombre pavoroso tenía un sobrino de ocho ó diez años, como nosotros. ¡Desdichado! No podíamos verle en el paseo sin sentir hacia él compasión infinita. Andando el tiempo he visto á un domador de fieras introducir un cordero en la jaula del león. Tal impresión me produjo, como la de Gasparito Toledano paseando con su tío. No entendíamos cómo aquel infeliz muchacho podía conservar el apetito y desempeñar regularmente sus funciones vitales, cómo no enfermaba del corazón ó moría consumido por una fiebre lenta. Si transcurrían algunos días sin que apareciese por el parque, la misma duda agitaba nuestros corazones. «¿Se lo habrá merendado ya?» Y cuando al cabo le hallábamos sano y salvo en cualquier sitio, experimentábamos á la par sorpresa y consuelo. Pero estábamos seguros de que un día ú otro concluiría por ser víctima de algún capricho sanguinario de Polifemo.

Lo raro del caso era que Gasparito no ofrecía en su rostro vivaracho aquellos signos de terror y abatimiento que debían ser los únicos en él impresos. Al contrario, brillaba constantemente en sus ojos una alegría cordial que nos dejaba estupefactos. Cuando iba con su tío marchaba con la mayor soltura, sonriente, feliz, brincando unas veces, otras compasadamente, llegando su audacia ó su inocencia hasta á hacernos muecas á espaldas de él. Nos causaba el mismo efecto angustioso que si le viésemos bailar sobre la flecha de la torre de la catedral. «Gaspaar!» El aire vibraba y transmitía aquel bramido á los confines del paseo. A nadie de los que allí estábamos nos quedaba el color entero. Sólo Gasparito atendía como si le llamara una sirena. «¿Qué quiere usted, tío?» y venía hacia él ejecutando algún paso complicado de baile.

Además de este sobrino, el monstruo era poseedor de un perro que debía de vivir en la misma infelicidad, aunque tampoco lo parecía. Era un hermoso danés, de color azulado, grande, suelto, vigoroso, que respondía por el nombre de Muley, en recuerdo sin duda de algún moro infeliz sacrificado por su amo. El Muley, como Gasparito, vivía en poder de Polifemo, lo mismo que en el regazo de una odalisca. Gracioso, juguetón, campechano, incapaz de falsía, era, sin ofender á nadie, el perro menos espantadizo y más tratable de cuantos he conocido en mi vida.

Con estas partes no es milagro que todos los chicos estuviésemos prendados de él. Siempre que era posible hacerlo, sin peligro de que el Coronel lo advirtiese, nos disputábamos el honor de regalarle con pan, bizcocho, queso y otras golosinas que nuestras mamás nos daban

para merendar. El Muley lo aceptaba todo con no fingido regocijo, y nos daba muestras inequívocas de simpatía y reconocimiento. Mas á fin de que se vea hasta qué punto eran nobles y desinteresados los sentimientos de este memorable can, y para que sirva de ejemplo perdurable á perros y hombres, diré que no mostraba más afecto á quien más le regalaba. Solía jugar con nosotros algunas veces (en provincias y en aquel tiempo entre los niños no existían clases sociales) un pobrecito hospiciano, llamado Andrés, que nada podía darle, porque nada tenía. Pues bien, las preferencias de Muley estaban por él. Los rabotazos más vivos, las carocas más subidas y vehementes á él se consagraban, en menoscabo de los demás. ¡Qué ejemplo para cualquier diputado de la mayoría!

¿Adivinaba el Muley que aquel niño desvalido, siempre silencioso y triste necesitaba más de su cariño que nosotros? Lo ignoro; pero así parecía.

Por su parte, Andresito había llegado á concebir una verdadera pasión por este animal. Cuando nos hallábamos jugando en lo más alto del parque al marro ó á las chapas, y se presentaba por allí de improviso el Muley, ya se sabía, llamaba aparte á Andresito, y se entretenía con él largo rato, como si tuviese que comunicarle algún secreto. La silueta colosal de Polifemo se columbraba allí entre los árboles.

Pero estas entrevistas rápidas y llenas de zozobra fueron sabiéndole á poco al hospiciano. Como un verdadero enamorado, ansiaba disfrutar de la presencia de su ídolo largo rato y á solas.

Por eso, una tarde, con osadía increíble, se llevó á presencia nuestra el perro hasta el Hospicio, como en Oviedo se denomina la Inclusa, y no volvió hasta el cabo de

una hora. Venía radiante de dicha. El Muley parecía también satisfechísimo. Por fortuna, el Coronel aún no se había ido del paseo ni advirtió la desertión de su perro.

Repitiéronse una tarde y otras tales escapatorias. La amistad de Andresito y Muley se iba consolidando. Andresito no hubiera vacilado en dar su vida por el Muley. Si la ocasión se presentase, seguro estoy de que éste no sería menos.

Pero aún no estaba contento el hospiciano. En su mente germinó la idea de llevarse el Muley á dormir con él á la Inclusa. Como ayudante que era del cocinero, dormía en uno de los corredores al lado del cuarto de éste en un jergón fementido de hoja de maíz. Una tarde condujo al perro al Hospicio y no volvió. ¡Qué noche deliciosa para el desgraciado! No había sentido en su vida otras caricias que las del Muley. Los maestros primero, el cocinero después, le habían hablado siempre con el látigo en la mano. Durmieron abrazados como dos novios. Allá al amanecer, el niño sintió el escozor de un palo que el cocinero le había dado en la espalda la tarde anterior. Se despojó de la camisa.

—Mira, Muley—dijo en voz baja mostrándole el cardenal.

El perro, más compasivo que el hombre, lamió su carne amoratada.

Luego que abrieron las puertas, lo soltó. El Muley corrió á casa de su dueño; pero á la tardé ya estaba en el parque dispuesto á seguir á Andresito. Volvieron á dormir juntos aquella noche y la siguiente, y la otra también. Pero la dicha es breve en este mundo. Andresito era feliz al borde de una sima.



Una tarde, hallándonos todos en apretado grupo jugando á los botones, oímos detrás dos formidables estampidos.

—¡Alto! ¡Alto!

Todas las cabezas se volvieron como movidas por un resorte. Frente á nosotros se alzaba la talla ciclópea del coronel Toledano

—¿Quién de vosotros es el pilluelo que secuestra á mi perro todas las noches, vamos á ver?

Silencio sepulcral en la asamblea. El terror nos tenía clavados, rígidos, como si fuéramos de palo.

Otra vez sonó la trompeta del juicio final.

—¿Quién es el secuestrador? ¿Quién es el bandido? ¿Quién es el miserable?...

El ojo ardiente de Polifemo nos devoraba á uno en pos de otro. El Muley, que le acompañaba, nos miraba también con los suyos, leales, inocentes, y movía el rabo vertiginosamente en señal de inquietud.

Entonces Andresito, más pálido que la cera, adelantó un paso y dijo:

—No culpe á nadie, señor. Yo he sido.

—¿Cómo?

—Que he sido yo—repitió el chico en voz más alta.

—¡Hola! ¡Has sido tú!—dijo el Coronel sonriendo ferrozmente.—¿Y tú no sabes á quién pertenece este perro? Andresito permaneció mudo.

—¿No sabes de quién es?—volvió á preguntar á grandes gritos.

—Sí, señor.

—¿Cómo?... Habla más alto.

Y se ponía la mano en la oreja, para reforzar su pabellón.

—Que sí señor.

—¿De quién es, vamos á ver?

—Del señor Polifemo.

Cerré los ojos. Creo que mis compañeros debieron hacer otro tanto. Cuando los abrí pensé que Andresillo estaría ya borrado del libro de los vivos. No fué así, por fortuna. El Coronel le miraba fijamente, con más curiosidad que cólera.

—¿Y por qué te lo llevas?

—Porque es mi amigo y me quiere—dijo el niño con voz firme.

El Coronel volvió á mirarle fijamente.

—Está bien—dijo al cabo.—¡Pues cuidado con que otra vez te lo llesves! Si lo haces, ten por seguro que te arranco las orejas.

Y giró majestuosamente sobre los talones. Pero antes de dar un paso, se llevó la mano al chaleco, sacó una moneda de medio duro, y dijo volviéndose:

—Toma, guárdatelo para dulces. ¡Pero cuidado con que vuelvas á secuestrar el perro! ¡Cuidado!

Y se alejó. A los cuatro ó cinco pasos ocurriósele volver la cabeza. Andresito había dejado caer la moneda al suelo, y sollozaba, tapándose la cara con las manos. El Coronel se volvió rápidamente.

—¿Estás llorando? ¿Por qué? No llores, hijo mío.

—Porque le quiero mucho... Porque es el único que me quiere en el mundo—gimió Andrés.

—¿Pues de quién eres hijo?—preguntó el Coronel sorprendido.

—Soy de la Inclusa.

—¿Cómo?—gritó Polifemo.

—Soy hospiciano.

Entonces vimos al coronel demudarse. Abalanzóse al niño, le separó las manos de la cara, le enjugó las lágrimas con su pañuelo, le abrazó, le besó, repitiendo con agitación:

—¡Perdona, hijo mío, perdona! No hagas caso de lo que te he dicho... Llévate el perro cuando se te antoje... Tenlo contigo el tiempo que quieras, ¿sabes? Todo el tiempo que quieras....

Y después que le hubo serenado con estas y otras razones, proferidas con un registro de voz que nosotros no sospechábamos en él, se fué de nuevo al paseo, volviéndose repetidas veces para gritarle:

—Puedes llevártelo cuando quieras, ¿sabes, hijo mío?... Cuando quieras...

Dios me perdone; pero juraría haber visto una lágrima en el ojo sangriento de Polifemo.

Andresillo se alejaba corriendo, seguido de su amigo, que ladraba de gozo.

A. PALACIO VALDÉS.

---

## EL OLIVO

¿Cómo pobres...? No es pobre el hidalgo que conserva la casa de su solar y unas hanegadas de esta bendita tierra española. ¿Se nos llevaron los últimos restos de América y se nos llevan el Archipiélago Filipino, todo eso que ganaron nuestro genio y nuestro valor, y que nos han hecho perder la indolencia propia y la maldad ajena...? Refrán tenemos que nos consuele de esas desventuras: *¡Ancha es Castilla!*

Ancha es, no porque soñemos con empresas militares, imposibles cuando la victoria sólo otorga sus favores á los ricos, sino porque con cultivar, como quien dice, los corrales de nuestras casas, nada tendremos que envidiar á los más afortunados. Seamos labradores y volveremos á ser poderosos. Cuidemos de nuestro caudal, y seremos felices. Nos lo prometen nuestro cielo y nuestro suelo, que no tienen rivales en el mundo.

Aquí el hierro, el cobre, el azogue y el plomo, en inagotables minas; aquí los extensos campos poblados de lozanas vides, madres de los mejores y más codiciados vinos; aquí las amplias dehesas, y las maderas ricas, y la exuberancia de frutos variadísimos, y las fértiles tierras *morenas* que, á medio cultivar, producen cereales y semillas para medio mundo; aquí la caña de azúcar y el perseguido tabaco, criándose tan opulentamente como en el suelo de América... Pero ¿á qué proseguir enumerando? Con sólo uno de los vegetales de España, con el árbol andaluz por excelencia, podemos llamarnos dichosos; que él se basta para hacer feliz á una región. Aludo al árbol de Minerva, al que simboliza la paz: al olivo.

Vedle poblando una gran parte de los terrenos de la antigua Bética; él da sobrenombre de *olivífero* al Guadalquivir,

«Rey de los otros ríos caudaloso»;

miradle cuál se eleva retorciendo su nervudo tronco y sus espesas ramas, como quien perezosamente recibe las suaves caricias del espléndido sol meridional. Verde y brillante como la esperanza es el haz de sus hojas; casi plateado el envés como el de las hojas del cinamomo; su florquilla, blanca y suavemente olorosa; morado su fruto

cuando llega á la completa sazón. Ese mismo fruto sería regalo propio para los dioses, no ya para los mortales; y del dorado líquido que de él se obtiene, ¿qué decir que no sea mezquino elogio? La Sulamita del *Cantar de los Cantares*, para encomiar al Esposo, requebrábale así: *Oleum effusum nomen tuum*.

Y ¡qué pintoresca, qué divertida, que *folk-lórica* es la recolección de la aceituna en Andalucía! Yo, en cuatro plumadas, quiero probar á describirla.

Dicen en las tierras frías que *el que coge la aceituna antes de Enero, se deja el aceite en el madero*, y en otras más templadas, que *por Santa Catalina, todo su aceite tiene la oliva*. Quede eso para los terrenos tardíos; el clima andaluz, que hace lozanas mujeres de las muchachas de trece años, madura el fruto del olivo al comenzar el mes de Noviembre. Ya por ese tiempo contrasta con lo verde y lo blanco de las hojas lo morado del espeso fruto, que sólo se conserva *pintón* en los árboles muy cargados de él, ó en contados vidueños, como el *verdial*.

Allá van camino de la hacienda, en donde habrá trabajo para dos ó tres meses, las familias cogedoras; lo que llaman diez ó quince *casas*, por las cuales ya ha hecho el ajuste, á destajo, el *tareero* ó *manigero*. Soltados los hatos en la casilla y pasado el sueño de la primera noche, á la mañana siguiente, ¿qué digo á la mañana?, cuando Dios comienza á echar sus luces, ya todos los cogedores han almorzado sus migas y van hacia el tajo, donde les aguardan los bancos, las canastas, los *reores* y las *pimpolleras* ó *apuraderas*: todos los trebejos del coger, y los del medir, pues tampoco falta el marco ó media fanega, que, porque no sirve al amo para cobrar, sino para

pagar, suele tener, no seis, sino nueve y hasta once almudes.

Sale el sol y vense las aceitunas... y las caras; y tales suele haberlas, que al mismo sol le dicen: «Hazte para allá.» A tomillo y romero huelen aquellas muchachas, frescas como unas rosas, criadas al aire libre en la aldea, no entre cristales, como plantas exóticas. ¡Lástima que desfiguren sus esbeltos talles, dejándose subrogar por unos calzones de hombre, las enaguas recogidas á la altura de las caderas! Con todo eso, los ovalados rostros, rebosando gracia y salud, son más que buenos fiadores de cuantas bellezas oculta el acostumbrado disfraz.

Todo es vida y animación en el tajo: el uno, desde el suelo, golpea las ramas más altas y exteriores del olivo, que dejan caer su fruto en morada lluvia; otros, sobre el banco, arrancan la aceituna de las ramas interiores, ó echan abajo las de otras, haciendo uso de las *pimpolle-ras*; las mujeres no dan paz á las manos, ya ordeñando las *sobaqueras*, ya recogiendo del suelo con rapidez pasmosa el fruto desparramado, faena en que, á ratos, ayudan los rapacejos de seis ú ocho años, mientras que los niños de pecho duermen ó lloran, revolcándose, á pocos pasos, sobre sendos trozos de manta deshilachada.

Y ¡cómo, aun allí, hace de las suyas el Amor, disparando invisiblemente sus agudas flechas contra los corazones de la gente moza! Y ¡cómo los celos, á lo mejor, risten de azul el rosado horizonte de las ilusiones, y amor y celos, no cabiendo en las almas, rebosan por los labios en forma de coplas, que llenan el aire de melodías!...

En el tajo, al mediar el día, se toma un bocadillo. ¡De qué?... De lo que *cae*: una granada y un pedazo de

pan prieto, con unas buenas ganas de comer, que no hay salsa como ellas, fueron siempre plato para un sibarita. Prosigue la faena, las más veces entre vientos desapacibles y molestas lluvias las menos, al amor del sol, que tanto se deja sentir en el estío, cuando hace mal, y tan poco se deja ver en el invierno, cuando hace bien. ¡Rico egoísta al cabo! Al fin, vanse amortiguando sus tibios resplandores entre los celajes del Poniente, arrecia el frío, y ya no es la musa del amor la que inspira los cantos de los cogedores, sino la del hambre.

Acabada la recolección, y al descontar lo gastado de lo ganado, suele quedar á los aceituneros para darse una mala vuelta de ropa y para comprar un par de fanegas de trigo con que hacer frente á los rigores del resto del invierno. Pero son ricos de corazón, y es lo que ellos dicen: *Canta la rana, y no tiene pelo ni lana.*

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN.

---

## POR QUÉ EL DIABLO ES ZURDO

Que el diablo es zurdo, es cosa averiguada.

Su mano ó su zarpa derecha es mucho más torpe para el mal que su mano ó su zarpa izquierda.

Por cada maldad que realiza con la derecha, realiza diez con la izquierda; que en esto consiste ser zurdo el dueño y señor de las tinieblas.

Pero la razón del hecho, pocos sabios la conocen.

Y la explicación es la siguiente, y es toda una historia ó, si se quiere, todo un cuento. ¡Que cuentos é historias, allá se van!

Hubo un invierno muy frío, que hasta en el antro de las penas eternas se hizo sentir. Así es que el invierno, que en las entrañas del diablo mora eternamente, se re-crudeció. Y llenósele el corazón de carámbanos, los pulmones de escarcha, y por dentro del cráneo llevaba toda una nevera.

Por las salas infernales se paseaba apresuradamente acercándose á todos los focos inflamados, zambulléndose en todas las calderas de aceite hirviendo, acurrucándose en todos los hornos, arropándose con las llamas de todos los condenados.

Y todo inútil; no entraba en calor.

Y es que los fuegos del infierno abrasan, queman, tuestan, torturan, pero no calientan.

Al fin y al cabo, aburrióse el diablo del sistema de calefacción infernal, y salióse por los mundos en busca de calor.

¡Empeño inútil! Cada vez se le helaban más las entrañas.

Se bañó en los volcanes y salió chamuscado, pero yerto.

Se echó boca abajo á las doce del día en las arenas del desierto, y sudó pez y alquitrán, pero las neveras interiores de su ser no recibieron ni un vaho de calor.

Se metió entre los humanos y refregó su cuerpo velloso contra todas las pasiones, y tampoco consiguió nada; escozores dolorosos en la epidermis, pero en las entrañas frío.

Bajó á un abismo, y contra los picachos inmensos de las montañas, que le servían á modo de frontones, estuvo jugando á la pelota con los siete pecados capitales. Y se agitó, se fatigó mucho, pero no entró en calor tampoco.



Con lo cual, el eterno vencido se dió por vencido otra vez más, y empezó á dar vueltas por todas partes: por sierras y por valles, por ciudades y por aldeas.

Por una llanura helada iba á punto de anochecer soplándose los dedos y azotándose el espinazo con la cola, cuando vió, medio enterrada en la nieve, á una mujer con un niño contra su pecho.

La mujer agonizaba de frío, y el diablo, por hacer algo y por ver si podía llevarse una alma más á sus cavernas, se acercó á la mujer que moría, y sobre ella se inclinó como la fiera sobre su presa.

¡Qué cosa tan extraña! ¡En aquella soledad, de entre aquella capa de nieve salía un vaho dulce, tibio, consolador; del pecho de la mujer salía la tibia bocanada! Mejor dicho, de su propio corazón.

Por vez primera sintió el diablo en sus entrañas algo así como un cálido efluvio.

Y aunque su cerebro estaba helado, pudo comprender que el corazón de una madre siempre tiene calor que dar al hijo de sus entrañas, aun en la hora de la muerte.

De modo que el diablo, que había tendido las zarpas para coger un alma, siguió con ellas contra el pecho de la mujer, como el que las tiende para recoger el calor de una hoguera.

El diablo entró en calor.

Pero en esto llegó la muerte; le miró con desprecio; le echó á un lado, como se echa al gato de la chimenea en que se calienta; cogió á la mujer y se la llevó sobre la llanura nevada.

El diablo se quedó con el niño. Y como el niño conservaba todavía el calor de su madre, el diablo lo cogió

en sus brazos, y también se lo llevó sobre la helada llanura.

—¿Qué hago yo con esto?—pensaba.

Puedo darle muerte, pero sería una torpeza; sería enviar un alma al cielo, faltando indignamente á mis deberes infernales.

Pudiera llevármelo al infierno, pero es todavía un ser puro; con él no podría entrar.

Puedo abandonarlo sobre la nieve, y que sea de él lo que Dios quiera; pero Dios querría lo mejor, y esto no entra en mis cálculos.

Además, el niño todavía estaba tibio por aquel último rescoldo del amor materno. Y el diablo experimentaba cierta sensación dulce apretándolo contra sus negruzcas costillas.

En suma, que decidió quedarse con el niño, criarlo hasta que fuese mayorcito, torcer sus inclinaciones, ennegrecer su alma, educarlo para el mal, y en su día llevárselo al infierno.

El resultado fué que el diablo se disfrazó de viejo, construyó una cabaña, y en ella vivió con el niño algunos años.

El pequeñuelo le fué tomando cariño, porque con el mal nos encariñamos pronto.

El papá diabólico lo cuidaba paternalmente, porque si el niño se moría antes de estar maduro para la eterna condenación, lo había perdido para siempre.

Mas sucedió que un día tuvo que ausentarse el diablo para fomentar no sé qué tentaciones de un viejo avariento, y en el entretanto el chicuelo, que era de la piel del diablo, se escapó; saltó por los riscos, despeñóse por ellos, y al volver el diablo se encontró al niño muerto y

á su alma, pequeñita y blanca y con forma infantil todavía, que le cogió por la mano y se lo llevó tras sí diciéndole: «¡Ven, papá!»

El diablo, sin saber cómo ni por qué, se dejó llevar.

Y caminaron, caminaron; el niño delante, con dos alas blancas que de pronto le habían brotado; el diablo detrás, con dos alas negras: las de siempre.

Y los dedos ganchudos del ángel malo, en la manita blanca del pequeño ángel.

Y de él tiraba, caminando sin esfuerzo el de las alas blancas; caminando á tropezones, torpemente, desesperadamente, el de las alas negras.

Así llegaron á las puertas del cielo.

La puerta se entreabrió.

Entró el niño, siempre tirando de la mano del diablo y diciéndole: «Entra, papá.»

Pero cuando entró el niño, la puerta del cielo se cerró de golpe y le cogió los dedos al diablo, estropeándose los para siempre.

El diablo lanzó un aullido y clavó la zarpa izquierda en la puerta.

Desde entonces quedó el diablo zurdo, y será zurdo por los siglos de los siglos.

JOSÉ ECHEGARAY.

---

## LAS CAÑAS SE VUELVEN LANZAS

El tecnicismo usual de nuestros hospitales designa con el nombre de *calandrias* á ciertos desdichados que, no teniendo ni oficio ni beneficio, ni casa ni lecho, ni pan ni agua, acuden en busca de algo de eso á los establecimientos benéficos, fingiéndose enfermos de dolencias que no curan la medicina ni la farmacia, sino el caldo y la carne de la olla grande. Esta explotación de la caridad oficial es frecuente en Madrid. Los tales pasan su semana de festín en el hospital, y, acabados los días ó la paciencia misericordiosa de los doctores, son puestos de patitas en la puerta, tan sanos como entraron por ella y repuesto el buche para otra semana de abstinencia. Y hasta otra semana de hartura.

El oficio es ingenioso y sin quiebras. Pero es peligroso abusar del arte. Aunque el refrán diga que lo que abunda no daña, la abundancia del ingenio y la perfección de sus obras suele dañar en esta España, imperfecta y desmeдрada.

Y eso acaeció al pobrete de Julián González una vez que, aguzando el intelecto y afinando la puntería, quiso inventar los *calandrias* de cárcel.

Había disfrutado sus ocho días de hospital, sus ocho días terceros, porque gozó los segundos en el mes de Julio y los primeros en el mes de Marzo.

No podía repetir más la suerte en tan poco espacio; el médico le había advertido seriamente que iba curado lo menos para un semestre. Pero el hambre no se dió por enterada del aviso facultativo, y le picó bravamente.

Vagabundeaba por calles y plazuelas, caviloso como

todo sabio, porque sabía que no había comido desde la mañana anterior, y desesperado por no saber si comería á la siguiente.

Pasaba á la sazón una pareja de polizontes conduciendo á un raterillo, cogido por pura casualidad en ellos y notable desgracia en él. Quejábase el ladronzuelo, y le consolaban los guardias, diciéndole:

—Anda al *Abanico*; anda, bribón, que buena suerte tienes.

—¡Pero si no he sido yo!— clamaba el preso.—¡Que me lo prueben!

—Ya sabemos que no se te probará el hurto, pero nadie te libra de una quincena por blasfemo. ¡Y te quejas, cuando te vamos á asegurar el pan por quince días!

Julián vió el cielo abierto: el cielo de la cárcel.

—¿Quince días por blasfemo falso? Pues si yo soy homicida también falso, tengo comida para quince meses.

Y tan pronto pensado como hecho, Julián se fué derechamente al *Abanico*, trazando por el camino los pormenores de un delito imaginario, del cual iba á confesarse autor.

No se atrevió con el homicidio consumado; le repugnaba comerse á un muerto. Se contentó con un herido.

El director de la cárcel quedó admirado de la honradez profesional de aquel delincuente que se metía espontáneamente en la prisión.

Y el honrado criminal quedó á su vez desencantado de la generosa nobleza de aquel carcelero que se oponía á recibirlo por escrúpulo del oficio.

—No puedo admitir á ningún preso ni detenido sin mandamiento ú orden de la autoridad competente. Tráigamelo usted y entonces entrará.

—Tardaría mucho tiempo, y mi caso es urgente—alegó Julián muy contrariado.

—Es mi deber.

—Y el mío es expiar mi delito. ¿De modo que aquí no puede entrar un delincuente, tocado en su conciencia? ¿De modo que puedo seguir hiriendo y robando á mis anchas, mientras el juez no se oponga?

—Por mí, lo que usted quiera.

—Pues usted será responsable.

El director reflexionó, efectivamente, sobre su responsabilidad, si dejaba escapar de entre sus manos á un reo.

—¿Y las heridas son graves?—preguntó.

—Graves.

—¿Y por qué no se ha entregado usted en el acto?

—Huí, pero luego consideré que me cogerían, y resolví entregarme.

—¿Y dónde y con cuáles circunstancias se ha cometido el hecho?

—Eso lo diré sólo al juez.

El carcelero lo admitió, volviendo á admirarse de la estrechísima conciencia de aquel arrepentido.

Al día siguiente, el juez se personó en la cárcel para indagar á Julián, quien tenía preparado un crimen completo, lugar, hora, causa y resultado.

—¿De manera que se confiesa autor del delito de lesiones?

—Sí, señor juez; lo confieso porque me ahoga el remordimiento. Téngalo usía en cuenta para ser benigno.

—¿Y el hecho sucedió?...

—En el paseo de Atocha.

—¿Hora?

—Las diez de la noche. Lo solitario del sitio y lo avanzado de la hora me permitieron huir, y no me hubieran cogido si yo mismo no me presento aquí. Téngalo usía también en cuenta para ser benigno.

—¿Y la víctima era?...

—No lo sé: un desconocido. Yo creo que iba algo borracho. Me injurió primero de palabra y después de obra, y perdí la cabeza. Repito que lo tenga usía en cuenta...

—Sí, para graduar las atenuantes. Pero, ¿testigos?...

—Ninguno. Nadie lo sabría si yo no lo confieso. Por Dios, que tenga usía en cuenta...

El juez, acabado el interrogatorio, dictó auto, elevando á prisión la detención, y se fué diciendo al Director de la cárcel:

—He visto pocos criminales semejantes á éste. Declara todo como si no hubiera hecho nada. O es muy cínico, ó es muy bueno: un buen hombre que ha tenido un mal pensamiento y está arrepentido. Sea lo que sea, merece consideraciones, porque nos ahorra mucho trabajo. ¡Si todos fueran como él!

Julián quedó también satisfecho del éxito favorable de su treta, que le prometía largas semanas de rancho seguro. Y siempre que lo comía abría la boca dos veces: una para tragarlo, y otra para reirse de la inocente credulidad de la justicia. Cuando me canse de esta vida, declaro la verdad, y como no parecerá el herido, me voy á la calle con sólo una reprimenda por la burla. Seis días después se presentó el juez para ampliar la indagatoria.

—Viene á fastidiarme. Claro: el herido no parece por ninguna parte, y me pondrán en libertad. Se me acabó la ganga.

—Siento traerle una mala noticia; sé que le dolerá, porque me parece usted un hombre no pervertido.

—Supongo cuál es; y en efecto, me dolerá mucho.

—Las cosas se han puesto muy feas. El herido por usted ha muerto.

Julián no pudo contener la risa, y dijo:

—No puede ser.

—Los médicos esperaban su curación, pero las heridas eran graves.

—Señor juez: veo que es usted muy listo; ha comprendido todo y quiere darme una lección vengando con otra burla la burla mía. Perdóneme, señor, y tenga caridad. Lo he hecho sólo por hambre.

—¿Por hambre? Entonces fué el robo la causa del homicidio, y no la provocación del herido. Se contradicen sus declaraciones. ¡Malo! ¡Malo!

Julián empezó á inquietarse. Y la inquietud pasó á terror cuando por manifestaciones del juez comprendió que el juego iba más allá de lo que él quisiera. Las cañas se volvían lanzas. Se le acusaba de un homicidio real. Muy sorprendido y acongojado declaró entonces la verdad y el motivo y objeto de su invención.

—Entendido, entendido—dijo el juez.—La cosa está clara. Creyendo que las lesiones eran leves, confesó, y ahora que con la muerte del herido el asunto se agrava, usted pretende retractarse y despistarnos con ese cuento del hambre. Es tarde, es tarde. Lo hecho, hecho, y lo dicho, dicho. La Providencia ha prestado esta vez un servicio á la Justicia. Cuando en su declaración primera el herido manifestó que no conocía á su agresor, ni las causas de la agresión, temí hallarme con uno de esos delitos que se pierden en el misterio. Fueron inútiles cuantas pesqui-



sas se practicaron aquella noche. Si usted no se constituye en prisión, queda impune.

Julián quedó atontado, sin saber cómo su novela se había convertido en historia. El curso del proceso se lo descubrió. Por coincidencia desventurada acertó á describir un delito cometido en el lugar y en las horas que él designó al acaso. El herido y dos mozos de la estación del Mediodía, que vieron correr á un hombre, dieron de su estatura, traje y barba, señas que, aunque por vagas podían referirse á muchas gentes, coincidían por lo mismo con las señas personales de Julián.

Con esto y con su confesión desdichada hubo pruebas bastantes para condenarlo.

En vano el abogado defensor, quizá sin verdadera fe ni convencimiento, expuso elocuentemente ante el Tribunal las nuevas teorías científicas del hipnotismo y la sugestión para explicar el fenómeno de acertar con un hecho que no se ve ni se presencia.

Julián fué á presidio, y allí está el pobre artista de delitos disfrutando el premio de su inventiva y arte. Porque tiene asegurado el pan para diez años.

Y ahora el público llame á escena al verdadero autor de esa tragedia, el cual por modestia guarda el incógnito. Si sabe leer y lee esto, ¿tendrá la caridad suficiente para sustituir al falso autor, ó siquiera la envidia bastante para reivindicar el pan que le ha quitado de la boca?

EUGENIO SELLÉS.

---

LA VERDADERA

I

Cada vez que la anciana y riquísima señora D.<sup>a</sup> Teresa Remanso de Tajuña se dirigía hacia la habitación que en su casa llamaban el *rastro de la abuela*, sus dos nietas, Estéfana y Pilar, echaban á correr tras ella por galerías y salones, seguras de que como lograran entrar allí no saldrían con las manos vacías.

Nombre de *rastro* daban por broma todos los individuos de la familia á una espaciosa estancia de más de diez metros en cuadro, llena de arcas, arcones, vargueros, taquillas, cómodas, vitrinas, cofres y armarios henchidos de prendas de ropa, trozos de tela, retazos de flecos, blondas riquísimas, encajes preciosos, abanicos y rosarios de labor primorosa, figurillas de porcelana, cintas, lazos, hebillas, broches, alhajas y chucherías antiguas ó simplemente viejas, de esas que nuestros padres miraban con indiferencia y ahora se pagan á peso de oro, todo lo cual conservaba D.<sup>a</sup> Teresa, en parte por ser muy guardadora, y en parte por cierta propensión melancólicamente poética que le impulsaba á ver en cada objeto un recuerdo de un momento de su vida.

Fuera por lo que fuese, ello era que D.<sup>a</sup> Teresa conservaba verdaderas maravillas, y que le divertía mucho enseñárselas á los parientes y amigos, haciéndoles extensa y pintoresca relación de cómo y cuándo llegó á sus manos cada cosa y de las memorias que á ella iban unidas; pero nunca regalaba nada. Exceptuadas sus nietas Estéfana y Pilar, nadie podía envanecerse con que

D.<sup>a</sup> Teresa hubiera hecho en obsequio suyo el sacrificio de desprenderse de la más insignificante baratija. En cambio, ellas, una por graciosa desenfadada, á quien nada se podía negar, y otra por sosa encogida, á quien fuera injusto no hacer partícipe del privilegio de su hermana, conseguían de la abuela cuanto deseaban. Ambas sabían que cuando D.<sup>a</sup> Teresa andaba por los pasillos armada del monumental llavero, indispensable en tales casos, algo pescaban á poca habilidad que desplegasen, porque la bondadosa viejecita no resistía á sus mimos y zalamerías.

Pero lo singular era que D.<sup>a</sup> Teresa no hacía verdaderos regalos, sino que daba imponiendo condiciones. Por ejemplo: un soberbio cuello de punto de Alençon le costó á Pilar hacer el recuento de toda la ropa blanca de cama y mesa, fina y ordinaria, de amos y criados; más de treinta personas que había en la casa. Una miniatura francesa del siglo XIII, que representaba una pastora durmiendo entre sus borregos, con marco de bronce cincelado, fué el premio concedido á Estéfana por haber hecho un presupuesto aproximado, pero detalladísimo, de lo que costaría la renovación total de la batería de cocina y enseres de despensa. En otra ocasión, ambas hermanas recibieron dos magníficos pedazos de seda con dibujos Luis XV, lo bastante grandes para tapizar con cada uno una butaca, á cambio de haber recortado con exquisito esmero los antiguos escudos nobiliarios que había en las colgaduras viejas de los balcones para recoserlos sobre las que se habían hecho nuevas. Finalmente, D.<sup>a</sup> Teresa no era con sus nietas tacaña, sino antes al contrario muy generosa; pero nada les concedía sin obligarles á que hiciesen algo con que se acostumbrasen á ser hacendosas,

previsoras y ordenadas, con lo cual, según iban desplegando buenas condiciones y habilidades, iba pasando á sus manos lo mejor del *rastros de la abuela*.

## II

—¿Qué pediremos hoy?— preguntaba una tarde Pilar á su hermana oyendo sonar en la galería el llavero de D.<sup>a</sup> Teresa.

—Estaremos á la que salte—repuso Estéfana.

Y ambas esperaron á su abuelita en la puerta del salón, y entraron tras ella. Primero estuvo D.<sup>a</sup> Teresa largo rato revolviendo trapos y baratijas que valían poco, mientras las chicas permanecían prudentemente calladas en expectativa de cosa mejor; luego, con gran sorpresa, vieron que se paraba ante un fortísimo mueble de roble con grandes cerraduras de acero bruñido, donde guardaba las alhajas.

—Vengo á ver si hay aquí —iba diciendo— un brillantito muy chico para sustituir otro que ha perdido vuestra madre.

Y abriendo con gran estrépito de herrajes el mueble, comenzó á revolver cajoncitos y escondrijos atestados de estuches de mil formas distintas.

—¿Qué hay aquí? —dijo de pronto Estéfana tomando una cajita de concha con incrustaciones de plata.

—*¡Deje usted eso!* —gritó D.<sup>a</sup> Teresa.

Mas ya la chica había quitado la tapa de la caja, sacando de ella una larguísima cadena formada por menudos eslabones de oro, interrumpidos de trecho en trecho por perlas no muy grandes, pero perfectamente redondas y de un oriente precioso.

—¡Qué bonita! —exclamó Pilar.

—Como las que se llevan ahora—agregó Estéfana;— y más, mucho más larga.

—Mejor—interrumpió su hermana;— así hay para las dos, sin más que cortarla y poner un broche.

Pero D.<sup>a</sup> Teresa cogió la cadenita con las puntas de sus aristocráticos dedos, y alzándola despacio para que la admirasen bien, dijo mientras la tenía en alto unos minutos:

—¿La veis bien? Sí, muy bonita y muy rica; mejor que las que hacen hoy...; no tolero que se corte. Una de vosotras se queda sin cadena... y ésta, ésta hay que saber ganarla... como que es de lo mejorecito que me queda.

Calló un instante, discurriendo la manera de formular su propósito, y en seguida añadió:

—Digo que hay que ganarla. Lleváis una temporada de mucha diversión y mucho jaleo: bailes, teatros, reuniones de tarde, paseos... lo propio de vuestra edad, lo sé, santo y muy bueno; pero de vez en cuando hay que poner el pensamiento en algo que lo depure y redima de cualquier mal impulso, idea mezquina ó sentimiento bajo que haya brotado en vuestras cabecitas ó en vuestros corazones. Chifladuras de la abuela, ¿verdad? Pero no os asustéis, no voy á echaros un sermón. Sois buenas, porque no hacéis daño á nadie; pero cuando se es rico, la bondad que sólo consiste en no perjudicar al prójimo es bondad á medias; la verdadera estriba en ahorrarle penas. ¿Vais entendiendo? El precio de esta cadenita lo fijaréis vosotras mismas. ¿Cómo? De una manera muy sencilla. Se la regalaré, de vosotras dos, á la que en el plazo de un mes haya hecho la obra de caridad que sea más de mi agrado; y habéis de hacerla por vuestra exclusiva iniciativa y con vuestros propios recursos, con lo

que se os ocurra y con lo que tengáis, sin pedir á nadie una peseta.

Y mientras las dos muchachas se miraban de hito en hito, sorprendidas de la condición impuesta, D.<sup>a</sup> Teresa hizo oscilar la cadena unos segundos para que brillasen el oro y las perlas, y en seguida, dejándola en su cajita, cerró el mueble de roble y echó con gran ruido la llave; hecho lo cual, con mucha calma dijo:

—Estamos á 14; de hoy en un mes me contará cada cual su obra de caridad.

### III

Deseando D.<sup>a</sup> Teresa estar enterada de lo que hiciesen sus nietas, á fin de fallar discreta y justamente, la víspera de expirar el plazo llamó á su costurera Basilisa, buena mujer, casi tan vieja como ella, que llevaba á su servicio muchos años, para quien no tenía secretos y de quien podía fiarse.

—¿Sabes algo —le preguntó— de lo que han hecho las niñas?

—Sí, señora; va á quedarse vuecencia con la boca abierta.

—Di lo que sepas.

Y sentadas ambas, la señora en un enorme sillón y la costurera cerca de ella en una silla baja, con la almohadilla de la labor en el regazo, contó la segunda lo siguiente:

—En primer lugar, ha de saber vuecencia que les pareció cosa muy rara que á la edad que tienen, porque ya son dos mujeres... pues, que les mandasen así, vamos, hacer una obra de caridad, como si fueran niñas de las que van á la maestra para que al salir de la escuela den á un

pobre el postre del almuerzo ó el pan de la merienda... Luego, sin duda por contentar á vuecencia, acordaron que cada una discurriese lo que pudiera... y así ha sido.

—Adelante.

—Pues verá la señora. Ya sabe vuecencia que á las señoritas les dan los señores Condes, sus padres, no sé cuántos duros todos los meses para que se los gasten como quieran, lo que vulgarmente se dice para alfileres, porque de cuentas gordas es un horror lo que pagan. También sabe vuecencia que Rita, aquella chica tan guapa que *tuvimos* de segunda doncella, puso al casarse un taller de plancha, pero que no pudiendo sostenerlo durante el verano porque todo el mundo se va fuera, tuvo que cerrarlo, preparándose á morir de hambre. Al llegar el invierno intentó abrirlo de nuevo, pero ni tenía un cuarto, ni hallaba quien lo alquilase sin dinero adelantado; total, para no cansar á vuecencia: la señorita Pilar le ha dado todo su dinero de este mes para que se establezca, y después de pedir permiso á su madre, ha escrito á un casero en favor de la pobre muchacha, diciéndole que ella sale por fiadora de lo que importe el pago de la tienda.

—No está mal; es un rasgo bonito. ¿Y Estéfana?

—Lo que ha hecho la señorita Estéfana, claro que está muy bien, pero á mí... me parece un disparate. Yo estaba rabiando por contárselo á vuecencia; así que me alegro de que me lo haya preguntado, porque ella me había prohibido que lo dijese.

—Cuenta, cuenta, que cuando á ti te parece disparate, debe de ser cosa buena.

—Matea, la mujer del mozo de cuadra, está mala hace mucho tiempo; tiene en las piernas unas úlceras que

no se curan con nada, y tan asquerosas, tan asquerosas y que despiden un olor tan fétido, que no se puede parar á su lado. Antes iba con frecuencia á la Casa de Socorro, y allí se las curaban; pero luego no sé lo que ha sucedido, si le han dicho que fuese al hospital ó que presentara papeles de pobre, el caso es que ya no quieren recibirla. Llevaba dos semanas sin asistencia.

—¡En mi casa! ¿Y cómo no he sabido yo nada?—dijo disgustándose mucho D.<sup>a</sup> Teresa.

—Tampoco lo sabía yo. No sé quién se lo dijo á la señorita Estéfana. ¿Y qué creerá vucencia que hizo? Pues lo primero mandó venir al señor doctor, subió con él al sotabanco donde está la Matea, presenció todo el reconocimiento que le hizo, le obligó á que esperase hasta que trajesen de la botica lo que había recetado, vió cómo la curaba, y desde aquel día sube por mañana y tarde, y ella misma, sí, señora, ella misma le limpia el pus con un algodón más blanco que la nieve, mojado en no sé qué; le quita las telillas que crían las llagas, echa unos polvos amarillos que apestan, y está allí aguantando quejidos y mal olor, y hasta las palabrotas que suelta la Matea, que cuando los dolores le aprietan echa demonios por la boca. Aquello es espantoso, y al mismo tiempo revuelve el estómago. Yo he subido con ella dos veces, y me cuesta trabajo estar allí. Lo que yo le digo: «Señorita, pague usted un practicante, si quiere; pero sus dedos de usted no se han hecho para tocar las patazas de esa desdichada, ni sus oídos de usted para escuchar las desvergüenzas que dice.»

Doña Teresa clavó en Basilisa los ojos de un modo muy significativo. En su mirada había juntamente compasión de la ignorancia y desprecio de la mezquindad de espíritu. Luego le mandó que la dejara sola, y en seguida,



sin esperar á que expirase el plazo concedido á sus nietas, dió orden de que se le presentarán en cuanto volvieran del paseo.

Hiciéronlo así de allí á poco, y cuando las tuvo en su presencia, luego de besarlas mucho, dijo:

—Ya sé lo que habéis hecho. Para ti, Pilar, la cadena, porque privarse uno de lo que le agrada en provecho del prójimo, es hermosa obra de caridad; pero tú, Estéfana, toma el llavero, ve al salón, revuelve cofres, arcas, armarios y vitrinas; escoge y toma lo que quieras. Mas ya verás como no encuentras cosa, por rica que sea, que te contente ni sirva de recompensa, porque para esa caridad que consiste en dar limosna de compasión y de piedad poniéndose en contacto con el sufrimiento ajeno, soportándolo y participando de él, para esa, que es la más noble y verdadera, no hay en el mundo más premio que la gratitud algunas veces, y siempre la satisfacción de nuestra conciencia.

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

---

α DE «CARTAS FINLANDESES»

---

CÓMO SE DIVIERTEN LOS FINLANDESES:  
DIVERSIONES POPULARES

Todos los pueblos tienen necesidad de divertirse y todos se divierten; pero el modo de realizar esta importante función es muy diverso. La vida material nos obliga á asimilarnos elementos materiales, y la vida espiritual nos fuerza á recoger impresiones que son buenas ó malas, agradables ó desagradables, según nos coge el cuerpo. Una planicie inmensa, nevada, dicen los estéticos que es

un ejemplo de lo sublime estático; una tempestad de nieve será ejemplo de lo sublime dinámico. Pues bien, yo vivo en medio de lo sublime estático, y han descargado sobre mí varias sublimidades dinámicas, que me han puesto hecho una sopa, y pienso que los estéticos llevan razón donde no nieva ó nieva poco; aquí se equivocan porque el empacho de nieve quita las ganas de emocionarse y engendra un cansancio, un aburrimiento, que no tienen nada que ver con la sublimidad. Lo mismo ocurre con lo bello, con lo gracioso, con lo ridículo, con lo cómico, con lo jocoso, con lo burlesco y con lo humorístico. Nada de eso existe en la realidad; todo está en nosotros. En Madrid cerraba yo mi balcón para no oír los organillos, y la criada, «la chica», los oía con delectación; aquí mi criada no les hace caso; soy yo quien paga y escucha. Mis ideas sobre los organillos no han cambiado; pero han cambiado mis impresiones, y yo doy más importancia á mis impresiones que á mis ideas.

Cuando algún observador superficial, pues, venga á Finlandia y note que el pueblo no se divierte, no se lleve de ligero, pues más tarde tendría que rectificar. Este pueblo se divierte, sin duda alguna, porque tiene necesidad absoluta de hacerlo; si el observador no se entera de cómo y de cuándo esto ocurre es porque no observa con la profundidad correspondiente á estas latitudes. Yo fuí una vez á un baile popular, «un baile de criadas y de horteras», y contra mi costumbre fuí con un acompañante. El baile estaba amenizado con intermedios cómicos, mimos y payasadas, los cuales me hicieron recordar las estupideces de nuestros «jugueteros» clásicos. No he olvidado aún cierto juego granadino al que sus autores llamaban «Construcción de la Giralda»: salían dos maestros de obras

embozados en sendas capas, á reconocer el terreno que dejaban libre los circunstantes sentados á la redonda en la sala (que era de las de candil en viga); uno de los maestros, despojándose de su capa, procedía acto continuo á la medición y remedición del solar; y el «quid» del juego estaba (muchos lectores deben saberlo) en que el medidor lleva colgado por detrás uno de esos malaventurados recipientes que las personas cultas han convenido en llamar vasos de noche; y esgrimiéndolo hábilmente, ponía á la concurrencia en el trance más apurado del mundo, y la obligaba, por último, á despejar la habitación, y á ceder gratuitamente el terreno, para que los constructores pudieran extenderse á sus anchas. Algo semejante á esto en fuerza y finura espiritual fué lo que yo vi en el baile finlandés: un barbero que enjabona á sus clientes con un escobón de rama; un caballero que hace beber agua á su señora en una pileta, y mil payasadas por el estilo, sin olvidar á un orador político y satírico, perteneciente á la edad de piedra del arte oratorio. Cuando este tribuno de la plebe estaba más engolfado en su peroración, mi acompañante me dijo que por él no había inconveniente para marcharnos.—Deje usted todavía un momento: esto me gusta—le contesté yo.—Yo he hecho la indicación—me replicó—porque viendo que tenía usted las espaldas vueltas al escenario, me figuré que estaría usted aburrido.—Es porque para mí el espectáculo está en la cara de los espectadores—agregué yo.—El orador ese, ya he visto desde el comienzo que es uno de los hombres más desgraciados ó sin gracia que hay en nuestro Continente; pero lo que me entusiasma es la risa inmotivada é injustificada de los concurrentes: esa facultad preciosa de reír porque les da la gana, quizás porque al comprar el billete

se propusieran reir y están decididos á reir aunque no salga nadie á escena.

Lo que se dice de este baile entiéndase de todos los demás. En un baile de máscaras no se va á dar broma; se va á comer y á beber... con disfraz.

En Carnaval la gente se divierte mucho. ¿Cómo? Á mí me dijo una señora: No deje usted de ir hoy á la Explanada (la «Esplanadgatan» es como si dijéramos, la Carrera, el paseo central de la ciudad); verá usted qué bonito está aquello. Dí una vuelta por allí y estuve atascado un buen rato, mientras pasaban unas carretas á modo de cantareros, dentro de las que iban metidos muchos hombres á modo de cántaros. Pasé adelante y no vi más; como que lo que había que ver era lo que yo había visto. Aquí no se permiten máscaras por la calle, y la juventud, que es fácil de contentar, se contenta con vestirse como los demás días, á condición de que les dejen desfilar dentro de unas cuantas carretas, ante los ojos «atónitos» de la muchedumbre, la cual es más fácil de contentar aún, pues se contenta con el tacto de codos. Debe notarse que aquí cierran los establecimientos los días festivos y que en particular las tabernas se cierran á diario á las seis de la tarde, y no se abren los días festivos ó en que hay aglomeración de gente; todo esto por mandato expreso de la ley, para evitar que la gente se ponga alegre y, sin embargo, la gente, aunque no beba, ni fume, ni coma, se alegra, sólo de mirarse y de ver ondear en calles y tejados vistosas y juguetonas banderas.

Si el gobierno finlandés quisiera hacer felices por completo á sus gobernados, no tendría que calentarse mucho los cascos; no tendría más que dejar libre la venta de bebidas alcohólicas. Con sus restricciones tiene cor-

tados los vuelos á estas gentes pacíficas, que no piden otra cosa que trabajar durante el día y olvidar sus penalidades durante la noche, con auxilio de alguna bebida fuerte que se suba pronto á la cabeza. Con el sistema actual no hay diversión completa más que los sábados. El obrero suspende sus faenas el sábado por la tarde, y apenas cobra su jornal, se dirige con la rapidez del rayo á la taberna más próxima y antes de que la cierran ha bebido lo bastante para estar sin sentido hasta el lunes por la mañana en que ha de reanudar sus faenas. El deseo de embriagarse es tan concentrado, que si fuera posible reprimir la importación y la fabricación nacional de bebidas alcohólicas, cada ciudadano tendría en su casa un pequeño alambique para fabricar alcohol por su cuenta y riesgo. El finlandés es muy ingenioso, y muy pacienzudo y sobre todo muy hábil para las manipulaciones que tienen una aplicación práctica; el campesino más ignorante sabe componer un aparato para destilar alcohol y á pesar de su respeto á la ley, sabe burlar la ley, si la ley no le deja el camino expedito para satisfacer su pasión predominante.

Comparados con el deporte alcohólico, todos los demás deportes ó sports finlandeses pierden su importancia; sus juegos musculares, desprovistos de gracia, son ejercicios tan seriamente practicados que pierden sus atractivos, si por acaso los tienen.

Natación, regatas, cielismo, patinación y equitación, todo esto es cultivado á modo de ampliación de la gimnasia. Mucho más poético es el baño, seguido de una sesión de masaje ó sobeo científico; porque por este sistema se consigue fortalecer la musculatura, sin necesidad de incomodarse; suda uno la gota gorda, es verdad, pero

la suda sin moverse y con tanto gusto que á veces ocurre quedarse dormido en la operación, soñando como deben de soñar los niños de teta.

Y ya que he hablado de patinación, voy á dar á conocer en España un género de patinación nuevo y curioso, que podrá ser practicado en Granada, si llega á cuajar mi proyecto de «Finlandia andaluza». La nueva patinación es muy popular en el Norte de Finlandia y en Uleabog, ciudad muy importante en lo alto del Golfo de Botnia, hay todos los años carreras de velocidad que despiertan gran interés. Aquí ha llegado también la moda y los patinadores se aprestan á cambiar los antiguos patines de hierro por los modernos de madera. Estos tienen dos, tres y hasta cuatro metros de largo, y quedan sujetos á los pies por una abrazadera colocada hacia el centro. Figurémosnos un hombre de pie, con sus dos extremidades inferiores apoyadas sobre dos largos rails móviles, como un tren humano que va á ponerse en marcha; ya no hay más que empujar para que los rails corran sobre la nieve; para dar impulso lleva el hombre-locomóvil dos largos bastoncillos, cuya contera está provista de una rodaja con objeto de que no se clave demasiado en el suelo; inclínase hacia adelante y como si fuera á remar, empuja con ambos bastoncillos á la vez ó alternativamente y corre con tan extraordinaria velocidad que se queda el espectador pensando que á la humanidad le han salido corrientes eléctricas en las patas.

ÁNGEL GANIVET.

---

ENSUEÑO

Un día, acurrucada junto á la lumbre, viendo oscilar las llamas sobre los troncos, entre el bufar del viento y el estallido de las chispas, oyó á una vieja, casi bruja, contar un cuento.

Era la rancia historia del rey desterrado por los malos quererres de un hada de aquel rey galante, que olvidó sus cuitas y despreció sus reinos por las trenzas rubias de una pastora. Juraba la vieja que el rey aquel tenía los ojos verdes, con rayos de oro dentro, y, aunque al oirlo, las chispas del hogar se reían y las llamas silbaban, Carlota creyó la conseja y se dió á soñar.

Y vagando de ensueño en ensueño, una noche se durmió el amor junto á la pastora, y cuando abrió los ojos tenía el alma presa en los ojos del rey.

Y por eso, casi al atardecer de un día de Agosto, porfiaba con el pastor, su amigo, á orillas del estanque, allí donde los álamos dejan caer sobre las aguas el manto de sus sombras.

—¿Sabes lo que he pensado, Vicente? Que vengas conmigo.

—¿Yo? ¡Para volverme solo si encuentro á tu rey!...

El pastor quería hablar en son de burla; pero los álamos cabeceaban y movían las hojas murmurando. Sabían el secreto de Vicente; sabían que lo mismo que hay en el cielo nubes y en la noche estrellas, en la risa del mozo había lágrimas, porque el amor tenía nido en su corazón y donde el amor hace nido nacen penas y brotan llantos.

—Entonces iré sola..., solita...

Y echó á andar. Iba cayendo la tarde; la luz se escapaba de arriba y las sombras salían de la tierra.

—¡Eh, Carlótica!—gritó Vicente desde muy lejos, allá en lo alto de una loma.

—¿Qué quieres?—dijo ella sin detenerse.

—Aguarda un poco, que voy contigo.

Y juntos se fueron en busca del rey.

Era fiesta en la corte cuando llegaron.

Volvía el monarca de la guerra.

Sonaban trompas y clarines, celebrando con himnos viejos victorias nuevas.

Desfilaban los ejércitos pausadamente, como anillos de sierpe gigantesca que se desperezase.

Relumbraban al sol corazas y cascos, y el estruendo de las armas marcaba el paso de los guerreros.

¡Gloria al vencedor! ¡Gloria al vencedor!

Carlota miraba pasar la comitiva. Traía los pies ensangrentados del camino, el rostro pálido... y los ojos brillantes.

—¿Llega, Vicente?

—¡El rey! ¡El rey!

Pasó. Iba con armas negras, sobre un caballo negro, y de sus ojos, negros también, brotaban haces de rayos crueles. Era viejo y terrible.

—¡Paso!—gritaba—¡paso!

Y al oír la voz dura que salía tronando de su garganta de bronce, el pueblo temblaba.

Iba ya lejos y aún la polvareda que alzaba su corcel incendiada por el sol, parecía envolver la pujante figura en nubes de sangre y fuego.

Carlótica lloraba; la sombría figura del rey soldado había deshecho su ensueño.



De vuelta á su choza, repetía tristemente:

—¡Mi rey se ha muerto!... ¡Mi rey se ha muerto!

Ya junto al estanque, sentóse al pie de los álamos que, paseándole las sombras movedizas por el rostro, parecían querer enjugar sus lágrimas.

—¡Carlota, Carlótica!—suspiraba Vicente.—¡Si tú supieras!

Y cabeceando los álamos, decían: «¡Nosotros lo sabemos!...»

Puso el pastor las manos sobre los hombros de la niña, que seguía llorando.

—¡Carlota, Carlótica!

Alzó ella la cabeza para mirar al cielo, y á mitad del camino encontró su mirada por vez primera los ojos del pastor. Y sucedió que los ojos de Vicente eran verdes como las aguas.

El amor, sabio en cuentos, puso fin á la historia, y bajo el suave imperio de sus risas, renació en el alma de la pastora el viejo ensueño, y el pastor fué rey.

GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA.

---

## TIPOS POPULARES

---

### EL ORADOR DE SUBASTA

—Voy á subastar, señores,

Este magnífico cuadro:

Una cabeza de estudio

Del señor Alonso *el Cano*.

Pueden ustedes pedirlo,

• Cogerlo y examinarlo.

¿Cuánto dan por esta joya?

Advierto que es necesario  
Que se puje de peseta  
En peseta. ¡Dos!... ¡Tres!... ¡Cuatro!...  
¡Cuatro, cuatro!... Vamos, hombre,  
¿No me dan más por el cuadro?  
¡Cuatro!... ¡Cinco!... ¡Cinco!... ¡Cinco!...  
¡Cinco!... ¡Seis!... Que lo remato.  
¡Seis pesetas!... ¡Seis pesetas!...  
¡Seis!... Que voy á adjudicarlo.

.....  
Hombre, parece mentira  
Que este público ilustrado  
No sepa apreciar el mérito  
De este antiquísimo cuadro.  
—Pero si ahí no se ve nada.  
—Lo que es no entenderlo ¡claro!  
Si su valor, cabalmente,  
Es que está medio borrado.  
—¿Puede subirse un realito?  
—No, señor, lo menos cuatro.  
Ya sé yo que en las subastas  
Se vende todo barato;  
Pero ¡hombre! por seis pesetas  
Me parece demasiado.  
¡Seis á la una!... ¡A las dos seis!  
¿Se marcha por seis el cuadro?  
¿No dan las siete?

—Ya pronto;  
Son las siete menos cuarto.  
—Hágame usted el obsequio  
De no interrumpirme. Vamos,  
Señores, que seis pesetas

Vale solamente el marco,  
Estilo Luis treinta y nueve,  
Divinamente tallado.

.....  
Como es cabeza de estudio,  
Comprendo que hay que estudiarlo;  
Pero decídanse pronto  
Que me estoy desgañitando.  
¿No dan más de seis pesetas?...  
Caballeros, este cuadro  
Que es una joya del Arte  
Por lo antiguo y por lo raro,  
Ha estado ya en un museo.  
Los peritos lo han tasado  
En veinte mil cuatrocientas  
Treinta pesetas, sin marco,  
¿Y ofrecen ustedes seis?  
¡Ganga; pero ya no tanto!  
Para tomar seis pesetas  
Casi es mejor regalarlo.  
¿Quién ha dicho siete? ¿Nadie?  
¡Seis!... ¡Seis!... ¡Seis pesetas!... Vamos,  
Ya me figuro que ustedes  
No han visto el cuadro despacio  
Ni han apreciado su mérito.  
Véanlo bien; mientras tanto,  
Vendo esta media docena  
De calcetines rayados  
Legítimo hilo de Escocia  
Sin costura. Voy á darlos  
Por lo que ustedes ofrezcan,  
Vayan ustedes pujando.

¿Qué dan por el par primero?

—Seis reales.

—¡A las tres! Ánimo,

Que ahora los pares restantes

Los voy á vender á cuatro.

ANTONIO LÓPEZ MONÍS.

---

DE «ZARAGOZA»

---

PRIMERA SERIE DE LOS «EPISODIOS NACIONALES»

La posesión de San Francisco iba á decidir la suerte de la ciudad. Aquel vasto edificio, situado en el centro del Coso, daba una superioridad incontestable á la nación que lo ocupase. Los franceses lo cañonearon desde muy temprano, con objeto de abrir brecha para el asalto, y los zaragozanos llevaron á él lo mejor de su fuerza para defenderlo. Como escaseaban ya los soldados, multitud de personas graves, que hasta entonces no sirvieran sino de auxiliares, tomaron las armas. Sas, Cerezo, La Casa, Piedrafitá, Escobar, Leiva, D. José de Montoria, todos los grandes patriotas habían acudido también.

En la embocadura de la calle de San Gil y en el arco de Cineja, había varios cañones para contener los ímpetus del enemigo. Yo fuí enviado con otros de Extremadura al servicio de aquellas piezas, porque apenas quedaban artilleros, y cuando me despedí de Agustín, que permanecía en San Francisco al frente de la compañía, nos abrazamos creyendo que no volveríamos á vernos.

Don José de Montoria, hallándose en la barricada de la Cruz del Coso, recibió un balazo en la pierna y tuvo que

retirarse; pero apoyado en la pared de una casa inmediata al arco de Cineja, resistió por algún tiempo el desmayo que le producía la hemorragia, hasta que al fin, sintiéndose desfallecido, me llamó, diciéndome:

— Señor de Araceli, se me nublan los ojos... No veo nada... ¡Maldita sangre, cómo se marcha á toda prisa, cuando hace más falta! ¿Quiere usted darme la mano?

— Señor—le dije, corriendo hacia él y sosteniéndole,— más vale que se retire usted á su alojamiento.

— No, aquí quiero estar... Pero, señor de Araceli, si me quedo sin sangre... ¿Dónde demonios se ha ido esta condenada sangre...? Y parece que tengo piernas de algodón... Me caigo al suelo como un costal vacío.

Hizo terribles esfuerzos por reanimarse; pero casi llegó á perder el sentido, más que por la gravedad de la herida, por la pérdida de la sangre, el ningún alimento, los insomnios y penas de aquellos días. Aunque él rogaba que le dejáramos allí arrimado á la pared, para no perder ni un solo detalle de la acción que iba á trabarse, le llevamos á su albergue, que estaba en el mismo Coso, esquina á la calle del Refugio. La familia había sido instalada en una habitación alta. La casa estaba toda llena de heridos, y casi obstruían la puerta los muchos cadáveres depositados en aquel sitio. En el angosto portal, en las habitaciones interiores, no se podía dar un paso, porque la gente que había ido allí á morir se lo obstruía todo, y no era fácil distinguir los vivos de los difuntos.

Montoria, cuando le entramos, dijo:

No me llevéis arriba, muchachos, donde está mi familia. Dejadme en esta pieza baja. Ahí veo un mostrador que me viene de perillas.

Pusámosle donde dijo. La pieza baja era una tienda.

Bajo el mostrador habían expirado aquel día algunos heridos y apestados, y muchos enfermos se extendían por el infecto suelo, arrojados sobre piezas de tela.

—A ver—continuó,—si hay por ahí algún alma caritativa que me ponga un poco de estopa en este boquete por donde sale la sangre...

Una mujer se adelantó hacia el herido. Era Mariquilla Candiola.

—Dios os lo premie, niña—dijo D. José, al ver que traía hilas y lienzo para curarle.—Basta por ahora con que me remiende usted un poco esta pierna. Creo que no se ha roto el hueso.

Mientras esto pasaba, unos veinte paisanos invadieron la casa, para hacer fuego desde las ventanas contra las ruinas del Hospital.

—Señor de Araceli, ¿se marcha usted al fuego? Aguarde usted un rato para que me lleve, porque me parece que no puedo andar solo. Mande usted el fuego desde la ventana. Buena puntería. No dejar respirar á los del Hospital... A ver, joven, despache usted pronto. ¿No tiene usted un cuchillo á mano? Sería bueno cortar ese pedazo de carne que cuelga... ¿Cómo va eso, señor de Araceli? ¿Vamos ganando?

—Vamos bien—le respondí desde la ventana.—Ahora retroceden al Hospital. San Francisco es un hueso un poco duro de roer.

María en tanto miraba fijamente á Montoria, y seguía curándole con mucho cuidado y esmero.

—Es usted una alhaja, niña—dijo mi amigo.—Parece que no pone las manos encima de la herida... Pero ¿á qué me mira usted tanto? ¿Tengo monos en la cara? A ver... ¿Está concluído eso?... Trataré de levantarme... Pero si no

me puedo tener... ¿Qué agua de malvas es ésta que tengo en las venas? ¡Porr...! iba á decirlo... que no pueda corregir la maldita costumbre... Señor de Araceli, no puedo con mi alma. ¿Cómo anda la cosa?

—Señor, á las mil maravillas. Nuestros valientes paisanos están haciendo prodigios.

En esto llegó un oficial herido á que le pusieran un vendaje.

—Todo marcha á pedir de boca—nos dijo.—No tomarán á San Francisco. Los del Hospital han sido rechazados tres veces. Pero lo portentoso, señores, ha ocurrido por el lado de San Diego. Viendo que los franceses se apoderaban de la huerta pegada á la casa de los Duendes, cargaron sobre ellos á la bayoneta los valientes soldados de Orihuela, mandados por Pino-Hermoso, y no sólo los desalojaron, sino que dieron muerte á muchos, cogiendo trece prisioneros.

—Quiero ir allá. ¡Viva el batallón de Orihuela! ¡Viva el Marqués de Pino-Hermoso!—exclamó con furor sublime D. José de Montoria.—Señor de Araceli, vamos allá. Lléveme usted. ¿Hay por ahí un par de muletas? Señores, las piernas me faltan. Pero andaré con el corazón. Adiós, niña, hermosa curandera... Pero ¿por qué me mira usted tanto?... Me conoce usted, y yo creo haber visto esa cara en alguna parte... sí... pero no recuerdo dónde.

—Yo también le he visto á usted una vez, una vez sola—dijo Mariquilla con aplomo,—y ojalá no me acordara.

—No olvidaré este beneficio—añadió Montoria.—Parece usted una buena muchacha... y muy linda por cierto. Adiós: estoy muy agradecido, sumamente agradecido... Venga un par de muletas, un bastón, que no puedo

andar, señor de Araceli. Deme usted el brazo... ¿Qué telarañas son éstas que ante los ojos se me ponen?... Vamos allá, y echaremos á los franceses del Hospital.

Disuadiéndole de su temerario propósito de salir, me disponía á marchar yo solo, cuando se oyó una detonación tan fuerte, que ninguna palabra del lenguaje tiene energía para expresarla. Parecía que la ciudad entera era lanzada al aire por la explosión de un inmenso volcán abierto bajo sus cimientos. Todas las casas temblaron, obscurecióse el cielo con inmensa nube de humo y de polvo, y á lo largo de la calle vimos caer trozos de pared, miembros despedazados, maderos, tejas, lluvias de tierra y material de todas clases.

—¡La Santa Virgen del Pilar nos asista!—exclamó Montoria.—Parece que ha volado el mundo entero.

Los enfermos y heridos gritaban creyendo llegada su última hora, y todos nos encomendamos mentalmente á Dios.

—¿Qué es esto? ¿Existe todavía Zaragoza?—preguntaba uno.

—¿Volamos nosotros también?

—Debe haber sido en el Convento de San Francisco esta terrible explosión—dije yo.

—Corramos allá—dijo Montoria sacando fuerzas de flaqueza.—Señor de Araceli, ¿no decían que estaban tomadas todas las precauciones para defender á San Francisco?... ¡Pero no hay un par de muletas por ahí!

Salimos al Coso, donde al punto nos cercioramos de que una gran parte de San Francisco había sido volada.

—Mi hijo estaba en el Convento—dijo Montoria pálido como un difunto.—¡Dios mío, si has determinado que lo



pierda también, que muera por la patria en el puesto del honor!

Acercóse á nosotros el locuaz mendigo de quien hice mención en las primeras páginas de esta relación, el cual trabajosamente andaba con sus muletas, y parecía en muy mal estado de salud.

—*Sursum Corda*—le dijo el patriota,—dame tus muletas, que para nada las necesitas.

—Déjeme su merced—repuso el cojo,—llegar á aquel portal, y se las daré. No quiero morir en medio de la calle.

—¿Te mueres tú?

—¡Así parece! La calentura me abrasa. Estoy herido en el hombro desde ayer, y todavía no me han sacado la bala. Siento que me voy. Tome usía las muletas.

—¿Vienes de San Francisco?

—No, señor; yo estaba en el arco del Trenque...; allí había un cañón; hemos hecho mucho fuego. Pero San Francisco ha volado por los aires cuando menos lo creíamos. Toda la parte de Sur y de Poniente vino al suelo, enterrando mucha gente. Ha sido traición, según dice el pueblo... Adiós, don José..., aquí me quedo..., los ojos se me oscurecen, la lengua se me traba, yo me voy..., la Virgen del Pilar me ampare, y aquí tiene usía mis remos.

Con ellos pudo avanzar un poco Montoria hacia el lugar de la catástrofe; pero tuvimos que doblar la calle de San Gil, porque no se podía seguir más adelante. Los franceses habían cesado de hostilizar el Convento por el lado del Hospital; pero asaltándolo por San Diego, ocupaban á toda prisa las ruinas, que nadie podía disputarles. Conservábase en pie la iglesia y torre de San Francisco.

—¡Eh, Padre Luengo!—dijo Montoria llamando al fraile de este nombre, que entraba apresuradamente en la calle de San Gil.—¿Qué hay? ¿Dónde está el Capitán general? ¿Ha perecido entre las ruinas?

—No—repuso el Padre deteniéndose.—Está con otros jefes en la plazuela de San Felipe. Puedo anunciarle á usted que su hijo Agustín se ha salvado, porque era de los que ocupaban la torre.

—¡Bendito sea Dios!—dijo don José cruzando las manos.

—Toda la parte de Sur y Poniente ha sido destruída—prosiguió Luengo.—No se sabe cómo han podido minar por aquel sitio. Debieron poner los hornillos debajo de la sala del Capítulo, y por allí no se habían hecho minas, creyendo que era lugar seguro.

—Además—dijo un paisano armado y que se acercó al grupo,—teníamos la casa inmediata, y los franceses, posesionados sólo de parte de San Diego y de Santa Rosa, no podían acercarse allí con facilidad.

—Por eso se cree—indicó un clérigo armado que se nos agregó—que han encontrado un paso secreto entre Santa Rosa y la casa de los Duendes. Apoderados de los sótanos de ésta, con una pequeña galería, pudieron llegar hasta los subterráneos de la sala del Capítulo.

—Ya se sabe todo—dijo un capitán del ejército.—La casa de los Duendes tiene un gran sótano que nos era desconocido. Desde este sótano partía, sin duda, una comunicación con Santa Rosa, á cuyo Convento perteneció antiguamente dicho edificio, y servía de granero y almacén.

—Pues si eso es cierto, si esa comunicación existe—añadió Luengo,—ya comprendo quién se la ha descu-

bierto á los franceses. Ya saben ustedes que cuando los enemigos fueron rechazados en la huerta de San Diego, se hicieron algunos prisioneros. Entre ellos está el tío Candiola, que varias veces ha visitado estos días el campo francés, y desde anoche se pasó al enemigo.

—Así tiene que ser—afirmó Montoria,—porque la casa de los Duendes pertenece á Candiola. Harto sabía el condenado judío los pasos y escondrijos de aquel edificio. Señores, vamos á ver al Capitán general. ¿Se cree que aún podrá defenderse el Coso?

—¿Pues no se ha de defender?—dijo el militar.—Lo que ha pasado es una friolera: algunos muertos más. Aún se intentará reconquistar la iglesia de San Francisco.

Todos mirábamos á aquel hombre que tan serenamente hablaba de lo imposible. La concisa sublimidad de su empeño parecía una burla, y, sin embargo, en aquella epopeya de lo increíble, semejantes burlas solían parar en realidad.

Los que no den crédito á mis palabras, abran la Historia y verán que unas cuantas docenas de hombres extenuados, hambrientos, descalzos, medio desnudos, algunos de ellos heridos, se sostuvieron todo el día en la torre; mas no contentos con esto, extendiéronse por el techo de la iglesia, y abriendo aquí y allí innumerables claraboyas, sin atender al fuego que se les hacía desde el Hospital, empezaron á arrojar granadas de mano contra los franceses, obligándoles á abandonar el templo al caer de la tarde. Toda la noche pasó en tentativas del enemigo para reconquistarlo; pero no pudieron conseguirlo hasta el día siguiente, cuando los tiradores del tejado se retiraron, pasando á la casa de Sástago.

BENITO PÉREZ GALDÓS.

LA CORTE DE LOS INGENIOS

Van mendigos y hampones al rodeo;  
Tomando el sol los héroes marciales;  
Rana y la Calderón á sus corrales;  
Spínola y Velázquez de paseo.

Diez hidalgos escuchan el ceceo  
Con que esmalta en cadencias musicales  
Góngora el cordobés sus madrigales,  
Ramilletes en flor de galanteo.

Mira atento Gil Blas de Santillana  
Cómo la prez del gran Villamediana  
Inclina el paso á la arrogancia fiera  
De los recios bigotes militares  
Que acerca el Conde Duque de Olivares  
Al blasón del cristal de su litera.

ENRIQUE LÓPEZ ALARCÓN.

LA MOSCA VERDE

Tomábamos ó pretendíamos tomar el fresco, en la gran terraza de Alborada, una tarde de Agosto abrasadora y enervante: de las poquísimas que, en aquel clima benigno, aprietan con rigor canicular. El aire estaba saturado, no sólo del efluvio resinoso, ardiente, de los pinares vecinos, sino de otras emanaciones peculiares—almizcle de hormigas y escarabajos, miel y cera de panal—; y en el aire encendido revoloteaban, además de las mariposas multicolores, insectos de pedrería y esmalte, enlutadas «vacas de San Antonio», efímeras de gasa pálida, mari-

quitas de coral con pintas negras, mosquitos de seda color humo, mientras en la arena brincaban los saltamontes, parecidos á caballeros enlorigados, y se arrasaban las chinches campesinas, limpias y de pintoresca forma, tan distintas de las urbanas!

Recostados en las mecedoras, hablábamos despacio, emperezados y esperando con ansia el primer soplo del atardecer que abanicase nuestras sienas. El tema de la conversación era que el calor disuelve las energías, y disertábamos sobre esa influencia psicológica de los climas, que ya empieza á reconocerse en la historia.

—Buena es—decía el Científico—la firmeza de carácter; excelente su cultivo intensivo, y acertaría el que afirmó que del propio destino es autor cada hombre; pero á mí, esta naturaleza que nos rodea y nos agobia, me produce una impresión de fatalidad tan profunda, que casi no me atrevería á pensar en contrarrestarla. ¿Qué somos ante las fuerzas naturales?

—Lo somos todo—exclamó el Pensador. Esas fuerzas naturales, las hemos puesto á nuestros pies, á nuestro servicio. Cada día más, saldremos vencedores en nuestra lucha con ellas.

—Crea usted que se toman el desquite; al final, no vencemos nosotros...—respondió el Doctor, pensativo.

Y como el sol descendiese, esplendoroso hacia el castañar, y una ráfaga suave, cargada de partículas de humedad, viniese de la represa del molino, reanimándonos, se decidió el Doctor á contar un episodio de su vida médica...

—Era hijo de viuda aquel muchacho tan simpático, á quien yo conocí en el balnerio de Caldasrojas, y que todas las tardes paseaba un rato conmigo por los caminos solitarios y las sendas aldeanas, confiándome sus espe-

ranzas, sus aspiraciones y su tenacísima labor. La decorosa estrechez en que quedaron el chico y su madre, á la muerte del padre; los esfuerzos de la pobre mujer para salir á flote y dar carrera á su hijo, habían influido en el carácter de Torcuato, haciéndole hombre y consciente desde la niñez, y desarrollando en él, con extraño vigor, las facultades de la voluntad perseverante, sin un desmayo ni una vacilación, y con esa especie de iluminación genial que lo mismo puede demostrarse en la creación artística, que en la conducta. A los once años, Torcuato llevaba los libros de una tienda de la antigua ciudad universitaria donde vivía; á los trece, prestaba el mismo servicio en varios establecimientos, ganando lo suficiente para sostenerse él y su madre, y á la vez estudiaba, robando horas al sueño, tan imperioso en el período crítico de la pubertad. Mejor dicho: la pubertad fué vencida, en sus inquietudes y en sus torturadoras distracciones, por la constancia de Torcuato. Ni curiosidades ni devaneos le desviaron de su marcha hacia un objeto y un fin. Su vida estaba regulada cronométricamente; ni migaja de tiempo perdía. Se había fijado, al minuto, el que debía invertir en lavarse, cepillarse, comer, dormir —y el programa se cumplía exactamente. ¡Digo mall! A veces, Torcuato se sustraía tiempo á sí mismo, y realizaba trabajos extraordinarios que pagasen las matrículas y algún gasto inevitable, extraordinario también. No rehusaba por soberbia tarea ninguna: capaz sería de limpiar zapatos, si creyese que le compensaba la remuneración. Escribía discursos para los graduandos, sermones para los canónigos, prospectos para los industriales, memorias para los secretarios de asociaciones... todo lo que le valiese un duro y un amigo y protector. Así, al terminar

brillantemente la carrera, obtuvo en la Universidad un empleo con mediano sueldo—lo necesario, lo estricto, el modo de esperar y resistir, hasta conseguir algo de lo infinito soñado.

Al preguntarle yo á Torcuato si no había estado enfermo nunca (una enfermedad arruina al que lleva exactamente empalmados gastos con ingresos), me respondió:

—¡Enfermo! No tuve tiempo de enfermar... ¡Lo único que se me resintió algo fué el estómago, y por eso me ve usted aquí, en Caldasrojas, en el camino, y ocioso, y sin mi madre, por primera vez de mi vida! ¡Estoy embriagado de sensaciones, loco perdido de aire libre y de olor de flores y árboles! ¡Pero no crea usted que aun así me aparto de mi camino! Por más que mi juventud se me suba á la cabeza—¡y hay horas en que se me sube, y al corazón también, y espumante y furiosa!—la voluntad está sobre todo. Mando en mí y no habrá fuerza que me impida llevar á término mis planes de asegurar el porvenir, la vejez tranquila y dichosa de mi madre, y mi propia suerte. Tengo algún entendimiento, alguna disposición: otro malgastaría este capital; yo lo beneficiaré con réditos crecidos. El que quiere, puede. ¡Es el Evangelio!

Me hablaba así Torcuato á la vuelta de un paseo por la carretera que conduce al Borde, en la cual ritma la conversación el chirrido quejumbroso del eje de los carros cargados, que pasan lentos, sin alzar polvo, en la melancolía de la puesta de sol. No se borrará de mi memoria: dos de estos carros cruzaban en sentido contrario al nuestro, y su carga era de pieles de buey á medio curtir, mercancía que se exporta en la costa para Inglaterra. El sol, moribundo, se reflejaba en los pelajes cobrizos manchados de blanco amarillento. Torcuato accionaba con la

diestra y de pronto vi que en ella refulgía una chispa verde, metálica, y que él sacudía la mano, como el que espanta un bichejo incómodo.

—¡Maldita! Me ha picado...

Sentí un escalofrío, que no era razonado, sino involuntario, y cogí la mano de Torcuato, vivamente. No se notaba señal de la picadura. Seguimos andando, pero yo no había perdido las ganas de charlar, y miraba de reojo á mi joven amigo. A poco noté que maquinalmente rascaba el sitio de la picadura, y vi deshacerse la vesícula recién formada, y sustituirla una depresión negruzca. Me *sentí* palidecer. Distábamos más de una legua del pueblecillo...

—Aprisa, andemos... No vale nada la picada esa, pero querría quemársela á usted con un cáustico...

—¡Se me está hinchando la mano!—murmuró Torcuato con más sorpresa que alarma. Comprendí que ignoraba el mal horrible que pueden transmitir esas mosquitas preciosas, de esmeralda, que se han posado en despojos de animales carbunculosos... ¡El carbunco!, repetía dentro de mí, temblando de horror y de lástima... ¡El carbunco! ¡La pústula maligna!

Abreviaré el relato de aquella tragedia... Cuando desnudamos en la rebotica á Torcuato, para operar, ya no era la mano, era el brazo lo que se inflaba rápidamente. No había duda, el brazo debía cortarse. Única esperanza... ¿Pero cómo? ¿Sin cloroformo, casi sin instrumentos? mientras venían de mi casa los chismes—sudando frío y con una angustia compasiva que me partía el alma, me fué preciso notificarle al enfermo la verdad...— ¡Qué ojos me echó! ¡Qué mundo de horror, de protesta y de dolor en aquellos ojos!



—¡El brazo derecho! ¿Y mi madre? ¿Y cuando lo sepa?  
—balbuceó, lívido.

—Aquí de la voluntad... — pronuncié, creo que más horrorizado que la víctima. —¡Es necesario! No hay remedio...

¡Cuántas veces me he arrepentido del martirio que le di! Fuese por la tardanza é indecisión irremediable de los primeros momentos, fuese porque la infección venía de mano armada—la operación no logró salvar al desventurado. Prefiero no detallar su fin, los síntomas espantosos, el tétanos como desenlace... Si los médicos puntualizásemos ciertos casos, la Humanidad se aborrecería á sí propia, como dijo Salomón, por haber nacido... He sacado á cuento este caso cruel, para que se vea lo que puede una mosquita verde, muy linda por cierto, y lo que vale contra la mosquita una voluntad humana, firme, decidida, templada en la desgracia y el trabajo. ¡No somos nada!...

La noche caía. Las luciérnagas empezaban á encender sus linternas misteriosas.

E. PARDO BAZÁN.

---

### MADRIGAL

Tu sonrisa crüel y despiadada  
No amengua mi pasión firme y sincera,  
Ni le importa á mi amor que Amor le hiera  
Con el frío puñal de tu mirada.

Mas ¿por qué tales iras, dulce amada?  
Mi espíritu de ti su bien no espera;  
Deja, pues, que te cante y que te quiera,  
Que es humilde mi amor: no pide nada.

Silva, que siente nacer la hierba, posee ciertos secretillos del señor D. Diego, los cuales, siendo públicos, darían quizás al traste con el hotel y el coche, y la despensa, y la daifa, y otros refocilos y granjerías.

.....

La redacción de *La Lucha*, en las primeras horas de la noche, parecía el salón de un casino. Por allí desfilaron gentes innumerables, más ó menos ociosas é ilustres, al reclamo de la tertulia de D. Diego y de sus pródigos convites; luchadores de la política, del arte, del periodismo, de los negocios; luchadores á secas, parásitos consecuentes, vasallos, farantes, ministriles y alabarderos del cuarto poder; nutrido enjambre de ambiciones, intrigas, despechos, vanidades, miserias, mentiras y lisonjas.

Aunque el periódico tenía un matiz democrático y gozaba del aura popular, establecía en sus tertulias una rigurosa distinción: los «notables» de Medina, diputados, ediles, mercaderes ricos y artistas de renombre ocupaban el salón principal ó el despacho de D. Diego; en la antesala y en el aposento de los redactores quedábanse los contertulios de poco pelo y de menguada ropa. Lechuga, á fuer de antiguo comediante, llamaba á la primera tertulia el «proscenio» y á la otra la «cazuela». Polo Silva, desastrado y cínico, pasaba de la cazuela al proscenio con la misma desfachatez, para decirle algún donaire al director ó cortarle el habla al redactor-jefe, á Manolito Agüera, el cual palidecía en viendo la figura del truhán.

Solía éste sentarse en un rinconcillo de la estancia y atisbar desde allí á todos los tertulianos, y caer de pronto sobre cualquiera de ellos como ave de rapiña. Vió algunas noches al mozo poeta, al tímido luchador, y dedicóse

á protegerle, encantado de la gentil presencia, de la peregrina simplicidad de Acuña.

—Jorgito—le decía Polo entre burlas y veras,—tengo lástima de ti... ¿Quién te trajo á esta cueva de reptiles, joven inexperto?... ¿Cómo tú en la redacción de *La Lucha*, mozo mal aconsejado, alma cándida llena de ilusiones y virginidades?... Ya te cogió en sus uñas el buitre, ese buitre vestido con plumas de pavo real.. periodista de callejón y encrucijada, topo con la péñola y lince con el sable; corchete de caciques, sabueso de actas, ganzúa de bolsas y abismo de codicias... ¡Mírale, qué grave y formalote, monstruo de vanidad con los pobretes, manso y ruin delante de los poderosos!.. Rudo, lo mismo que un alcornoque, ha descubierto, sin embargo, la piedra filosofal, pues vuelve en oro lo que toca; vive á lo gran señor, con gran lujo de criados y manceba, y es tramposo por hábito y deporte, no por falta de dineros... Ahora te ha cogido en sus garras para explotarte como á otros muchos... para darse pisto de Mecenas...

Protestó Jorge, indignado, de las palabras de Silva.

—Don Diego es un hombre de talento y de corazón.. A mí me trata con gran cariño... Nunca le agradeceré bastante su delicado proceder... Me tiene prometido un sueldo en el periódico y...

—Lo que te diere ese bribón—repuso Polo—que me lo claven aquí... ¡Joven incauto! Pero, ¿tú no sabes que el director de *La Lucha* paga á sus redactores en moneda de bombos, lisonjas y francachelas?

Acuña concluyó por reirse del pérfido Silva, tomando á burla sus truculentas sátiras. Pero el infatigable censor, beodo casi siempre, cogía el brazo del poeta y no le soltaba hasta caer rendido de sueño en uno de los divanes

de la redacción. Habíase empeñado en adiestrar al mozo y enseñarle á conocer el mundo.

—Los pícaros de antaño—decía con sorna—eran unos infelices... No hay sino leer las historias de Quevedo, Espinel, Hurtado de Mendoza, Alemán y otros pontífices del género, para convencerse del infantilismo de tales picardías... Casi todos aquellos aventureros eran gente soez y ordinaria que daban con su cuerpo, á las primeras de cambio, en cárceles y galeras... Hoy los pícaros tienen más arte, usan mejor ropa, son muy bien criados; invaden los oficios de más lustre, se dedican al comercio, á la curia, á la política y á la prensa; intervienen con gran provecho en los negocios públicos, y no es raro verles llegar á los Consejos de la Corona; son caciques, periodistas, diputados, oradores, jefes de partido, padres de la patria... Antaño, los pícaros se dedicaban al hurto y al robo con más ó menos industria; ahora, se visten de caballeros y montan en automóvil y esconden sus hazañas bajo nombres peregrinos: los intereses nacionales, la salud del pueblo, la regeneración social, la democracia, la libertad del pensamiento y otros ardides y remoquetes. No hubo ginovés, tahir, águila, entretenido ni garitero de aquellas antiguas centurias, ni siquiera valido de rey que llegase al punto de finura de los lince de hogaño. Y á compás de la agudeza del ingenio y la pupila, se ensancha la capacidad de las bocas y los estómagos; que ya se beben los ríos, se sorben villas y ciudades, y, agotado el yantar, se tragan ollas, platos y almireces, pues no hay metales, piedras ni cementos que resistan á las modernas dentaduras... Aprende joven, que aquí estás en la propia Salamanca de la picardía...

Pasmado oyó el buen Acuña las insolentes razones de

aquel archidiablo.—¿Habrás visto—pensaba el mozo—pecho más vil ni lengua más facinerosa?—Hurtóse cuanto pudo á la presencia de tan desapacible mentor, pero el bohemio le perseguía con implacable tenacidad.

—Es menester, Jorgito, advirtió D. Diego una noche—huir de esos coloquios... Silva es un desalmado... quiere corromperte. Yo no le arrojo de aquí por lástima... Si no fuese por mí, ya se hubiera muerto de hambre...

Metido Jorge entre tan buena gente, empezó á conocer el mundo y á soltar los andadores. En el despacho de Araujo, en el escritorio de Nilson y en la casita del Postigo del Rey, contenía sus nacientes ímpetus y bajaba los ojos al suelo; mas en llegando al cafetín de la Castaña, teatro de sus triunfos, tosía recio, imitando á su Mecenas, y puestos los pulgares entre las sisas del chaleco, recitaba los campanudos *Bronces* ante un auditorio de poetas chirles y ebenes.

¡La musa del guerrero es quien me inspira,  
La musa de laureles coronada!  
¡Yo soy un luchador! Pulso la lira  
Como pudiera manejar la espada...

RICARDO LEÓN.

---

## DE «EL JAPÓN HEROICO Y GALANTE»

A principios del siglo XVI, que fué en el Japón el siglo de oro de las hazañas caballerescas, un cortesano llamado Kotzuke, favorito del Emperador, insultó en público al príncipe Akao. Éste, en el acto, retóle á singular combate; pero el otro, poco aficionado á los mandobles, acudió á su soberano quejándose de que le querían asesinar. El em-

perador, que tenía por su cortesano un cariño ciego, condenó á muerte al príncipe Akao. Y de nada sirvieron los ruegos de los nobles y las súplicas de los consejeros. Justicia fué hecha. Entonces los cuarenta y siete capitanes que servían al ajusticiado juraron vengarle. Abandonaron sus hogares y sus prerrogativas, y sólo conservaron, bajo humildes mantos, las armas necesarias para luchar contra sus enemigos. El cobarde Kotzuké, enterado de los propósitos de los ronín, se rodeó de guardias y se encerró en un palacio fortificado. Pero los años pasaron. Cinco, diez, quince años pasaron. La venganza parecía abandonada, los vengadores muertos. El cortesano comenzó á creerse libre de todo temor, y poco á poco fué volviendo á adoptar sus antiguas costumbres. Las guardias de su morada se redujeron á un grupo de samurayes envejecidos. Cuando los cuarenta y siete ronín vieron, después de esperar veinte años justos, que el momento era propicio para ejercer la sagrada venganza, se reunieron en Osaka, en casa de un tabernero que, por simpatía, les ofreció hospitalidad. Allí permanecieron largos días aún combinando la acción definitiva, temerosos siempre de no poder llevar á cabo la obra de justicia á la cual se habían consagrado. Una noche, en una de las reuniones, el más viejo de todos dijo: «La conducta del tabernero que nos alberga me inspira grande desconfianza. Antes de decidirnos á pedirle nuestras armas, vamos á probar su lealtad. Diez de entre nosotros se disfrazarán de militares, y con máscaras y pelucas, penetrarán esta noche en la posada para exigir, en nombre de Kotzuké, que el tabernero les diga nuestros nombres.» Así lo hicieron, en efecto. Enmascarados, entraron los ronín, ataron al que los albergaba y le amenazaron con matar á su hijo si no

traicionaba á sus huéspedes. «¡Yo mismo le mataré si queréis!» contestó el leal hombre. Entonces los vengadores se desenmascararon, y abrazando al que antes les inspirara desconfianza, explicáronle por qué habían obrado de aquella manera. «En este tiempo—le dijeron—los corazones están tan envilecidos, que de todos debemos dudar.» Luego, al amparo de la obscuridad de la noche, dirigiéronse al palacio de Kotzuké, lo despertaron sin violencia y haciéndole reverencias, le cortaron la cabeza, que fueron á depositar sobre la tumba del príncipe Akao. El tribunal del mikado los condenó á muerte. Ellos esperaban tal sentencia. La recibieron sonriendo, y sin esperar siquiera el fin del plazo que se les señalaba, se reunieron en la colina en que yacía enterrado su señor, y se abrieron el vientre á la manera clásica. Hoy los japoneses adoran á estos héroes como á sus más milagrosos santos, y los cuarenta y siete sepulcros que se alzan alrededor de la tumba principesca, forman un grupo de altares, ante los cuales todo buen súbdito del mikado jura imitar la sublime conducta de los ronín si un día las circunstancias le obligan á ello. En el teatro, según me decía el actor Iio Ii, es necesario dar de vez en cuando una nueva versión de esta leyenda, pues el público lo considera como un evangelio nacional y necesita verlo periódicamente. Es la misa roja del pueblo.

.....

Por mi parte, yo prefiero, como símbolo del alma japonesa, y como caballero de leyenda, al personaje del Yumihari Dzuki de Bakin. Este héroe, Hatchiro Tame-tomo, fué el más fuerte y el más bravo de su época. Era grande como un gigante y fuerte como un toro. Sus ojos tenían cada uno dos pupilas. Un día, como hablaran de-

lante de él de los grandes arqueros de los siglos pasados, respondió:

—Me parece inútil discutir sobre la superioridad de éstos ó aquéllos, pues entre los arqueros de hoy día no creo exista ninguno que pueda vencerme á mí en eso de rechazar millares de bravos enemigos.

Tametomo tenía entonces doce años. Y al oírle hablar así, un general, le dijo:

—¡Sois un fanfarrón!

Sin la menor cólera, el niño contestó:

—Hoi, á los ocho años, sirvió como general al emperador chino Shun; Yeki, á los cinco años, tenía la dirección del fuego. La prudencia y la locura, la habilidad y la torpeza, no se miden por los años. Reuní á los más diestros arqueros. Aunque éstos tengan sus flechas dotadas de la inteligencia del hada Kuannon, yo os mostraré cómo los venzo.

El General hizo venir á los dos arqueros más hábiles del país, Noricighé y Novikazu, y les dió orden de tirar contra Tametomo. Como algunos samurais creyeran la prueba muy peligrosa, el padre del niño exclama:

—Tametomo no tiene más que doce años, pero no creáis que es un niño. Si no se somete á la prueba en esta ocasión yo consideraría la cosa peor que volver la espalda al enemigo. Yo puedo soportar sin pena la pérdida de un hijo. Lo que no soportaré será la pérdida del honor. Así, pues, os suplico ardientemente que me deis vuestro permiso.

Y la prueba fué hecha de la siguiente manera:

«Noricighé colocó una flecha en su arco y tendiéndola hasta que formó una media luna, la disparó, lanzando al mismo tiempo un grito. Tametomo, con su mano dere-



cha recogió la flecha, mientras con la izquierda paraba la que Novikazu le acababa de lanzar en el mismo momento y que le iba dirigida directamente al corazón. «¡Falló!»—exclamaron los dos arqueros admirados.—«¡No queremos matarlo, pero esta vez no detendrá nuestras flechas!» Y armando sus arcos al mismo tiempo, dispararon. Tame-tomo paró una de las flechas, recibéndola entre la manga de su kimono, y como no podía detener la segunda, la cogió con los dientes.

Todo esto fué hecho con la rapidez del aire. A todos los espectadores les pareció aquello más que humano. Hallábanse aturridos; la cosa sobrepasaba todo elogio, y nadie pronunciaba una palabra. Tame-tomo tiró las flechas á izquierda y derecha. «¡Y ahora, salvo nuestro respeto, es necesario darme vuestra cabeza!»—exclamó, tratando de coger á Sinsei. Su padre Tameyoci intervino y le dijo:

—Es necesario que vuestra bondad sea tan grande como vuestro valor.

Un proverbio japonés dice que en tiempo de paz las letras se colocan á la derecha, las armas á la izquierda, y, en tiempo de guerra, las armas á la derecha, las letras á la izquierda. En realidad, letras y armas están tan unidas en el Japón, que en todo tiempo parecen ir juntas ayudándose, sosteniéndose é inspirándose. En las batallas y en los combates singulares, cada uno trata de imitar la conducta de algún héroe poético, y en la labor literaria, los más ilustres escritores buscan, como modelos de sus personajes, figuras de arrojo y de elegancia. Las sonrisas, extraordinarias en Europa, que Alejandro Dumas pone en los labios de sus mosqueteros durante los más angustiosos momentos, los japoneses las tienen siempre, aun en

la agonía. Y en ese punto, la realidad y la ficción se confunden de tal modo, que si la historia influye primero en la fábula, luego la fábula influye en la historia, y, ambas, al fin, dominan la realidad. Mi amigo, el capitán de navío Domecq García, decíame que durante la batalla de Thusima, los marineros de Togo apostaban riendo, á quien primero muriese, y cantaban bajo la metralla apacibles romances de antiguas hazañas. La literatura heroica, en efecto, forma parte de la vida de todo japonés. En cada regimiento, en cada barco de guerra, hay un «contador de cuentos» que recita, en las horas de descanso, las más bellas historias antiguas. A uno de éstos le oí contar, visitando hace días cierto cuartel de Tokio, una historia que ya antes había leído en el *Taiheiki*, la iliada nipona. Se trata de un acto heroico infantil. Los monjes de Iyeizan han declarado la guerra á las tropas del sogún. Uno de ellos, un hércules fanático que se siente cual una maza en la mano de Dios, lánzase primero que todos contra el arrogante é invencible Kaito. El choque es espantoso. Las armaduras crujen en la lucha y los cascos de laca y de bronce saltan en astillas. La multitud que contempla tamaño duelo, cree que el triunfo será del militar, no sólo más fuerte y más ágil, sino también mejor armado. Pero de pronto, como por un milagro, un cuerpo rueda y el monje alza en la punta de su pica la cabeza de su adversario. Entonces sale de entre la muchedumbre un niño vestido de guerrero con una coraza de plata y un sable de empuñadura de oro. La gente le ve sonriendo. ¿A dónde vas?—le preguntan las mujeres, acariciándolo. Sin contestar, lánzase contra el monje, lo ataca, le da cien estocadas en la coraza. Pero ni su alma ni su brazo pueden hacer daño. El monje, lleno de admiración por tan

precoz bravura, inclinase hacia el niño y le toma en brazos. «Soy el hijo de Kaito exclama éste—soy el hijo de aquél á quien acabas de decapitar, y deseo matarte ó morir.» En el mismo instante una flecha atraviesa el cuerpo infantil, que el fraile, llorando, deposita bajo un árbol. Los partidarios del sogún que ven aquellas lágrimas, creen al héroe incapaz de continuar peleando y se preparan á hacerlo prisionero. Uno le arrebató su sable; otro la lanza. Entonces él cogiendo por los cabellos la cabeza cortada, lánzase al combate blandiéndola cual una maza.

.....

Todas estas leyendas que forman el alimento espiritual del pueblo, son las que animan á los japoneses actuales en sus luchas y en sus esfuerzos. Riudard Kipling preguntaba á su compañero de viaje contemplando hace ocho ó diez años un grandioso Templo de Nara. «Pero verdaderamente, ¿cree usted que estos hombrecitos simiescos son los que fabricaron esto?» Y Pierre Loti, ante la tumba de los samurayes, exclamó: «Es inexplicable, cual un antiguo enigma, la historia de los cuarenta y siete ronín; es inexplicable para los que conocemos á los japoneses débiles y degenerados de esta época.» ¡Oh, errores de poetas! Encontraron á un pueblo que sonreía, y no supieron ver, tras aquella sonrisa, la fuerza y el heroísmo. El Japón estaba leyendo sus viejas historias heroicas, y Europa creía que estaba estudiando libros nuevos.

E. GÓMEZ CARRILLO.

---

DE EL HIDALGO DON TIRSO DE GUIMARAES.

El día mismo del Apóstol ocurrióle una donosa aventura. Acaeció en la plaza del Hospital. Era prima noche. La plaza se hallaba plena, abarrotada, sin espacio para un alfiler. Las gentes estrujábanse, magullábanse. No había manera de rebullirse, de sacar un brazo, de mover una pierna. Se quemaban asiluetando la más bella fachada catedral, aquellos juegos de lucería, célebres en todo el solar gallego, maravilla de místicas ingenuidades, gloriosa fiesta oliente á pólvora, plena de ruido y de barbarie, fuerte y excelsa como un drama de Esquilo.

Tirso de Guimaraes rugía en medio de la muchedumbre, viéndose trocado en plasta. Sentíase deshacer por minutos al embate de aquella horda infantil y pasional, que se estrujaba en ímpetu dantesco. Sudaba, sentía dolores en todo el cuerpo, picazón, inquietud, ganas de huir, miedo á perecer.

Tirso creía morir. Alzando los ojos contemplaba la bóveda clara, y añoraba ser pájaro, volar, huir de aquel infierno. A veces, una ola humana le hacía correr más apretado aún, recibiendo coces, vahos, gritos. Y sintió la impresión bestial de sentirse matar espachurrado, sin clemencia, aciagamente. Y cerrando los ojos, anheló morir ya, para liberarse. Pero de súbito, una idea genial conmovió su espíritu.

—¡Si me atreviese!...

Y se atrevió. Y dió un enorme, clamante, desgarrador aullido:

—¡Fuego, fuego!

La horda, sobrecogióse un instante, sorprendida por el pánico. Huyeron en su torno algunos hombres. Tuvo

un instante de libertad y desahogo, un espacio breve para rebullirse. Y dió una carrerita, y de un brinco desesperado encaramóse sobre los hombros del campesino que tenía delantero. La brecha humana se cerró. El campesino, preso, no pudo tornar á sacar sus brazos, ni defenderse, ni esquivarse. Blasfemó. Y entonces el estudiante le quitó el sombrero para darle un pescozón cruel:

—Sé manso y no rebuznes como vil pollino. Mira que si rebuznas he de molerte á palos. Anda contento, que nunca llevaste carga mejor.

Y cuanto más gritaba el indefenso rocín, más pescozones daba el truhán. Y los fuegos duraron una hora y otro tanto duró la cabalgada.

Cuando, por fin, cabalgadura y jinete lograron salir de la plaza inhóspita, el campesino, exhausto, sin puntales que lo sostuvieran por sus cuatro lados, dió en tierra exánime. Guimaraes, entonces, hizo un comentario:

—¿Suponías por acaso, mal pensada criatura, que había de aguantar el hedor de tu ropa, que había de caminar junto á tu carne de macho cabrío? Yo he nacido para montar sobre ti, para escalar el cielo sobre tus hombros, para ser fuerte.

Luego ayudó á levantarlo. Dióle unos dineros, un vaso de vino y un consejo.

—Montar, montamos todos en ti.. Son robustos los hombros que nos aparas.. Ni es tu alma pulida.. Así, mientras no sacudas el ingenio, ni estreches los hombros, ni acicales tu espíritu, ni tengas derecho á ser jinete, escarranchará su cuerpo sobre tus lomos tristes quien haya nacido centauro. Esto no es justo, pero acontece. Yo te diría, quizás, que hasta es justo. Sin brida, perecerías de hambre, pues ni aun sabrías hallar el pesebre. Mas ya que

naciste para ser montado, ten una advertencia que regalo á tu candor, ¡oh, hermano mío! De cualquier modo, y mientras no te corrijas, soportarás dueño. Si este dueño es como yo, hidalgo y artista, irá sobre ti, mas irá dulcemente, sin hacerte daño, y te guiará por sendas amplias, y al caer, sabrá, como yo, recogerte y aun lavar tus heridas, y dolerse contigo. Mas si es un fementido engañador que halaga tus instintos para lucrarse á costa de tus fortalezas dóciles, si es lo que dicen un revolucionario, si tiene alma de hampón, irá sobre tus costillas donde le plazca; te hincará la espuela, te llenará de mataduras, no sabrá tener un solo gesto prócer y magnánimo, te burlará, te escarnecerá; y cuando estés flojo, sabrá darte, sin que se mueva una sola de sus entrañas cobardes, la puntilla que le otorgan á los pencos. En el nombre de Dios y del Bien te lo digo, villano. Lleva una carga inteligente á lomos de tu inocencia. Mas no lledes una jiba de iniquidades. Aprende, ¡oh carne de mi carne mortal! si eres consciente, la lección que te ofrezco.

Dijo y fuése. ¡Y en Santiago le llamaron loco!

LUIS ANTÓN DEL OLMET.

---

## CANALEJAS

---

DISCURSO PRONUNCIADO AL TOMAR POSESIÓN DE LA  
PRESIDENCIA DEL CONGRESO.

Si el natural y legítimo anhelo de acompañar con comentarios mis palabras estimulase á alguien que esperara oír de mis labios un discurso político, su expectación y su curiosidad quedarían defraudadas, porque yo no pretendo, ni intentaré siquiera, pronunciarlo. En dilataciones de la tribuna parlamentaria, en la Prensa, en las re-

uniones populares expresé mis conceptos y mis ideas; allí expuse mis profundas y arraigadas convicciones; allí pude decir con insistencia, con reiteración, vehementemente cómo se profesan y se aman los grandes principios, cómo yo aspiro á simbolizar en la política española aquellas tendencias más acentuadas de la extrema izquierda del partido liberal tal como lo sueña mi noble ambición patriótica, dilatando sus fronteras para recoger, no por estímulos de la seducción y de los halagos personales, sino por la atracción viva y fecunda del ejemplo moralizador de los hechos, todas las grandes inteligencias y las grandes fuerzas perdidas para el bien de la Patria por estar alejadas del régimen vigente.

Aparte de esto yo no puedo menos de dirigir mi atención y mi pensamiento hacia las manifestaciones insidiosas é injustas que en detrimento del régimen parlamentario formulan sus enemigos. Pero bueno es advertir que no temo tanto las protestas y los ataques de los heterodoxos como los cismas que surgen entre los creyentes. El prestigio del régimen parlamentario, garantía permanente de la libertad en España, indiscutible esperanza de progreso, en el cual pueden recogerse todas las fuerzas políticas, depende en mucho de nuestra conducta, de que no quebrantemos la lealtad fidelísima al espíritu de la Constitución. Digo al espíritu, porque es el espíritu de la Constitución el que informa la política progresiva de todos los pueblos; sin Constitución escrita, ó con el texto arcaico de una vieja Constitución, han podido realizarse los grandes esplendores de las más sólidas democracias contemporáneas. Por lo mismo, señores, reconociendo que en España, por la voluntad de todos, suele cumplirse, aunque no siempre, la letra textual de la Constitución, reconociendo

que allá en la cima de los poderes públicos hay que obedecerla con toda serenidad y rectitud, declaro que el espíritu constitucional, lo que representa, su esencia, suele estar muy olvidado.

Sí; este continuo ascender de los partidos políticos á deshora para caer á destiempo; esta prórroga bienal de los preceptos que nos exigen la deliberación anual de los gastos y de los ingresos; estas crisis de situaciones completas ó parciales, de Ministros que desfilan ante nosotros como en una proyección cinematográfica; este agotar la vida de las Cortes, aun antes de haber alcanzado la plenitud de su existencia y aun casi definido su programa es, en sentir mío, contrario al espíritu de la Constitución. La Constitución ha fijado sus plazos, ha establecido sus trámites, ha dispuesto sabiamente en qué discordias de la voluntad nacional con la representación parlamentaria podrá el poder moderador del Estado producir las grandes crisis de las elecciones; pero no ha podido sino prever por la estabilidad de esos poderes, por la consistencia en los plazos electorales, que el cuerpo electoral esté conturbado y desmoralizado por tantas y tan constantes consultas, hasta el punto de que las Cortes españolas, como los frutos prematuros, apenas nacen cuando llega su madurez.

Es un interés supremo de la Patria que las Cortes se acerquen al término de su vida, siquiera á la duración de aquel Parlamento llamado largo del partido liberal que consolidó las grandes conquistas y los grandes avances democráticos de la Regencia. ¡Cortes duraderas! Y, sin embargo, señores, como es la sinceridad la mejor ofrenda de la gratitud, no puedo menos de decir que por muchas partes y por muchas gentes, aun por algunos de nosotros,



se establecen ya cálculos de probabilidades para la duración de los Parlamentos. Son tales cálculos contrarios al interés público y más contrarios hoy que nunca.

El Parlamento español, habida cuenta de dificultades que todos prevemos; de trances circunstanciales que no deben conturbar nuestro espíritu, porque exagerando las dificultades se acrecientan los obstáculos y se debilitan los remedios, necesita el convencimiento en la energía propia, y necesita, sobre todo, como elemento vivificador de la cohesión de la mayoría, porque son las mayorías las responsables de las crisis que se producen y que alteran el desarrollo moral de la política.

Tales son, en mi sentir, las nobles y elevadas aspiraciones de esta Cámara. De mí no quiero hablar nada; básteme con insistir en que necesito vuestro concurso. La autoridad que me concedéis es muy grande; mis fuerzas son muy débiles: pensad, pues, en que habéis depositado en mí esa autoridad y esos prestigios que no son míos, sino vuestros; olvidad al depositario y acordaos de lo que dejasteis bajo su custodia.

Con sinceridad, con nobles propósitos, con olvido completo de todo otro interés que no sea el supremo de la Patria he de proceder; y así espero que algún día, en que como hoy me escuchéis benévolutamente, podáis decir que si llegué á esta altura sin merecimientos, me mantuve en ella con la conciencia tranquila de haber cumplido mi deber, y de la propia suerte que ahora vuestros sufragios me han acompañado en proporción que excede en mucho á mis méritos, entonces me acompañen también vuestro respeto y vuestra consideración, que entre tantas inquietudes y sinsabores como abundan en la vida pública, representan la única recompensa á que aspiro.

## DE «UN CUENTO DE VIEJAS»

Cerca del hospital vetusto, en el espacio de una vieja y anchurosa plaza, clara y alegre como un reir de juventud, las niñas jugaban y cantaban al sol. Ya se ha dicho que las mujeres no han sido nunca niñas, sino mujeres pequeñas. Y mujercitas son esas chiquillas que, asidas de la mano como en una danza primitiva, forman en el encanto de la mañana radiante y luminosa una guirnalda de flores vivas y rientes.

El lampo solar hace sortilegios de luz sobre los bucles rubios ó negros de esas lindas cabecitas inquietas. Y sus ojos traviosos, que aun no se abrieron ante ninguna desventura, parece como que se dilatan para coger la luz que el padre sol las echa como una bendición. En la plaza vetusta, en medio de la serenidad de la mañana diáfana de un crudo invierno de Madrid, cuando el cielo es una enorme cúpula cristalina, las niñas cantan unas viejas estrofas de amor y de dolor, de picardía y de ternura. De un par de siglos datan casi todos esos cánticos, que tienen en su fondo la poesía de la raza. Apasionada unas veces, burlona otras, deja pasar también sobre sus versos esa musa ignorada una ráfaga de melancolía, y luego torna á reir con su femenina inconsciencia.

Ved aquélla, que se quería casar con un mocito barbero, y sus padres la querían

Monjita en un monasterio.

Con qué gracia pícara se lamenta de la pérdida de su libertad y va refiriendo el conventual despojo de sus ga-

las y de sus prendas, y luego dice con socarronería gentil:

Si voy á la torre  
Toco la campana,  
Dice la abadesa  
Que soy holgazana.  
Si voy á la huerta,  
Cojo perejil,  
Dice la abadesa  
Que eso no es así.

Y luego, sobre el enfado de su desenfado, viene á coronar la canción con un encanto incoherente:

Entre los árboles  
Y entre las flores  
Hay muchos nidos  
De ruiseñores.

PEDRO DE RÉPIDE.

---

## SOBRE LA VERDAD

Hay verdades diversas. Mejor dicho: hay diversas clases de verdad. Mejor dicho: la palabra verdad puede tomarse en diversos sentidos.

Pero las dos verdades más opuestas, siendo verdades entrambas, son la verdad clásica, pagana, y la verdad cristiana, romántica, mística.

Para griegos y latinos la verdad tenía existencia sustantiva; era un ser de naturaleza femenina. Se adscribían carácter divino. En las genealogías mitológicas aparece como hija de Kronos, esto es, del Tiempo y madre de la Justicia y de la Virtud. ¿Quiere significarse con hacerla hija del Tiempo que el alumbramiento de la Verdad sólo

se alcanza después de días y trabajos prolijos? No; antes al contrario.

La Verdad heredó del Tiempo, su procreante, el natural mudadizo y versátil y el destino de vivir destruyéndose de continuo á sí propia, alimentándose de sus inanimados despojos; es decir, de ir viviendo una muerte inmortal. A cada minuto que llega, la Verdad se muda de aspecto y se trueca en una nueva verdad. Así, las sazones y coyunturas todas de la vida están gobernadas por una divinidad oportuna; es la Verdad del momento. Porque ha de entenderse que el Tiempo no ha engendrado de una vez y para siempre á la Verdad, sino que sin cesar la está engendrando, así como la Verdad está sin cesar concibiendo á la Justicia y á la Virtud. Adviértase de paso el valor que tienen y de qué modo obran Justicia y Virtud dentro del concepto clásico de la Verdad. La Justicia no era entonces una criatura inmutable, inflexible y severa, anterior y superior al caudal corriente de los hombres y de las cosas, que, con la norma en una mano, la aplicase por igual en todo punto. La Justicia, como el Tiempo y como la Verdad, era á cada instante sucesivo obscuramente idéntica, por el propósito, y realmente distinta; se plegaba á las circunstancias; era aleatoria y blanda, como los emocionados tanteos y correcciones que el artista va haciendo en su obra. Aquella Justicia ignoraba el sentimiento de responsabilidad en el sentido que ahora le damos; desconocía los delitos, y sólo conocía de faltas, entendidas como equivocaciones. Vivía para el presente y por el presente, y no por ni para el pasado, que esto quiere decir la espada que empuña; el pasado no existe. Y la balanza quiere decir una balanza cualquiera, como, por ejemplo, la del apotecario, que sirve para pesar lo

mismo un escrúpulo, que un talento, que una mina, que un dracma; en suma, la cantidad precisa que el médico prescribe. La Justicia no azotaba al hombre que caía y se rompía un miembro del cuerpo ó del espíritu, sino que le ayudaba á curarse. Porque, en puridad, Virtud valía tanto como salud perfecta, euforia, y su hermana melliza, la Justicia hacía de curandera. La Virtud consistía en la capacidad de fruición para el goce presente, dejando al cielo, en el regazo de los dioses, el cuidado del mañana, y al infierno en la mansión de las sombras incorpóreas, la memoria del ayer. La fórmula más somera y expresiva de la ética clásica es el «Carpe Biem» horaciano. A la vuelta de los siglos, cuando esta miel olímpica renació en panales florentinos, Machiavelo mostraba á los hombres nuevamente que la virtud era un compuesto de fuerza y talento á dosis iguales.

Iconográficamente, la Verdad clásica es una mujer desnuda en actitud huidera, con un espejo en la mano. y también una antorcha á veces. En ocasiones la representaban saliendo de un pozo. Todas estas circunstancias tienen un valor emblemático que conviene interpretar.

Es mujer. ¿Por qué? ¿Porque es mudadiza ó inconstante? No, sino porque es amable y fecunda. Por la misma razón, la mayor parte de las cualidades que luego el Cristianismo había de santificar con el apelativo de virtudes, en la mitología clásica están incorporadas en carne femenina.

Está desnuda. ¿Se dirá acaso que con esto los antiguos dieron á entender que la Verdad no cambia? Todo lo contrario; pero lo dieron á entender por muy sutil manera. La única manera de dar á entender que la Verdad es diferente en cada momento, como las vestiduras,

que cambian con el gusto, con el acto, con las estaciones y hasta con las horas, y más aún, con el viento que pasa, era representándola desnuda y no vestida. Vestirla valdría tanto como perpetuar una verdad momentánea, un rasgo efímero de la Verdad innumerable. Figurarla desnuda quiere decir en actitud inminente de vestir la túnica que conviene al momento. Es en esto la Verdad como aquel hombre que vivió desnudo toda su vida, con el paño en la mano, sin atreverse á cortarlo, aguardando siempre la última moda. Tal viene á ser, en la esfera del espíritu, la filosofía de Sócrates, el «sólo sé que no sé nada»; filosofía saludable, y aun pudiera decirse balsámica, que fluye del ánimo como un óleo y reviste los conceptos con un palio ó capa resbaladiza, de suerte que á nadie lastiman. El filósofo socrático, como el hortelano el fruto entre algodones, adereza sus ideas entre suavidades con que conservar un tiempo el valor caedizo de sus afirmaciones, como «me parece» ó «á lo que parece», «si no me equivoco», «en mí opinión», «quizás», «acaso», «tal vez» y otras tales á guisa de lubricante.

Lleva una antorcha en la mano. La antorcha esclarece; pero esclarece poco, no más allá del contorno vecino, el terreno en donde hemos de asentar el pie á cada paso.

También lleva un espejo. El espejo es una llamada á la realidad presente y contingente. El espejo nos devuelve nuestra propia imagen, tal como somos, no tal como creemos ser, ni como debemos ser, ni como fuimos, ni como seremos: pálidos por la envidia, encendidos por la cólera, contraídos por el dolor, dilatados por la alegría, tal como somos en el instante presente. Esa es la verdad. Nuestra verdad no es un tesoro arcano que sólo á nosotros pertenece. Nuestra verdad es una parte mínima

de la verdad general que nos rodea, á la manera de fondo obligado como en un cuadro, según ños atestigua el espejo. Nuestra verdad es lo que de nosotros pueden ver, entender y aprovechar los demás. Por eso los griegos gustaban de departir en coloquios afables y lentos en que la palabra, con su resplandor de fugitiva verdad, pasaba armoniosamente de unos á otros labios, como la antorcha en la carrera, de una á otra mano. Asimismo los romanos amaban el llamado coloquio *sub rosae*, platicar coronados de rosas. Lo contrario de estos paliques clásicos es precisamente la plática de café, á que son tan afectos los españoles, en la cual los interlocutores se producen como canes famélicos con un hueso, que en este caso es la verdad.

Está en actitud huidera, porque va huyendo siempre; y esto no exige más explicación.

Sale de un pozo, ó sea de un lugar cuyo fondo y origen no acertamos á descubrir. No sabemos sino que viene del corazón de la tierra, con lo cual discretamente se nos advierte que para rastrear la verdad es fuerza andar á ras de tierra sin remontarse á las regiones uranias.

La otra Verdad, la romántica y mística, es hija de la Fe. La Fe, como se sabe, está con los ojos vendados. Es, pues, una verdad interior. La antorcha que alumbra y el espejo que comprueba huelgan para la Verdad romántica y mística. Los imagineros cristianos la han figurado vestida, con el Evangelio en una mano y la otra señalando á una cruz que parece flotar en el aire. No tiene sentidos; no tiene movimiento; no vive; es de piedra.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA.

---

## ANÉCDOTAS Y CURIOSIDADES

### 1

#### Elección acertada.

En tiempo de Napoleón I, un soldado francés condenado á muerte suplicó al Emperador que le perdonase la vida.

—No puedo hacerlo—contestó el Emperador.

—Señor, confieso mi delito y la justicia con que me castigáis; pero el género de muerte que voy á sufrir es atroz.

—Si sólo se trata de eso, puedo concederte una gracia.

—¿Qué gracia, señor?

—La de que escojas el género de muerte con que quieras terminar tus días.

—Gracias, señor, gracias.

—Escoge: ¿de qué quieres morir?

—De viejo.

El Emperador soltó una carcajada y le perdonó la vida.

### 2

#### La naturalidad de Romea.

Un vecino de Madrid daba hospitalidad en su casa á un pariente suyo que había venido á la Corte desde un pequeño pueblo de Andalucía para arreglar cierto asunto en una oficina del Estado.

El cortesano dijo un día á su pariente campesino:

—Te voy á llevar al teatro para que veas al mejor actor del mundo.



Se refería al célebre D. Julián Romea.

Ambos parientes fueron una noche á ver *Bruno el tejedor*, una de las obras en que más se distinguía el actor citado.

Durante la representación, el campesino estuvo atento á lo que pasaba en la escena, sin dar ninguna señal ostensible de agrado ó desaprobación.

—Es posible que este rústico no haya entendido á Romea—pensó el pariente cortesano; y con cierta ironía le preguntó al campesino:

—Vamos á ver, ¿qué te ha parecido Romea?

—Hombre... francamente; para elogiarlo tanto, yo no he visto en él nada de particular. Ha hecho, ni más ni menos, lo que hubiera hecho cualquiera en su caso.

No cabe mayor elogio de la asombrosa naturalidad con que interpretaba las comedias el gran Julián Romea.

Era la verdad misma... dentro de un arte supremo.

### 3

#### El mendigo honrado.

Un rico propietario, yendo en carruaje por la carretera, encontró, sentado en la orilla del camino, á un pobre anciano, que le tendió la mano, diciendo:

—¡Señor, una limosna, por caridad!

El viajero sacó una moneda de su bolsillo y la dió al mendigo. Pero, apenas había recorrido cien metros, oyó que detrás de él gritaban:

—¡Eh, señor, señor!...

Un hombre corría tras el carruaje, y haciendo grandes esfuerzos pudo llegar al pueblo al mismo tiempo que el

viajero; pero tenía el rostro cubierto de sudor: era el mendigo.

—¿Qué queréis de mí?—le dijo el viajero.—¿No os he dado una limosna?

—Señor—contestó el mendigo,—me habéis dado una moneda de oro de cinco duros por una de cinco céntimos, y vengo á devolvérosla.

El viajero, emocionado por la probidad de aquel desgraciado, dijo al pobre anciano:

—Guardad esa pieza de oro, buen hombre; yo os la doy de todo corazón.

4

### El Príncipe policía.

De Irahim-bajá, príncipe egipcio de la primera mitad del siglo XIX, se cuenta una anécdota que parece un cuento de *Las mil y una noches*.

Un herrero de Jaffa se quejó de que le habían robado en su casa, añadiendo que la ocupación egipcia no había traído la seguridad al vecindario.

El bajá prometió hacer justicia. Al día siguiente fué al taller del robado, y delante de una porción de gente ordenó al verdugo que diese cien latigazos á la puerta.

Cuando el ejecutor de la justicia hubo cumplido la orden, el bajá hizo como que escuchaba, y exclamó:

—La puerta está diciendo tonterías. ¡Otros cien latigazos!

Volvió á escuchar de nuevo.

—Sigue con lo mismo—dijo en voz alta.—La puerta insiste en que el ladrón es uno que hay aquí entre estas

honradas gentes y que tiene en el gorro yeso de las paredes y telas de araña de la herrería.

Al hablar no quitaba ojo de la multitud, y vió á un hombre levantar la mano apresuradamente y sacudirse el gorro.

Aquel individuo fué detenido por orden del bajá y confesó su delito. Era el ladrón.

5

**El derecho de propiedad.**

Una vez, hallándose en Budapest, el Emperador Francisco José dió audiencia pública en el Palacio Real.

Un obrero se presentó todo avergonzado y balbuciente:

—Quisiera un retrato de V. M. dedicado á mí.

—Con mucho gusto lo haría—contestó sonriendo el benévolo Emperador; — pero no tengo aquí pluma ni lápiz.

—Eso no importa—replicó el obrero;—lápiz lo traigo yo.

Sacó, en efecto, un lápiz del bolsillo y lo entregó al Emperador.

Francisco José firmó el retrato, y después, distraídamente, se guardó el lápiz en el bolsillo.

Viendo que el solicitante no se marchaba, el Emperador le preguntó afectuoso:

—¿Puedo hacer algo más por usted?

—Sí, Majestad—contestó el obrero ingenuamente;—devolverme mi lápiz.

6

**Los cuentos históricos.**

El cuento de risa más antiguo que se conoce es uno que figura en un papiro de la sexta dinastía egipcia, que se conserva en Berlín. El papiro es del año 3200 antes de la Era Cristiana, y el cuento es el siguiente:

«Cierta escriba que trabajaba en el templo de Thoth, tenía por vecinos en los cuartos contiguos al que él ocupaba un bronceista y un carpintero.

»Estos honrados menestrales eran muy trabajadores y hacían tanto ruido durante el día y gran parte de la noche, que el pobre escriba creía volverse loco, hasta que al fin se le ocurrió hablar con cada uno de sus dos molestos vecinos, por separado, y ofrecerles una cantidad á condición de que se mudasen de cuarto, cosa que ambos hicieron de muy buen grado. El bronceista se fué al cuarto del carpintero, y el carpintero se mudó al cuarto del bronceista.»

El cuento viene haciendo reír á las generaciones de cinco mil años.

7

**Los tres ladrones.**

Un arriero llevaba al mercado de la ciudad, para venderlos, un macho cabrío y un pollino. Tres ladrones vieron al arriero, y uno de ellos dijo:

—Voy á robarle el macho cabrío sin que lo note.

Otro ladrón dijo:

—Después yo le robaré el asno.

—Tampoco es difícil—dijo el tercero.—Pues yo le robaré toda la ropa que lleva puesta.

El primer ladrón se acercó furtivamente al macho cabrío, quitóle el cencerro, que ató á la cola del asno, y se llevó el animal.

En una vuelta del camino, el arriero notó que le faltaba el macho cabrío. Púsose á buscarlo. Entonces el segundo ladrón salió al encuentro del arriero y preguntóle qué buscaba. El arriero le respondió que le habían robado un macho cabrío.

—Lo he visto—replicó el ladrón.—Hace un momento pasaba por el bosque un hombre que conducía un animal como el que dices; aún puedes alcanzarle.

El arriero corrió en busca de su macho cabrío; el ladrón, encargado de tener cuidado del asno, poco tardó en huir con él.

Cuando el arriero volvió y se encontró también sin asno, echándose á llorar, marchó sin ver hacia dónde.

En el camino, cerca de un estanque, se encontró con otro hombre que también lloraba. Le preguntó qué tenía.

El hombre refirió que se le había encargado de llevar á la ciudad un saco lleno de oro, que se había dormido cerca del estanque y que durante su sueño el saco había caído al agua.

Entonces el arriero le preguntó por qué no se echaba á nado para buscarlo.

—Me asusta el agua—contestó el hombre.—No sé nadar. Daría con gusto veinte piezas de oro al que me sacara lo caído.

El arriero pareció alegrarse. Pensó:

—Dios quiere resarcirme de la pérdida de mis bestias.

Se desnudó y entró en el estanque; no halló nada. Cuando salió del agua, su ropa había desaparecido.

Aquel hombre, que era el otro ladrón, habíasela robado.

8

Una lección de cortesía.

Luis XV de Francia, siendo todavía niño, salía una mañana con su preceptor. A la puerta del palacio se hallaba un joven limpiabotas que se descubrió delante del Príncipe y su acompañante.

El preceptor, dejando al momento la mano de su alumno, devolvió cortésmente el saludo al pobre joven.

—¿Cómo, señor —exclamó el Príncipe,—usted saluda á un criado?

—Majestad—contestó el preceptor,—más me gusta saludar á un criado que oír decir que un criado es más cortés que yo.

El joven monarca comprendió la lección y no habló más.

9

La paloma de León XIII.

Todo el mundo sabe que el anciano Pontífice, semejante á los santos que vivían en el desierto, amaba y alimentaba á todo un familiar pueblo de ciervos y palomas.

Todos los días, y á la misma hora, una paloma venía á la ventana abierta de la alcoba pontifical, y León XIII, suspendiendo por un instante los asuntos cristianos, con la misma mano con que bendecía y tenía las llaves de la Iglesia, le daba migajas de pan.

El primer día de su enfermedad, la paloma, á la hora

de costumbre, llegó, pero encontró la ventana cerrada. Ella agitó las alas y llamó con el pico, hasta que el Papa se apercibió de ello. En seguida ordenó á Pío Centra, que estaba á su lado, que abriera la ventana y buscara un pedazo de pan para dárselo en migajas.

Pero fué en vano que la mano del camarero se extendiera ceremoniosamente para darle á la paloma el alimento cotidiano. La paloma tendió el vuelo hacia el lecho del Sumo Pontífice, y allí se posó dando vueltas, arrastrando el ala y como suspirando.

El anciano extendió la mano y, por largo tiempo, la mirada, perdida en las fúnebres perspectivas de su fin inmediato, estuvo acariciando á su fiel animalito, que prefirió al alimento material que le brindaba el camarero, las dulces caricias de aquel augusto anciano.

## 10

### El barbero y el general.

Cuando Luis Napoleón era presidente de la república francesa, desempeñaba el cargo de comandante de las fuerzas de Lyon el general Castellane, viejo militar cuya severidad tenía á raya el revuelto espíritu de la desorganizada ciudad.

Uno de los principales agitadores era cierto barbero que decía abiertamente que sólo esperaba ocasión de poder librar á la ciudad de su severo comandante.

El general se enteró de la amenaza, y una tarde mandó á su cochero que le llevase á la barbería del furibundo peluquero. El general entró en el establecimiento, se sentó en un sillón y mandó al barbero que le afeitase.

El sorprendido revolucionario llevó á cabo la opera-

ción todo lo mejor que le permitió su nerviosidad, y cuando hubo acabado, el general le pagó y le dijo con calma:

—Monsieur, puesto que no ha aprovechado usted la ocasión que le he dado para degollarme, más vale que refrene su lengua y no formule amenazas que es usted incapaz de realizar.

## 11

### Una frase de Sócrates.

Llorando la mujer de Sócrates al oír la injusta sentencia que condenaba á muerte al insigne filósofo, exclamó:

—¡Cómo! ¿Has de morir inocente?

—¿Querías más bien—le dijo—que muriese culpable?

## 12

### Casas de amianto.

Actualmente se construyen en muchas partes de Australia casas de amianto.

El material se prepara en planchas ú hojas para las paredes y en forma de tejas para los tejados.

Conocidas las condiciones del amianto, es inútil decir que estas casas están á prueba de incendios y de inundaciones y que, dadas sus propiedades aisladoras, no les afecta el frío ni el calor.

Otra de las ventajas, muy importante por cierto, es que no las atacan los termites ú hormigas blancas, ni los demás insectos que abundan en las regiones meridionales de aquel continente.



**Crítica eficaz.**

Roberto de Flers, el autor tantas veces aplaudido en Francia y en España, comía solo en un gran restaurant de París.

En una mesita inmediata hallábanse comiendo también dos caballeros, padre é hijo.

Disponíanse éstos á asistir á la representación de *Primero*, en la Comedia Francesa, y el padre decía al hijo:

—Date prisa, porque vamos á perder el primer acto, y ya no podremos enterarnos de nada.

Y replicaba el hijo:

—¡Qué nos importa! Creo que es una comedia entonada y desagradable. Flers y Caillavet han abandonado esta vez la nota frívola y espiritual, que tan admirablemente manejan.

—Es muy excusable y muy humano, puesto que aspiran ya á ir á la Academia. Sé indulgente, hijo mío.

El chico no hizo caso, y siguió comiendo despacito.

—Yo notengo la menor curiosidad por llegar pronto— exclamó.

Roberto de Flers, por su parte, al pagar al mozo, le pidió servicio de escribir, y en una cuartilla puso lo siguiente:

«No van ustedes perdiendo nada con llegar hoy tarde al teatro. Les prometo no volver á abandonar la nota alegre y renunciar á todas las aspiraciones á la Academia. Y para que no nesesiten ustedes ver el primer acto, lo que pasa en él es lo que sigue...»

Y el aplaudido autor copiaba la parte del argumento, y ponía debajo su firma.

Levantóse Roberto de Flers, salió á la calle, encargó al mozo de entregar el papelito á los interesados, y, á través de la vidriera, vió la sonrisa afable de éstos, como diciéndole:

—«¡Muy espiritual!»

Lo que no se ha averiguado aún es si al cabo fueron ó no á ver *Primerose*.

#### 14

##### El mejor tratamiento.

Un hombre, víctima de una explosión, fué llevado á casa de un médico, literalmente ensartado por un pedazo de hierro. El doctor toma el pulso al enfermo.

—Está usted gravemente herido, caballero—le dijo,—pues tiene usted calentura.

—¡Ya lo sé! ¡Tengo tres pulgadas de hierro en el vientre!

—Muy bien. Veo lo que es. Es un pincho que atraviesa á usted el cuerpo. Queda *por decidir* el tratamiento que ha de seguirse. Dos casos se presentan: ó dejar el pincho, y entonces hay que temer accidentes inflamatorios mortales, ó extraer el pincho, y hay peligro de que no sobreviva usted á la operación. La suerte de usted está en sus manos; elija usted el procedimiento. En cuanto á la ciencia, tiene sus límites..., pero se tomará siempre el mismo interés, cualquiera que sea el partido que usted adopte.

#### 15

##### La locura de los grandes hombres.

¿Estaba loco Napoleón? *El Titpits* observa que todos los grandes hombres de la Historia han tenido algo patológico en su sistema nervioso.

En cierto sentido, César, Dante, Cervantes, Shakespeare, Napoleón, Bismarck, etc., eran ó estaban locos.

Napoleón I, cuando niño, sufría un intenso padecimiento nervioso, y en la adolescencia se vió atormentado de pertinaces neuralgias faciales. Algunas veces tuvo ataques de carácter epiléptico. Por la más leve causa se sentía lleno de violentísima cólera, que le obligaba á romper cuanto hallaba al alcance de su mano. De estas crisis de furor pasaba frecuentemente á un estado de abatimiento tal, que quedábase reducido á la condición de una mujer histérica. La última y trágica noche que pasó con la emperatriz Josefina, antes de su divorcio, inundó la almohada con sus lágrimas. Sobre todo, sentíase afligido por una melancolía profunda que no le abandonó desde la infancia hasta la muerte.

La megalomanía que le dominaba es la mayor prueba del carácter desequilibrado de su genio.

Y la megalomanía fué la que le perdió, aguzando su afán insano por dominar el mundo.

## 16

### El caballo y las ostras.

Un viajero llegó una tarde de invierno á la posada de un pueblo. La sala estaba llena de gente. Como no podía acercarse á la chimenea y deseaba calentarse, se valió de astucia.

—Que lleven al momento una docena de ostras á mi caballo,—dijo al posadero.

El posadero obedeció, aunque muy extrañado de la orden. Todos los presentes, curiosos de ver un caballo comer ostras, le siguieron á la cuadra y entretanto el

recién llegado se instaló en el rincón de la chimenea.

—Señor—dijo el posadero al volver,—su caballo no quiere comer ostras.

—Pues bien, me las comeré yo—respondió el hombre riendo y guardando el mejor puesto al lado del fuego.

## 17

### Una sorpresa.

Una señora y un caballero viajaban juntos por uno de los ferrocarriles belgas. No se conocían. De improviso, el caballero dijo á su compañera:

—¿Quiere usted hacerme el favor de mirar por la ventana durante cinco minutos?

—Con mucho gusto, caballero.

Y volviéndole la espalda, se puso á la puerta vidriera. Poco después el otro repuso:

--Muchas gracias, señora, ya puede usted sentarse.

Al volverse la señora vió que su vecino se había transformado en una señorita inglesa del gran mundo, con un velo en el rostro.

—Ahora, caballero ó señora, dijo á su vez la dama, voy á rogar á usted que tenga *también* la bondad de mirar por la otra ventana.

El caballero vestido de mujer se inclinó hacia fuera.

—Cuando usted guste, *milady*, vuelva usted á sentarse.

Con gran sorpresa suya, la compañera se había convertido en hombre. Echóse entonces á reír éste, diciendo:

—Parece que deseamos los dos viajar de incógnito.

—¿Qué ha hecho usted?

—Yo he robado en el Banco de Inglaterra.

—Y yo soy el agente de policía que sigue á usted *la pista* hace dos días. Así es que, añadió sacando un revólver, no hagamos tonterías.

18

**El reloj de un granadero prusiano.**

Un granadero del rey Federico de Prusia llevaba, á manera de reloj, una bala bastante gruesa atada con un cordón de seda. Federico lo supo y quiso saber por qué razón su soldado llevaba esa extraña alhaja. Al pasar la revista de sus tropas quiso ver el reloj del granadero, quien se resistió un momento, y lo enseñó luego.

—Y bien—le dijo el Rey,—¿qué hora puede marcar un reloj de esa naturaleza?

—Mi bala me advierte siempre—contestó el soldado—que á cada momento he de estar dispuesto á morir por Su Majestad.

Federico, encantado por tal contestación, sacó su propio reloj adornado con diamantes y lo dió al valiente granadero.

19

**La Corte de Dinamarca.**

En una importante Revista de París publicó sus *Memorias* el célebre empresario francés de teatros M. Schurman, con el título de *Secretos de bastidores*. En ellas evoca muchos interesantes recuerdos de artistas famosos, y cuenta graciosas anécdotas, muchas de ellas referentes á personas Reales.

Schurman habla de la sencillez y llaneza de la corte patriarcal de Copenhague. A propósito de ello, cuenta una anécdota, que si no es exacta, pinta bien el carácter de aquella Real familia:

Un día de lluvia refugióse en unos soportales, hacia donde vió que corrían mucha gente distinguida y gente del pueblo.

A un joven que estaba cerca le preguntó:

—¿Es usted de Dinamarca?

—Sí, señor.

—¿Vive en Fredensborg?

—Sí.

—¿Qué profesión tiene?

—No es gran cosa: soy el Príncipe heredero de Dinamarca...

—¡Ah!... ¿Y ese anciano caballero?

—Es mi padre, el rey Cristián.

—¡Ah!... ¿Y esos dos señores?

—Son mis cuñados: el Czar de Rusia y el Rey de Inglaterra.

—¡Asombroso!... ¿Y los otros dos?

—El más viejo es mi hermano, el Rey de Grecia, y el otro es el Príncipe de Suecia.

También cuenta Schurman la anécdota siguiente:

En Copenhague, en 1886, antes de subirse el telón, una noche conversaba en un palco con un viejo y amable aristócrata, ó que lo parecía. En esto, la ilustre actriz Ana Judic, que hace poco murió, llamólo, diciéndole:

—Schurman, como usted tiene las manos desocupadas, ¿quiere hacerme un favor?

El empresario pidió á su interlocutor que le guardase el sombrero un momento, y cuando regresó, después de ser-

vir á la Judic, se encontró su sombrero en las manos de un joven, que le dijo:

—El rey, á quien habéis dado á guardar vuestro sombrero, me ha ordenado que estuviese aquí para devolvéroslo.

20

**Decálogo de la higiene.**

Los maestros de las escuelas inglesas están colaborando con gran entusiasmo para hacer eficaces las leyes de la higiene, hasta el punto que los de Bomford hacen aprender á sus discípulos un decálogo en el que se dice lo siguiente:

1. Deseo tener abierta día y noche la ventana de mi habitación para no constiparme.
2. Tendré siempre limpios el rostro y las manos.
3. Me lavaré las manos antes de comer.
4. Me lavaré la boca y me limpiaré los dientes todas las mañanas al levantarme y todas las noches al ir á acostarme.
5. Me bañaré una ó dos veces por semana, cuando menos.
6. Procuraré respirar sólo con la nariz, teniendo la boca cerrada.
7. No toseré ni estornudaré sin volver la cara á un lado y ponerme un pañuelo en la boca.
8. No escupiré en el pavimento.
9. Comeré siempre lentamente y masticaré bien.
10. Amaré y respetaré á todos mis parientes y haré todos los días una acción caritativa.

21

**Entre el padre y el hijo.**

Un comerciante tenía un hijo que le robaba todo el género. No encontrando remedio para semejante mal, trató de transigir y entrar en avenencia.

—Escucha, Juan, le dijo el padre un día. Así como vendes á otros por bajo precio lo que me robas, ¿por qué no me lo vendes á mí?

—Pues bien, hágase usted cuenta que le he robado aquella pieza de paño. ¿Cuánto me da usted por ella?

—Veinte duros. ¡Tómalos!

—Démelos usted; pero yo le prometo no volver á venderle nada, porque compra usted muy barato.

22

**Los siete sabios de Grecia y sus máximas.**

*Solón.*—«Conócete á ti mismo.»

*Quilón.*—«Ve el fin de una larga vida.»

*Pétaco.*—«Conoce la oportunidad.»

*Blas.*—«Los más son malos.»

*Periandro.*—«Á la habilidad todo es posible.»

*Cleóbulo.*—«No hay nada mejor que la moderación.»

*Tales.*—«Promete cuando el peligro es inminente.»

23

**El dragón y los zorros.**

Un dragón guardaba un tesoro en una profunda gruta. El monstruo vigilaba día y noche para conservarlo. Dos zorros ladrones y engañadores penetraron en el subterráneo.



Con sus adulaciones, los astutos engañaron al dragón, que les confió su fortuna mientras él descansaba. Pero, apenas el dragón empezó á dormir, los zorros le mataron y le quitaron el tesoro. Luego trataron de hacer dos partes, pero los dos ladrones disputaron y se desgarraron á bocado limpio.

Los malvados se avienen para hacer el mal, y después de cometida la mala acción, cada uno lo quiere todo para sí.

## 24

### La col y el caldero.

Dos trabajadores pasaban un día delante de una huerta.

—Fíjate un poco—dijo el uno—en lo gruesas que son estas coles.

—En verdad—respondió el otro,—estas coles nada tienen de extraordinario. Viajando he encontrado una que era tan gruesa como la casa del cura.

—Eso sí que es cosa curiosa—replicó el primero.—Pues mira, yo me acuerdo de haber trabajado en un caldero cuyo tamaño era igual al de esta iglesia.

—¡Es posible! ¿Qué pretendían hacer de un vaso tan enorme?

—Era, sin duda, para hacer hervir en él tu col—contestó tranquilamente el otro.

## 25

### La desgracia de un niño.

Mi padre era militar y peleaba contra el imperio de Napoleón. Años hacía que faltaba de casa, y, por lo tanto, no nos conocíamos. Yo tenía un hermano muy alegre, y

tan hermoso como el retrato de mi madre, que había muerto. Vivíamos con una tía, buena como el pan del cielo. Lo que ella poseía era de todo el mundo. Un día mi hermano enfermó. Nuestra querida tía, sentada á su lado, le miraba á cada instante. Me sacaron de casa por temor de verme contraer la misma enfermedad. Cuando volví nadie me dijo nada, pero no ignoraba que mi hermano querido había muerto. Cuando me quedé solo, con mi madre debía irse la mitad de mi alma, y con mi hermano se fué, á no dudarlo, la otra mitad.

## 26

### Suicidio por tabaco.

Todos los sistemas conocidos de suicidio han sido eclipsados por el novísimo procedimiento adoptado por dos hermanos daneses, pertenecientes á la alta aristocracia de Copenhague.

Después de haber vivido en la opulencia se quedaron arruinados, y de común acuerdo decidieron acabar con su existencia de un modo original, é imaginaron el suicidio por el puro y por el pitillo, y desde el momento que tomaron semejante resolución empezaron á fumar cincuenta puros uno y trescientos pitillos el otro, diariamente.

Al cabo de seis meses, ambos se quedaron paralíticos y se murieron sin sufrimientos, con pocos días de intervalo, después de haberse fumado más de 50.000 cigarrillos y cerca de 10.000 puros.

27

**Concepto de los pronombres.**

Queriendo adquirir algunas nociones de Gramática, preguntó un mayorazgo al dómine de su lugar qué diferencia había entre el pronombre posesivo y el personal. Dada la explicación, le preguntó el maestro si quedaba enterado.

—Perfectamente—dijo el otro;—y en prueba de ello voy á poner un ejemplo: si digo mi borrico, es posesivo; si digo yo borrico, es personal.

—Tiene usted mil razones—dijo el maestro.

28

**El ingenio de un torero.**

Para torear en una becerrada benéfica, un aficionado, amigo del *Tato*, le pidió á éste, prestado, un traje de luces. El famoso torero lo llevó á su guardarropa y le dijo:

—Aquí está todo lo que tengo. escoja usted el vestido que más le guste.

El hombre empezó á ver trajes, los vió todos, y, con cierta cortedad, acabó por decir:

—Todos son muy ricos y muy bonitos; pero... ¿no tiene usted alguno que no tenga rota la chaquetilla por el lado derecho?

Á lo cual contestó el *Tato* con la mayor naturalidad:

—No, no tengo ninguno: eso es de *estrecharme* con los toros y de entrar por derecho á la hora de la verdad. Pídaselo usted á mi suegro, que ese tiene siempre los trajes nuevos..., por viejos que sean.

Sabido es que el suegro del *Tato* era *Cúchares*, y que á éste jamás le rozó el cuerno de un toro. Siempre que iba á torear le decía á su mujer:

—Las chuletas, á las siete.

## 29

### Un hombre feliz.

Un Rey de Oriente se fastidiaba sobre su trono. Uno de sus cortesanos le aconsejó que, para curarse, llevase durante algunos días la camisa de un hombre dichoso, de un hombre contento con su suerte.

El mismo día el Sultán encargó á su gran Visir fuese por todo el reino en busca del vestido que había de asegurar la dicha del soberano. El ministro recorrió sucesivamente todas las comarcas y visitó hombres de todas las clases de la sociedad. En fin, un día halló á un joven pastor que vivía en la pobreza, pero que era dichoso y cantaba y bailaba alegremente. El Visir ordenó que le prendieran al instante para quitarle el talismán precioso. Su orden fué ejecutada, pero el joven pastor... ¡no llevaba camisa!

## 30

### El avispero y la colmena.

Anidaron las avispas en un corcho de colmena, y revoloteaban sin cesar alrededor, y entraban y salían y defendían su casa como hacen las abejas.

—¿Qué os parece nuestra casa?—dijo una avispa á una abeja vecina.

—Es de igual construcción y tamaño que la nuestra; pero ¿tenéis muchos panales, cera y miel?

- ¿Qué son cera y miel?  
—Son la riqueza que elaboramos con nuestro trabajo.  
—No; nuestra casa está vacía...  
—¿Y para eso tenéis tanta casa? Yo creo que os bastaría un agujero.

Entre el pueblo que produce y el que imita sin producir, hay la diferencia que entre el avispero y la colmena.

### 31

#### El cuerpo y la sombra.

El cuerpo estaba muy disgustado de la compañía de la sombra. Caminaba hacia el sol, y la sombra le seguía; volvía la espalda al sol cuando andaba, y la sombra iba delante. Se paraba, y la sombra también se detenía.

Un día no pudo más, y dijo á la sombra con tono des-cortés:

- Retírate de una vez. Quiero estar solo.  
—No puedo dejarte: tengo obligación de ir contigo adonde vayas.  
—Me retiraré de ti.  
—No lo conseguirás: soy tu compañera de cadena en este mundo.  
—Saldré al sol cuando éste caiga sobre mí verticalmente desde el cenit.  
—Y estaré bajo tus plantas.  
—Pasearé siempre en el crepúsculo.  
—Y te seguiré disimuladamente en la penumbra.  
—Cerraré de noche mis puertas y ventanas y no encenderé luz en mi alcoba.  
—Entonces serás mío por completo, y te estrecharé

tan íntimamente, que no habrá un solo punto de tus formas libre de mi abrazo.

—Me mataré.

—Y me acostaré al lado de tu cadáver; y si te enterran, te acompañaré en el sepulcro, y, cuando exhumen tus restos, me dividiré en tantas partes como ellos, y rodaré con tu cráneo y haré guardia á tus últimos despojos mientras existan sobre la tierra.

—¿Y mi alma?

—Esa te abandonará para irse al mundo de la luz: tú eres esclavo de la sombra.

### 32

#### La discreción.

Enrique IV, rey de Francia, estaba haciendo preparativos para una importante expedición. Nadie conocía el secreto del Príncipe, y todos sus cortesanos hacían mil suposiciones.

Uno de ellos, más atrevido que los demás, se aventuró á interrogar al Rey.

—¿Es usted capaz de guardar un secreto?—le preguntó el Monarca.

—¡Cómo!—contestó el cortesano;—más bien me dejaría matar que revelar una palabra de lo que V. M. me diga.

—Entonces usted y yo somos iguales—añadió Enrique,—y por esa razón no le digo nada.

### 33

#### La herencia del padre.

Hallándose un padre en su lecho de muerte, hizo venir á sus tres hijos.

—Queridos hijos míos—les dijo,—no tengo más he-

rencia que esta choza y la viña á ella unida; pero sabed que en esta última hay un tesoro escondido.

Muerto el padre, los hijos se dispusieron á remover la viña. Nada encontraron; mas la tierra, que nunca había sido tan bien cavada, ganó tanto, que vino á ser el manantial de su dicha.

El tesoro que creían enterrado era el trabajo, que constituye siempre el bienestar del que sabe aprovecharlo.

### 34

#### Curiosa penitencia.

A dos amigos les echaron de penitencia ir andando á París con una docena de garbanzos en las botas. A los pocos pasos, uno de ellos se sentó en la carretera porque le dolían los pies, y al ver que el otro seguía andando, le pregunta:

—¿Cómo te arreglas para no hacerte daño?

—Porque llevo los garbanzos cocidos.

### 35

#### El reloj de la Catedral de Estrasburgo.

El reloj de la Catedral de Estrasburgo está regulado para mil años. Esta máquina maravillosa indica los sesenta segundos del minuto, los sesenta minutos de la hora, las veinticuatro horas del día, los veintiocho días de la luna; los veintiocho, veintinueve, treinta ó treinta y un días del mes, los trescientos sesenta y cinco ó trescientos sesenta y seis días del año. Indica igualmente las fases de la luna, los eclipses de sol, la posición de la tierra y de los astros en cada estación.

Desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde un gracioso niño se adelanta quince minutos después de la hora y toca el cuarto; un joven armado de una flecha toca la media; un guerrero, personificando la fuerza y las luchas de la vida, toca los tres cuartos; un anciano con su muleta toca los cuatro cuartos de hora, y la muerte toca la hora.

### 36

#### La voz humana y el rayo.

Una tarde regresaba á un establecimiento de minería un célebre tenor, en compañía de varios compañeros. El cielo se había nublado repentinamente y alguien presagió cercana la tormenta.

El tenor se separó del grupo, y al cabo de algunos momentos entonó con su hermosa voz la romanza *Amor ti vieta di non amar*.

Apenas transcurrieron uno ó dos minutos, un rayo vertiginoso, terrible, se desprendió del obscuro nublado y derribó instantáneamente al cantor y á su cabalgadura.

Sus amigos casi no se dieron cuenta exacta del fenómeno; tal había sido la rapidez del hecho.

Las vibraciones del aire producidas por la voz potente en esos momentos críticos atrajeron el rayo hacia el punto donde se produjeron.

### 37

#### Piadosa costumbre.

Según la *Obra de las Misiones*, es por demás curiosa y de interés social la piadosa costumbre que con el nombre de Fiesta del trabajo, han adoptado los trabajadores de Normandía.



Consiste ésta en adornar artísticamente con las diferentes herramientas de sus oficios respectivos el altar mayor de su iglesia un día de fiesta, exponiendo luego en él á Su Divina Majestad para la misa y quedando expuesta á la pública veneración de esta manera hasta la puesta del sol, en que se hace reserva, y los trabajadores retiran del religioso trofeo sus herramientas, que han de volver á usar al día siguiente.

### 38

#### Un capitán improvisado.

Un día que Napoleón I, montado en un brioso caballo, pasaba revista á sus tropas, dejó impensadamente caer su sombrero. Un soldado se apresuró á recogerlo y se lo presentó.

—Gracias, capitán—dijo el Emperador, creyendo recibirlo de uno de sus ayudantes de campo.

—¿De qué regimiento? mi Emperador—repuso muy listo el soldado, poniéndose junto á S. M.

A esas palabras el Emperador vuelve la vista y comprende su error, pero satisfecho de la oportunidad del soldado, contestó:

—De mi guardia; y el soldado fué capitán de aquella guardia que adquirió tanta gloria.

### 39

#### El descenso del barómetro.

El doctor Hongh, que murió siendo obispo de Worcester, era sumamente amable. Un joven que fué un día á visitarle, llegó á la hora de comer, y el doctor le invitó á su mesa.

Al acercar una silla dejó caer un barómetro magnífico que estaba colgado en la pared, y el joven, contrariadísimo por aquel accidente, se deshacía en excusas.

El buen prelado, con afable sonrisa, le dijo:

—No se hable más de ello. Después de todo, tenemos una sequía pertinaz y vamos á ver si cambia el tiempo en vista de lo que ha bajado el barómetro.

#### 40

##### Historieta.

Un forastero se acerca á un golfo y le pregunta dónde está la cárcel.

—¿Ve usted aquella platería?

—Sí.

—Entre en ella y coja un cubierto.

—¡Hombre!

—En seguida le acompañarán á usted adonde desea ir.  
El forastero saludando:

—¡Muchas gracias, amigo!

#### 41

##### El oficio en los príncipes.

La mayor parte de los príncipes reinantes saben un oficio ó se dedican á alguna rama del arte ó de la ciencia. El duque Carlos Teodoro de Baviera, jefe de la familia Wittelsbach, es un oculista notable. La ex reina Amelia de Portugal dedica sus ratos libres al estudio de la tuberculosis. La condesa Lonyay, hija del difunto rey Leopoldo, posee privilegio de invención por un aparato para conservar caliente la vajilla en la mesa. El príncipe Enrique de Prusia tiene patente por un sistema para

conservar limpios los cristales de los automóviles. El rey de Bulgaria es un experto maquinista y conduce la locomotora de su tren real. El príncipe Eugenio de Suecia es paisajista; la archiduchesa María Teresa de Austria se dedica á la música; la duquesa de Argyle es escultora, y el difunto rey Eduardo de Inglaterra era un ganadero muy entendido. El ex sultán de Turquía, Abdul Hamid, es un buen carpintero.

## 42

### La niñez de un sabio.

Una noche Pedro Simón, que contaba apenas trece años, dejó, sin ser visto, su dormitorio del Seminario de Beaumont, donde comenzaba sus estudios, y llegó al terrado que dominaba los edificios de aquel magnífico establecimiento. Pedro Simón, después de haber estado largo tiempo mirando el firmamento, suspiró y se dispo-  
nía á volver á su lecho, cuando sus ojos se fijaron de nuevo en el cielo, todo sembrado de estrellas.

—¡Dios mío!—dijo el joven juntando las manos,—¿de dónde vienen estas estrellas que brillan en el infinito?

Poco á poco las raras nubecillas que tapaban un rincón del espacio desaparecieron y el pequeño sabio pudo considerar la inmensidad resplandeciente.

## 43

### Carta modelo.

Una señora que tenía á su marido en lejanas tierras, le escribió esta amabilísima carta:

«Te escribo porque no tengo nada que hacer, y concluyo tan pronto por no tener nada que decirte. Adiós.»

44

**El monóculo.**

El monóculo es de origen inglés, y su adopción fué debida á una necesidad. A principios del siglo XIX las autoridades militares inglesas prohibieron terminantemente á los oficiales el uso de gafas y lentes, fundándose en que unas y otros daban poco aspecto militar al portador. La orden tuvo que ser acatada, causando no pocas molestias á los militares cortos de vista, hasta que uno de ellos inventó el monóculo y lo empezó á usar, considerando que no contravenía la orden, pues los monóculos ni son gafas ni son lentes, y en seguida se extendió su uso entre la oficialidad, no sólo de Inglaterra, sino de otras naciones, mucho más cuanto que, en opinión de casi todo el mundo, el monóculo da aire de resolución y ferocidad al que lo usa, mientras que las gafas dan aspecto de endebles.

45

**El número fatídico.**

En la historia de los Estados Unidos de América ha jugado el número 13 un gran papel.

Tiéndose por cierto que América se descubrió en el día 13; 13 eran los Estados de la unión norteamericana al principio; las letras de su emblema *E unum pluribus* (uno entre muchos); cada ala del águila del escudo son 13 las plumas que ostenta en aquella república y 13 los cañonazos con que fué saludada la enseña nacional al proclamarse la independencia y ser elegido Wáshington primer presidente de la Unión.

46

**Lo más bello de la tierra.**

Un periódico suizo suplicó recientemente á sus lectores explicasen en pocas palabras cuál era á su juicio la cosa más bella de la tierra.

De las 1.996 respuestas recibidas, sólo tres fueron premiadas. El primer premio lo obtuvo una señorita que dió la siguiente respuesta: «Los ojos de mi madre.» El segundo correspondió al autor de esta fórmula: «El sueño de lo que nos es imposible conseguir.» Finalmente, el tercero fué ganado por un bromista que se expresó diciendo: «La cosa más bella del mundo es ver á un marido atravesando un torrente peligroso, llevando sobre la espalda á su propia suegra.»

47

**La esperanza.**

Hay una cosa que alegra tanto como el dinero, y que está al alcance de todas las fortunas. Es azul y brilla más que el oro. Se mezcla en todos los actos de la vida; se la encuentra lo mismo en la política que en la religión; lo mismo en la multitud que en el individuo. Entra en un billete de la lotería, en el saludo de un hombre poderoso. Es indudablemente el único dinero con que se puede comprar la felicidad, y se llama *Esperanza*.

En la vida del hombre todo se reduce á esperar: el niño espera la juventud; el joven espera la vejez; el anciano espera... la muerte. El pobre espera ser rico; el rico espera serlo más. Todos esperamos algo.

48

Un paleta que asistía al teatro por vez primera, y que estaba verdaderamente embobado presenciando la representación de una zarzuela, al oír el primer coro hubo de exclamar, entre el asombro de los que estaban sentados junto á él.

—¡Anda! Esos cantan todos á un tiempo para acabar más pronto.

49

**Buenos consejos.**

Las ventanas cerradas son calles abiertas á la tisis.

El sol en una casa se come el color de las alfombras, pero tiñe las mejillas. Escoged.

Los denominados chalecos protectores de pecho, sólo sirven para llamar la atención de los constipados y de los catarros.

Respirad á vuestras anchas. Cuanto más dilatéis el pecho menos os acatarraréis.

Los pulmones no pueden lavarse, pero pueden airearse.

Las bebidas fuertes hacen hombres débiles.

Cuando no sepáis qué comer... no comáis nada...

La suciedad cría moscas, y las moscas, enfermedades infecciosas.

Una mosca matada en Mayo, evita un millón en Julio.

### Antigüedad de los microbios.

Aunque hace, relativamente, poco tiempo que se habla de los microbios, tales bichitos son conocidos desde la más remota antigüedad.

Hoy, cuando la pureza del agua ofrece dudas, se hierve para matar las bacterias que pueda contener, con lo cual no hacemos nada nuevo, pues tan sencilla medida preventiva de higiene elemental se practicaba cuatro siglos antes de nuestra era.

La prueba de ello la tenemos en la historia de Herodoto, en el capítulo que trata de la expedición de Ciro á Babilonia, donde dice:

«El gran rey no entra en campaña sin llevar consigo víveres y ganado en abundancia. También lleva agua de Choaspes, río que pasa por Susa. El rey no bebe otra. Se guarda en vasos de plata, después de haberla hervido, y se transporta en carros de cuatro ruedas, tirados por mulos.»

---

# ÍNDICE

## DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

	Páginas
Resumen histórico.....	7
TROZOS SELECTOS.—Del «Poema del Cid».....	37
Del «Poema de Alejandro». (Gonzalo de Berceo.).....	38
Del «Libro de las Querellas». (Alonso el Sabio.).....	38
De «Las siete partidas». (Idem.).....	39
Niñeces de Esplandián. (Amadís de Gaula.).....	39
Del Romancero del Cid. (Escobar.).....	40
Del Romance de Cautivos. (Góngora.).....	42
De la Égloga de Carnestolendas. (Juan del Encina.).....	44
Fragmento de una epístola á Juan de Mena. (Fernán Gómez de Cibdarreal.).....	45
A la muerte del Maestro D. Rodrigo, su padre. — Fragmento. (Jorge Manrique.).....	46
Carta á una doncella atribulada. (Beato Juan de Avila.).....	48
De la Égloga primera. (Garcilaso de la Vega.).....	49
Carta á un gentilhomme veneciano. (Antonio Pérez.).....	51
De «El Escudero Marcos de Obregón». (Vicente Espinel.).....	52
Razonamientos sobre la navegación del Guadalquivir. (Hernán Pérez de Oliva.).....	53
De la «Guía de pecadores». (Fr. Luis de Granada.).....	55
Madrigal. «A unos ojos». (Gutierre de Cetina.).....	56
Glosas. (Jorge de Montemayor.).....	57
Del «Coloquio del porfiado». (Pedro de Mejías.).....	58
El Criticón. (P. Baltasar Gracián.).....	59
Oda. (Fr. Luis de León.).....	62
Oda. «A la victoria de Lepanto». (Fernando de Herrera.).....	65
Carta á Fray Luis de Granada. (Santa Teresa de Jesús.).....	67
Soneto. «Al Escorial». (Góngora.).....	68
Semblanza de Fernando el Católico. (Saavedra Fajardo.).....	68
De los «Sueños». El avaro disculpándose. (Quevedo.).....	70
De «El alguacil alguacilado». El alguacil diablo. (Idem.).....	72



De «El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha». Las bodas de Camacho. (Cervantes.).....	73
Al túmulo levantado � las honras de Felipe II en Sevilla. (Idem.).....	79
De «El mejor alcalde, el rey». (Lope de Vega.).....	80
Sonetos. (Lupercio Leonardo de Argensola.).....	88
Epístola. (Bartolomé de Argensola.).....	89
De la elegía «A las ruinas de Itálica». (Rodrigo Caro.).....	91
Del «Lazarillo de Tormes». (Hurtado de Mendoza.).....	92
De «La prudencia en la mujer». (Tirso de Molina.).....	95
De «Las paredes oyen». (Ruiz de Alarcón.).....	98
De «La hija del aire». (Calderón.).....	103
De «El príncipe constante». Soneto. (Idem.).....	117
M� vuelta al campo. (Meléndez Valdés.).....	118
Acusación. (Idem.).....	120
Exordio sobre la elocuencia española. (May�ns y S�scar.).....	122
De «La fiesta de toros en Madrid». (Nicolás Fernández de Moratín.).....	125
De «La comedia nueva». (Leandro Fernández de Moratín.).....	127
De las «Cartas familiares». A Alonso Carnero (Antonio Solís.)....	129
Del «Elogio � Carlos III». (Jovellanos.).....	131
De «La Guerra de la Independencia». Entrada de los franceses. (Conde de Toreno.).....	134
De la carta «Una en otra». (Fernán Caballero.).....	137
De los «Estudios sobre la elocuencia política». La elocuencia. (Ol�zaga.).....	139
Canción del pirata. (Espronceda.).....	140
Yo quiero ser cómico. (M. J. de Larra. <i>Figaro</i> .).....	144
De «La venganza catalana». (García Gutiérrez.).....	147
Al partir. (Gertrud�s Gómez de Avellaneda.).....	149
De las «Escenas matritenses». Los artistas. (Mesonero Romanos.).....	150
Los Reyes Católicos. (Lafuente.).....	152
De «Locura de amor». (Tamayo y Baus.).....	154
El carbonero alcalde. (Pedro A. de Alarcón.).....	156
Rimas. (B�equer.).....	173
De «Granada». (Zorrilla.).....	175
�Qu� tendrá? (Gabriel y Galán.).....	176
El establo de Eva. (Blasco Ibáñez.).....	178
Fragmento de un discurso. (Joaquín Costa.).....	184
En el Monasterio de Piedra. (Núñez de Arce.).....	185
El sauce y el ciprés. (Selgas.).....	186
Los padres y los hijos. (Campoamor.).....	187
La guerra civil. (Trueba.).....	188
El espejo de Matsuyama. (Valera.).....	196
Discurso necrológico. (López de Ayala.).....	200

Discurso á los voluntarios catalanes de la guerra de África. (Maura.).....	203
Trozos de un discurso de Moret.....	204
Idem íd. de Manterola.....	206
Idem íd. de Castelar.....	208
Idem íd. de Cánovas.....	212
Idem íd. de Ríos Rosas.....	214
De madrugada. (M. del Palacio).....	215
La palma. (Fernández Flórez).....	216
Meditaciones. (Aparisi y Gujarro).....	223
Las Cortes de Castilla. (Alcalá Galiano).....	225
De los «Principios y reglas de la elocuencia». (López Muñoz).....	226
El médico cazador. (Vital Aza).....	231
De «Los galeotes». (S. y J. Álvarez Quintero).....	234
De «Los intereses creados». (Benavente).....	237
El regalo de los Reyes. (Eusebio Blasco).....	241
De «La Princesa errante». (Marquina).....	245
Polifemo. (Palacio Valdés).....	247
El olivo. (Rodríguez Marín).....	254
Por qué el diablo es zurdo. (Echegaray).....	258
Las cañas se vuelven lanzas. (Sellés).....	263
La verdadera. (Picón).....	269
De «Cartas finlandesas». Cómo se divierten los finlandeses: diver- siones populares. (Ganivet).....	276
Ensueño. (Martínez Sierra).....	282
Tipos populares. El orador de subasta. (López Monís).....	284
De «Zaragoza». (Galdós).....	287
La corte de los ingenios. (López Alarcón).....	295
La mosca verde. (Pardo Bazán).....	295
Madrigal. (Fernández del Villar).....	300
La nostalgia de la cuna. (Zozaya).....	301
De «Los centauros». (León).....	309
De «El Japón heroico y galante». (Gómez Carrillo).....	314
De «El hidalgo D. Tirso de Guimaraes». (Antón del Olmet).....	321
Del discurso pronunciado al tomar posesión de la Presidencia del Congreso. (Canalejas).....	323
De «Un cuento de viejas». (Rápide).....	327
Sobre la verdad. (Pérez de Ayala).....	328
Anécdotas y curiosidades.....	333







